

Agustín Faus

MONTAÑAS INJUSTAS



Grandes polémicas en torno al alpinismo



¿Alcanzo Maestri la cima del Cerro Torre? ¿Subió Cessen por la cara sur del Lhotse? ¿Se le trató a Bonatti injustamente en la conquista del K2? ¿Hay alpinistas cándidos, incrédulos, impostores o fantasiosos? ¿Han existido fraudes intencionados a lo largo de la historia del alpinismo?

La historia de los contactos de los hombres con las montañas está plagada de injusticias, polémicas, engaños y anécdotas de todo tipo.

Algunos de estos acontecimientos son los que relata este libro.



Agustín Faus

Montañas injustas

ePub r1.1
akilino 13.10.14

Título original: *Montañas injustas*

Agustín Faus, 2005

Retoque de cubierta: Matt

Editor digital: akilino

Segundo editor: JeSsE

Corrección de erratas: Matt & othon_ot (r1.1)

ePub base r1.1



Prólogo: ¿Montañas injustas?

Explicación de un título y un interrogante

¿Pueden ser injustas las montañas?

¿Pueden las montañas, por ellas mismas, decidir sobre el destino de las personas que, respondiendo a la verdadera atracción que ejercen, acuden a ellas?

Las montañas atraen por bellas. Esto es cierto. Como también es cierto que toda atracción puede ocasionar algún peligro. Aunque hay que considerar que las montañas más bellas, como la mujeres bellas, no están siempre bellas porque unas y otras, cuando el tiempo se pone malo, también se esconden, o se ponen malas, o feas como el propio tiempo. Entonces las montañas pueden presentarse hasta repulsivas, frías. Y en aquellos momentos, los que están en las montañas procuran alejarse de su vera, si pueden. Pero al día siguiente, si el tiempo se ha vuelto a poner bueno, los mismos que ayer huían de las montañas, vuelven la cara hacia ellas y vuelven a acercarse al cuadro que súbitamente se ha puesto atrayente y bonito. Las montañas han vuelto a ser atractivas. Terriblemente atractivas, algunas veces.

Cuando surge un desastre en la montaña solemos oír muchos comentarios: las viejas lamentaciones de siempre sobre las «injusticias de las montañas». Mas, si analizamos bien los hechos, siempre comprobaremos que las montañas no tienen la culpa de ningún desastre acaecido en ellas, por muy gordo que haya sido este.

¿Es que las montañas lanzan gritos de llamada para que los hombres acudan a ellas, como cuenta la fábula que hacían las sirenas que llamaban a Ulises y a sus hombres para hacerles perecer?

¿Son las montañas precisamente las que deciden provocar una caída o iniciar una avalancha? ¿Son ellas las que discurren alejar o castigar a los hombres mandándoles rayos que les espanten o que paralicen sus movimientos?

¿Son las montañas las que valoran a los alpinistas y les rechazan o les aceptan, según el aprecio de esta valoración?

No. Las montañas no llaman a gritos a los hombres ni deciden quedarse con unos y derribar a otros. Las montañas ni siquiera «se ponen» hermosas para atraer a los humanos. Ni tientan sus deseos de satisfacción o de gloria. Las montañas, con toda su presencia en aristas, paredes, glaciares, collados, crestas, nubes, cielos y tormentas, no son más que tal como las vemos nosotros: algo muy llamativo pero estático. Somos nosotros, los humanos, quienes les concedemos un mayor o menor grado de hermosura y personalidad y nos sentimos atraídos o rechazados por esta hermosura sentida o inventada por nosotros. Somos nosotros quienes las llamamos bonitas o feas, o atractivas o repelentes, según nuestro proceder o según nuestro estado de ánimo. Somos nosotros los que vamos a ellas. Porque ellas están quietas. Ellas no obran ni se mueven. Ellas son como son: Montañas, presencia geológica de nuestro mundo en nuestro tiempo.

Mas cuando algo va mal o cuando nosotros mismos no podemos o no sabemos estar a la altura de las circunstancias, decimos que «las montañas son injustas».

Las montañas no son culpables de lo que los hombres deciden alrededor de ellas, sea acertada o desacertada esta decisión. Ellas no son responsables de que nosotros podamos disfrutar o sufrir o divagar a cuenta de ellas dada su proximidad, su presencia o su estado. Las montañas no son injustas ni son justas. Ellas son sólo montañas. Son algo superior a los humanos. Son eternas mientras que nosotros no somos más que seres pasajeros, con tiempo justo para verlas, amarlas o criticarlas, y desaparecer. Nosotros tan sólo somos unos ínfimos títeres que nos movemos a su alrededor, y ello durante un lapso de tiempo muy corto.

Porque al fin y al cabo, nosotros nos iremos mientras que las montañas seguirán en el lugar que han tenido siempre: entre nubes, bajo el sol, llenas de nieve en los inviernos; cubiertas de flores en primavera o resacas bajo los implacables veranos.

Las montañas no son injustas. Son los hombres, somos nosotros quienes podemos ser justos o injustos en nuestra apreciación, en nuestra alegría, en nuestro proceder o en nuestro terror.

Los hombres, por ser tan humanos, podemos apreciar a las montañas o enamorarnos de ellas o aborrecerlas. Podemos querer «hacerlas nuestras» con nuestro acierto o nuestra suerte. O involucrarlas con nuestros errores o con nuestros pecados. O con nuestras falsas grandezas. Mas si los hombres cometen actos de justicia o de injusticia relacionados con las montañas es muy posible que luego estos actos sean achacados a las montañas. ¡Esto sí es injusto!

La historia de los contactos de los hombres con las montañas está plagada de injusticias, de acontecimientos que no salieron bien o de hechos que se desgajaron de un plan que, aunque al principio fuera perfecto, luego quien lo planteó o lo realizó o lo sufrió —hombre al fin— tuvo algún fallo.

Algunos de estos acontecimientos son los que relata este libro.

Y por todo ello este libro podría tener un título más veraz: si los sucesos o desenlaces explicados han sido considerados poco justos, realmente son hechos llevados a cabo o acaecidos o sufridos por los hombres. Y hablando con claridad, debería este libro titularse «Hombres injustos» o «Alpinismo injusto». Pero yo no he osado titular de esta manera a este trabajo porque también soy humano y alpinista y por ello no me atrevo a decir a los cuatro vientos que las acciones de algunos alpinistas son o han sido erróneas, desgraciadas o imperfectas. No debería titular como «montañas injustas» un trabajo que empieza afirmando que las montañas no tienen culpa alguna de todo cuanto en el libro se relata.

No existen, pues, injusticias por «obra» de las montañas. Pero como los acontecimientos o desenlaces relatados sucedieron a montañeros y alpinistas de verdadero corazón, prefiero justificarlo todo y poner un título que, aunque injusto, quede suavizado dentro de este gran interrogante: ¿Montañas injustas?

Sé y lo afirmo y lo repito bien claro, que las montañas no fueron culpables de estos acontecimientos: sólo fueron el escenario —¡un magnífico escenario por cierto!— de todo cuanto se relaciona. Los causantes serían unos hombres y otros hombres, con un dédalo de aciertos, de veracidades, de admiraciones, de errores, de recelos, de algunas maledicencias, movido todo ello

por una gran parte de vanidad. Hombres verdaderamente injustos pudieron ser causantes de hechos que podrían ser calificados como injustos de verdad.

Jamás una montaña puede haber cometido una injusticia. Y —yo también injusto— amparándome en el gran interrogante sobre una idea tan terrible como «montañas injustas», dejo que este libro se nomine con dicha frase, que nadie podrá afirmar jamás que sea cierta.

Capítulo I: Tres grandes amigos. Tres grandes alpinistas. Tres grandes destinos

En 1939, cuando se inició en Europa la Segunda Guerra Mundial, tres muchachos franceses se hicieron grandes amigos al amparo de las montañas. Y a las montañas dedicaron los tres sus vidas.

Uno de ellos, había nacido en 1921 en una antigua casa señorial situada en los alrededores de Grenoble, en el seno de una familia algo acomodada, con unos padres muy activos aunque parece que no muy compenetrados. El chico, llamado Lionel, era fuerte como su padre, y sensible como su madre. Lo primero que había visto al abrir los ojos fueron montañas, las montañas de los alrededores de Grenoble y aunque en principio nadie le inculcó el alpinismo, indudablemente le llevarían pronto a dar paseos por ellas en verano y, desde muy pequeño, iba a esquiar en invierno. A los doce años su madre le llevó una temporada a Chamonix y desde entonces su espíritu ya no se separó de las altas montañas de los Alpes. Empezó marchando y trepando con chicos como él, o mayores que él, por los macizos alpinos y fue aprendiendo técnicas más o menos correctas, a la vez que convencía, o se dejaba convencer, por chicas para salir a hacer escaladas facilonas. Se dedicó con gran fuerza al esquí y pronto fue un buen esquiador, naturalmente de acuerdo con los estilos y el material de la época. Pero, por el contrario, en algo tenía que dejar de aplicar esfuerzos y este algo fueron los estudios. Leyó, eso sí, algunos libros clásicos de alpinismo del momento y fue buscando nuevas escaladas en los pre-Alpes empezando por las más próximas, y más tarde ya se aventuró en las cercanas a la zona del Mont Blanc. Antes de los veinte años, cuando su país había sufrido un gran desastre y estaba ocupado por las tropas alemanas, él había ingresado en una organización llamada «Jeunesse et Montagne», un cuerpo de jóvenes voluntarios donde se activaba el ejercicio de la montaña aunque con un velado sentido patriótico que se mantenía algo camuflado ante los ojos de los soldados alemanes presentes en toda Francia. Lionel ya no se separaría de las montañas, fueran estas altas o bajas, impulsado siempre por una adhesión sentimental aunque de momento no podía pensar todavía en el profesionalismo.

Fue en aquellos albores de «Jeunesse et Montagne» cuando conoció a otros chicos con edad y disposiciones parecidas a las suyas.

Allí había un muchacho que se llamaba Gaston, con cara de buen chico, que hablaba muy lenta y categóricamente con un fuerte acento marsellés. Por las mismas razones semi-patriotas, semi-alpinistas de Lionel, este se había alistado en «Jeunesse et Montagne» y fue destinado a una base cercana a la de Lionel. Gaston tenía una cierta experiencia alpina aunque su práctica no provenía de los Alpes sino precisamente de la orilla del Mediterráneo porque en su tierra, en las Calanques de Marsella, ya había efectuado bastante escalada en roca, en lugares donde la rotundidad de lo vertical era sublime. Pero además, antes de conocer a sus amigos de «Jeunesse et Montagne», Gaston ya había hecho algunas escaladas en los Alpes y hablaba de ello como de algo magnífico, máxime en aquellos tiempos de privaciones a causa de la guerra y a la terrible ocupación extranjera, tiempos en los cuales no era fácil trasladarse libremente por el país. Gaston presumía de haber adquirido alguna cultura alpinista procedente de libros italianos y suizos y, naturalmente,

franceses y por ello podía hablar con convencido conocimiento de otros macizos más lejanos: las Dolomitas, los Alpes de Baviera y los de Austria, como si fueran propios estos lugares, a la vez que nombraba apellidos célebres como los Dimai, Comici, Paul Preuss y Winkler, que ya no le eran desconocidos.





Lionel Terray.





Gaston Rébuffat. Guía y amigo.

Lionel y Gaston se hicieron buenos amigos y, aunque no estaban en el mismo centro, se veían a menudo y concordaban en ideas y en la misma pasión por la montaña. Tan amigos se hicieron que al primer permiso que obtuvieron, en vez de ir a ver a sus familias, se fueron a intentar la escalada de la cara oeste del Olan en el macizo de Les Ècrins. Pero tenían el tiempo muy justo y, con los pocos sistemas de transporte del momento, y la dificultad intrínseca de lo que deseaban hacer, no pudieron cumplir sus planes. Tuvieron que escalar algo más cercano: Les Trois Pucelles por el Couloir Grange, que les pareció demasiado fácil. De todas maneras, esta salida les podía haber ocasionado además algunos problemas no técnicos, ya que retornaron a su base más tarde de lo previsto. El jefe les tenía que castigar pero como este era también alpinista, en cuanto le contaron las causas del retraso se suavizó y, aunque les felicitó en voz baja, les ordenó en voz alta que como castigo, fueran a cortarse el pelo... aunque, otra vez en voz baja, añadió que sólo se lo dejaran algo más corto de lo normal. La guerra prosiguió y Francia seguía aplastada bajo los alemanes, pero la humillación iba reaccionando de manera que buena parte de la juventud del país se emboscaba en las zonas montañosas y así la propia «Jeunesse et Montagne» se fue convirtiendo en nidos de la resistencia.

En los Alpes franceses había fuerzas alemanas pero con el paso del tiempo, estas iban siendo menos consistentes porque los frentes más comprometidos reclamaban muchos hombres. En los últimos tiempos de la guerra empezó a funcionar, ya reorganizada, la Escuela Militar de Alta Montaña en Chamonix, donde Gaston y Lionel entraron como instructores. Empezaron a llevar a sus alumnos a ejercitarse por cumbres más o menos fáciles. Cuando llegaba el fin de semana y les daban permiso, ellos seguían sin ir a sus casas y, sin dejar las cuerdas ni la mochila, persistían haciendo escaladas por su cuenta, cada vez más difíciles. Así, los dos, hicieron entre otras ascensiones, la primera al Dent du Requin y hasta tuvieron ocasión de conocer y moverse con un veterano maestro del alpinismo: Armand Charlet.

Un día, al retorno de una de estas salidas, coincidieron con quien sería el tercer amigo. Este era de su misma edad y les detuvo a la salida de la estación.

—¿Vosotros no estabais en Jeunesse et Montagne? Yo también estuve y creo que os he visto alguna vez. Me llamo Louis.

Louis iba muy mal arreglado, vestido con prendas de obrero, aunque este factor no quería decir nada en aquellos tiempos de guerra y de penuria. Les habló de amigos comunes y de cosas que había hecho en Jeunesse et Montagne.

Gaston le habló de sus actividades y de su importancia, mientras que Lionel, más llano, le invitó a una cerveza, que el otro aceptó al momento. El nuevo amigo ahora ya no estaba en servicio activo; se había casado con una chica suiza, de Lausanne, y vivían con su niño recién nacido en Annecy. Hablaron de los todavía duros tiempos, aunque, afortunadamente, ya se preveía que estaba finalizando la guerra, mas los momentos actuales seguían siendo difíciles. Louis les confesó que no tenía casi equipo pues, estando económicamente muy débil, ni siquiera disponía de unas botas claveteadas para marchar por la montaña, a pesar de que él, precisamente estaba aprendiendo a trabajar como zapatero.

Los demás quedaron en facilitarle algo de material de montaña y concretaron hacer alguna

ascensión juntos. Realmente, hicieron más de una salida, todas buenas y cada vez mejores. Como estaban más o menos en la misma zona, ya no dejaron de verse y de ser cada vez más amigos.

Estos tres muchachos ya nunca dejaron de ser buenos amigos. Dada su afición y también su calidad, pronto fueron ingresando, uno tras otro, en la compañía de guías de Chamonix, siendo los primeros guías admitidos por esta compañía sin ser nacidos en Chamonix o en el valle, algo que hasta la época era condición imprescindible. Y los tres llegaron a ser alpinistas muy famosos.

Lionel era Lionel Terray. Gaston era Gaston Rébuffat. Y Louis era Louis Lachenal. Tres símbolos de la amistad, de la montaña y de una de las épocas más florecientes del alpinismo francés.

Pero ello no les iba a librar de morir jóvenes y muy injustamente, dada su condición de grandes alpinistas.

De entre los tres, fue Louis Lachenal, el zapatero, el que más pronto sería considerado como el alpinista mejor dotado. En la montaña escalaba muy rápido y cuando se juntaba con Lionel Terray, formaban una cordada que recibía el apodo de «La locomotora de los Alpes». Durante cinco años, desde 1945 a 1950, darían mucho que hablar y se admiraba todo cuanto hacían. Lachenal entró muy pronto como profesor en la «Union Nationale des Clubs de Montagne», entidad preparativa de la posterior «Ecole d'Alpinisme et d'Ski», que entonces estaba en un viejo caserón del pueblo de Les Bossons, algo más abajo de Chamonix, y por allí solía pasar todas las tardes Lionel Terray para hablar de futuros planes con su amigo Louis. Su primer planteamiento lo centraron en la Cara Norte de Les Grandes Jorasses, precisamente la arista de la Pointe Walker, la cual había costado mucho de conquistar en los años treinta y que por causa de la guerra no se había repetido. Empezaron a pensar y calcular, concluyendo que era necesario realizar un ataque rápido, siendo importante para ello el llevar poco peso: alambicando mucho, llegaron a pensar que podrían quedar sólo 10 Kg de peso en la mochila de cada uno. Pero no quisieron ir a tontas y a locas y, deseando asegurarse muy bien de sus posibilidades, antes de ir a la Walker se enfrentaron con la cara norte de Les Droites, escalada menos conocida por ser menos llamativa y por no tener tanta historia, pero con un desnivel y dificultad parejos; esta escalada había sido hecha sólo tres veces, y siempre con vivac. Ellos dos, con su compenetración y sus condiciones de rapidez, lograron realizarla en sólo ocho horas y, una vez lograda la cumbre, bajaron con igual rapidez por la vía normal al viejo refugio de Couvercle donde pudieron comer y descansar mejor que en un vivac. Quedaron tan satisfechos que se convencieron de poder encararse ya con la Walker. Esto sería en agosto de 1946, y además estrenaron un nuevo «invento» que había fabricado el propio Lachenal: suelas de caucho, aplicadas en las botas. Era el inicio de la «era Vibram», la suela revolucionaria de caucho que ya había sido probada con éxito en Italia. Hasta aquellos momentos, todos los alpinistas de todo el mundo estuvieron calzando y castigando los pies con las terribles botas de cuero erizadas de clavos por toda la suela.

En la fecha prevista, la cordada Lachenal-Terray llegó a la rimaya de la Pointe Walker de las Jorasses en plena media noche y, aquel mismo día, a las tres de la tarde, estaban ya encima de las Dailles Noires, y si tuvieron que quedarse a vivaquear allí fue porque les pilló y les inmovilizó una nevada. Pero ya habían alcanzado los cuatro mil metros y cuando nació el nuevo día, a pesar

del mal tiempo, iniciaron una jornada muy dura, una «*escalade desesperée*» según apreciación del propio Lionel Terray. Pero, desesperados o no, ellos no cesaron, buscando la única salida hacia arriba, en plena tormenta, hasta llegar a la cumbre a las cinco de la tarde y habiendo abierto — queriendo o sin querer— un nuevo itinerario en la parte superior de la montaña. La gesta de Cassin, de siete años antes, quedaba confirmada y hasta sobrevalorada.

Y, antes de un año, la misma cordada estaba al pie de la cara norte del Eiger, el terrible «Ogro» que tantas muertes había causado y que tanto había dado que hablar a lo largo de veinte años. Sólo había sido escalada una vez, en el año 1938, por dos cordadas germánicas rivales (Heikmar-Vörg, alemanes y Harrer-Kasperek, austriacos), quienes por pura necesidad de supervivencia, acabaron atándose juntos y lograron la primera después de mucha lucha y de varios vivacs.

Esta vez, en el Eiger, los dos franceses estaban envalentonados y seguros. Empezaron a subir metros y más metros con buena ligereza, ya que no en vano les llamaban «La locomotora de los Alpes». Sabían que no debían entretenerse porque la pared tiene la friolera de 1800 metros de desnivel y que siempre acude allí el peor mal tiempo de todos los Alpes. Su rapidez les ayudó. Subieron durante dos días hasta que después de vivir —y de sufrir— el segundo vivac, una tormenta de nieve y granizo quiso hacerles pensar en volver. ¿Volverse ahora, cuando llevaban mil quinientos metros de escalada y además ante un incierto descenso, extremadamente peligroso? ¡No! Siguieron subiendo por el empinadísimo nevero llamado «La Araña», y ¡para ganar minutos, mientras el primero subía, el segundo también seguía para arriba, pues sabían que no había mucha probabilidad de asegurar el uno al otro con aquel tipo de nieve y con aquel tiempo! Así ganaron las canales de salida y lograron llegar a la cumbre del Eiger antes de que el mal tiempo, cada vez peor, les jugara una definitiva mala pasada. Y cuando volvieron a territorio seguro dieron mucho que hablar en elogios y felicitaciones pues habían logrado la segunda ascensión de la tan llamativa y tan amenazadora montaña. ¡Y tan tristemente famosa!

Los dos siguieron dando que hablar más y mejor todavía, persistiendo en su audaz trayectoria: en 1947 hicieron la también segunda ascensión de la cara norte de Triolet, y luego la segunda ascensión de la cara oeste de la aguja de Blaitière, de terrible memoria. Y en 1948 lograron otra «segunda», la nordeste del Piz Badile, de peor memoria todavía, once años después de que Riccardo Cassin, Ratti y Esposito, antes de la guerra, lograran la primera ascensión, sobreviviendo a dos amigos, vencidos por el cansancio y la dureza de tan terrible experiencia^[1].

En 1950, el alpinismo francés se estrenó en éxitos en el Himalaya. Este indiscutible éxito fue logrado con la conquista del Annapurna, la primera cumbre de más de ocho mil metros vencida por los hombres. Louis Lachenal, Lionel Terray y Gaston Rébuffat formaron en la expedición. Precisamente Lachenal fue uno de los dos únicos alpinistas que coronaron el vértice de la Diosa Annapurna, 8090 metros, junto con Maurice Herzog, el jefe de la expedición. Mas, tanto Lachenal como Herzog estuvieron en un tris de pagar muy cara su victoria porque en el descenso, que se les puso muy complicado y terrible, si no hubieran obtenido la ayuda del equipo de apoyo, formado precisamente por los siempre amigos Terray y Rébuffat, les hubiera ido muy mal. La historia de aquel dramático descenso fue muy divulgada: a la novedad del «primer ochomil» logrado por

Herzog y Lachenal se juntó el drama del retorno, cuando completamente inmersos en una niebla cegadora y sin poder defenderse de una ventisca furiosa, pudieron dar con Terray y Rébuffat que les esperaban. Los cuatro, a ciegas dentro de la tormenta, fueron retornando por donde pudieron, cayendo dentro de una grieta. Después, milagrosamente hallada la vía de retorno, se encontraron más abajo con el resto de la expedición; tuvieron que seguir un angustioso camino de regreso con los más afectados a cuevas de los inconmensurables sherpas. Nadie de los dos equipos de cumbre se salvó de peligrosísimas congelaciones en manos, cara y pies. El retorno de ellos a Francia fue dramático: en el aeropuerto de Orly bajaron todos por la escalerilla del avión ante un numeroso público enmudecido y emocionado por la visión de los enormes vendajes que Lachenal, Herzog, Terray y Rébuffat mostraban, protegiendo sus manos, ojos y pies lastimados. ¡Pero habían conquistado el primer ochomil!^[2]

¿Aquellas miserias eran las injusticias de la montaña, la venganza de la Diosa Annapurna? No. La truculenta escena de la arribada a Orly de los vencedores, casi vencidos, del Annapurna era sólo un aviso a los futuros himalayistas de la existencia de enormes defensas en las mayores montañas del mundo, montañas a las cuales los habitantes de sus regiones ya les adjudicaban desde siempre nombres y personalidades de deidades mucho más poderosas que los hombres. La experiencia proclamaba que, en adelante, para ir al Himalaya convenía ir más preparado que lo que era normal para enfrentarse a los Alpes: muy buen equipo, muy buena preparación física y, sobre todo, muy buena suerte.

Con algunas amputaciones y a fuerza de muchos sufrimientos y limitaciones, los dos vencedores y su equipo de apoyo pudieron ver medianamente curadas sus terribles dolencias. Ahora, cuando ha pasado más de medio siglo, Herzog tiene que seguir llevando todavía un calzado especial para ajustar sus pies con dedos cercenados. Louis Lachenal, mal que bien, también pudo recuperarse y volver a escalar, marchar y esquiar.

¿A esquiar? Louis Lachenal creía que esto sería lo que menos le iba a costar al recuperarse porque era un buen esquiador y supuso que en ello no hallaría limitación alguna. Y no la halló pero —y ahí está la ironía de la injusticia hacia Louis Lachenal— el, para él, fácil esquí fue lo que tenía que traicionarle: en un rutilante día de invierno de 1955 y bajando alegremente por la Vallée Blanche, por donde miles de esquiadores bajan todos los inviernos, allí tuvo que cruzarse Louis Lachenal con la fatalidad de una grieta escondida bajo un puente de nieve, para precipitarse con sus esquís en la enorme fauce de hielo engañosamente cerrada. Allí, en la traidora profundidad helada de la grieta, tuvo que quebrarse, rota para siempre, la vida del gran Louis Lachenal, el primer conquistador de un pico de más de ocho mil metros. Valientemente había luchado contra sus congelaciones y ya creía haberlo vencido todo. Después de una vida muy dura y de largos sufrimientos en las salas de cura de los hospitales, tuvo que ser vencido por una verdadera injusticia.

La grieta era ancha y profunda, y el puente de nieve, falso y traidor, se había derrumbado al paso de su víctima, después de haberle acechado, con la muerte agazapada dentro de sus entrañas de hielo.

Cuando los compañeros pudieron sacar de la grieta a Louis Lachenal, este ya no existía. Y sus

manos, bien enguantadas, no tenían el más ligero signo de tensión o agarrotamiento por un posible miedo ante la caída que sufrió.

Louis Lachenal había muerto en la montaña que tanto había querido.

Y todos sus amigos dijeron que, dada la gran calidad de Louis Lachenal como alpinista, su final, más que un accidente, había sido una terrible injusticia.

Lionel Terray, su amigo, había divulgado una frase, que puso como título de un libro suyo y que llegó a hacerse famosa: «Los conquistadores de lo inútil». Él sabía muy bien que estas cinco palabras conjugaban una muy llamativa expresión. Expresión feliz, aunque agria a la vez, digna de encabezar un libro o un discurso. Pero en la realidad, los sentimientos tendrían que aclarar que esta idea no podía ser verdad.

¿Es inútil subir a las montañas? ¿Puede ser inútil poner a prueba las fuerzas propias para dar alegría al sentimiento de belleza que indudablemente originan las montañas?

¿Alguien que no sea un terrible materialista habrá podido probar la «inutilidad» del goce del alpinista, la «inutilidad» de un duro ejercicio o la «inutilidad» del placer del hombre —o de la mujer— que alcanza una cima y que se siente vencedor o vencedora de sí mismo?

¿Es que alguien no-alpinista no ha sentido más de una vez envidia al ver una foto o un film, o al oír las explicaciones de un montañero contando una bella jornada de montaña?

No. Nada es inútil en la montaña. De ser inútil no habrían existido todas estas historias que se repiten mirando hacia lo alto: historias que arrancaron desde que el filósofo Petrarca, o el rey catalano-aragonés Pedro el Grande, o el polifacético Leonardo da Vinci, o antes que ellos otros hombres sabios de la antigüedad, ya hicieron gloriosos esfuerzos para llegar a cualquier cumbre, a cualquier lugar alto. Si fueran inútiles las montañas, no habría un monumento en Chamonix a Saussure y Balmat, los iniciadores del alpinismo. Ni el propio Chamonix sería como es hoy, y Zermatt seguiría siendo la aldea repelente de hace tres siglos que no quería ni ver la llegada de un forastero. Ni Whymper sería Whymper, ni Croz hubiera labrado su gloria muriendo despeñado en el Cervino. Ni tendríamos idea de la existencia del joven, atlético y simpático Lord Douglas, también muerto y desaparecido en él. Sin el alpinismo, ahora, pasados tantos años, nadie recordaría en el mundo a aquellas víctimas del Cervino y otras víctimas que, de no haber sido víctimas de la montaña, ahora estarían igualmente muertas por muerte natural ya, pero desconocidísimas de todos.

Si el alpinismo fuera una cosa inútil, no habría hoy refugios, ni amistad entre cordadas que hablan en lenguas distintas, ni se vivirían veladas asombrosas, ni se contemplarían fenomenales salidas de sol sobre un campo de glaciares. Posiblemente, de no existir el alpinismo, nos habríamos ahorrado el vivir una tormenta, o pasar un mal rato, o sentir el mordisco del miedo. Pero esto no llega a estorbar en la vida. La vida nos enseña que tenemos que templarnos de vez en cuando en nuestra existencia, y que para ello lo mejor es cansarse, o pasar miedo, o sentir la sacudida de un susto, o sufrir algún golpe, o tener que aguantar un mal vivac, o perderse en la niebla, o sentir alguna vez cómo los pies o las manos se empiezan a congelar...

No, amigo Lionel Terray, no. Donde estés ahora, puedes saber, y mejor que yo, que la «inutilidad» de las montañas no es cierta. Cuando yo era jovencillo y tú eras un poco mayor que

yo, te veía y te escuchaba en los cursos de alpinismo de la «Ecole de les Praz», y mientras tú hablabas con mis profesores, yo escuchaba atentamente todo cuanto decíais, pero creo recordar que nunca oí que dijerais en serio que lo que estabais haciendo era una inutilidad. Al contrario, yo recuerdo todavía estar escuchando tus exclamaciones ante un panorama bonito mientras subíamos por la morrena del glaciar de Argentière:

—«*C'est phenomenal! Voilà l'arête, comme y joue la lumière du soleil! Bien, bien mes bons amis, ça c'est bon!*».

Todo era bueno, todo era alegría para ti en la montaña. Todo era optimismo. Todo era amistad en aquellos días bonitos en la montaña. Ni de ti ni de nadie de tus compañeros de «L'Ecole Nationale d'Ski et Alpinisme» oí jamás la más pequeña imprecación contra la montaña. ¡Entonces, queda bien demostrado que en la montaña nadie iría a conquistar nada inútil!

Pero con todo, tenemos que aceptar que la frase con que encabezaste tu libro, tu «testamento» a las generaciones de alpinistas que hemos seguido después de ti, no deja de ser una frase que encaja bien: «Los conquistadores de lo inútil». Y todos hemos leído el libro y hemos seguido tus esfuerzos y tus pesares, hemos reconocido lugares, personas, impresiones y hechos vividos por nosotros mismos, y nos hemos sentido aludidos y satisfechos, a pesar de esta «inutilidad».

La montaña... ¡Qué «inutilidad» más útil y más bella es para el hombre!

La vida tuya de montaña, amigo Lionel Terray, fue muy paralela a la de Louis Lachenal. Paralela porque la cordada «locomotora» erais vosotros dos. Erais amigos desde muy pronto, desde que, muy jovencitos, todavía os afanabais por las montañas medio camuflados en una organización montañera juvenil que en realidad era una unión patriótica con ganas de echar de allí a aquellos soldados extranjeros que habían aplastado y mancillado vuestra patria. Y cuando les visteis marchar y huir, os sentisteis más libres en vuestras montañas, y por ellas seguisteis viviendo, ya sin odios y sin necesidad de llevar un arma más o menos escondida; con más libertad y con más ánimos y corazón ante la grandiosidad de las cumbres libres de vuestras montañas, las que teníais ante vuestros ojos, enteras ya para vosotros y para vuestras gentes, para todos los que pensaban como vosotros.

Con Lachenal estuviste escalando sin parar: sin detener la presión del vapor de vuestra fortísima «locomotora», desde Les Droites a la Walker, al Eiger, a la Blaitière, al Piz Badile. Y luego cuando vivisteis y después escribisteis la aventura del Annapurna, yo leí y «viví» casi como vosotros aquella terrible experiencia del retorno de la cumbre, con los ojos cegados, con los miembros congelados y con el corazón contrito o despavorido ante la incertidumbre de poder sobrevivir, tú y Lachenal y Rébuffat y Maurice Herzog. Y volvía yo a sentir la alegría de comprobar cómo os encontrabais juntos en el infierno blanco, los compañeros que podíais retomar a la vida, al mundo, a estas montañas, que tú, con sorna, luego dirías que son tan «inútiles».

Y después del Annapurna seguiste conquistando «inutilidades»: esta «inutilidad» del Fitz Roy en la lejanísima Patagonia que no solamente la conquistaste sino que tú y Guido Magnone la disteis a conocer a todo el mundo. Nos abristeis los ojos hacia mundos ignorados y desconocidos a todos los que queremos poco o mucho a la montaña. Y luego te fuimos siguiendo, con los ojos

bien abiertos, con envidia sana, con admiración, deseando obtener «inutilidades» como las tuyas en el Makalu y el Jannu del Himalaya. En el Chacarraju de la Cordillera Blanca del Perú. En el Mont Huntington de Alaska...

¡Tan poco «inútiles» eran estas «inutilidades» tuyas, que yo y muchos más fuimos detrás de ellas y disfrutamos de su «inutilidad»!

Hasta que un día, un mal día de septiembre de 1985, un día que este sí podría llamarse «día-injusto», en el Vaucours, no muy lejos de donde tú naciste, se arrancó una gran laja por la montaña y empezó a bajar llevándote consigo, a caerse inútilmente de verdad. Y te despeñaste junto al amigo que, atado a tu misma cuerda, confiaba en ti, en tu alegría y en tu fuerza. Puede que aquella vez tú llegaste a pensar de verdad o a decir que la caída era muy injusta...

No podemos saber lo último que pensaste. Pero lo que sí sé y lo pensamos todos los que éramos amigos tuyos es que aquella placa caliza que se despeñó en el Vaucours provocó una terrible injusticia, la injusticia de segar tu vida, la que tanto tenía todavía por hacer y por enseñar. Aunque ya habías tenido tiempo para enseñarnos otras frases e ideas y estas sí son bonitas de verdad: como aquella en la que decías que «aunque sople la tormenta, siempre brillan dentro de uno las estrellas».

¡Gracias, Lionel Terray! ¡Gracias por tus enseñanzas, gracias por tus ideas y hasta por tus «boutades»!

oOo

A los catorce años, aquel muchacho de pelo espeso, moreno y duro, larguirucho y desgarrado, que había ido con su madre a pasar unos días de verano en el Haut Dauphiné para huir del pesado ambiente marino de Marsella, quedó prendado de la grandeza de las montañas. No se atrevía a llevar a su madre de excursión para no cansarla pero él no quiso renunciar a descubrir la interioridad del gran valle. Una tarde siguió discretamente a unos alpinistas que subían al refugio Caron y en esta escapada sus ojos ingresaron en el ambiente de una gran montaña: la Barre des Ècrins, llena de nieve y con un enorme caos de bloques de hielo caídos, tumbados y entrechocados, al pie de los paredones rocosos. Se estremeció pero quedó maravillado y regresó luego corriendo al valle para contar a su madre lo que había visto y sentido. Su mente, todavía infantil, le decía que lo que los niños desean suelen ser cosas imposibles. Pero su corazón anhelante le ayudó a poder aguardar sólo tres veranos para volver a Ailefroide con un compañero «veterano», que tendría tres o cuatro años más que él, y lograron entonces los dos solos culminar su primera gran montaña: la Barre des Ècrins, de 4102 metros.

Así nació y creció el espíritu de Gaston Rébuffat, quien tenía que llegar a ser en la época uno de los más carismáticos alpinistas, no sólo de Francia, sino del mundo. Guía de Chamonix y gran divulgador de la pasión y de los panoramas que promueven los Alpes. Especialista del entorno mágico del coloso Mont Blanc. Escribió libros, rodó películas, pronunció conferencias por todo el mundo, pero lo que mejor hizo en gran escala fue fomentar la amistad entre los amantes de las montañas. Yo tuve la suerte de ser uno de sus muchos amigos. Le conocí en Madrid, con ocasión

de unas conferencias de montaña, y una mañana me ofrecí para llevarle a conocer la Sierra del Guadarrama. El hombre del Mont Blanc y del Himalaya aceptó mi modesto ofrecimiento y fuimos los dos a escalar la sencilla Peña Blanca de Pinares Llanos —que él, con su cortesía, aseguró que le había gustado mucho— y seguidamente le dije que podíamos ir a prolongar el paseo hasta «una simple cumbre no muy lejana». La «simple cumbre» era la de Abantos, verdaderamente simple, pero lo que no le dije previamente es lo que veríamos desde ella: algo que no era de montaña pero que podría impresionarle. Guardé celosamente el secreto como una sorpresa. Y al llegar a la «simple cumbre» y señalarle lo que se veía hacia la cara opuesta, comprobé con satisfacción lo que yo ya creía esperar de su activísima sensibilidad y cultura: se le iluminó la cara y dijo solamente, aunque sorprendido y admirado: «¡El Es-co-ri-al!».

Sin saber de antemano lo que podía ver desde aquella simple cumbre, descubrió y localizó el gran monumento que no puede pasar desapercibido a un hombre con sentido de la estética y conocimiento de la cultura mundial. Comprobé que era cierto lo que yo pensaba de aquel montañero-guía-escritor y cineasta: que era un hombre con un corazón enorme, capaz de comprender y de absorber todo lo bueno que el mundo de los hombres puede contener, además de las montañas.

Unos años después, estando con mi mujer en la puerta del refugio Hörnli del Cervino, vi llegar subiendo desde abajo, por el duro camino tortuoso, a unos alpinistas disfrazados de antiguos, que ya me habían informado tenían que ir a Hörnli para rodar una película de la época de Whymper. El primero que llegaba era alto y desgarbado, con botas de clavos, una mochila de cuero sujetando una horrorosa y rígida cuerda de cáñamo y con un largo piolet-hacha en la mano.

—Este primero que llega ¿no es Rébuffat? —pregunté a Sita, no muy seguro de mi vista y todavía menos seguro de mi manera de ser, poco fisonomista.

Pero el que llegaba sí estaba seguro de quién estaba en la puerta del refugio. Y alzando sus largos brazos con su piolet de pega en la mano, exclamó:

—*Oh! Au-gus-tin! Mon guide pour El Es-co-ri-al!*

Esto demuestra que además de buen alpinista y de buen escritor, Rébuffat tenía en gran aprecio a los amigos y, sobre todo, una memoria excelente para recordar a uno cualquiera de los muchísimos amigos que llegó a tener.

oOo

Si a los catorce años vio por primera vez la Barre des Ècrins y a los diecisiete la escaló, a los veinte ya estaba en Chamonix como monitor de Jeunesse et Montagne y a los veintidós tentó por primera vez el espolón de la Walker en las Grandes Jorasses y, aunque tuvo que retirarse aquella primera vez, volvió a los veinticuatro y entonces, finalmente lo venció. Por esta misma época obtuvo el carnet de guía en Chamonix, algo muy difícil de obtener para los, como él, no nacidos en el valle.

La carrera de Rébuffat fue fabulosa porque no sólo recorrió los Alpes y llevó a clientes-amigos a todas las cumbres y aristas, sino que divulgó muchísimo en libros y películas tanto los Alpes

como el alpinismo: sus jerséis y medias de colorines contrastaban con la suavidad de movimientos de su larga figura mientras se prendía a las mínimas presas del granito con plena naturalidad, dando la impresión de que no sólo su cuerpo sino su alma formaban parte de la verticalidad y del paisaje. Escaló las principales caras norte de los Alpes y difundió su belleza y la belleza de los momentos: Jorasses, Badile, Dru, Cervino, Cima Grande de Lavaredo y el terrible Eiger. Pero no se conformó con haber subido y haberlo enseñado a sus amigos de cordada, sino que luego «hizo subir» por ellas a cientos de miles de lectores alpinistas gracias a haberlo escrito con tanto sentido en su libro *Etoiles et Tempêtes* (Estrellas y Borrascas) con una precisión de ideas y de sentimientos efectivos hasta para el lector más descreído, idealizando la montaña en una sublimidad de amor a las alturas y a la conjunción de sentimientos y de respeto al amigo.

Ya se ha explicado que Rébuffat estuvo también en la gran aventura francesa del Annapurna en el año 1950. Él no coronó la cumbre pero con su gran amigo Lionel Terray formó el eficaz equipo de apoyo que logró salvar de una muerte cierta a los vencedores Herzog y Lachenal, llevando a cabo todos un dramático descenso, buscando, cegados y congelados, el camino salvador; su sacrificio de no hacer la cumbre se sumó al sacrificio de esperar a los vencedores y exponerse ellos mismos a las muy duras consecuencias del clima. Y los cuatro estuvieron muy cerca de pagar un duro precio por aquel intento victorioso de violar por primera vez el eterno secreto de una cumbre de ocho mil metros, dedicada a la diosa de la fertilidad Annapurna. Afortunadamente volvieron todos pero a costa de un patético retorno a la civilización que ha sido contado cientos de veces: primero atravesando montañas y valles llenos de nieve y luego por territorios anegados por inundaciones; a cuestras o apoyados en los fieles sherpas y, finalmente, renqueantes y llenos de vendajes arribaron a Francia donde fueron recibidos como lo que eran, héroes nacionales. Verdaderamente se lo merecían pues la gesta del Annapurna, el primer ochomil conquistado en todo el mundo, fue la demostración del tesón y de la técnica de montaña francesa del momento, en lucha entonces con los todavía desconocidos ochomiles.

oOo

Después del Annapurna todos se repusieron y no dejaron de seguir por las montañas: Herzog, con sus botitas especiales para dedos amputados, escaló la política de su país, y con éxito, pero siguió también escalando montañas. Lachenal siguió de guía en el Mont Blanc hasta que —como ya se explica en otra página— en un día glorioso y desgraciado de invierno una grieta traidora cortó su esquuada y su vida. Lionel Terray prosiguió demostrando su enorme fuerza y su potente ardor aunque —como también se cuenta en otra página— una laja desprendida le llevó a él, atado con un amigo, al fondo de un valle calizo poco conocido, en el macizo del Vercors.

Y Gaston Rébuffat siguió trabajando en la montaña de Chamonix donde todos eran sus amigos, y mostrándolo todo al gran público.

Pero...

Pero un día, un amigo que acababa de llegar de Chamonix me dijo que allí alguien le había dado saludos para mí:

—Encontré a Rébuffat por las calles de Chamonix y me dijo que te diera de su parte un gran abrazo, y que te dijera que deseaba volver a España para hacer otra vez contigo la Peña Blanca y ver El Escorial... Pero —añadió mi amigo— él está muy desmejorado. No está bien. Algo debe sucederle.

Esta fue la primera mala noticia que me vino de él. Después siguieron otras, a cada una peor. Y la última fue de 1985: Gaston Rébuffat, el amigo de todos, el alpinista más famoso, había fallecido, víctima de un cáncer de estómago que estuvo llevando estoicamente hasta no poder ya más.

¡Otra injusticia, esta de Rébuffat! ¡Con tantas cosas duras que llegó a acometer y vencer, con tanta gente a quien había ayudado, tantos a quienes hizo felices por las montañas y con sus libros, y él tuvo que ir apagándose poquito a poco, víctima de un mal cruel y oculto que el aire de la montaña no cura porque ni el hombre más fuerte puede defenderse de él!

Pero, la injusticia, por muy injusta que sea, no puede con el buen recuerdo. Y Rébuffat, el gran Gaston Rébuffat, con su extrema cortesía, con sus palabras justas, con su jersey de colorines y con sus gestos exactos de precisa escalada, no morirá nunca. Siempre estará vivo.

Y, con él, seguirá perviviendo siempre una de sus más bonitas frases, llena de sentimientos, de verdad y de alegría de vivir, con la cual, finalizaba su hermoso relato de la escalada de la Norte del Eiger:

«¡La vida! ¡Este lujo de la existencia!».



Louis Lachenal al descenso del Annapurna.

Capítulo II: Las injusticias del Mont Blanc

No es difícil tener que aceptar la afirmación de que en el Mont Blanc se han desarrollado muchos dramas. Sin necesidad de buscar datos en ninguna parte sabemos que esta montaña es la que ha tenido que contemplar más desastres y más aventuras difíciles a lo largo de toda la vida de la actividad alpinista. Y esta vida de actividad alpinista comprende desde la segunda mitad del siglo XVIII hasta nuestros días. Siempre se ha dicho en Chamonix que, durante un año cualquiera, el Mont Blanc, su montaña, suma ella sola más accidentes que la totalidad de todos los accidentes de montaña ocurridos durante el mismo año en todos los Alpes. Es una dura pretensión. ¡Pero posiblemente una pretensión veraz!



El Mont Blanc no sólo es una montaña muy alta y muy amplia, con mucha superficie y mucho hielo. Es la más llamativa de Europa y aunque sólo pertenece a dos naciones (Francia e Italia) prácticamente pertenece a todas las naciones denominadas «alpinas» como Suiza, Liechtenstein, Austria, Alemania y hasta las que corresponden a la antigua Yugoslavia y a la antigua Checoslovaquia. Todas ellas son naciones genéricamente alpinas y aunque el Mont Blanc no figura en sus mapas, el Mont Blanc les «pertenece» un poco. Y, además, no hay que olvidar otra nación, históricamente la más alpina de todas: Inglaterra. Aunque este país está bastante alejado de los Alpes, los creadores del impulso del alpinismo fueron hijos suyos. El alpinismo es un movimiento enfocado a la montaña como vocación, como aventura y como terreno de juego, así como aplicación de la vanidad humana y también como aglutinante social: no olvidemos que el primer club Alpino del mundo se creó en Londres dentro y gracias al más puro ambiente Victoriano.

El Mont Blanc es extraordinariamente llamativo. Al Mont Blanc afluye no solamente el gran contingente del alpinismo de los países alpinos sino que, por haber adquirido Chamonix lo que se podría llamar la «capitalidad» del mundo del alpinismo, la afluencia desde cualquier parte ha sido y es enorme. El Mont Blanc llama y atrae, y en él se produce un fenómeno que no suele ocurrir en otras montañas del mundo: que acuden al Mont Blanc para escalarlo —o intentar escalarlo— gentes de todas partes y entre ellos hay algunos que no son precisamente montañeros o alpinistas. El Mont Blanc llama «deportivamente» al hombre de espíritu deportivo de cualquier parte del mundo aunque su espíritu no sea montañero. Sin ser alpinista, cualquiera puede desear subir a lo más alto de esta gran montaña.

Buena parte de esta gran afluencia de personas pueden no estar preparadas y por ello tienen que producirse problemas y dramas. El Mont Blanc como aventura no es comparable con una ciudad desconocida donde cualquiera que llega de fuera se deja perder en sus calles pues sabe que a la larga encontrará su destino; ni como una playa en la cual, se sepa o no se sepa nadar, con tomar el sol en ella nadie puede sufrir daños. El Mont Blanc, como todas las montañas, es un territorio de aventura que no sólo exige esfuerzo sino también conocimiento y, sobre todo, es un ámbito donde el posible mal tiempo puede convertir en muy peligroso el internarse en él sin estar preparado para ello^[3].

Ya en los inicios del alpinismo, cuando los hombres se afanaban para hallar el camino de la cumbre del Mont Blanc, la montaña se presentaba dura. Con sólo repasar cualquier historia de los albores del alpinismo se comprueba cómo la simple búsqueda del camino del Mont Blanc era ya una difícil y expuesta aventura. Y hasta que Paccard y Balmat hallaron este camino y pudieron pisar la cumbre, tuvieron que transcurrir más de veinticinco años de tanteos y de esfuerzos en una montaña que no solamente era dura y difícil, sino que además era considerada entonces albergue de dragones y lugar de demonios y otras fuerzas excepcionales y superiores.

Y a partir de su primera conquista empezaron los dramas del Mont Blanc, porque el primer drama o injusticia ya tuvo que surgir en 1786 entre los dos vencedores, y al mismo día siguiente de la conquista. Este fue un drama no físico, sino humano: Balmat era un hombre tosco, duro y muy ambicioso; mientras que Paccard, joven médico, hijo del notario de Chamonix, era un personaje idealista e inteligente, amante de la montaña por ella misma. Me atrevo a designarlo como el segundo alpinista de corazón en toda la historia de las montañas (el primero fue incuestionablemente Horace Bénédicte de Saussure). Balmat buscó la vía a la cumbre para obtener la recompensa ofrecida por Saussure. Paccard buscaba la vía a la cumbre del Mont Blanc por puro idealismo. Y, lógicamente, desde el primer día tuvo que surgir la rotura en la cordada, por muy vencedora que fuera. Era una cordada excesivamente desequilibrada. Balmat fue, sin perder tiempo, a cobrar la recompensa ofrecida por Saussure sin contar con su compañero Paccard, quien se desentendió de ello: él había hecho el Mont Blanc y con ello ya estaba recompensado.



El antiguo refugio de Couvercle.

Pero como Balmat era un hombre del pueblo, posiblemente fue mejor entendido por «los del

pueblo» de Chamonix, para quienes Paccard era casi un forastero por haber estado muchos años estudiando su carrera en Turín. La consecuencia de ello todavía perdura hoy pues en el monumento que existe en Chamonix a los vencedores del Mont Blanc podemos contemplar sólo la figura de Balmat enseñando el camino de la montaña a Saussure. ¿Por qué tuvo que olvidar Chamonix tan pronto a su también hijo Michel Gabriel Paccard? Si no hay otra causa, ¿este olvido es una injusticia!

La historia puede explicar algo del destino de aquellas dos vidas tan ligadas al Mont Blanc: el joven médico siguió de médico en Chamonix atendiendo su deber social, mientras que Jacques Balmat siguió explotando la fama de su ascensión, adjudicándose tanto su relación con la montaña que muy pronto recibió el mote de «Mont Blanc». Siguió ejerciendo como guía; siguió buscando cristales por el monte y hasta buscando filones de oro en la montaña. Parece que ganó algún dinero pero no lo pudo disfrutar porque moriría relativamente joven, posiblemente asesinado, a principios de la centuria de 1800.

Este fue el conjunto del primer drama originado en el Mont Blanc y está bien claro que la montaña no intervino directamente en él. No fue una injusticia de la montaña. Fue un drama humano, demasiado humano.

El segundo drama del Mont Blanc ya fue un accidente. Ocurrió en 1820. El doctor Hamel, un eminente físico ruso, y dos jóvenes estudiantes de Oxford pretendían escalar el Mont Blanc y a ellos se les unió un óptico de Ginebra que deseaba probar a gran altitud un barómetro inventado por él. Contrataron varios guías y porteadores, formando una numerosa caravana de quince personas entre «*monsieurs*» y servidores. Fueron a vivaquear en el entonces muy parco refugio de Grands Mulets. Allí les pilló el mal tiempo y algunos quisieron retroceder. Pero el empuje del Dr. Hamel les contuvo, aunque no a todos, ya que dos de ellos volvieron seguidamente a Chamonix. Finalmente el tiempo mejoró y los trece restantes prosiguieron hacia el Grand Plateau. Llevaban cuerdas pero no iban atados formando cordada, ya que no se había perfilado todavía en aquel tiempo la técnica de la seguridad en la montaña mediante la cuerda. Sobre el glaciar había mucho espesor de nieve reciente aunque se veían perfectamente las grietas, algunas de ellas muy abiertas y enormemente profundas. Marcharon un buen trecho hasta que, de pronto, la montaña crujió, la nieve superior inició un deslizamiento y el grupo entero empezó a descender, a caer sin control, perdiendo pie y horrorizándose todos. Cuando quedaron detenidos junto a la boca de una grieta, empezaron a tantearse unos a otros para ver si tenían el cuerpo entero y si estaban todos bien. ¡Pero faltaban tres porteadores! Les buscaron mirando en lo más profundo de las grietas, mas a pesar de todos los esfuerzos no pudieron localizarles ni hallar rastro de ellos. Habían desaparecido tragados por alguna grieta a la cual no se podía bajar. A partir de aquel momento ya no hubo discusión: proseguir hacia arriba, después del accidente, cara a un vivac incierto y marchando sobre tantas grietas era una locura. Volvieron pues a Chamonix eludiendo más desastres y dispuestos a encararse con las preguntas de todos sobre lo sucedido en lo que iba a ser el primer accidente de montaña en el Mont Blanc.



Mont Blanc.

Este trágico percance tuvo un epílogo muy posterior: en 1863, cuarenta y tres años más tarde, un guía con su cliente, marchando por la parte inferior del glaciar de Bossons, descubrieron unos restos humanos incrustados en el hielo. Dieron el correspondiente aviso y acudió la autoridad para liberar del hielo varias partes desmembradas de un cuerpo que posteriormente fue identificado como el de Pierre Balmat, uno de los portadores perdidos en el Gran Plateau cuarenta y tres años antes.

Los restos humanos habían viajado dentro del hielo haciendo un recorrido de unos diez kilómetros y bajando nada menos que ¡mil quinientos metros! Se abrió un procedimiento judicial y fueron citados los dos únicos testigos supervivientes de la expedición del Dr. Hamel. Uno de ellos, de 86 años y en plena demencia senil, no pudo recordar ni afirmar nada, mientras que el otro, que había sido gran amigo de Pierre, estaba todavía en tan buenas condiciones que tomó el brazo roto y congelado de su amigo y estrechándole la mano rígida dijo con emoción:

¡Nunca creí que iba a estrechar otra vez la mano de mi amigo, la de mi mejor amigo Pierre Balmat! ¡Ahora ya puedo morir tranquilo!

oOo

Es innombrable la cantidad de percances que han tenido que suceder en el Mont Blanc a partir de aquel primer accidente en 1820. Sin contar los que pudieron haber acontecido anteriormente a cazadores y cristaleros, los primeros que recorrían las distintas vertientes de la gran montaña.



Vertientes de Tacul.

Todos estos accidentes han mordido a alpinistas, paseantes, curiosos, niños perdidos, turistas incontrolados... Y a ellos hay que añadir 117 personas entre viajeros y tripulantes de un avión Boeing 707 de Air India que en 1975 tropezó con las altas laderas del Mont Blanc a 4500 metros, no salvándose ni uno de ellos: fueron recuperados sólo seis cuerpos porque los demás quedaron absorbidos por los hielos de la montaña, como la mayoría de los restos del avión y dos cajas. Una de estas dos cajas era la clásica «caja negra» que no apareció jamás y la otra era una misteriosa caja, que se dijo contenía oro que transportaba el avión, y la cual —según se afirma— tampoco apareció a pesar de que no faltaron buscadores oficiales y otros merodeadores menos controlados por el lugar del accidente en tiempos posteriores. Podría haber aparecido esta valiosa caja de oro sin que lo difundiesen sus descubridores. ¿Seguirá la montaña su regla normal de «devolver» muchos años más tarde todo lo que traga? Sobre este asunto se habló no excesivamente pero sí dio pie a la invención de una película que, si no recuerdo mal, no acababa aclarando nada de lo que podía haber sucedido con la caja del oro. Y en cuanto a la «caja negra» es muy posible que cuando aparezca ya no interesen los datos que pueda facilitar.

Y, hablando de oro, conviene mencionar a los hombres que desde siempre iban a las montañas en busca de filones de oro. Unos hablaban de oro para justificar sus idas a la montaña y para que no les tomaran por locos, como explicaba en principio el propio Saussure. Otros... en fin, puede

que hubiera algo de oro en el Mont Blanc. El mismo Jacques Balmat, después de haber escalado el Mont Blanc, se dedicó a buscar oro en lugares no lejanos y, si es verdad lo que explica la historia sobre su muerte, asesinado a principios del siglo XIX, podría estar esta muerte relacionada con algún posible filón de oro. El oro brilla mucho, pero ya sabemos que acarrea problemas. Esto sí es una verdadera injusticia.

Después y a lo largo de más de dos siglos, ha habido muchos accidentes en el Mont Blanc, algunos en la ladera francesa y otros en la italiana. Pero quizá algunos habrán quedado desconocidos, confundidos en la posibilidad de algunas desapariciones, enigmas que podrán salir a la luz algún día, sin lograrse saber nunca siquiera los nombres de unos y de otros.

Pero ninguno de estos percances puede ser achacado a la montaña, cuyo gran «pecado» —si es considerado «pecado»— sería llamar siempre poderosamente la atención de los hombres más idealistas^[4].

Capítulo III: Anales trágicos

1944. Tres desconocidos

En el invierno de 1944, tres montañeros catalanes perecieron en el plácido macizo de Montseny a causa de unas terribles condiciones de frío. Y entonces los periódicos, los que nunca habían hablado de montañas, se permitieron criticar y comentar la «injusticia de la montaña».

Pero, ¿es que el Montseny puede ser una montaña injusta? El Montseny, con sus 1704 metros en su cumbre más alta y a sólo 50 kilómetros de Barcelona, es hoy un parque de montaña conocidísimo, expansión dominical y hasta matinal de la gran ciudad, con rincones admirables y cumbres muy accesibles aunque lógicamente, en invierno y si nieva, puede presentar algún problema. Durante unos días muy crudos de aquel mes de enero, los tres muchachos se debieron desorientar en las laderas del Matagalls y fueron a parar a los bordes del torrente de Rentadors — un sencillísimo arroyo junto a la antiquísima ermita de Sant Segimón— que estaría todo helado. Resbalarían y se caerían a la pequeña corriente de agua y parece que uno de ellos se precipitó en un «gorg» (poza profunda llena de agua), pereciendo ahogado o vencido por el agua muy fría. Los demás perderían el control y seguirían resbalando, o se quedarían indefensos hasta ser sepultados por la nieve en algún rincón no excesivamente protegido. Cuando fueron recogidos sus cuerpos se vio que disponían de crampones ¡pero guardados en la mochila! No los habían sacado ni habían intentado utilizarlos.

La búsqueda y el rescate de los tres cuerpos congelados fue la noticia lúdica de aquellos primeros días del año 44 y, más tarde, su entierro fue una multitudinaria manifestación en Barcelona, de montañeros y no montañeros en una época en la cual no era fácil manifestarse en multitud. Los periódicos —repito, los mismos que nunca hablaban de montaña— opinaron sobre el drama con tal desconocimiento que hasta llegaron a deformar la propia opinión de los pocos que entonces estaban enterados de los problemas de la montaña.

Los comentarios del público —para quien entonces el deporte sólo se entendía con un balón, un campo verde y unas botas de fútbol y, a todo estirar, con unos guantes de boxeo— fueron elementalísimos. Los tiempos eran de privaciones y la opinión pública estaba apoyada por una cultura general bastante restringida. Y todo ello daba paso a una concepción de los hechos muy elemental.

—¡Pobres chicos! ¿Es que no sabían que las montañas son muy peligrosas, y mucho más todavía cuando hay nieve?

—¿Quién les mandó marcharse al monte, con lo bien que se está el domingo descansando en casa?

—¡Y creo que no cobran nada por ir a la montaña!

Pero posiblemente nadie comentó o pensó:

—¿Por qué no hay alguna entidad o algún sitio donde enseñen a andar por la montaña?

Realmente este sitio y estas entidades de enseñanza ya existían en aquellos años, pero su divulgación estaba restringida.

oOo

1946. Ernest Mallafré

Poco tiempo después surgió otro drama en la montaña catalana. Pero este fue completamente distinto.

El grupo que lo sufrió estaba compuesto por tres montañeros de reconocida solvencia. El más veterano de ellos había estado todo el tiempo de la guerra en Andorra y sabía andar por las montañas, bien y en todo tiempo. Los otros dos, algo más jóvenes, eran corredores de esquí de fondo de primera línea y buenos escaladores de alta montaña. Uno de ellos, Ernest Mallafré, estaba tan en primera línea de los escaladores catalanes de la época, que acababa de escribir un libro de técnica de escalada en roca y en hielo, a punto entonces de aparecer, y llamado a ser como «la Biblia» de los montañeros españoles de la posguerra durante mucho tiempo.



ERNESTO MALLAFRÉ PLANELLA

ERNESTO MALLAFRÉ
Miembro del C. A. D. E. del Centro Económico de Cataluña

ESCALADA

ILUSTRACIONES DE JOSÉ ARTIGAS

Prólogo
de
ESTANISLAO FELICER



EDITORIAL JUVENTUD

Ernest Mallafré fue el autor del primer libro de técnica de alpinismo publicado en España. Pero él no llegó a ver su trabajo en forma de libro, ya que fue publicado en 1947 y él había muerto, arrastrado por una avalancha en el Pirineo Catalán el 31 de diciembre de 1946.

Y precisamente tuvo que ser este, Ernest Mallafré, la víctima del drama. Descendían del pico Monastero —situado en el actual parque de Aigüestortes— cuando una enorme avalancha de nieve se desprendió bajo los pies de Mallafré precipitándose por una ladera muy cortada y arrastrándole en una caída casi vertical de trescientos metros. Sus compañeros, horrorizados al verle desaparecer, tuvieron que bajar rápido, pero con mucho cuidado, para acudir a la base de la avalancha y hurgar allí desesperadamente en la nieve revuelta y cuarteada, buscando al compañero desaparecido para, si era posible, librarle de la opresión que le sepultaba y salvarle, si no había muerto en la gran caída. Pero no pudieron dar con el compañero y, tras varias horas de búsqueda, cuando vieron que se hacía ya de noche y que no podían hacer nada más, tuvieron que marcharse de allí bajando con el corazón contrito hasta el pueblo de Espot, y desde allí llamar a Barcelona en demanda de ayuda.



Traslado del cuerpo de Mallafré. Fotos verídicas (I).



Traslado del cuerpo de Mallafré. Fotos verídicas (II).

En aquellos tiempos no existían los magníficos grupos de rescate de montaña actuales y al momento se tuvo que movilizar entre los amigos una acción para acudir en la búsqueda; cuando

estos llegaron al lugar tuvieron todavía que pasar dos días de intenso trabajo hasta hallar el cuerpo congelado del compañero, que estaba con cuatro metros de nieve revuelta por encima de él. Quien escribe estas notas era entonces el elemento más joven del equipo de rescate y hoy sigue recordando —tantísimos años más tarde— la tristeza y dureza de aquellos días de fuerte bregar, que le impactaron muchísimo en su espíritu cuando no había tenido tiempo de templarse.

Esta vez, dada la categoría del afectado, no hubo comentarios sobre el drama. La valía de Mallafré y de sus compañeros estaba bien reconocida y no se podía admitir que hubieran cometido ellos algo erróneo como causante del accidente. La zona del accidente no era un territorio peligroso, ni siquiera lo podía ser en pleno invierno. El material de la época no tenía los refinamientos del actual pero aquellos montañeros disponían de lo necesario para la alta montaña en invierno y —lo que vale mucho más— sabían emplear correctamente este material.

Mallafré fue enterrado en Espot y entró en la Historia de las Montañas, y no ha sido olvidado porque, además de su actividad, quedaría su libro como una herencia hacia todos los montañeros españoles. Él no llegó a verlo publicado pero después de muerto sus páginas siguieron enseñando de manera muy clara, durante décadas a generaciones y generaciones de montañeros españoles, todo lo que debe hacer y lo que no debe hacer un montañero en la roca y en el hielo. Muy cerca del lugar de su accidente, el actual refugio «Ernest Mallafré» sigue recordando su valía.



El antiguo refugio J.M. Blanc, en invierno de 1947, base de la búsqueda de Mallafré.

Las causas de la avalancha eran los peligros clásicos de la montaña. Se sabe que al iniciar el descenso del pico de Monastero uno de ellos evitaba pisar la nieve buscando las rocas en la bajada porque no disponía de unos botines y por ello no deseaba que le entrara nieve por el cuello de las botas. Mallafré, por el contrario, tenía buenos botines y podía bajar por la nieve sin temor. El tercero, mientras pensaba si se metía por la nieve o si buscaba las piedras, vio abrirse la avalancha delante de él, con tiempo justo de salvarse... Tenían los tres la suficiente experiencia para saber lo que debían hacer.

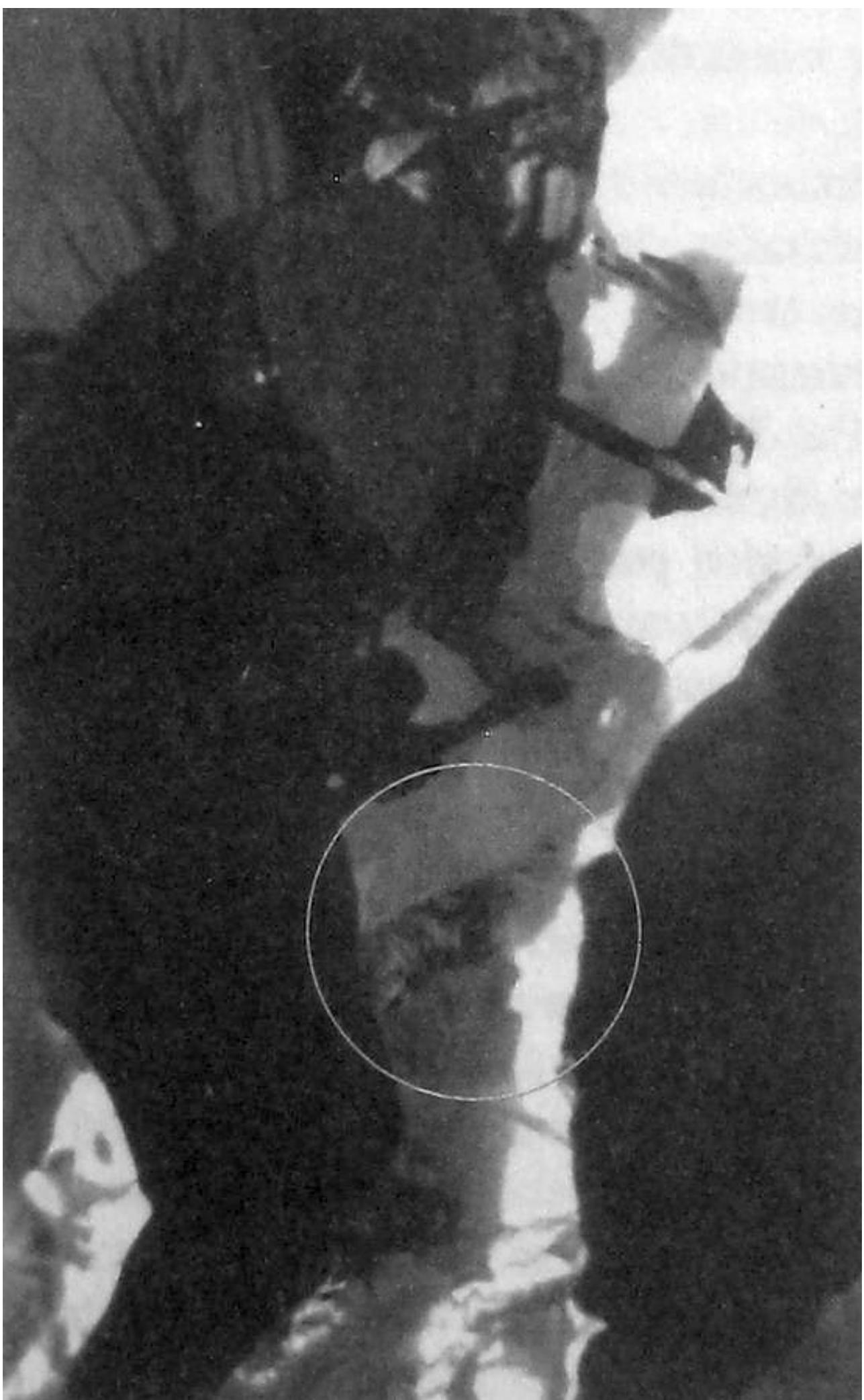
Pero algún «poder superior» decidió que tenía que iniciarse el desprendimiento de nieve. ¿De dónde procedía este «poder»? ¿Era mala suerte? ¿Era un imponderable? ¿Era una fatalidad?

Han pasado casi sesenta años, y los que pueden recordar el hecho o los que han leído algo sobre ello siguen sin poder conjeturar nada.

Pero desde luego, en la montaña, en el extraordinario ambiente tanto invernal como estival de aquellas cumbres de la zona —Monastero, Peguera, Encantats, Ratera, Mainera, Subenulls,... las

«Montañas Sagradas» del montañismo catalán de todas las épocas— jamás se ha efectuado el más pequeño reproche —¡ni soñarlo siquiera!— a Mallafré y sus compañeros por el accidente.

Ernest Mallafré siempre será un símbolo. Símbolo del alpinista completo, símbolo de la técnica de montaña, símbolo del cariño hacia las montañas. Su accidente tuvo que ser causado por un desgraciado momento de mala suerte.



Jamás nadie ha dicho, ni creo que nadie lo pueda decir nunca, que la muerte de Mallafré hubiera sido una injusticia, ni de los hombres ni de las montañas. Nadie osó entonces mencionar «la montaña homicida», la terrible frase de otros lugares y de otros tiempos.

oOo

1952. Edouard Poincenot

¡Cuántas veces se ha afirmado que los desastres que suceden a los montañeros o alpinistas son injusticias de la montaña!

¡Y cuántas veces es completamente incierta esta afirmación!

Hace muchos años —¡más de cincuenta ya!—, me llamó la atención el titular de una revista francesa de gran divulgación, de las pocas que entonces ya se ocupaban un poco del alpinismo, donde figuraba la palabra «*injustice*»: «*La mort d' Edouard Poincenot est une injustice*».

Y entonces me dediqué a estudiar detenidamente los hechos y la frase.

Edouard Poincenot había sido a mediados del siglo xx un buen alpinista francés, lo suficientemente bueno como para ser elegido para figurar en la primera expedición francesa, en 1952, a la Patagonia, precisamente la que culminaría, también por primera vez, el famoso Fitz-Roy. En plena marcha de aproximación tuvieron que atravesar un torrente muy caudaloso y, para hacerlo con lo que creyeron era seguridad para todos, pasó el primero encordado, con agua hasta la cintura, y al llegar a la otra orilla fijó la cuerda como pasamanos y así fue pasando todo el grupo, vadeando con sus cargas, sujetos a la cuerda fija con un mosquetón corredizo. Pero Poincenot tuvo la mala suerte de resbalar cuando atravesaba el río, llevando una pesada carga, con la doble mala suerte de que, empujado por la fuerza del agua, corrió todo el largo de la cuerda, deslizándose por ella con el mosquetón; pero, siguiendo con la mala suerte, la cuerda se soltó del punto donde estaba fija en la otra orilla, y continuó la mala suerte por parte de Poincenot cuando halló un nudo en el punto final de esta cuerda suelta, precisamente donde el cauce tenía un profundo bache en el cual se hundió él con su carga, atascado por el nudo y sin probabilidad de quitarse la carga ni de soltarse debido al fuerte empuje de la corriente. Y así, Poincenot, el gran alpinista, tuvo que morir trágicamente ahogado en un pequeño río argentino que sólo tenía un nivel algo más alto de lo normal por estar sus aguas muy crecidas.

¿Podía ser una injusticia de la montaña este desgraciado accidente? Yo siempre he creído que aquello no fue una injusticia de la montaña y que el titular de la revista estaba desacertado. ¡Si ni siquiera estaban presentes todavía las montañas! Fue un terrible caso de mala suerte, un lamentable cúmulo de entrometidas circunstancias, excesivamente mal conjugadas y destinadas a llegar a tan triste final. Cabía pensar que pudiera ser un caso de imprevisión cuando se fijó la

cuerda al otro lado del río. Podía asimismo haber sido un error de cálculo del mismo Poincenot al pasar el río sin tomar las debidas precauciones. Pero una injusticia de la montaña no fue. No podía serlo.

Sus compañeros pudieron llorar libremente y lamentar su pérdida, pero tampoco podían llamar «injusticia» al accidente. En principio pensaron en volverse atrás, en honor al montañero muerto, pero enseguida recapacitaron y decidieron proseguir hacia delante en honor al compañero fallecido. Y así se logró el primer éxito francés en los Andes: el famoso Fitz-Roy, escalado por Guido Magnone y Lionel Terray tras varios vivacs. Tuvieron que luchar firme, tanto la cordada como su equipo de apoyo, y no sólo contra la enorme dificultad de la roca, sino también bajo el durísimo clima patagónico, arrostrando unos terribles vientos. A lo largo de medio siglo, las cosas han ido cambiando bastante en la Patagonia, y ahora ya no presentan tantos problemas los ríos para ser cruzados. El mismo Fitz-Roy, no es ya la montaña «imposible» que hallaron los franceses. Pero los vientos siguen siendo igual de fuertes y el frío sigue arreciando también de la misma manera. Por ello las montañas graníticas de aquel Cordón Adela siguen figurando entre las cumbres más famosas del globo: por su belleza, por la solidez de su piedra de granito recubierta de hielo, por la dificultad técnica y por su situación en la parte más austral del mundo.

Edouard Poincenot no llegó a descubrir el llamativo grupo de solemnes agujas de granito que forman el Cordón Adela cuyas fotografías en blanco y negro habían admirado tanto los franceses antes de partir. Ni supo jamás que una de ellas, la más airosa punta vecina al Fitz-Roy, iba a eternizar su nombre: Aguja Poincenot. Su nombre quedó allí aplicado. La airosa punta de roca que nadie había tenido ocasión todavía de escalar ni de bautizar, y muy pocos de conocer ni de lejos, entró en el mapa de los Andes con el nombre del alpinista francés ahogado. De esta manera, la altiva aguja vecina del Fitz-Roy, mucho más difícil todavía, tomó más importancia y, a pesar de varios intentos, tenía que seguir siendo virgen durante mucho tiempo.

Edouard Poincenot, aquel buen alpinista francés que no llegó a ver ni a tocar con sus manos la roca del Cordón Adela, sigue perdurando, existiendo inmerso en la toponimia de aquellas tierras tan lejanas a las suyas. Y su nombre es bien conocido hoy por los alpinistas de élite de todo el mundo.

La aguja Poincenot tardó mucho en ser conquistada (en 1962, por una expedición británica dirigida por Don Whillans) y sigue hoy siendo admirada, temida y respetada por todos los alpinistas y «*treckers*» que —ahora sí— acuden a aquel durísimo y hermosísimo lugar del fin del mundo.

Puede que la triste historia de Edouard Poincenot haya ido entrando en el olvido, lo cual sí sería una injusticia. Con estas líneas yo desearía haber renovado el recuerdo de quien fue un gran alpinista, y precisamente hijo de la firme nación que descubrió el alpinismo: Francia.

Capítulo IV: Himalaya: montañas justas, hombres injustos

No existe duda alguna de que a lo largo de muchos siglos habrán sucedido en todo el Himalaya una enorme cantidad de injusticias porque los hombres, sean de la raza que sean, siempre pueden ser injustos. De épocas remotas no es posible comentar nada ni aventurar ninguna idea porque, aunque evidentemente tuvo que haber irregularidades en los tratos humanos, serían hechos que no pueden haber llegado a conocimiento de los hombres de occidente.

Pero cuando queremos introducirnos en la actual historia de los Himalayas (y al decir «Himalayas» me refiero a todas las montañas que en principio se denominaban así, las de Asia Central general, las que pueden abarcar todo lo que hoy conocemos como Himalaya, y el Karakórum, el Tien Shan, el Kuen-Lun o Montes Celestes, y hasta el nudo del Pamir) referida desde la mitad del siglo XIX, debemos consultar escritos ingleses y posiblemente también rusos ya que, dada la condición política o imperialista de estas dos naciones, tenían que proceder de ellas los primeros occidentales que pudieron adentrarse en estos territorios fabulosamente desconocidos.

Pero, curiosamente, no fueron de estas nacionalidades los primeros hombres que, como alpinistas, se internaron en aquellas montañas. Fueron unos germánicos, los hermanos Schlagintweit (Hermann, Adolph, Roger y Emil). Los cuatro eran geógrafos ya muy experimentados en los Alpes y por esta causa acudieron allí con tratados en 1845 por la Compañía de Indias Orientales para intentar aclarar el gran maremágnum de montañas centroasiático. Hicieron mucho trabajo y bueno: durante casi tres años llegaron a establecer la altitud de más de mil puntos geográficos en Assam, Sikkim, Nepal, Kumaon y Karakórum, alcanzando asimismo a localizar cadenas y altitudes en el todavía más nebuloso Kuen-Lun. Tan enorme trabajo no les fue reconocido por completo, ni ha sido ni lo será jamás: Inglaterra, la gran poseedora de la inmensa zona llamada genéricamente La India, no divulgó excesivamente la labor de estos hombres, posiblemente a causa de tener otros servicios británicos en la misma tarea, y por tratarse de geógrafos extranjeros contratados. Pero esta no fue la mayor injusticia que sufrieron los hermanos Schlagintweit: una mayor injusticia cayó sobre la persona de Adolph cuando fue asesinado en Kashgar (Turkestán Chino) sin que por parte de las autoridades coloniales fueran indagadas las causas del crimen, ni quiénes fueron los culpables de ello. Y otra injusticia —esta menor, naturalmente— la podemos hallar también cuando los Schlagintweit descubrieron el monte Kamet y, fascinados por esta gran montaña del Garhwal (India) de 7756 metros, decidieron escalarla ya que, si bien habían ido allí como geógrafos, ante todo ellos eran alpinistas. En 1855 llegaron a vivaquear a casi 5900 metros, y hasta superaron los 6800 metros en las laderas de la vecina cumbre Abi Gamin, aunque no pudieron llegar más alto. La verdadera injusticia es que la historia de aquellas montañas, escrita por los ingleses, no habló casi nada de este hecho ni se divulgó el gesto en un territorio gobernado y dirigido colonialmente por Inglaterra. Con todo, el récord de altitud les fue reconocido y les perduraría durante más de cinco años, hasta que fue escalado el monte Shilla de 7029 metros en el Punjab. El Kamet tardaría mucho en ser conquistado, no

logrado hasta 1931 por los ya famosos alpinistas ingleses Eric Shipton, Frank Smythe y R. Holdsworth, acompañados de un sherpa cuyo nombre parece que no merecía ser divulgado en aquella época.

En el segundo tercio del siglo XIX otros topógrafos, estos británicos y pertenecientes al Indian Survey, se dedicaron a cartografiar el Karakórum. El jefe de ellos, el coronel Godwin Austen, había dado a conocer una montaña muy vistosa y alta, tan llamativa que no podía pasar desapercibida y cuyos cálculos de altitud resultaban muy altos: tan altos que al poco tiempo ya se supuso que iba a ser la segunda cima del mundo. Inicialmente, en aquella zona también habían empezado a denominar las cimas cartografiadas con siglas, y a esta montaña le correspondió la sigla K2, aunque el grupo de geógrafos decidió llamarla con el nombre de su jefe, así como dar el mismo nombre al extenso glaciar que corría a sus pies. En esta cumbre no ha persistido casi el nombre inicial del geógrafo descubridor —Godwin Austen— y sí la sigla K2 pero en el glaciar sí: el glaciar sigue llamándose Godwin Austen mientras que la cumbre es mundialmente conocida como K2, aunque, injustamente, casi se ha olvidado el nombre original: Chogori.

Y puestos a hablar de denominaciones injustas se pueden mencionar otras incorrecciones toponímicas, algunas de las cuales ya pueden ser consideradas como injusticias.

Una cuádruple injusticia es la relativa a la denominación de una gran cumbre situada en la línea fronteriza entre el reino del Nepal y el del Tíbet. A medida que iban siendo cartografiadas, las muchas cimas de esta zona iban recibiendo cada una la clásica y fría sigla, sin que los topógrafos europeos se molestaran en averiguar los nombres que desde siempre les podían haber dado los indígenas. A la citada gran cumbre, bastante prominente por cierto, le correspondió la sigla Pico XV, y durante mucho tiempo figuró en los apuntes del Indian Survey con este anodino nombre, sin siquiera haberse calculado con cierta exactitud su altura. Pero un día, un cartógrafo de la oficina al hacer cálculos observó, puede que con no poca sorpresa, que el Pico XV era muy llamativo. La altitud de este pico era muy superior a las de otras montañas conocidas, fueran cercanas o más lejanas. El funcionario acudió a comunicar su descubrimiento a su jefe, quien al momento decidió dar a este pico un nombre más personalizado y para ello nada era mejor que aplicarle el ilustre apellido de *Sir George Everest*, el jefe anterior del Indian Survey, un gran personaje que había desarrollado una ingente labor como es la medición de un arco de meridiano entre el cabo Comorin y el Himalaya, trabajo que ponía al día toda la geografía mundial de la época. Y así quedó bautizado de manera europea el Monte Everest, a mediados del siglo XIX (1849-1850).

Pero con ello no queda todo dicho sobre la toponimia de este pico. El Pico XV o Monte Everest tenía ya anteriormente otras denominaciones que, por si fuera poco, eran distintas por ser de distintas procedencias: desde el norte los tibetanos llamaban a la gran montaña Chomolungma, que en su idioma significaba «Diosa Madre de Todas las Tierras» porque le habían adjudicado metafóricamente un trono de cristal —o de hielo— en su punto más alto. Y, al sur, los nepaleses la llamaban Sagarmatha, que es algo así como «Donde el Pájaro No Vuela Tan Alto». O sea, que el Everest o el Pico XV ya tenía anteriormente otros dos nombres, muy floridos y poéticos los dos, bien cargados de luz y de expresión. El nombre de Everest ha sido adoptado en los tiempos

modernos por los mismos sherpas de la región. Ello no significa que se hayan olvidado de las denominaciones de sus abuelos hacia cumbre tan alta y resplandeciente, visible desde todas partes. ¿Quién podrá negar que haya algo de injusticia en todo este juego de cambios toponímicos, por conveniencias de los pueblos extranjeros, en desprecio de las denominaciones ancestrales de los pueblos autóctonos?

oOo

El primer drama en el Himalaya ocurrió, en 1895, cuando desapareció Mummery en el Nanga Parbat.

¿Fue una injusticia de la montaña la desaparición de Mummery?

El «Gran Mummery» era, cuando finalizaba el siglo XIX, el más famoso entre los alpinistas ingleses. O sea que, por ser inglés y dada la época, era el alpinista más famoso del mundo. Era bueno, simpático e inteligente, y se sabía hacer acompañar de gente también buena. Incluso le admiraban los guías de los Alpes, que entonces eran todavía algo toscos, aunque muy creídos de su propia fortaleza y valía. Mummery había estado en el Cáucaso, enorme núcleo montañoso considerado en aquel momento como la puerta de ingreso a unos desconocidos y todavía inabordables Himalayas. Se enfrentó alegremente, muy seguro de sí mismo gracias a sus éxitos permanentes, a la cumbre más occidental de la nebulosa de montañas del Asia Central. Esta montaña, en idioma sánscrito, recibía el nombre de Nanga Parbat, o sea, Montaña Desnuda. Todas las montañas son más o menos desnudas pero aquella se presentaba lejana, desprotegida, sin reservas, áspera, cruelmente luchadora. Mummery llegó a su base, instaló su campamento en un lugar idílico que llamaron La Pradera de las Hadas y, desde allí y sin más preámbulos, partió hacia un reconocimiento, o ya hacia la escalada, acompañado de dos soldados gurkas de confianza. ¡Y ninguno de los tres retornó nunca más!

Mummery fue la primera víctima occidental del Nanga Parbat y también de todos los Himalayas. Pero no sería la única. Y el mismo Nanga Parbat lograría ver transcurrir más de medio siglo sin ser conquistado. En todo este tiempo, muchos hombres irían siendo apuntados en la lista negra de la misma montaña, la primera relación terrible de muertos y desaparecidos en una sola montaña.

¿Tuvo la culpa el Nanga Parbat de la desaparición de Mummery y su equipo, o fueron los propios alpinistas los culpables de ella?

Mummery era un gran montañero, un hombre franco y muy seguro de sí mismo en los Alpes. Se supuso que si en algo pudo fallar él sería por haber calibrado el Karakórum con la misma vara de medir que se empleaba para considerar la dificultad de las montañas en los Alpes.

Otros aseguraron que no: que el espíritu maligno del propio Nanga Parbat era un terrible culpable de aquella primera desgracia en sus laderas, de la misma manera que sería también el culpable de las que iban a seguir en toda su zona de influencia.



Mummery. Desaparecido en el Nanga Parbat en 1895.

Sobre esta cuestión hoy, pasados más de cien años, sigue siendo difícil opinar. Y más difícil lo es cuando nadie ha podido saber exactamente qué le pudo haber sucedido al inglés y a sus dos gurkas. Ya no hubo en el Nanga Parbat otros intentos de escalada hasta los años treinta del siglo XX, todos ellos promovidos por alemanes y austríacos que en aquellos tiempos hitlerianos formaban una misma nación, muy deseosa de superar y demostrar triunfos sobre los otros pueblos. Por dos veces la montaña —o los elementos que defendían a la montaña— detuvieron con terrible fuerza la acometida: ¡veintidós muertos entre sherpas y germanos, y entre ellos la flor y nata de los alpinistas centroeuropeos del momento! Y cuando, finalmente, en 1953 fue vencido el Nanga Parbat por un hombre solo que había desobedecido las órdenes del jefe de su expedición, las características que se divulgaron de aquella ascensión fueron más que dramáticas: Hermann Buhl,

tirolés y austriaco, buen alpinista en su tierra pero nada conocido entonces en el ambiente mundial, quedó solo cuando sus compañeros se retiraban obedeciendo órdenes del jefe. Él, impertérrito, prosiguió hacia la cumbre, la alcanzó, dejó en ella su piolet como comprobante y empezó a descender, enfrentando un alucinante vivac, sin saco de dormir ni protección alguna y en el cual, según aseguró, «recibió la visita» de demonios, dioses y otras visiones. Después retornó al campamento base de su expedición. Y entonces sí, allí fue bien recibido y agasajado por todos, hasta por el jefe, olvidada la desobediencia^[5].

Pero todas las crónicas posteriores explican que la montaña, la terrible Montaña Desnuda, no se resignó a verse vencida por un hombre solo y quiso tomar venganza: no mucho más tarde, el propio Hermann Buhl tenía que caer y desaparecer al romperse bajo sus pies una enorme cornisa durante el descenso de un intento al Chogolisa, otra montaña relativamente vecina del Nanga Parbat.

Mas la historia de las montañas no puede estacionarse en este punto y sigue explicando que la insaciable Montaña Desnuda o Nanga Parbat no iba a quedar resignada. En 1970, cuando los jóvenes hermanos Messner, italianos (aunque de raza austriaca-tirolesa por pertenecer al Tirol del Sur), vencieron al Nanga Parbat por la arista de Rupal, la terrible montaña quiso cobrarse con la vida de uno de ellos, Günter Messner, durante el descenso por la vertiente contraria, la llamada de Diamir. El hermano mayor, Reinhold Messner, quedó también como desaparecido durante muchos días aunque pudo reaparecer y recuperarse milagrosamente.

¿Fue todo ello una venganza de la montaña?

¿Todo este cúmulo de desgracias fue dirigido precisamente y exclusivamente por un genio misterioso contra los grupos germánicos?

¿Tiene alma esta montaña, de la cual se ha dicho siempre que está desnuda?

¿Puede ser una terrible venganza todo cuanto se ha ido desarrollando en el Nanga Parbat?

¿Puede ser tan mala, tan vengativa, el alma de una montaña?

Después de todas estas preguntas vemos que lo que sí está fuera de dudas y de interrogantes es la idea de que el hombre es persistente, y que esta persistencia puede convertirse en agresividad.

Y que su amor a las montañas puede convertirse en amor propio, el cual puede aplicarse también en ímpetu, convertible en mayor agresividad contra el objeto de amor primero, la montaña.

Es evidente que este ímpetu y agresividad puede evolucionar en reveses, accidentes, desastres, venganzas. ¿Injusticias entonces?

Injusticias por parte de la montaña no, porque la montaña se limita a estar allí, donde ha estado solitaria y quieta todos los siglos. Simplemente podrá ver cómo todos los elementos —o el orgullo de los hombres, que a veces llega a cegarles— causan las desgracias que luego se achacarán a la montaña y se dirá —demasiado ligeramente— que «es la venganza de la montaña».

Reinhold Messner empezó a darse a conocer a sus veintiséis años, después de haber vivido el drama en el Nanga Parbat que costó la vida a su hermano. Günter desapareció mientras descendían y él ya no pudo verle nunca más. Ahora, en 2004, cuando ha rebasado los sesenta años, dice que quiere volver al Nanga Parbat en busca de los restos de su hermano^[6].

El doctor Alexander Mitchel Kellas fue el primer gran vencedor en el Himalaya y también el primer gran vencido. Era un médico y químico escocés nacido en 1868 y trasladado profesionalmente a la India, donde encajó muy bien, interesándose en seguida por las montañas del Sikkim. Fue el primer científico-alpinista que dedicó sus conocimientos y experiencias médicas a estudiar los problemas que la altitud causa en el organismo humano, lo que entonces se llamaba «mal de montaña». En 1910 y 1912 logró escalar cimas de importancia: el Pauhunri, de 7128 metros, que fue la cumbre más alta escalada de la época, el Chomoyummo de 6829 metros, y el Kangchenyao de 6889. Más tarde tanteó el Nanga Parbat y también el Kamet, aunque en estos intentos no tuvo ningún éxito, no por fallo suyo sino porque no estaba maduro todavía el himalayismo. Nunca dejó sus estudios sobre la influencia de la altitud en el organismo de los hombres. En ello se interesó profundamente basándose en las experiencias propias y de sus compatriotas y sobre todo, en las de los indígenas de las montañas, queriendo saber lo que sentían y lo que les acontecía cuando iban ganando altura. Estudió las diferencias entre las sensaciones y reacciones de distintas razas. Así, fue Kellas el primero en descubrir y recomendar la posibilidad de adaptación del cuerpo humano al ambiente de las alturas. Y así fue, realmente, el descubridor y precursor de la aclimatación. Como fue también el descubridor de la superior capacidad física y humana de los sherpas y los bothias en la alta montaña, y fue el primero que recomendó los servicios de los nativos en las expediciones de altísima montaña.

Cuando se organizó la primera expedición británica al Everest para 1921 aceptó alborozado la invitación que se le hizo para participar en ella y, a pesar de su ya algo madura edad y de su salud bastante resentida, se unió a ella, dejando todos sus otros menesteres para dedicarse de pleno al éxito de la expedición y al estudio del comportamiento humano en la altitud.

Pero en plena marcha de aproximación —que entonces tenía que ser larguísima porque había que llegar al Everest por el norte, por el Tíbet— cuando la caravana atravesaba el Kang-la, un collado de 5200 metros, el doctor Kellas se sintió súbitamente mal y, víctima de una afección cardíaca, murió sobre las piedras, casi sin avisar. Los porteadores dijeron que «el viento del Tíbet lo había matado» pero esta aclaración no era válida porque aquel científico llevaba treinta años triscando por las montañas, con viento y sin viento, y en todo este tiempo había sido el primer europeo en escalar las montañas más altas. Sus compañeros explicaron otro motivo de su muerte: que era demasiado impulsivo y que últimamente se había esforzado en exceso, comiendo y durmiendo mal en sus ascensiones recientes, sin haberse podido recuperar. Y que sufría una debilidad del corazón mal atendida y ello fue la causa de su muerte.

Lo enterraron allá mismo, en pleno Tíbet, a 5200 metros de altitud, cerca del monasterio-fortaleza de Kamba Dzong, a la vista del Everest y no muy lejos de sus victorias en el Pauhunri, Chomoyummo y Kangchenyao.

Nadie dijo entonces que su muerte fuera una injusticia y menos que pudiera ser una venganza de las montañas. Al contrario, un antiguo servidor suyo en el Sikkim, de raza bothia, que había ido

con él en muchas ascensiones, explicó con su florido lenguaje que «los dioses de las montañas habían deseado que se quedara con ellos en vez de volver a la Isla de las Brumas, y que por tal causa le concedieron el final de su vida en el territorio sagrado del Tíbet».

Fue a partir de los estudios de Kellas que los hombres empezaron a tener en cuenta científicamente los efectos de la altitud, distintos en los diferentes organismos de distintas razas. Y en estos estudios empezaron a basarse las leyes, hasta entonces ignoradas, de la aclimatación.

Ya pocos se acuerdan hoy del doctor Kellas, porque su nombre figura sólo en los viejos libros del himalayismo. Pero tiene que estar grabado todavía en las piedras amontonadas de una tumba que persistirá en un collado del Tíbet. Si hoy los hombres pueden señorear con orgullo en las montañas más altas de la tierra, ello es gracias a las primeras experiencias de aquel olvidado montañero, médico y químico, que todo cuanto iba descubriendo lo aplicaba a su gran amor hacia las montañas.



La tumba del doctor Kellas, en el Kang-la a 5200 m.

Después de la primera expedición de 1921, la que contempló la muerte de Kellas, hubo otras dos expediciones oficiales inglesas, todas con el Everest como meta. Todas fueron organizadas en Londres por el Comité del Everest. La de 1921 había sido de tanteo, de aproximación y estudio del territorio. En la de 1922 ya se tocó físicamente la montaña del Everest y se fueron tomando experiencias: en ella se aprendió que aquella montaña era muy distinta de las de los Alpes y del Cáucaso ya conocidas, y que exigía otra técnica y otros sistemas de ataque. Además en ella sobrevino una cruel avalancha en el Collado Norte en la cual perecieron siete sherpas, y hubieran muerto muchos más de no mediar el comportamiento enérgico y heroico, extraordinariamente humano, de Mallory y Somervell, quienes supieron considerar como seres humanos a unos simples porteadores indígenas —cosa no muy corriente en la época de la India colonial— y expusieron su vida para salvar a muchos. Los sherpas supervivientes asimilaron la acción y se lo agradecieron eternamente, y gracias a ello empezó entonces a tomar cuerpo la hermandad montañera occidente-oriental que se ha convertido hoy en muy habitual en el mundo himalayista.

La tercera expedición fue en el 1924, discurriendo, como todas, por el Tíbet, glaciar de Rongbuck y Collado Norte. Se tardó más tiempo —dos años— en prepararla para poder hacer un trabajo y una programación concienzudos. La mayoría de los participantes poseían ya experiencia y veteranía, no sólo de la montaña a secas, sino del Himalaya. Esta expedición, según se ha explicado centenares de veces, estuvo a punto de alcanzar la cima, y todavía hoy no se puede precisar si fue o si no fue alcanzado el punto más alto del Everest por George Mallory y Mathew Irvine, desaparecidos, aunque con el mucho tiempo transcurrido y lo mucho que se ha ido allá posteriormente y por todas las vertientes, si bien se han hallado rastros suyos, ninguno ha sido en las inmediatas cercanías de la cumbre.

Es muy conocido, y muy repetidas veces explicado, el desenlace de aquella expedición: un campamento (una tienda sola en realidad) marcado con el número VI llegó a ser colocado a 8175 metros. De allí debían partir Mallory e Irvine hacia la cumbre, el día 6 de junio de 1924, mientras su compañero Odell, situado en un campamento inferior estaba allí para apoyarles; cuando ellos subían hacia la cumbre, Odell tenía que subir a la tienda del VI, prepararles comida y bebida caliente para cuando bajaran, atenderles si lo necesitaban y, posiblemente, bajar él al V para dejarles espacio libre en la pequeña tienda, a fin de procurarles más comodidad para su descanso. Llegó Odell al campamento VI y desde allí vio a dos puntitos subiendo, con retraso en relación al horario previsto, y escalando el Primer Escalón de la Arista Noroeste. Luego, las nubes le ocultaron la visión. Más tarde, cuando hubo mejor visibilidad, estuvo escrutando ansiosamente los dos escalones de la arista, pero ya no pudo ver más a los dos puntitos móviles. Por la tarde se tuvo que bajar a su tienda, dispuesto a subir de nuevo al campamento VI con el nuevo día para atender a sus compañeros.

Pero al llegar allí al nuevo día, Odell comprobó con gran sentimiento que Mallory e Irvine no habían regresado. Ni volverían ya jamás. Ni nunca jamás se supo lo que les pudo haber sucedido.

Se especuló muchísimo sobre la posibilidad de que hubieran llegado a la cumbre —los dos o uno solo— y que se hubieran quedado allí a morir, o que hubieran perecido en el descenso. Pero nada se ha hallado posteriormente que pueda confirmar alguna de estas suposiciones. No se halló entonces, y sigue sin ser hallado, nada concluyente.

Años después (1933) fue encontrado un piolet entre 8400 y 8500 metros que por algunos detalles se supo más tarde que era el de Irvine. Y mucho más tarde (1999) se descubrieron unos restos humanos a 8156 metros, dramáticamente destrozados y que, por exactos detalles, se identificaron como de Mallory. Pero tanto el piolet como los restos humanos fueron hallados fuera de la trayectoria de su posible ascensión frustrada. ¿Qué podía haberles sucedido? ¿Se habían caído despeñándose hacia muy abajo?

Por otro lado y en repetidas ocasiones se ha pensado en la posibilidad de hallar la pequeña cámara fotográfica de bolsillo que llevaba Mallory, cuyo carrete, de poder ser revelado, podría aclarar hechos. Pero este hallazgo no se ha realizado hasta el momento actual (2004).

Mallory e Irvine quedaron desde entonces en el limbo del Everest y siguen siendo los principales mitos de la gran montaña. Se ha escrito mucho sobre su posible suerte, se ha fantaseado, se han imaginado historias más o menos veraces o fantásticas. Pero ochenta años más tarde, sigue sin saberse nada en concreto de lo que pudo ocurrir a los dos alpinistas^[7].

¿Fueron víctimas del Everest? ¿Fueron ellos, por su sola condición de alpinistas, los causantes de haber desencadenado el furor de las montañas? ¿Existió realmente este furor?

No. La montaña no tiene furor, por muy alta e inaccesible que sea. Los elementos sí pueden presentarse duros en ella. Pero ella, por sí sola no es un ser con posibilidad de mover los elementos contra los hombres. No puede ser considerada una injusticia la desaparición de Mallory e Irvine. Ellos sabían bien ante lo que se enfrentaban, más todavía que Kellas y Mummery, y fueron hacia allá con la cabeza muy alta y con el corazón muy abierto. Y si la montaña tiene corazón, tuvo que haberles acogido en su regazo.

Allí quedaron y allí siguen sus cuerpos, y los que creen en la permanencia de las almas las localizarán allí en lo alto. No sabemos si algún día, algún hallazgo más explícito de ellos mismos nos podrá revelar lo que pudo haberles sucedido en el punto más alto y más famoso del mundo.

oOo

Cuando hemos llegado a los principios del siglo XXI y podemos revisar ya con una cierta perspectiva histórica la trayectoria de los hombres en el Himalaya, se puede comprobar cómo, especialmente en los últimos cincuenta años, esta ha sido cada vez más densa y victoriosa. Pero también ha sido densamente trágica. Sería larguísimo enumerar uno a uno todos los accidentes acaecidos en toda la cadena de los Himalayas, aunque también sería inacabable enumerar las victorias y las primeras ascensiones obtenidas. El alpinismo cada vez es más perfecto aunque también puede motivar ineludibles comentarios: convendría especificar bien si el hombre ha vencido a la montaña, o si ha sido la montaña la que se ha querido cobrar en muertes, padecimientos y calamidades los ataques sufridos por acción del hombre. Y en tal caso, ¿será justa

o injusta la montaña?

No son estas páginas el lugar adecuado para hacer una relación íntegra de estas injusticias (¿o justicia?) de la montaña: el Everest, el antiguo Pico XV o, según se mire desde el Tíbet o desde el Nepal, el Chomolungma o el Sagarmatha, es la cumbre más alta del mundo, y esta cualidad lo convierte en algo mucho más superior que ser una montaña a secas. Para muchos hombres actuales ya no existe en ella el corazón o el romanticismo que siempre se ha querido hacer emanar de otras montañas: de cualquier otra montaña menos el Everest. En el Everest quiere triunfar ahora el poderío, la ambición, el orgullo, la soberbia de algunos seres que aunque sean humanos y están en la montaña, ya dejan de ser hombres-montañeros o hombres-alpinistas. El Everest es la única montaña que ha dejado de ser montaña-montaña para entrar a ser un punto geográfico de primerísima categoría, lo que es lo mismo que un mito o un foco de atracción, o un desafío desnudo, especial hacia las ambiciones y las prepotencias. Hoy hay hombres que, sin pensar ya en el sentimiento de las montañas, son víctimas de la necesidad de vencerlo todo, sean sus objetivos humanos, montañas o cosas.

El Everest, por esta causa, se ha comercializado en exceso y prácticamente ha dejado de ser una montaña para los alpinistas de corazón. Ha dejado de ser una montaña-montaña como son todas las otras montañas del mundo. Se ha llegado a un momento en el cual hay empresas que casi garantizan «llevar a una persona —a cualquier persona con o sin sentimiento montañero— a la cumbre del Everest, previo pago de seis u ocho o diez mil dólares». Y esto ya no tiene nada que ver con el alpinismo tradicional.

Cuando surgen en el campamento base del glaciar de Khumbu más de trescientas tiendas, con gentes que no se conocen, ni se saludan, ni se respetan entre ellos. Cuando hay gente que discute por obtener agua potable. Cuando se ensucia cualquier rincón del glaciar donde todo queda, lógicamente, degradado, insalubre. Entonces el Everest ya no puede ser una montaña con el elogiado sabor de todas las montañas. Cuando se llega a un terrible grado de saturación, de multitudes, de inhumanidad. Cuando allí mismo, entre las tiendas, un grupo trafica con otro grupo exigiendo a unos el pago de una determinada cantidad de dinero para poder emplear una cuerda fija colocada por otros (o cedida, mediante dinero también por otro grupo anterior), esto ya no es montañismo, ni el ambiente entre tiendas se puede llamar alpinismo como ha sido siempre el alpinismo clásico.

Cuando se pasa impávido junto a cadáveres helados, cubiertos desde hace tiempo por el hielo, o cuando un sherpa se está muriendo allí mismo y nadie se descompone. Cuando otros sherpas discuten entre ellos porque no quieren colaborar para fijar cuerdas que son de otro equipo. Cuando menudean en exceso en el campamento base descaradas citas amorosas entre participantes y participantas de unas y otras expediciones, y los sherpas lo saben, lo espían y lo comentan a carcajada limpia... o activan ellos mismos las citas. Cuando en la ladera del Everest se forma una fila de cincuenta o sesenta o más escaladores pisándose unos a otros o apresurándose o empujándose, casi disputándose las cuerdas fijas. Cuando no se hacen caso unos de otros si les sucede algo malo a tal altitud o bajo el mal tiempo...

Cuando sucede todo esto tan deplorable, y más cosas desagradables. Cuando a pesar de estar a

cinco mil metros, el lugar ya no es como una montaña tradicional tal como la conocemos y la apreciamos los montañeros. Cuando estando sobre el hielo y la nieve, el ambiente parece más el de «una jungla de asfalto». ¿Puede aceptarse esta jungla en una montaña? ¿Es justo todo esto?

En los Alpes y en otras montañas existen desde el principio del alpinismo los guías, correctos profesionales de la montaña que cumplen perfectamente su profesión y su misión de ayudar a subir cumbres. Ellos crean y fomentan la amistad con sus clientes, quienes a su vez saben participar y hacer partícipes a los demás del gran goce que significa el aprecio general a las montañas. Esto es admirable, esto es justo.

En el Himalaya los alpinistas occidentales supieron crear en los sherpas y en los hombres de otras razas de montaña, como los gurkas, tamangs y bothias, el gusto y el placer europeo de admirar y querer a las montañas, a la vez que les han enseñado y ayudado a vivir mejor, a ganar más dinero ellos y su pueblo y a codearse dignamente con los visitantes, alpinistas o «*treckers*». Esto también es admirable y justo.

Pero en el Everest —sólo en el Everest por la sola razón de ser la montaña más alta y la más llamativa del mundo— se ha creado un ambiente multitudinario universal, inhumano, comercial y degradante. ¿Se podrá limpiar este pésimo ambiente alguna vez? ¿Volverá el Everest alguna vez a tener el mismo claro ambiente que se vive en todas las otras montañas del mundo, donde la relación entre unos y otros es de hermandad y amistad entre todos, sean del norte o del sur, de piel clara u oscura, sean altos o bajos o hablen en muy distintas lenguas?

Cuando en la cresta nevada somital del Everest unos montañeros atascados pueden entorpecer por su ineficacia el avance o el descenso de otros, o crear problemas por nerviosismo, por prisas, por ganas de salir de allí mismo lo más pronto posible. Cuando una expedición comercial se niega a prestar su radio-teléfono para atender la urgencia de otra expedición comercial competidora o de otro grupo cualquiera. Cuando dos grupos que desean ayudarse no pueden hacerlo por incomprendiones de la comunicación o por interrupciones de urgencia, ocasionado todo por un exceso de gente en un mismo lugar, un mismo punto, y un punto notoriamente peligroso. Cuando se deben resolver dificultades técnicas o físicas, y ello se pone imposible a causa de otras personas ajenas al grupo, o desconocidas, que pueden pulular por un lugar altísimo y peligrosísimo. Cuando en momentos dramáticos y en lugares comprometidos de verdad llega a concentrarse un exceso de personas, todas con el mismo afán de llegar a lo más alto del mundo, y no todas con la experiencia y el corazón necesarios. Cuando los actos de heroísmo y camaradería quedan aplastados, vencidos por otros actos de brutalidad debidos a un elemental interés en apuntarse el éxito de llegar a la cumbre. Cuando una cordada pugna por sobrepasar a otra, y a pesar de ver como esta está en malas condiciones no se detiene a auxiliarla, sean unos y otros del país y de la raza que sean. Cuando se observa que alpinistas de valía reconocida pero fatigados o anulados ya no pueden más y que por radio informan desesperadamente que saben que van a morir. Cuando varios grupos erran por un vasto campo de hielo sin visibilidad y sin orientación, buscando a compañeros desaparecidos o muertos ya. Cuando se halla a una o varias personas en malas condiciones pero con vida todavía y se las deja como están porque se supone que «habrá otro en mejores condiciones que podrá hacerles sobrevivir».

Cuando han sucedido tantas desgracias juntas, los corazones sensatos pueden empezar a pensar que «la montaña se está enfadando». Puede que sea cierto, puede que realmente la montaña empieza a incomodarse por el masivo e irrespetuoso asalto que recibe por parte de los hombres.

Pero no todo es reprochable en la gran montaña. Se dan casos de heroísmo hacia desconocidos. Se puede haber repartido la reserva de oxígeno de una bombona medio vacía entre tres o cuatro desconocidos, como si fumarán todos alternativamente de una misma pipa de la paz. Algún «muerto en el hielo» ha logrado resucitar después de pasar toda una noche al raso, expuesto a todos los vientos de los ocho mil metros y porque, gracias a ayudas de desconocidos, ha podido descender y recuperarse. Y algún sherpa voluntarioso o algún miembro cualquiera de una expedición cualquiera se ofrecen para guiar a otros desconocidos, rescatándoles de la muerte aunque sean de un país distinto y aunque no se entiendan con su habla. Aunque sean de pensamientos opuestos. Pero todos, al fin, son humanos. El cuidarles, el darles algo caliente aunque no estén en condiciones de tragar, el descongelarles con agua tibia algún miembro casi perdido, si hay un infiernillo a mano, naturalmente. Todos estos actos de samaritano aunque se esté en la «zona de la muerte», en «la gran montaña maldita», pueden resucitar por dos o tres veces al moribundo que se ha visto al cortísimo alcance de la mano de la muerte helada.

Entonces comprobamos cómo la montaña no es tan mala. Cómo no se enfada tan pronto, cómo no debemos creer a veces en la «montaña injusta».

Somos nosotros, los humanos, quienes por puro orgullo, por soberbia, por ganas de alcanzar «el gran ochomil» nos metemos en la boca del lobo, obligando a la montaña a morder donde ella no desea morder.

Y llegados a este punto hay que recordar el tipo de alpinismo de Eric Shipton, precisamente el descubridor de la vía de escalada al Everest por el glaciar de Khumbu, quien ya dijo en 1938: «La montaña es la que manda, es la que conduce al éxito, pero sólo cuando ella quiere».

oOo

No olvidemos que existe el «efecto prensa», esta gran fuerza que puede causar euforia o depresión en las mismas laderas más altas del Gran Pico. Cuando en cualquier montaña sucede algo —bueno o malo— muy poco se sabrá de ello porque siempre la noticia quedará difuminada entre otras noticias generales del mundo. Pero en el Everest no sucede así: allí no hay retrasos ni disfuncionamientos. En el mismo campamento base, y hasta más arriba, aparecen teléfonos-espía que acechan o una «radio-macuto» que salta las ondas y difunde los sucesos, los malos antes que los buenos. Y entonces, los representantes de la prensa de todo el mundo lo recogen y, si conviene, lo hinchan; y acuden periodistas a ver, a indagar, a retratar, a inventar, a divulgar la mala noticia, y a difundir aquella antigua idea de «la montaña asesina»... A estimular las lágrimas en el mundo entero, a explicar la historia de la manera más terrible para que por todo el mundo se suelte enseguida la indignación, la crítica y la pena. Los micrófonos y las cámaras de televisión de todas partes están deseosos de captar la desgracia —antes que la alegría— para lucirse contándolo.

Algo tiene aquella enorme montaña cubierta de hielo, cuando todo el mundo —alpinistas y no

alpinistas— está pendiente de ella. Pero al retorno, con o sin la cumbre en el bolsillo, serán ya muy pocos los que quieran volver a ella. Irán a otras montañas menos deshumanizadas.

Cuando se ha realizado una bonita ascensión en cualquier parte y uno desciende satisfecho, será agradable contar en público lo vivido. Pero si no se trata del Everest, no acuden muchos a escuchar el relato de la bonita jornada. En cambio en el Everest está la prensa o la televisión de cualquier parte siempre acechando. Y si han surgido problemas y dramas, resulta más bonito el contarlo todo y lo más dramáticamente posible.

El mundo pide sensacionalismo.

¿Tenemos nosotros la culpa de la totalidad de los reproches que en todas partes se hacen a las montañas? ¿O solamente se reprocha el sistema de hacer montaña en el Everest?

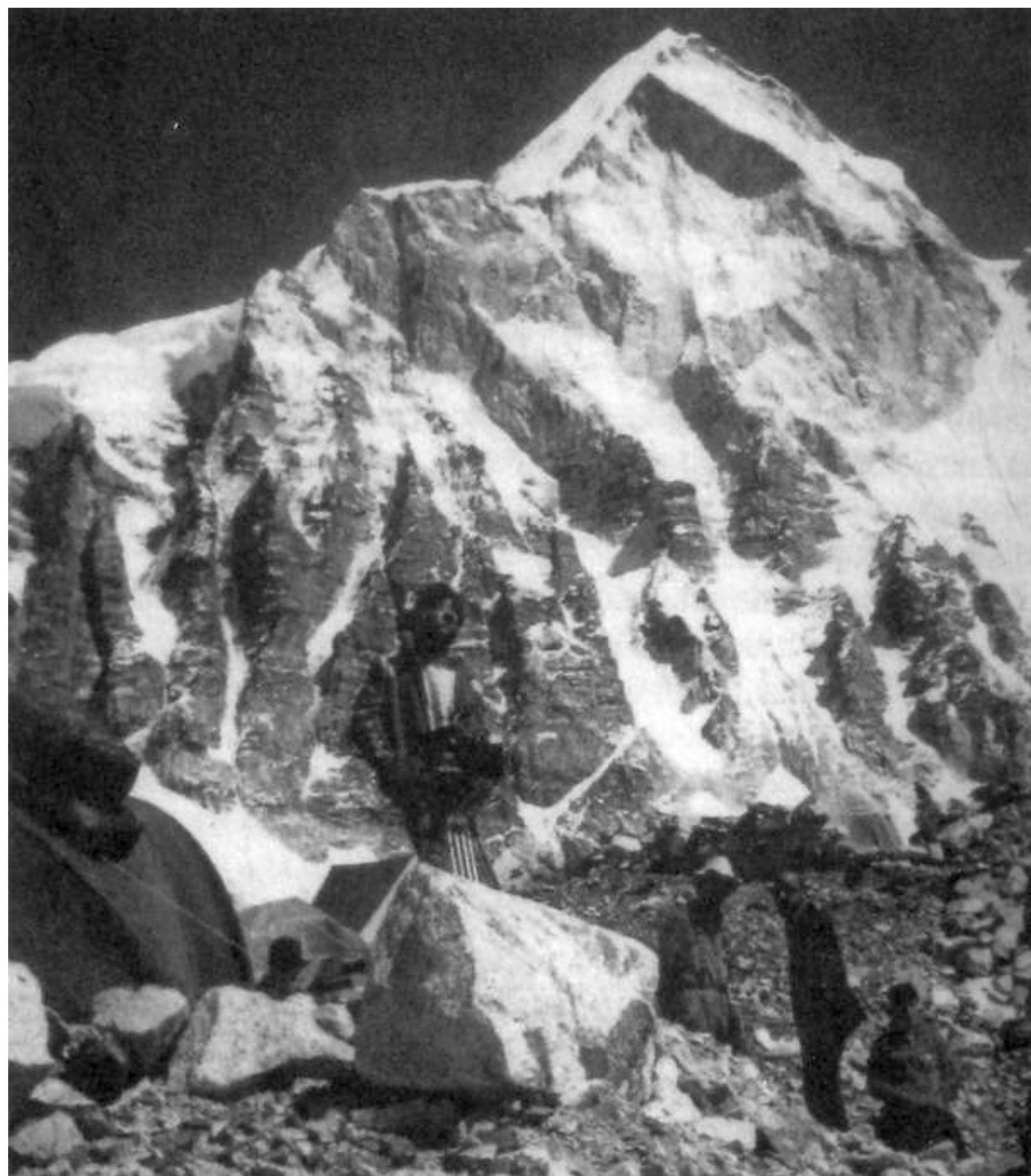
Conviene detenernos para recapacitar: ¿no seremos nosotros los culpables de todas estas penas y enfados y hasta de la «maldad» que se achaca a la gran montaña? ¿No será todo ello por causa de la arrogancia de los hombres?

Hay que reconocer que la noticia del día tiene una gran fuerza, sea la fuerza de la prensa o de la televisión. Pero esta fuerza va decreciendo con el paso del tiempo. En cambio no sucede así con la fuerza de los libros, los cuales ejercen una influencia más lenta pero más directa y sus ideas penetran más y son ya para siempre. Los libros suelen guardarse y releerse y así perduran las ideas que ofrecen.

oOo

¡Ojalá las ideas expuestas en estas páginas estén en lo cierto! ¡Ojalá no sean demasiado fluidas en explicaciones, en visiones y experiencias! ¡Ojalá lleguen a convencer a muchos lectores de que las montañas no fallan jamás porque ellas no deben fallar en su trato con los hombres, estos seres que sí solemos fallar tantas veces!

Las montañas, con el Everest comprendido, no son jamás injustas con los hombres. Ni cuando los hombres se ponen ávidos, soberbios, interesados. Ni cuando los hombres, por su proceder, merecerían ser tratados con verdadera injusticia.



Campamento base del Everest en los años 80 del siglo XX cuando todavía estaba humanizado.

Capítulo V: Rabadá y Navarro

La época de escalada de Rabadá y Navarro era dura, pero para ellos fue alegre y feliz, y se hizo muy fructífera. Sus resultados fueron creciendo continuamente y llegaron a ser enormes, grandiosos. Y hubieran seguido mucho más hacia arriba —lo hubiéramos deseado todos— pero tuvo que surgir el final brusco, glacial y dramático que todos conocemos. ¿Fue injusto?

Sus actividades estuvieron siempre ligadas a las montañas: con el monte, con la roca, con las cumbres, con el esquí, con las cuerdas y con todo el otro material de escalada. Con la nieve y con el hielo. Con las grandes tormentas y con los grandes cielos. Y con los amigos, y con el Club.

Y murieron en la montaña. En una montaña de los Alpes que, aunque no llega a alcanzar los cuatro mil metros, sí tiene una densa historia y muy mala fama.

Esta montaña es muy visible y a la vez muy temida. Se llama Eiger, palabra alemana que significa «ogro». Y siempre ha sido considerada hosca, repelente, un verdadero ogro hecho piedra y hielo.

La cara norte del Eiger se asoma tétricamente sobre el alegre y alto valle suizo del Oberland Bernés llamado Grindelwald. Está en la muy visitada Suiza de las altas cumbres y de los grandes lagos. Hay otras cumbres que se asoman al mismo valle, pero estas no son en absoluto tétricas: el Wetterhorn, que es una montaña muy bonita y llamativa, alegre, muy retratada, muy dibujada y muy admirada miles de veces cada temporada. El Schreckhorn, cumbre altiva y puntiaguda, de difícil y retirado acceso, pero muy bella. El Faulhorn, muy turístico y facilón, ideal para excursiones familiares. Y, un poco más al suroeste está la cadena de los Blümlisalp, cuyo mismo nombre ya da idea de cómo puede ser; «El Monte de las Flores» podría llamarse en español si se empleara una traducción bastante libre del topónimo.

Pero lo que más domina sobre este verde valle de Grindelwald son tres cumbres en línea, como formando una familia, como tres hermanos dándose la mano. La leyenda afirma que se trata de tres hermanos: la muchacha es la hermana mayor, vistosa, bonita y agradable de ver y de tratar, menos cuando está de mal humor. Entonces, como toda mujer, puede tener alguna salida brusca. Se llama Jungfrau, bella palabra que significa Joven Dama^[8]. El hermano mediano es bueno, hermoso, todo él blanco, agradable a todos y gustoso en dar facilidades y de hacer favores: es el Mönch (el Monje), y tiene el trato general de un buen religioso con hábito blanco. Pero el hermano pequeño... Este salió malo, hosco, difícil, gruñón y por eso se llama como lo que es: Eiger. En sus escaladas, hasta su vía más normal, responde a estas particularidades. Su cara norte, de 1800 metros de caída más que vertical, es así: difícil, traidora, peligrosa, y casi siempre con mal tiempo pues es una enorme pared cóncava que atrae las tormentas y donde se conservan durante todo el año la nieve, el hielo y todo lo peor que puede llegar del cielo. Un verdadero Ogro.

Pero no adelantemos acontecimientos. Volvamos a la época feliz de Rabadá y Navarro en su Zaragoza, en sus montañas alegres y mágicas, montañas que jamás fueron injustas para ellos ni para nadie.

Cuando finalizó la Guerra Civil española, nuestro país estaba deshecho, todo, por completo. Y en este «todo» debemos incluir los ambientes de montaña y de los montañeros. Los que habían hecho montaña antes de la guerra —los que sobrevivieron— estaban en su mayoría cansados, desanimados. Bastantes de ellos exiliados y también muchos otros encarcelados por motivos políticos, fueran o no fueran ellos culpables. Pero a pesar de ello, la fuerza de la juventud «creó» una nueva generación de montañeros en los núcleos importantes como Madrid y Barcelona y también en el País Vasco y en Zaragoza. Esta nueva generación se creó casi a partir de cero, prácticamente sin ejemplos ni profesores. Puede que los pocos maestros existentes fueran militares que habían hecho toda la guerra en los Pirineos, y estos poco podían enseñar de las tretas de una montaña en paz a unos jóvenes que acababan de abrir los ojos a la vida sin querer saber nada de la guerra. La época era muy politizada y no era fácil pensar en la montaña por ella misma. Pero como el principal ideal de aquellos jóvenes era buscar la naturaleza, huir de las ciudades, cualquier oportunidad era buena para ellos: se les facilitaban excursiones en una época difícil para moverse, y se les prestaba material que no tenían y del cual no tenían ni idea de cómo emplearlo. En estos grupos surgieron los primeros escaladores modernos de Aragón y pronto hubo monitores de montaña como Ángel Serón, Fernando Millán y el universitario Joaquín Mateo, con la ayuda de algunos veteranos supervivientes de la guerra como Gómez Laguna, montañero y dirigente porque no sólo era presidente de «Montañeros de Aragón», sino también alcalde de Zaragoza. Se dieron unos primeros cursos de montañismo en varios lugares cercanos a la ciudad y cursos de escalada donde había roca: Escalate y Mezalocha, y también en los Mallos de Riglos, aunque a estas moles se las miraba con mucho respeto. No tuvo que tardar mucho en aparecer un manual de escalada escrito por el buen montañero barcelonés, Ernest Mallafré, quien, a la vez, había escalado ya —¡y por primera vez!— el Mallo Firé de Riglos en 1945. Y así, entre la voluntad de unos, la afición de otros y la veteranía de los que habían sobrevivido a la guerra y sus desastres, se fue formando en la capital aragonesa un elemental grupo de montañeros y escaladores. Los escaladores vestían entonces chaquetas de lona con pantalones bombachos de pana, que en principio llamaban «rocciattore» y más tarde ya denominaron «bávaros»; calzaban malas botas de suela claveteada para andar y para escalar usaban alpargatas con suela de cáñamo, calzado designado como especial para moverse en la roca. Usaban cuerdas también de cáñamo, y algunas clavijas y mosquetones de buen hierro, todo bien pesado. Así se había reinstaurado la escalada en Barcelona y en Madrid, en Zaragoza, País Vasco y en alguna otra parte de España.

Había problemas —económicos, ciudadanos y de alimentación— pero con buena voluntad todo se resolvía y todos fueron saliendo y aprendiendo. Y en pocos años, los que podríamos llamar «primera generación de escaladores posguerra» fueron creciendo en aptitudes. Habían aprendido a sortear los problemas normales de la montaña, habían aprendido a trepar por las rocas con alguna seguridad y, además, habían aprendido a buscar o a hacerse ellos mismos el material de hierro, ya que en los pocos comercios del ramo del deporte, no existía o no interesaba tener este material

para unos pocos. Donde había algo para escalada, resultaba todo muy caro.

Las cuerdas seguían siendo de cáñamo como siempre: pesadas, chupadoras de agua, rígidas y... traidoras porque de vez en cuando se rompía alguna, y alguna vez esto sucedía en la más leve caída.

Y así fueron siendo escalados, uno tras otro, los Mallos de Riglos: el Pisón por el collado posterior. Y el Firé dejándose vencer una a una sus muchas puntas. Y luego se fueron buscando las otras peñas más pequeñas como la Don Justo, la Aguja Roja, el Mallo Gómez Laguna. De la escalada elemental se fue pasando poco a poco a lo más y más difícil. Se progresaba.

También se iba progresando en gente. En 1945 hubo un buen curso de escalada en Zaragoza llevado por Serón, Millán y Laguens y, años más tarde, dos montañeros de Madrid, que ya tenían ideas nuevas y técnicas recién importadas de los Alpes, les hicieron ganar mucho en técnica y en conocimientos de material y de alpinismo.

Al iniciarse los años cincuenta, el grupito de escaladores zaragozanos era bastante denso. Ángel Serón, el mayor de todos, era quien más hacía y más se movía. Ernesto Rabadá y Rafael Montaner eran bastante más jóvenes pero ya pesaban mucho. También estaban los hermanos Manuel y José Antonio Bescós y su amigo Pepe Díaz. Y otros más jóvenes todavía, como Julián Vicente, a quien llamaban Nanín y Francisco Orús, y más tarde surgieron otros, todavía más jóvenes, con los apodos de «Ursi» (Ursiciano Abajo) y «Cintero» (Ángel López). Y bastante más tarde tenían que aparecer otros, entre los cuales estaría Ernesto Navarro.

Todos ellos estaban deseando aprender. Y por ello dirigían siempre los ojos hacia quienes llegaban de lejos a escalar en los Mallos y en los Pirineos. Estos no eran muchos pero cuando llegaban daban carácter y siempre se aprendía algo, aunque otros solían pasar de largo por Riglos, montados en el inefable «Canfranero», provenientes de Madrid y de Barcelona, en dirección a los Pirineos.

Los primeros en aparecer en la región de Riglos (1946) fueron Francisco José Peyre, un aragonés residente en Barcelona, descubridor y divulgador de la Peña Sola de Agüero, acompañado de Jorge de Sicart, un joven y muy sencillo aristócrata de Barcelona, con Agustín Faus, el redactor de estas líneas, quien entonces era también muy niño y abría los ojos con emoción ante cualquier montaña y cualquier escalada. Los tres fueron andando desde la estación de Riglos directamente a Agüero para escalar la inescalada Peña Sola. La cordada soliviantó a todo el pueblo de Agüero pues nunca habían visto a escaladores. Partiendo de las propias calles del pueblo se enfrentaron con la gran aguja que domina la villa y salvaron los primeros techos siendo, durante buena parte del día, el espectáculo de todos los habitantes a quienes les sorprendió ver «hacer títeres» sobre sus tejados. Pero no era tan fácil y uno tras otro se fueron cayendo los tres escaladores ante el espanto de los de Agüero, aunque no les pasó nada porque quedaban colgados de la cuerda, atados por la cintura, y por suerte ninguna vez se rompió la cuerda. En vista del poco éxito, aquellos escaladores llegados de Barcelona recogieron sus cuerdas y sus hierros y diciendo «ya volveremos más tarde con más material» se fueron por donde habían llegado (a pie por la carretera, porque no era época de tener coche, ni siquiera los aristócratas). En 1947, ya se enfrentaron aragoneses con la Peña Sola^[9], primero con poco éxito hasta que, finalmente, en un

tercer intento, Serón, Millán y Laguens, después de un vivac en plena pared, lograron la cumbre. Fue un éxito.

Había sido en 1942 cuando unos catalanes (Mallafré, Blasi, Bou) al volver de los Pirineos, saltaron del tren en Riglos, miraron los Mallos, se acercaron al Firé, se encordaron, tomaron las presas y lograron llegar a la cumbre principal del complejo Mallo. Muchos años antes, unos extranjeros (Jean Arlaud, francés y Piero Gliglione, italiano) lo habían intentado con poca suerte, alcanzando sólo la elemental punta llamada «Buzón». Por ello el éxito de Mallafré había sido grande y, tiempo después, motivó que la punta conquistada por él y su cordada, que en principio fue llamada «De los Catalanes», fuera rebautizada como «Punta Mallafré» en homenaje a este escalador, que acababa de morir —el último día de 1946— arrastrado por una avalancha en la zona de Els Encantats.

Pero no fue la de Mallafré la única desgracia de la época. En 1953, los hermanos Bescós, con Cintero, intentaron el Pisón. Después de un vivac lograron llegar a la cima pero en el descenso, en el último rápel, se rompió una clavija y ello fue causa de la muerte de Manuel Bescós. El valor humano era muy bueno pero el material técnico aún tenía sus deficiencias. Y otros accidentes ocurrirían en años posteriores.

En el año 47 una cordada catalana —Jorge Panyella y Haus— habían logrado vencer la gran pared del Pisón, marcando allí la primera vía de importancia, la «Pany-Haus». El ambiente estaba ya muy crecido en Riglos, aunque había que seguir sufriendo algún accidente de vez en cuando.

Asimismo, por aquella época empezó a iniciarse algo de pugna entre escaladores aragoneses y catalanes. Empezó a dirimirse la posible victoria sobre El Puro, una aguja despegada de la pared del Pisón, que aunque parece una insignificancia junto al imponente muro, ¡la insignificancia tuvo que pedir muchos esfuerzos y muchos arrestos!

En 1947 se había intentado en serio hacer esta escalada por primera vez. Hubo muchos intentos —y varias desgracias— pero hasta la primavera de 1953 no lograron su primera ascensión Rabadá, Manuel Bescós y Cintero, en plena pugna con los catalanes, que acudían con insistencia a Riglos para conseguir la «primera» al Puro. Pero los aragoneses estaban más cerca y ganaron por puro tesón y también por «santa proximidad».

Hasta el año 58 no apareció Ernesto Navarro en el ambiente de los escaladores zaragozanos. Era más joven y más pequeño, sobre todo en comparación con grandones como Alberto Rabadá, Rafael Montaner y un enorme muchacho llamado Ríos. Además era discreto, hablaba poco y muy bajito, como con temor a molestar a los demás. Pero cuando los demás le vieron tomar la roca se quedaron mudos de admiración: escalaba de maravilla. Como Ernesto Navarro era nuevo y pequeño, empezaron a llamarle «Ardilla». La primera escalada que hicieron juntos Rabadá y Navarro fue la Vía de los Diedros, en la Peña Don Justo de Riglos. No faltaron problemas durante la ascensión y no por dificultad, sino porque tuvieron que pasar por un agujero: allí Rabadá tuvo que quitarse ropa para poder deslizarse, pues de otra manera no podía pasar. Y por su protesta, a este agujero lo llamaron «Tubo de los Chemequeos» (Tubo de los quejidos). En cambio, Navarro pasó limpiamente y sin problemas, sin necesidad de desnudarse ni de protestar. Ello indicaba que los dos iban a formar una cordada muy compenetrada. Con todo, aquella vez llegaron de noche a

la cumbre, y por estar tan oscuro les costó bastante poder echar las cuerdas del rápel por la única cara que las admitía.

Una de las vías más clásicas abierta por la cordada Rabadá-Navarro fue lograda en 1960: la Vía Norte al Puro del Pisón. Esta cordada se estaba consagrando y muchas vías de las abiertas por ellos dos fueron llamadas «Edil», por ser abreviatura del mote «Edilberto» que se empleaba para denominar a Rabadá. Así siguieron varias vías «Edil», como la de Mezalocha en la Peña del Moro, de 90 metros y gran dificultad. No siempre andaban solos porque hicieron también muchas actividades con otros compañeros —Montaner, Ursi, Villarig, Pepe Díaz— en diferentes fechas: en el Midi d'Ossau. Subieron una imagen de la Virgen del Pilar al Pisón. Al Espolón del Gallinero en el Valle de Ordesa (Navarro y Montaner) con vivac incluido y paso de ida y vuelta por un nido de buitres, y todo ello sin llegar a la cima.

Al Espolón del Gallinero fueron más tarde Rabadá y Navarro. Esta vez lo lograron completo pero les costó tres vivacs y pasar una sed terrible además de más de un susto en plena escalada.

Más tarde fueron a la Sur del Firé, acompañados —aunque fuera de la cordada— por Miguel Vidal, muy buen fotógrafo y el gran redactor gráfico de sus vidas. Él se quedaba mirándoles y haciendo fotos y película. Además les había enseñado a manejar la cámara en plena escalada, cosa que dio buenos resultados... aunque otras veces resultaron verdaderas catástrofes artísticas y con el material roto.



Rabadá y Navarro en la cima del Tornillo. Foto Miguel Vidal.

También fueron a la Peña Don Justo, con Ursi. Y a la espléndida escalada del Espolón Méndez en el Firé, manteniendo una tensa actividad que les llevaría en el año 1962 a la Oeste del Naranjo de Bulnes en los Picos de Europa. Esta vez, al alejarse de los Pirineos y enfrentarse con la más provocativa muralla de la cumbre más famosa de todo el Norte —la misma que llevaba ya años mirada y codiciada por escaladores de todas partes que no llegaron a dominarla—, iban a ganar el mayor escalón de toda su vida. Dos intentos seguidos y varios vivacs les iba a costar aquella gran Cara Oeste del Naranjo de Bulnes. Subieron por una diagonal y en un punto determinado debían hacer un péndulo con travesía, lo cual, al recuperar la cuerda, les decía bien a las claras que estaban quemando las naves, pues ya no tenían otra salida que por arriba. Ahora, cuando han pasado más de cuarenta años y las técnicas y los materiales son mucho mejores, y cuando existe un gran refugio al pie de la muralla y, sobre todo, cuando está todo clavado, se puede hacer esta vía en pocas horas. Pero entonces... no se sabía nada. Rabadá y Navarro se enfrentaron a la gran incógnita. Era la primera vez que iban a los Picos de Europa. Allí la roca no es la de su especialidad. Allí, escaladores de todas partes se habían mirado y mirado la Gran Pared sin atreverse a entregarse a ella. ¡Pero ellos lo lograron! Escalaron y escalaron. Alcanzaron, ya bastante arriba, una cómoda plataforma que ellos llamaron Plaza de Rocasolano, por compararla con una plaza que hay en Zaragoza con este nombre. Y de allí a la cumbre. ¡Les costó mucho, se expusieron mucho, pero sabían afrontarlo todo! El éxito fue grandioso. Y hoy todavía se reconoce el enorme valor de la cordada zaragozana en la Cara Oeste del Naranjo de Bulnes.

El año 1963 fue pródigo para Rabadá y Navarro. Escalaron con Pepe Díaz, y por dos veces en el Tozal del Mallo: lograron abrir la Vía de las Brujas, primera ascensión donde estuvieron treinta y seis horas y a punto de volverse cuando habían llegado muy arriba; pero prosiguieron y luego agradecieron a «alguna bruja» que les hubiera aconsejado por conducto etéreo que rapelaran antes de hora. Y lograron también la segunda ascensión a la Vía Ravier, siempre con Pepe Díaz.

Y estuvieron en la cara Norte de la Torre de Marboré, asimismo segunda ascensión. Y se apuntaron la segunda a la Peña Sola, intocable desde la legendaria ascensión y vivac del también legendario Ángel Serón, con Millán y Laguens. Rabadá hizo tres primeras en la Peña Telera en un mismo año con distintos compañeros (Montaner, Bescós, Nanín). Y surgió una nueva Vía Edil por Rabadá y Navarro en el Pico de Aspe. Y hasta una vía en la roca poco compacta de la Peña Oroel de Jaca realizada por Rabadá, Montaner y más gente.

En Riglos se adjudicaron dos últimas primeras: el Mango del Cuchillo, estupenda y larga vía que lograron con Bescós y Montaner, y una vía nueva al Tornillo, a la cual llamaron «Vidal» por dedicarla a su eterno acompañante y amigo Miguel Vidal. Atención que Miguel Vidal les agradeció con un film de esta misma escalada, documento eterno que nos ha cautivado siempre a todos los que fuimos sus amigos. La «Vidal» al Tornillo fue la última escalada de Rabadá y Navarro en Riglos antes de partir para el Eiger. A la terrible cara Norte del Eiger.

oOo

Rabadá y Navarro fueron a los Alpes del Oberland, en Suiza, en agosto del año 1963. Les

acompañaba Luis Alcalde como «equipo de apoyo». Y todos los escaladores de Aragón les acompañaban también con su deseo y una gran ayuda moral y también material. Rabadá había visto y leído bastante sobre la pared del Eiger y la tenía muy grabada en su memoria. Los amigos le habían advertido que aquello no era Riglos, ni el Pirineo, ni el Naranjo siquiera... pero él tenía gran confianza en sí mismo y en su compañero Navarro. Habían vencido en muchas montañas y estaban seguros de vencer en el Eiger.

Fueron directamente a Grindelwald y de allá en el trenecito de la Jungfrau a la Kleine Scheidegg, un lugar donde sólo hay la estación y un hotel. Es la base de la gran pared. Es allí donde la gente —turistas y alpinistas— se amontona ante varios telescopios de gran aumento para estudiar la extraordinaria pared y seguir los progresos y las penalidades de los que pueden estar allí escalando. Luis Alcalde se quedó en una tienda de campaña, no muy lejos de las grandes lentes. A esperar.

Ya al principio, el tiempo era malo y alguien dijo que luego se pondría peor. Otros, por contra, decían que se pondría algo mejor. Así, a la madrugada salieron los dos de la tienda. Alcalde se quedó solo.

Unos japoneses, que acampaban cerca, ascendían también en plena noche por el zócalo de la gran pared. No podían conversar por defectos de lingüística, pero sí podían sonreírse y hacerse reverencias.

Durante toda la mañana, estuvieron trepando los primeros tramos de la pared y más tarde entraron en lo difícil. Pasaron por la Fisura Difícil, la Travesía Hinterstoisser y desembocaron en el Nido de Golondrinas, lugar clásico de vivac. Prosiguieron, superando el Primer Helero y se quedaron a vivaquear antes del Segundo Helero. Estaban contentos.

Pero lo que no sabían es que la «meteo» había anunciado mal tiempo para las próximas horas. Y el mal tiempo en el Eiger siempre es más que malo. Les despertó en su primer sueño y ya no les dejó dormir. Si hubieran tenido un buen hado que les protegiera, este les habría dicho que debían bajar, pues dado el tormentón anunciado, no había otra solución que abandonar de momento, para volver más tarde, como estaban haciendo los japoneses.

Pero Rabadá y Navarro no oyeron la «meteo» ni al buen hado. Aunque es de creer que si los hubieran oído, tampoco les hubieran hecho caso. ¡Ellos estaban en el Eiger, habían subido ya mucho y no iban a retirarse ahora! Eran aragoneses y se debían a todos los aragoneses que les habían ayudado y que estaban pensando en ellos. No eran hombres para retirarse en la montaña.

Y cuando se hizo de día, siguieron para arriba, enfocando el Segundo Helero.

Desde la Kleine Scheidegg, muchos pares de ojos les seguían detrás de las lentes de los telescopios. Y todos comentaban:

—Pero, ¿dónde van estos locos? ¡Si el tiempo anunciado es más que malo! ¡Si más arriba se les va a poner todavía peor!

Entre todos estos ojos pegados a los catalejos, Luis Alcalde también pensaba lo suyo y oía lo que decían los demás. Y previendo lo que se estaba avecinando, empezaba a llorar por dentro.

Mientras, Rabadá y Navarro siguen subiendo. Han sufrido un primer resbalón en el Segundo Helero porque sus crampones no son de doce puntas. Pero han sabido frenarse. Más arriba, subirán hasta cerca de La Plancha y un rellano llamado El Vivac de la Muerte. Saben que a partir de ahí ya todo es un «no retorno».

Desde abajo, los que están mirando han visto el resbalón y ahora saben que no son unos novatos, que pueden defenderse. Pero también saben que allá arriba todo está con hielo, que todo es difícil. Siguen comentando que lo que deberían hacer es retroceder, bajar, salvarse.

Pero ellos no bajan. Siguen lentos pero impertérritos. Con los crampones de diez puntas tienen que tallar el hielo en cada paso y esto fatiga y hace perder tiempo. Superan el Tercer Helero y enfocan la Rampa, que les conducirá a la Chimenea de la Cascada.

Pero la tarde avanza. Se pone a nevar. Hallan un pequeño rellano y allí se quedan para vivaquear.

Un mal vivac.

Luis Alcalde ya no está inquieto. Está pesimista. Ha oído demasiados comentarios de la gente que le rodea —unos, enterados y otros no, pero todos pesimistas— y sabe que sus amigos están viviendo un muy mal momento. Ha oído decir que si el tiempo fuera bueno podrían salir para arriba en uno o dos días, y ello con mucha suerte. Pero no es bueno, y las predicciones son cada vez más terribles.

Con el corazón en un puño, Luis Alcalde llama a Zaragoza por teléfono explicando lo que está viviendo y lo mal que lo deben estar pasando sus amigos. Zaragoza, el Club, toda la gente se inquieta y llaman a Madrid, a la Federación, y esta llama a la Delegación Nacional de Deportes. Y estos a la embajada en Zúrich. Algo hay que hacer. Y bastante se hace: en España se moviliza ya mucha gente.

Después del mal vivac, el día nace algo aclarado, aunque muy poco. La visibilidad les permite descubrir la Travesía de los Dioses y las «patas» inferiores del gran nevero llamado La Araña. Hacia allá van. Pero muy despacio. Se les hace de noche antes de lo que calcularon. Y allí se quedan, casi sin prepararse el vivac. Y vuelve el mal tiempo, peor que nunca.

Otra noche y otro día. La visibilidad se aclara para poder ver algo y los de la lente descubren que están llegando a La Araña. ¿Suben algo? Ya no lo saben. Se mueven para no quedar congelados.

Pero...

oOo

Desde abajo ya no se puede ver nada. Al mediodía hay algún claro y Luis Alcalde mira ansioso por la potente lente. Le parece ver un cuerpo, como cubierto por la nieve. Un guía se le acerca y mira por el objetivo.

—Sí, sí. Es un cuerpo, y no se mueve... —le parece entender que le dice en el alemán que hablan los suizos del Oberland.

Y otro guía le dice en el francés raro que usan los suizos de habla alemana:

—*Vos amis sont tous perdus. Ils vont rester là pour toujours.*

Luis Alcalde no quiere creerlo. Y mira, y mira por la potente lente. Ahora le parece descubrir otro cuerpo, algo más arriba, también quieto.

¡Están demasiado quietos! La llamada de alerta es general y sale de Interlaken un helicóptero para acercarse a ellos. Cuando la visibilidad lo permite se acerca más a ellos y el piloto comprueba que los cuerpos no se mueven. Muy mala señal.

No es difícil pensar lo que puede haber sucedido a Ernesto Rabadá y Alberto Navarro. Ellos son muy fuertes, muy buenos, muy animosos. Pero contra las iras del Ogro no hay otra defensa que huir.

Y ellos no huyeron. Y ahora ya no pueden huir.

Por la tarde del mismo día el tiempo aclara y todos los curiosos agarrados a los varios telescopios de la Kleine Scheidegg pueden ver el terrible cuadro: uno de ellos está sentado en la nieve, pero muy quieto. El otro está más abajo, como colgado de la cuerda, sobre la nieve de La Araña.

Se acabó. Se acabó aquí la extraordinaria trayectoria montañera de Rabadá y Navarro, la famosa cordada aragonesa. Vencieron en los Pirineos, en Riglos, en Picos de Europa. Vencieron siempre durante horas y horas de duras escaladas. Pero el Eiger, este feroz hermano del Mönch y de la Jungfrau, les ha vencido a ellos.

Ya no queda más que llorar.

Ya no quedará de ellos más que el recuerdo de su simpatía, de su empuje y de su amistad.

Y la gloria, aunque cortada bruscamente.

oOo

Aquel invierno, tres jóvenes guías suizos deseosos de notoriedad, realizaron el primer descenso de la pared del Eiger: Paul Etter, Sepp Henkel y Ueli Gantenbein. Eran muy jóvenes pero sabían lo que podían hacer e iban preparados. Y también sabían lo que iban a encontrar en La Araña. Y lo encontraron: Navarro les estaba esperando quieto, petrificado, de cara al hielo, asegurando eternamente a su compañero. Rabadá, más abajo, según parece con un miembro roto, como caído sobre la nieve del pequeño glaciar tan colgado, tan alto, tan visto desde abajo.

Los tres muchachos vivaquearon cerca de ellos. Iban bien pertrechados y al día siguiente, recogieron los cuerpos, los envolvieron en unas bolsas de plástico y empezaron a bajarlos. Arduo trabajo. Durante el día pudieron bajarlos unos 250 metros hasta el lugar llamado La Plancha, donde montaron para ellos un nuevo vivac, dejando los cuerpos sujetos a unas clavijas de roca. Pero al día siguiente, cuando los tres muchachos abrieron los ojos, descubrieron que los dos cuerpos, que tanto trabajo les habían dado, habían desaparecido. Las huellas eran como si una avalancha nocturna los hubiera empujado para abajo. Los guías prosiguieron su descenso, vivaqueando de nuevo en el Nido de Golondrinas, antes de pasar la Travesía Hinterstoisser. Y al llegar al pie de la pared, comprobaron como otros guías habían descubierto los cuerpos caídos y ya los habían retirado.



Los jóvenes guías suizos que rescataron los cuerpos de Rabadá y Navarro.

Aquí acabó la aventura en el Eiger de Rabadá y Navarro. Sus cuerpos fueron trasladados a España y devueltos a Zaragoza, y los dos quedaron enterrados y amparados en su tierra aragonesa.

Más tarde, Paul Etter y sus dos amigos fueron invitados a España por la Federación y yo mismo les acompañé un par de días por la Sierra de Madrid y a escalar en La Pedriza. Eran muchachos alegres y con muy buen aspecto, especialmente Paul Etter, pero no les gustaba mucho que se les hicieran preguntas sobre el terrible recuerdo del rescate de los cuerpos de los dos aragoneses.

Tiempo después, Paul Etter había llegado a ser un gran guía y además hombre culto y divulgador de los Alpes. Pero el destino siempre es imprevisible y tuvo que sufrir una avalancha, bajo la cual pereció junto a su joven esposa y unos clientes.

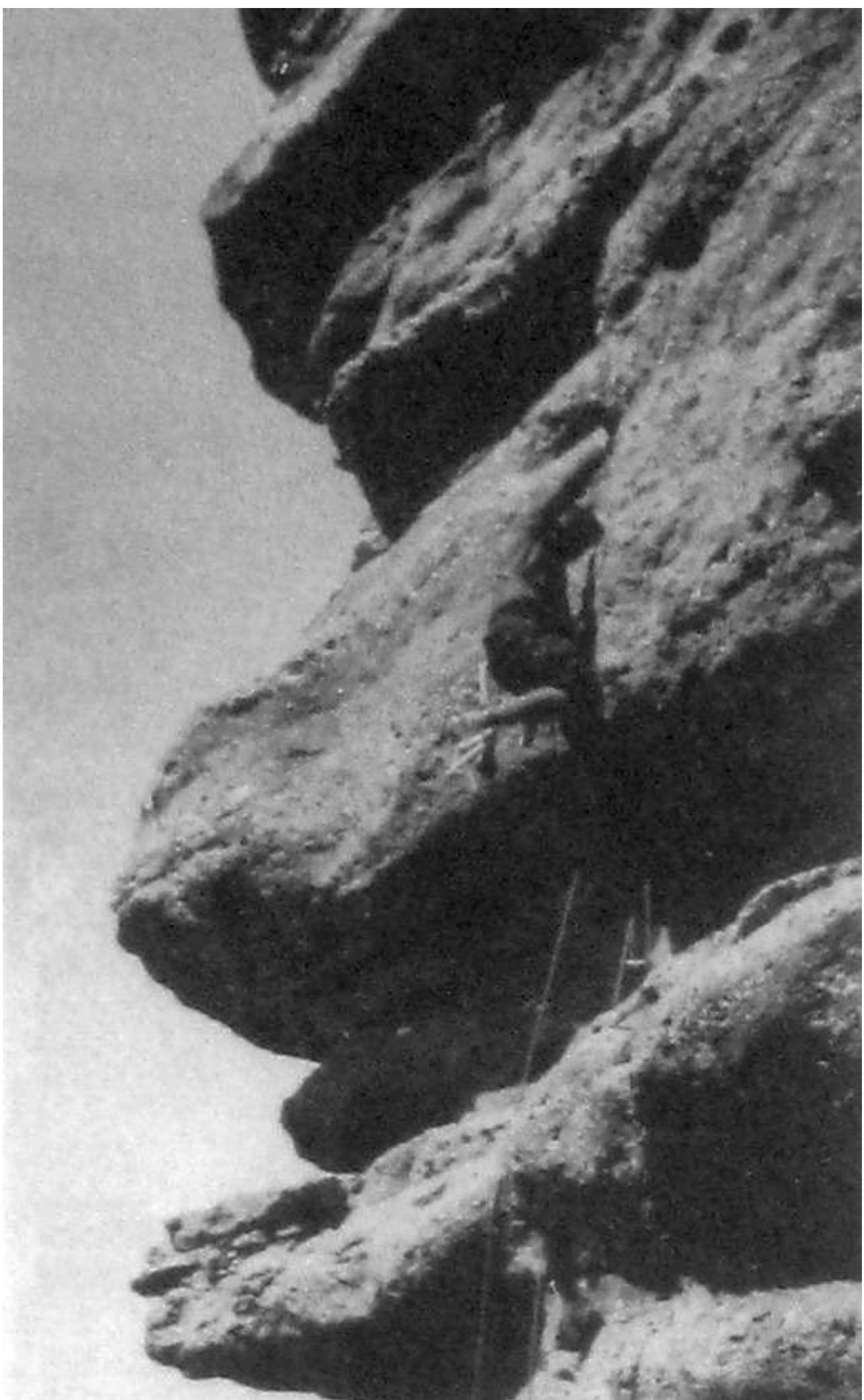
¡Quién sabe si en la actualidad, estén donde estén todos, habrán podido verse y cambiar impresiones Rabadá y Navarro con Paul Etter! Estoy seguro que, de ser cierta esta teoría, los tres no maldecirán jamás a la montaña por haberles aniquilado.

Rabadá y Navarro, como Paul Etter y muchos más, no han sido víctimas de la injusticia de las montañas.

Porque cuando hay pasión no hay víctimas. Todos debemos morir, más tarde o más temprano. Y si en la vida se ha podido vivir junto a las montañas y admirarlas, el alma y el corazón de cada uno han quedado vinculados para siempre con estas montañas.

Nota final: Posteriormente, la «Comisión de los Tres Mil Metros en los Pirineos» dedicó dos picos en la zona fronteriza entre el Crabioulés y el Maupas para ser denominados Pico Rabadá (3045 m) y Pico Navarro (3043 m). Y en 1965 una expedición del Club Alpino Español a los Andes había bautizado dos cerros de la zona del Aconcagua con los nombres de Rabadá y Navarro.

Decisiones y denominaciones muy justas. Rabadá y Navarro jamás serán olvidados^[10].



Rabadá y Navarro escalando el Tornillo (Riglos). Foto Miguel Vidal.

Capítulo VI: Injusticias de invierno en el Naranjo de Bulnes

I. Invierno de 1954: No hubo injusticia

¿Pueden una tormenta o una intensa nevada, por fuertes que sean, o la falta de dos o tres palmos de cuerda ser responsables de una injusticia en la montaña?

¿Tuvo la montaña la culpa de que nuestra cordada no recibiera en 1954 la bendición de un día bueno para hacer la ascensión, o de que nuestras cuerdas no tuvieran la suficiente longitud para llegar a alcanzar la arista superior del Naranjo de Bulnes?

Yo sé muy bien que el Naranjo no tuvo culpa alguna en todo ello, ni de que nuestros esfuerzos para lograr la primera ascensión invernal se vieran truncados. Y que, una vez vencido lo más duro y dificultoso, no pudiéramos culminar por completo la ascensión. Ni de que luego, lógicamente, se reconociera la primera ascensión invernal a otros que fueron allí dos años más tarde con más suerte que nosotros en el tiempo.

Ni yo ni mis compañeros de cordada dijimos jamás que había sido una injusticia lo que nos sucedió durante aquel terrible día en el Naranjo. Fue, sencillamente, un día más de montaña invernal y con mal tiempo. ¿Tuvimos mala suerte? Tengo que decir que no fue una injusticia, ni diré que tuvimos mala suerte aquella vez, porque salimos bien los cuatro del problema, sin percance alguno y —lo que vale mucho más— nos quedaron ganas de seguir haciendo montaña, cosa que no sucede a todo el mundo después de una experiencia demasiado dura.

Después se comentó que la montaña había sido injusta con nosotros y fueron muchos los que nos quisieron reconocer la ascensión. Pero nosotros, los cuatro de la cordada, manifestamos que la escalada no había quedado hecha por completo, y que el Naranjo no fue injusto con nosotros. No hubo tal injusticia ni procedía tal distinción. Además, aunque sólo por un día de retraso, tampoco era ya invierno, era primavera. ¡Pero qué primavera más dura, Señor! Sin embargo, ahora sigo afirmando que aquella fue una jornada completa. Muy completa. Escribí de ella unas páginas para la revista *Peñalara* (núm. 323, enero-febrero de 1955), escrito que transcribo casi por completo a continuación para que, a medio siglo de distancia, se pueda juzgar su acontecer. Yo no puedo juzgar, y mis compañeros de cordada (cuando hay uno que nos ha dejado ya y otros que hacen ahora muy poca montaña) tampoco. Además, en el largo tiempo transcurrido se han hecho, sufrido y logrado cosas extraordinarias en el Naranjo y en otras montañas. Lo que sí puedo añadir, y con satisfacción, es que después he vuelto más veces al Naranjo y que siempre he disfrutado con su roca y con su ambiente de perfecta verticalidad. Fuimos los primeros en llegar a sus paredes en invierno y los primeros en intentar escalarlo en invierno aunque no exactamente hasta la piedra más alta. Y fuimos también los primeros en ser rechazados —terriblemente rechazados— por las furias invernales cuando lo teníamos al alcance de nuestros dedos.

Yo pienso seguir toda mi vida queriendo al Naranjo de Bulnes, y sabiendo que esta montaña nunca fue injusta conmigo ni con nosotros.^[11]

Lo que pasó en la primera invernal del Naranjo

(Mis compañeros de cordada fueron Antonio Moreno, Máximo Serna y Rafael Pellus).

Lo del Naranjo fue el lunes 23 de marzo de 1954. Hacía 24 horas que había acabado el invierno. A las cinco y media de la mañana salimos del refugio, todavía inacabado entonces, donde vivíamos hacía día y medio. El día anterior había sido bueno, y ahora lucían algunas estrellas en el cielo, pero soplaba un fortísimo ventarrón, que ya nos preocupó nada más salir. La nieve no crujía ni resistía bajo nuestros pasos, sino que se hundía cosa de un palmo, señal nada buena. ¡Qué habríamos dado en aquellos momentos por tener un cielo estrellado y brillante, quieto, de estos donde parece que las estrellas mandan millares de agujitas que se clavan en la carne de nariz y mejillas, que es lo único que se acostumbra a llevar descubierto en estas ocasiones!

Pero no nos quisimos desanimar. Pensamos que por remontar un poco la Canal de la Celada no íbamos a perder nada, y que si la cosa se presentaba fea, con retornar al refugio y volvemos al saco en espera del buen tiempo la cosa quedaría solucionada.

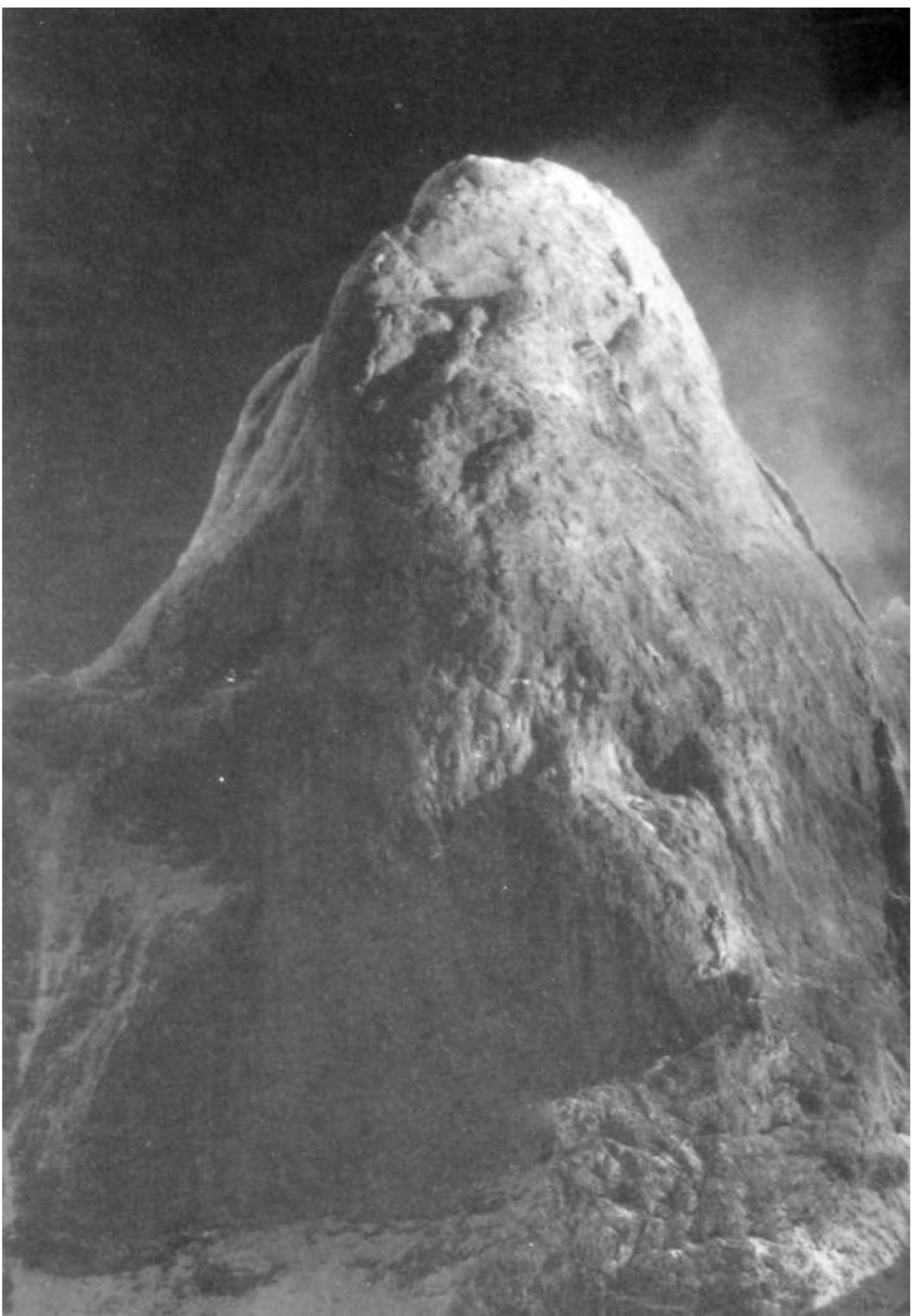


Bajando de la «incompleta» primera ascensión del Naranjo. A. Faus, A. Moreno y R. Pellus. Marzo de 1954. Foto: M. Serna.

Subimos así presurosos por el empinado canalón, relevándonos a menudo en cabeza, pues el marcar huella en aquella nieve profunda resultaba algo pesado. Las ráfagas de viento Sur no nos abandonaron ni un momento, y al llegar a la meseta superior, tuvimos que hacer un poco de titeres sobre piedra recubierta de «verglass» que amenazaba con echarnos abajo, cosa que afortunadamente no pasó. Allí ya se había ido la noche, pero no podía decirse que hubiera llegado el día. En el cielo no había ni estrellas ni nubes, ni estaba azul. Todo él era gris, igual, casi verdoso, espeso. La pared del Naranjo se veía también del mismo color, ni húmeda ni seca, con un aspecto blando, repelente.

—Son las luces del amanecer —nos dijimos, y nos convencimos de que las luces del amanecer le dan este aspecto a la roca. ¡Lo que puede la autosugestión de cuatro escaladores que no tienen ganas de volverse al refugio!

Nos encordamos y empezamos a subir por la empinadísima ladera de nieve que en verano es la pedrera que conduce al arranque de la pared. Al pie de la grieta donde se empieza la vía normal dejamos tres mochilas, dos pares de crampones y tres piolets. Yo seguí con mi mochila, donde guardé los otros dos pares de crampones «Grivel», ligerísimos, y mi piolet de mango desmontable, junto con manoplas de repuesto, cantimploras con té, algo de comida y las «cagoules» de los cuatro. Había que pensar en la posibilidad de un vivac y, entre cuatro, bien podía uno sacrificarse y subir de último haciendo de «porteur». Esta función me tocó a mí, aunque reconozco que no fue muy pesada.



Como es natural, preferimos empezar por la vía normal, evitando complicaciones. No había nieve en la parte baja de la pared, y ello nos permitiría efectuar el paso horizontal sin tropiezos. ¡Bastantes tropiezos íbamos a encontrar en la parte de arriba, según se adivinaba más que se entreveía! Antonio y Rafa se ayudaban mutuamente y se turnaban en cabeza en los primeros pasos, no muy difíciles pero peligrosos, porque el viento quería lanzarles fuera de la pared. Máximo cuidaba de las cuerdas y de los seguros, y en último lugar subía yo, que ya tenía bastante trabajo con mi mochila llena de cosas que siempre pesan y con las preocupaciones por el mal tiempo, que veía llegar y cuya inminencia notaba con una sensación nada agradable.

Más tarde, cuando Antonio desapareció tras el abombamiento del paso horizontal, el viento se enfureció, se enardeció y nos tuvo desarticulados por unos momentos. Rafa aprovechó unos segundos de calma y se lanzó al flanqueo, pero a mitad, antes de alcanzar la clavija fija, tuvo que estar un largo espacio de tiempo encogido sobre una presa para no ofrecer tanta resistencia al huracán. Mientras, Máximo me miraba no muy tranquilo, y los dos nos veíamos con los mismos ojos pesimistas incluidos en el inmenso color gris que nos envolvía. Gris hacia arriba y gris hacia abajo. Ni cumbre ni abismo. Los Tiros de la Torca, que hasta unos momentos antes todavía se adivinaban, también habían desaparecido. Quedábamos nosotros, solos, abandonados, prendidos en aquella pared inhumana... Luego también se marchó Máximo. Antes de que se lo tragara la roca, su silueta oscura se fue borrando, esfumándose en el tétrico gris que nos envolvía. Quedé solo y no quise cavilar mucho, pues no era oportuno. Ahora estábamos ya en plena lucha. Ya nadie pensaba, ni podía pensar, en los sacos de dormir calentitos, ni en los infiernillos zumbadores calentando sopa allá abajo en el refugio. Había que pensar en lo que nos esperaba a lo largo de las horas que iban a seguir, en cómo estaría la parte superior, en qué desenlace iba a tener esta aventura, que se complicaba minuto a minuto...

La cuerda de «nylon» se sacudía violentamente. Yo no sabía si era por causa del viento o si era que mis invisibles compañeros me llamaban. No había que pensar en comunicarnos a voces ni a gritos. Aguanté las sacudidas hasta que calculé que Máximo había llegado a su destino, y entonces, dando unas inútiles llamadas de atención tomé las presas del flanqueo. La cuerda se retiraba y hasta me tiraba demasiado, confirmando que en el otro lado estaban pendientes de mí. Al sacar el mosquetón de la clavija de anilla fijada a mitad del paso horizontal, noté en la cara el castigo de los primeros copos de nieve, duros y fríos, lanzados lateralmente por la fuerza del viento. Medio minuto más tarde, al juntarme con Máximo que estaba solo en la segunda plataforma, la nevada era declaradamente espesa y perversa.

—¿Y los demás?

—Han proseguido. Hay que ganar tiempo pues las cosas se ponen mal.

Sí, había que ganar tiempo. Pero yo miraba hacia abajo y Máximo también. Estábamos todavía a dos rápeles del suelo tan sólo... Pero sé que de haber ido nosotros en cabeza, hubiéramos

seguido para arriba, mientras los de la cola hubieran pensado en la retirada...

Hacia arriba fue peor. Pasé muchas horas ya sin volver a ver a Antonio. A Rafa le veía sólo en algunas reuniones de cuerda. Yo llegaba y él marchaba. Se iba para arriba, llevándose una cuerda recubierta de nieve, buscando unas presas recubiertas de nieve, hundiendo su figura recubierta de nieve en una grisalla que no era más que nieve. Nieve que no caía, sino que rebatía furiosamente contra nosotros, proyectada por el huracán, que a cada momento aumentaba en potencia... No podíamos hablar porque no nos oíamos, ni siquiera soltando las palabras a bocajarro. Máximo y yo pisábamos unas pequeñas presas inclinadas sin levantar los pies, sabiendo que al alzar la suela de goma, aquel suelo se convertía en una pendiente escurridiza de hielo. La nieve, espesa y constante, se amontonaba sobre nuestros pies, en los brazos, en la capucha, en las mangas, en las rodillas. No valía la pena quitarla porque inmediatamente volvería a colocarse, y además la tela del anorak quedaría húmeda.

Al fin, dejamos la propia pared vertical, sobrepasados los canalizos. Allí, en verano, acaba la escalada, y la cordada puede seguir prácticamente con las manos en los bolsillos. Rafa estaba allí, en una pequeña plataforma, atado a dos clavijas nada seguras y manteniendo la cuerda por detrás de un pico de piedra. Luego Rafa se marchó sin decir nada, desapareció de nuestra vista tras la guía de la cuerda que tiraba hacia arriba. De pronto se paró. Pasó rato y más rato. Máximo y yo no sabíamos nada. Ni nos podíamos mover.

—¡Rafa...! Rafa... ¿Qué pasa?

Nada. Nadie contestaba. Aquella espera era angustiosa, pesada. ¿Qué hacían? ¿Por qué no seguía moviéndose la cuerda hacia arriba? Pasó mucho rato, muchísimo. Máximo y yo tuvimos tiempo sobrado de pensar de nuevo en los sacos de dormir calentitos y en las sopas hirvientes y reconfortantes que nos hacíamos en el refugio; hasta en las cancioncillas que tocábamos con flauta a dos voces después de cenar...

De pronto, Rafa se dejó oír. Estaba a 30 metros sobre nuestras cabezas. En peores condiciones que nosotros, completamente solo. Pedía cuerda, mucha cuerda, toda la cuerda que pudiéramos darle. Pasó mucho tiempo hasta que nos desencordamos y nos atamos los dos al final de la cuerda. Era muy laborioso, era muy lento trabajar de aquella manera. Rafa se impacientaba, chillaba, gritaba. Decía que Antonio necesitaba mucha cuerda, toda la cuerda posible. Máximo y yo acabamos atados a medio metro de distancia el uno del otro.

—¡Bueno, ya está! ¡Vete tomando!

La cuerda se fue lentamente para arriba. Entonces supimos lo que pasaba: Antonio había visto que en la Gran Gradería no había garantía para asegurar y quiso subir él solo metros y metros hacia arriba, valientemente, todo lo que dieran las dos cuerdas atadas, hasta llegar a la cumbre, o a la arista por lo menos, para hacernos subir desde allá. No supo nunca si lo había logrado. Sin piolet, sin crampones, dentro de aquel infierno vertical y gris, en medio de la tormenta, subió hasta que se acabó la cuerda. Confesaría luego que allí pasó miedo, muchísimo miedo. Nosotros también teníamos miedo allá abajo, sin saber nada de nada. Máximo, al intuir la tensión de los de arriba me dijo:

—Me parece que vamos a tener que rezar algo.

Yo le contesté que hacía ya mucho rato que lo estaba haciendo...

Volvió a pasar mucho tiempo. ¿Qué pasaba allí arriba? Abajo no sabíamos nada. Sólo sabíamos que nevaba, que nevaba cada vez con más intensidad, y que el viento no cejaba. Antes soplaba furiosamente, a ráfagas. Ahora era un vendaval horrendo que proyectaba la nieve a la pared dejándola pegada. Todo estaba blanco. Ya no era gris. Toda la pared estaba recubierta de una costra de nieve y nosotros también. Sentíamos crujir las mangas del anorak. Yo notaba humedad en donde los tirantes de mi mochila tocaban a los hombros. ¡Pobre plumífero! Donde pisábamos ya había cuatro dedos de hielo.

De golpe cayeron unas cuerdas. Nos pareció adivinar que Antonio decía que bajaba. «Bueno, la retirada, menos mal. Vale más retroceder que seguir en estas condiciones». Antonio llegó, más bien cayó, a lo largo de las cuerdas empapadas, resbaladizas.

—¡Dice que ha llegado arriba!

No sé lo que pensarían los demás, pero yo no pensé nada. ¡Qué importaba el triunfo! ¡Lo importante ahora eran los rápeles, la bajada, el Jou Tras-el-Picu, el refugio! Preparamos el rápel mientras Antonio decía que se cuidaba del descenso de Rafa. Seguro que ahora Máximo ya no tenía tiempo de pensar en rezar. Pensaría en los nudos de las cuerdas, en la seguridad de las clavijas, en el hielo que recubría la pared... Al empezar a bajar, yo volví a mis Padrenuestros pensando en aquellas clavijas que se movían... Se bajaba mal, las cuerdas de «nylon» no estaban endurecidas como las de cáñamo, pero en ellas resbalaban las manoplas empapadas. Abajo había una plataforma inclinada que al pisarla resbalaba... Llegaron los demás más deprisa de lo que uno puede soñar. Otro par de cuerdas silbaron para abajo, hundiéndose en la grisalla. Otra oración, otra plataformita resbaladiza. Sabía que allí en verano, se leen unas letras escritas en la roca a punta de martillo. Pero ahora no había que pensar en eso; había que buscar la anilla de la clavija. ¿Dónde estaba? Había que buscar, hundir la mano en la nieve, tantear. Sí, allí estaba.

—¡Venga, la cuerda! ¡Corre! ¡Cuidado, que este suelo tiene muy mal...!

Otro rápel, otras maniobras. De nuevo a buscar otra clavija. Ahora ya parecía algo mejor. La pared seguía siendo una coraza de hielo, seguía nevando igual y el viento soplaba igual o más fuerte si cabe que antes; con el roce de los rápeles el agua había traspasado los hombros de anorak, plumífero y jersey de todos. Pero sabíamos que el quinto rápel ya tocaría el suelo.

El suelo... El suelo era un inclinadísimo nevero. Rafa, al llegar, casi se coló dentro de la profundísima rimaya. Al fin vi llegar al último, a Antonio Moreno, desaparecido para mí desde horas antes, desde el principio del paso horizontal.

—Pero, ¿has llegado arriba?

—Creo que he quedado a dos palmos o a dos metros de la cresta superior, porque no he podido subir más por falta de cuerda.

Sólo sabía que cuando la cuerda no dio más de sí, allí bullía más la tempestad; no se entretuvo en esperarnos y volvió a bajar enseguida, con miedo a caer hacia abajo a cada paso. Eran dos cuerdas de nylon de treinta y cinco metros atadas por los cabos, y cuarenta más de cáñamo en total; ciento diez metros útiles de cuerda. Él creía que desde la última clavija hay menos de cien metros hasta la arista superior, junto a la cumbre. Nosotros también. Calculamos eso. Al criterio

de los demás dejaríamos si aquello valía o si no valía como ascensión. Ahora no había que pensar en eso, sino que había que recuperar el último rápel, tozudo, que no quería ceder.

Dimos una vueltas al azar a las dos cuerdas. No cedían. Otras vueltas en sentido contrario. Nos colgamos los cuatro de la cuerda. ¡Sí, cedía! Los cuatro bajamos, arrastrando la cuerda pesada con nosotros, dando volteretas por el nevero empinado, hasta que al fin nos inmovilizamos. Estábamos abajo. ¡Gracias a Dios! Máximo todavía tuvo humor de sacarnos una foto en aquel estado, y otra del Naranjo, «para que la gente viera que la cosa no era broma».

oOo

Esto tiene un epílogo. Volvimos a Madrid diciendo que creíamos que el equipo había vencido, pero sin querer asegurar nada. Hubo sus discusiones y sus controversias. A partir de junio, varias cordadas subieron al Naranjo por la normal y todas volvieron diciendo que no habían hallado nuestra última clavija y mosquetón, el juego del primer rápel de Rafa y Antonio. Nosotros cuatro empezamos a aceptar lo inevitable y a hacer planes para otro intento en el próximo invierno. Si no valía, había que volver.

Pero más tarde, el problema tuvo su aclaración. El 4 de agosto de 1954, justamente cincuenta años más tarde de la primera ascensión al Naranjo por el Marqués de Villaviciosa, Rafa y yo formábamos parte de las cordadas que subían la imagen de la Virgen de las Nieves para entronizarla en aquel formidable zócalo de seiscientos metros, y como conocíamos el lugar, dimos con nuestra clavija y con nuestro mosquetón, ennegrecidos ya por el tiempo, situados en la parte alta de la Gran Gradería. Con la Santina a cuestas medimos la distancia hasta la arista terminal. Algo menos de ciento diez metros. ¡Antonio Moreno había llegado a la arista superior!

II. Invierno de 1969: Una terrible injusticia (Ortiz y Berrio)

Hasta dos años más tarde, las paredes del Naranjo no fueron visitadas de nuevo en invierno y esta vez fue por los vascos Ángel Landa y Pedro Udaondo. Se hablaba mucho del Naranjo en invierno pero estaba difícil llegar. Nosotros (Rafa Pellus, Antonio Flores y yo) estuvimos en 1955 a su pie, envueltos en mal tiempo durante seis días y sin poder siquiera asomar la cabeza por las ventanas todavía inacabadas del pequeño refugio. Habíamos llegado por los Horcados Rojos con esquís y para marcharnos, osamos bajar esquiando por la Canal de Camburedo invocando a la buena suerte para que —dado lo mucho que había nevado— no desencadenáramos ninguna avalancha. Tuvimos suerte y llegamos enteros a Puente Poncebos ya por la noche. Pero el Naranjo seguía sin haber sido escalado por completo en invierno.

En enero de 1969 sonó un campanazo: «Dos montañeros inmovilizados en el Naranjo de Bulnes». Era tan importante la noticia que hasta la prensa, la que nunca se ocupa de montaña, saltó unánime en todo el país. Dos montañeros vascos, Francisco Berrio y Ramón Ortiz, tolosano y donostiarra, habían partido para escalar el Naranjo también en invierno y no habían vuelto. Se

sabía que no eran unos desconocidos porque querían atacar por la cara oeste, la Vía de Rabadá y Navarro, la más difícil en aquel tiempo.

La máquina humana de salvamentos empezó a funcionar. Era una máquina espontánea porque en aquel tiempo no existían todavía los servicios de rescate en montaña de la Guardia Civil. De Bilbao, y de todo el País Vasco, de Santander, de Asturias y también de Madrid y Cataluña acudieron montañeros a Arenas de Cabrales para ayudar a resolver la situación. El tiempo era malo pero algo había que hacer. Aparecieron también los primeros helicópteros pero aquellos eran unos Bell 205 del SAR (Salvamento Marítimo) y no podían hacer mucho en la montaña. Sólo pudieron hacer servicios de aproximación. Yo también estuve, como montañero y como informador. Y viví aquellos días de tensión que iban a desembocar en un desenlace durísimo, que ya se temía. Tan duro que nadie lo quería aceptar.

Ortiz y Berrio eran buenos escaladores. La invernal del Naranjo se había logrado ya, trece años antes, pero quedaban muchas vías para hacerlas en invierno. Y ellos optaron por la cara Oeste, la más difícil. Sabían dónde iban, y sabían también que lo podían hacer.

Pero aquí entró la injusticia. Superaron los primeros pasos y el famoso «tercer largo»; pasarían bien los primeros vivacs, habiendo dejado atrás la posibilidad de «salida de emergencia» desde el vivac de los Tiros de la Torca. Superarían los pasos clásicos y ya conocidos.

Y después efectuaron el flanqueo hacia la izquierda ayudados de un rápel pendular el cual, una vez recuperado, ya deja cortado todo retroceso. Seguirían ascendiendo, dominando pasos de sexto, hasta la Plaza de Rocasolano y hasta la otra repisa. Cuarenta metros más arriba habían superado los pasos peores. Pero se habían quedado allí, colgados los dos, inmovilizados.

¿Qué les había sucedido? Hubo que haber subido después a la cumbre para verlo desde arriba y recuperarlos. Primero se intentó llevar a los equipos de rescate en helicóptero, pero los pesados aparatos de salvamento marítimo que sólo había entonces no valían para hacer vuelo estacionario sobre una cumbre barrida continuamente por el viento. Hubo que subir escalando. Llegaron ocho montañeros a lo alto y desde allí dos de ellos fueron descendidos por un cable, mantenidos por un tambor de rescates. Noventa metros más abajo los salvadores dieron con ellos: Ortiz y Berrio estaban encordados con tres cuerdas, colgados de ellas pero separados por una arista de roca. Muertos, yertos. Daba la impresión de que se habían despeñado desde mucho más arriba, desde casi la cumbre y que al caer los dos, las cuerdas se habían quedado retenidas por una prominencia de la roca... Arriba del todo, justo al finalizar la escalada, tenía que haber un taco hundido por Rabadá y Navarro en su primera ascensión, y este taco no estaba en «su» sitio. Este taco estaba suelto, colgado por un mosquetón en la cuerda de atar de Ortiz y Berrio, junto con otras clavijas.

Esto demostraba que en el último paso, el primero de cuerda había caído, había arrancado el taco. Ninguna clavija pudo salvarle y se había llevado a su compañero... ¡Y los dos iniciaron una diabólica caída... que no llegó al suelo porque la cuerda quedó atascada en una repisa! Y allí quedaron los dos, colgados, separados, con muchos golpes y prácticamente estrangulados por la cuerda... ¿Muertos ya? ¿Esperando la liberación de su agonía por la llegada de la muerte por congelación?

El drama había desvelado ya la injusticia: injusticia porque eran buenos escaladores. Injusticia

porque habían culminado casi la vía oeste del Naranjo, y en invierno. Injusticia porque al precipitarse no cayeron hasta el fondo para acabar de una vez, sino que la montaña los retuvo todavía... ¡Y además separados!

Ortiz y Berrio estaban todavía allá arriba, colgados, muertos. Se iba a intentar recuperarlos con cierta suavidad. Pero ni esta suavidad era posible. Hubo que optar por lo más práctico y rápido. Lo más tremendo. Era terrible pero ya no había que exponerse a más accidentes para «salvar» a dos cadáveres rotos y congelados desde varios días. Un simple tajo de navaja.

Y dieron el último salto de su existencia. Todos los grupos de rescate nos volvimos a casa tristes, apenados. El último consuelo que teníamos era saber que se homologaría a Ortiz y Berrio la «primera invernal de la Oeste del Naranjo de Bulnes».

Ha pasado el tiempo, mucho tiempo. Ha habido muchos accidentes y otras cordadas han escalado allí en invierno. ¿Se ha respetado la homologación que se habló de conceder, después de muertos, a Ortiz y Berrio?

¿Ha habido justicia o se han adjudicado la «primera» otros posteriormente?

III. Invierno de 1970: Otra terrible injusticia (Lastra y Arrabal)

Puntualmente, un año después, volvió a surgir la noticia: otra cordada había quedado prisionera por el invierno en el Naranjo de Bulnes. Otra vez los titulares en los periódicos, cada vez más grandes, y ya las primeras noticias en televisión. Y otra vez la máquina de los salvamentos en marcha. La montaña se ponía en primera página.

La cordada esta vez era de Madrid. Gervasio Lastra, bien conocido como escalador y José Luis Arrabal, también conocido aunque más joven y más recién llegado, perteneciente a la juventud moderna, con barba, con pelo largo, algo excéntrico. En 1970 este aspecto físico todavía no encajaba con el ambiente de montaña. Pero Arrabal pronto se había hecho amigo de todos: era buen muchacho, aprendió pronto y enseguida estuvo en la primera línea.

En verano, esta cordada había hecho la Oeste del Naranjo, asegurándose bien de los problemas que podían hallar en invierno, y hasta hicieron una pequeña picardía (o trampita): dejaron colocada una cuerda fija en el punto más complicado de la parte superior, el paso que creían que en condiciones invernales, y ya fatigados, les podría costar muchísimo. Tenían un equipo de apoyo al pie de la montaña que iba dando noticias de sus progresos: habían dudado un poco en el primer vivac de los Tiros de la Torca (el único punto desde el cual hay escapatoria de la pared) pero prosiguieron entregándose a la Gran Travesía (segundo vivac), los Diedros y hasta la repisa llamada (simbólicamente) Plaza de Rocasolano. Luego tuvieron que realizar la dura escalada hasta la repisa superior, aguantando viento furioso y mucha nieve ya que está muy arriba, cerca de la cresta. Allí llegó Arrabal con mucho frío, sin tacto en manos ni en los pies, y ayudó a su compañero a subir. Al llegar junto a él, Lastra le atendió, le instaló en un vivac algo confortable pero el muchacho ya no reaccionó del esfuerzo. La única solución que tenían allí era ya terrible, sólo la salida hacia arriba.

Al otro día Lastra se dedicó a localizar la cuerda que habían dejado fija el verano anterior para resolver con ella el último paso, verdaderamente muy difícil y duro... ¡Pero no encontró la cuerda! El viento la habría movido dejándola fuera de su alcance, y no estaba donde pensaban hallarla. Aquí empezó el desastre.

Arrabal seguía sin reaccionar. Lastra no se vio capacitado para proseguir solo ni para abandonar a su compañero. Y no se dedicaron a nada más que a esperar ayuda. Su equipo de apoyo levantó la voz de alarma y empezó a funcionar el rescate.

Pero entonces todavía no existían los servicios de rescate en montaña de la Guardia Civil. El equipo de rescate éramos los que estábamos en la ciudad, en Madrid, en Barcelona, en Valencia, en Santander, en Asturias... Y empezó a salir gente. Yo fui en un helicóptero del Ejército del Aire que salió de Madrid, y hallamos ya en Arenas de Cabrales un gran contingente de gente montañera dispuesta a ayudar. El presidente de la Federación Félix Méndez se hizo cargo de la dirección, ayudado por Florentino Carrero, el Vicepresidente, entonces comandante de aviación. Se encauzaron las operaciones. El refugio al pie del Naranjo, pequeñísimo entonces, estaba lleno de rescatadores y además había tiendas por todas partes. Pero en aquellos días nadie había podido escalar el Naranjo por la vía normal, ni siquiera se había podido tomar contacto con los sitiados en la arista. La montaña era un puro caparazón de hielo.

Los helicópteros del SAR (rescate marítimo) no podían operar en la montaña por ser muy grandes. Llegó un pequeño Alouette, el primero de la Dirección de Tráfico, que precisamente acababa de llegar, con su piloto el comandante Pastin, de un curso de salvamentos aéreos en Alemania. ¡Vaya estreno hizo! Empezó a revolotear por los Picos y su eficacia fue decisiva. Al principio no pudo sobrepasar la altura del Naranjo para depositar a alguien en la cumbre, porque las ráfagas de viento se lo impedían (lo sé muy bien porque iba yo en él y sé el miedo que llegué a pasar). Se optó por dejar una mochila en manos de los sitiados; después con un cable colgando del Alouette se pudo arrancar a Arrabal del lugar del vivac y proporcionarle las primeras ayudas. Arrabal estaba muy mal, no reaccionaba, mientras que Lastra se mantenía fuerte. Más abajo, otro helicóptero mayor le llevó directamente al hospital de Oviedo... Lastra bajó por su propio pie, rapelando por la cara sur del Naranjo.



Respiramos todos...

Pero ¿se había acabado la pesadilla después de unos días de vivac y tres de rescate?

No del todo porque Arrabal, en el hospital de Oviedo, no reaccionaba. Y no reaccionó, pues tuvo que morir allí unos pocos días más tarde. Fue un terrible epílogo. Esta fue la gran injusticia de aquella escalada y de aquella múltiple operación de rescate. No era justo que después de tantos padecimientos y después de tantísimos esfuerzos de hombres movilizados, viniera la muerte de uno de los rescatados.

En 2005, treinta y cinco años más tarde, podemos citar las consecuencias justas de aquella operación:

- Aquella vez nació el verdadero salvamento en montaña en nuestro país. La Guardia Civil ya estaba preparando unos cuerpos de montañeros-guardias (o de guardias montañeros), cuya efectividad y ejemplaridad todo el mundo conoce.
- Se vulgarizaron las noticias del montañismo en los medios de comunicación del país, y actualmente están bastante al día.
- Se dio a conocer una montaña llamada Naranjo de Bulnes, por entonces desconocida del gran público y ahora conocida por todos. Y hasta los Picos de Europa, el macizo entero, entraron en un nivel turístico importante. Tanto es así que hoy hasta se lamenta tanta afluencia a los Picos.
- El refugio del Naranjo ahora es inmenso y acoge cientos de personas, cuando antes sólo cabían catorce.
- Definitivamente, la escalada del Naranjo se ha generalizado mucho y lo que antes era una peña solitaria a la cual subía una cordada valiente de vez en cuando, ahora es un pico importante al que suben cientos de trepadores todos los años.

Y, afortunadamente, no hay muchos accidentes.

oOo

Todos estos comentarios son justos e injustos.

La vida de los hombres, como la de las montañas, es así, justa e injusta.



Primera intervención por un helicóptero en el rescate al Naranjo. Todavía está el refugio, muy pequeño. 1970.

Capítulo VII: Walter Bonatti, blanco de injusticias

En 1953 se habían escalado en todo el mundo sólo dos cumbres de más de ocho mil metros, el Annapurna y el Everest. Y en 1954 Italia lanzó una potente expedición para conquistar el K2, la segunda cima del mundo, que alcanza los 8611 metros. Este país se consideraba acreedor de unos derechos al K2 pues en 1909 ya había iniciado unos primeros ataques a esta fenomenal montaña por el espolón que ellos llamaron «De los Abruzzos», y en 1929 había repetido el intento. La expedición de 1954 era estatal, muy potente y extraordinariamente bien preparada y bien dirigida por el meticuloso profesor Ardito Desio, geólogo y viejo alpinista. Además parece que el profesor era algo prepotente pues dirigió a sus hombres con mano férrea. Él mismo había seleccionado personalmente, teniendo en cuenta los méritos alpinistas, personales y científicos de cada uno, olvidando la posible relación humana entre ellos, algo que es muy importante en una expedición de montaña.

Todos los escogidos eran hombres ya hechos, de entre treinta y cuarenta y tantos años, con la excepción de un muchacho muy joven, de sólo veintitrés años, en quien se había fijado el jefe por saber que había realizado recientemente muchas acciones alpinísticas de importancia, y con la intención de someterle a prueba en esta acción en vista a futuras actividades. Este muchacho, desconocido entonces, se llamaba Walter Bonatti.





Walter Bonatti a sus veintitantos años.

Una vez en el Pakistán y trasladados a la montaña, la expedición fue desarrollándose tal como había planeado su pundonoroso jefe. Ya se sabía que el K2 o Godwin Austen no podía resultar una montaña fácil, no sólo por la terrible y hermosa visión que ofrecía, sino por los varios intentos de escalada efectuados hasta el momento, fallidos todos y muy dramáticos la mayoría de ellos. La gran montaña parecía inviolable.

Y en el momento de escribir estas notas, a principios del siglo XXI, el K2 sigue siendo considerado el más difícil de todos los «ochomiles». El Kangchenjunga —tercera cumbre del mundo— también es considerado técnicamente muy difícil pero ello es por la complejidad de sus muchas puntas y su extenso cresterío, con una altitud de 8570 m, algo inferior ya al K2. El K2 es una simple pirámide esbelta, enhiesta y... difícil por todas sus aristas.

La arista SE del K2 siempre se ha llamado Espolón de los Abruzzos porque la expedición italiana de 1909 que había iniciado por allí su ataque estaba dirigida por el Duque de los Abruzzos, un fenomenal explorador y alpinista perteneciente a la familia real italiana; precisamente había nacido en Madrid, en el Palacio Real y como Príncipe de España, durante el corto tiempo en el que su padre, llamado Amadeo, fue rey de España como Amadeo I (1870-1873).

Las experiencias de 1909 y de 1929 —aunque hubo otros intentos norteamericanos en los años

treinta— daban pie a los italianos para asaltar el K2 con mucha confianza de éxito. La época era la de las «expediciones pesadas», o sea, de mucha gente y mucha preparación previa (y mucho presupuesto a la vez) aunque no todas resultaban con plenas garantías de éxito.

Las etapas programadas previamente por el profesor Desio se fueron cumpliendo, y a finales de julio estaba montado el campamento VIII, que tenía que ser apoyo para el campamento IX, el de asalto, situado este a la no despreciable altitud de 8100 m. El asalto debían llevarlo a efecto los componentes del «equipo de punta» ya elegido de antemano y formado por Lacedelli y Compagnoni, guías italianos de cierto renombre en la época. Walter Bonatti, por su parte, estaba dando buen resultado en todo el transcurso de la expedición, y en estos momentos había llegado al campamento VIII, a 7730 m, dispuesto a apoyar al equipo de punta. Él, junto con Eric Abram, formaba este «equipo de apoyo», con la misión de mantener bien surtido el XI, especialmente de bombonas de oxígeno para el asalto a la cumbre... y (aunque de esto no se había hablado) con alguna posibilidad de hacer cumbre si las condiciones se ponían buenas para dar un segundo asalto o si el primer equipo fallaba.

Lacedelli y Compagnoni se instalaron en el campamento IX, situado algo más arriba de lo indicado al principio, o sea, a más de 8100 metros. Este campamento estaba formado por una sola tienda, que sería muy pequeña. Parece que por radioteléfono comunicaron a los equipos inferiores que habían agotado las reservas de oxígeno y que precisaban más bombonas para poder dormir y descansar y, sobre todo, poder atacar la cumbre el día siguiente. Walter y Abram recibieron en el campamento VIII la orden de llevarles esta reserva de oxígeno. En realidad la orden era algo difícil de cumplir, dada la situación, la hora y el peso a llevar, pero ellos cumplieron y partieron de su tienda acompañados de un porteador hunza llamado Mahdi. Ya era pasado el mediodía y, teniendo en cuenta donde estaban, tenían que finalizar su cometido antes de que empezara a declinar la tarde, para poder retornar a su tienda con luz y seguridad. Los tres fueron subiendo lentamente por las duras pendientes de nieve y rocas cubiertas de hielo de la arista, toda ella siempre difícil. Llegaron al lugar donde suponían estaba la tienda del campamento IX con sus compañeros, pero era este un sitio muy enhiesto y complicado y no vieron allí tienda alguna. Además, Abram llevaba mucho rato quejándose de intenso frío en los pies y manos, y para que no sufriera congelaciones, Walter le recomendó que dejara allí mismo su carga y que iniciara la vuelta al campamento VIII mientras hubiera luz, quedándose él con el hunza Mahdi, que era un hombre muy fuerte, para entregar su preciosa carga cuando dieran con la tienda del campo IX. Y, si era posible, quedarse ellos aquella noche con los del equipo de punta, con el fin de auxiliarles el día del asalto, tanto a la salida como al regreso.

Abram descendió mientras Walter seguía sin descubrir la tienda de Lacedelli y Compagnoni. Ellos habían subido siguiendo unas huellas que, súbitamente, desaparecían en la dura pendiente de hielo. Y mientras iba oscureciendo más y más dieron varias llamadas. Recibieron alguna contestación desde un punto indeterminado pero no pudieron localizar el campamento IX en aquel infierno de rocas heladas y casi verticales, al pie de unos amenazadores «seracs» que años más tarde serían conocidos como «Cuello de botella». Estaban en un laberinto vertical de hielo,

colgados a más de 8100 metros y sobre un espantoso abismo blanco y cada vez más frío. Además iba disminuyendo la luz de la tarde. Bonatti se sentía tremendamente olvidado y desprotegido, máxime sabiendo que su compañero hunza, de menos empuje humano que él, empezaba a dar señales de desesperación diciendo cosas que, a su entender, ya denotaban un principio de pérdida de confianza y de razón.

—Pero, ¿dónde estáis? —chilló él varias veces, mientras se estaba haciendo peligrosamente de noche.

Tuvo que llegar por completo la noche y empezar a sentirse el intenso frío en aumento. Ellos seguían chillando, y volvieron a oírse las voces en italiano de sus compañeros:

—¡Seguid las huellas! —decían. Pero las huellas no tenían continuación.

Y al cabo de mucho rato, cuando el viento dejó de rugir, volvió a oírse una frase entrecortada:

—Dejad... las bombonas... y marchaos... para abajo...

Walter Bonatti se sintió descorazonado, defraudado. Ellos habían hecho un esfuerzo extraordinario para auxiliar a sus compañeros a la nada despreciable cota de 8100 metros y pico, y ahora no era justo que estos, ya en plena noche, no dieran ninguna indicación de dónde estaba su tienda, ni ofrecieran la invitación a que pasaran con ellos, aunque apretujados, la terrible noche que ya había llegado. Por un momento le pareció descubrir el reflejo de una luz cercana pero le fue imposible localizar el lugar de donde podía venir este esporádico rayo de luz. A más de ocho mil metros de altitud no todos los sentidos funcionan bien.

Y allí empezó la noche más dramática de Walter Bonatti. Él había vivido ya mucho en la montaña y tenía recuerdo de algunas otras noches malas a lo largo de su entonces corta pero ya intensa vida de alpinista. Mas no había vivaqueado jamás sin protección alguna a los ocho mil metros. No tenían saco de dormir, ni tienda; su compañero estaba acobardado y enloquecido por las circunstancias... ¡Y mientras, sus amigos estaban relativamente cerca, dentro de una tienda, y no aclaraban nada ni ofrecían ayuda alguna! Él y Mahdi se sentían abandonados en un lugar desolado y especialmente peligroso. Desprotegidos y con el espíritu cada vez más dolido por una falta de solidaridad, que estaba bien a la vista.

El momento era muy duro y muy difícil. Y preveía que no iba a ser posible superarlo.

Walter tenía a su lado al porteador hunza soltando expresiones difíciles de comprender y dando la idea de que quería empezar a bajar por el abismo helado, por donde habían subido aquella tarde. Habían llegado con dificultad pero entonces había luz. Ahora Bonatti no podía permitir al hunza que bajara solo, ya que sabía que tenía poca técnica de cramponaje y, ante la plena oscuridad y con tanto hielo y rocas aflorando, ello sería dejar que se entregase a una caída, con resultado de muerte cierta. Exasperado, tuvo que empezar a pensar en cómo prepararse para poder detener las reacciones del hunza y poder instalarse los dos, y lograr afrontar la noche de la manera menos mala posible en aquel mismo lugar. Intentar moverse de allí en plena noche era una locura.

Viendo que ya no podía recabar colaboración alguna de sus compañeros, tan cercanos pero tan inhallables, excavó con su piolet una simple bañera, una repisa en la nieve capaz de acogerles a él y a Mahdi. Luego aflojó las cintas de sus crampones para que se pudiera activar en algo la

circulación sanguínea en sus pies, y sujetó bien a Mahdi. Luego le aflojó a él también sus crampones, algo que al porteador no podía ocurrírsele. Buscó, sin éxito, algo de comida en la mochila para entretener un poco el cuerpo y guardar fuerzas: pero no tenían nada, ya que habían subido con la única idea de volver a bajar seguidamente a la protección de su tienda del campamento VIII. Halló sólo tres caramelos en un bolsillo, los cuales ni siquiera pudieron tomar porque, dado el gran frío reinante y el esfuerzo realizado, no lograron disolverlos en la boca.

Resignado, Walter supo que debía esperar a que pasara la terrible noche que les aguardaba. Ya no había luz alguna. Las horas empezaron a transcurrir muy lentamente mientras el frío aumentaba y aumentaba, y un duro viento empezó a zarandearles y les castigaba el rostro con brucas sacudidas de nieve proyectada. Él no quería dejarse adormecer y si lo logró fue a costa de pensar tristemente en el extraño proceder de sus compatriotas y compañeros de expedición quienes, a pocos pasos de allí, estaban durmiendo o tomando alguna cosa caliente dentro de su tienda, sin pensar en lo que él y Mahdi estarían sufriendo, expuestos a los ataques de lo que se llama «la zona de la muerte». La tienda de los compañeros tenía que ser pequeña, pequeñísima, pero en estos casos surge siempre un espacio de salvación para acoger a quienes se hallan en la más dura precariedad.

Pero no. Para él y para Mahdi, a quienes claramente se les había negado la ayuda, la situación era extrema, extremísima. Aquella era la primera vez que dos seres humanos iban a vivaquear a más de ocho mil metros, sin saco de dormir ni otra protección que la ropa puesta y helada. ¡Terrible! Su buena fe se había desvanecido. Bonatti ya había perdido las esperanzas de que sus dos compañeros, italianos como él y alpinistas como él, y perteneciendo a la misma expedición, salieran a darles algún auxilio.

Ya no se volvió a ver la luz de antes en un indeterminado lugar cerca de donde ellos estaban. Sólo se oyó una terrible recomendación que llegaba desde algo más arriba como una maldición, entre ráfaga y ráfaga de viento:

—¡Marchaos! ¡Marchaos, marchaos de aquí! ¡Dejad las bombonas de oxígeno! ¡Bajad para abajo...!

Eran frases que respiraban una crueldad inusitada, un terrible egoísmo por parte de unos «compañeros de expedición». Walter se vio obligado a pensar que lo que aquellos compañeros querían era reservar para ellos solos el éxito de llegar los primeros a la gran cumbre... ¡pero exigiendo y empleando el oxígeno que él, con su sacrificio, les había traído!

Walter Bonatti quiso olvidar ya todo y dedicó sus esfuerzos exclusivamente a sobrevivir aquella noche. A su lado, Mahdi temblaba y maldecía en su lengua, y pediría ayuda a sus dioses sin dejar de castañearle los dientes. Y en la mente de Walter repercutían las palabras de sus «amigos», le estuvieron martilleando en los oídos no sólo durante aquella cruel y larga noche sino durante muchísimos años. No era aquella situación una buena ayuda para la formación moral de un joven alpinista de veintitrés años que amaba la montaña y que, hasta el momento, había creído en la hermosa hermandad de todos los montañeros.



El K2, la segunda cumbre del mundo.

La noche fue pesada; lenta, lentísima, negra y, sobre todo, glacial. Hubo muchos momentos de viento y amenaza de tormenta aunque más tarde, afortunadamente, todo se fue calmando. Pero el frío no calmaba: cruel, enorme, inconmensurable. Se adueñaba de sus manos, de sus brazos, de sus piernas, de sus pies... ¡Se apoderaba de todo su cuerpo! Walter oía el imparable repiqueteo de dientes de su compañero y ello le decía que los dos todavía vivían. Mahdi era un hombre duro y fuerte, de una raza hecha a todos los reveses y dispuesta a combatir las más duras pruebas.

Cuando finalmente surgieron los inicios de las primeras luces del amanecer, Walter vio como el hunza, sin decirle nada, ni en su lengua ni en la jerga con la que se entendían, se alzó y penosamente, como un fantasma tieso y rígido, empezó a bajar por donde habían subido los dos, moviéndose en un destrepe lento, penoso y fatigoso, sin mirar para nada hacia arriba. Afortunadamente el hunza había conservado sus crampones y, aunque algo sueltos, estos le sujetaban los pies sobre el hielo. Walter le vio como bajaba tambaleándose y, en un momento dado, vio horrorizado cómo más abajo perdía pie para caerse y bajar un gran trecho resbalando, alocado, hacia la línea del sol, donde no se detuvo, para seguir marchando hacia el calor, hacia el campamento VIII donde, si llegaba, podría hallar los principios de la salvación.

Él prefirió esperar la llegada, hasta su lugar, de los primeros rayos del sol. Vio cómo entraba una mañana afortunada, sin nubes, y entonces se preparó para iniciar un desilusionado descenso. Apretó las cintas de sus crampones sobre unas botas protectoras de unos pies que todavía tardarían mucho en recuperar su sensibilidad; dejó allí mismo, bien a la vista, las bombonas de oxígeno,

necesarias para que los huéspedes de la tienda invisible las emplearan para poder vencer la cumbre del K2. Y, sin mirar ya para arriba y sin despedirse de aquellos «amigos», empezó a su vez a bajar.

Con todo el cuerpo rígido, todavía endurecido por el frío, pudo llegar al campamento VIII. Allí comprobó cómo Mahdi seguía tiritando, sufriendo terribles congelaciones, y entre él y Eric Abram pudieron ayudarlo a seguir bajando hacia campamentos inferiores más acogedores. Le sujetaban bien entre los dos porque estaba medio loco a causa de la terrible prueba sufrida: quería echarse al abismo de la gran montaña. Lo que acababan de vivir Walter y el hunza había sido una de las mayores injusticias que se han dado a la sombra de una montaña. ¡Verdadera injusticia, sin paliativos! Y tenía que repercutirles en su ánimo durante toda su vida. Físicamente Walter había superado —bien que mal— la prueba, porque era fuerte. Pero viendo el estado del pobre Mahdi y sintiéndose él mismo tan depauperado y despreciado, dudó de que psíquicamente no le llegaran males mayores. La dureza de lo vivido, la cruel noche soportada era una prueba demasiado fuerte.

oOo

Aquel día, 31 de julio de 1954, los «compañeros de expedición» Lacedelli y Compagnoni lograron la primera ascensión al K2, gracias a las bombonas de oxígeno que Mahdi y Bonatti les habían subido. Walter, al llegar al campamento base y una vez algo repuesto, quiso protestar al jefe, el profesor Ardito Desio, por el trato recibido, pero este no le escuchó ya que era mucho más importante el éxito mundial recién conseguido por la expedición. Su buen sentido le hizo comprender que en aquel momento una protesta empañaría el valor de la primera ascensión conseguida en el K2. Y prefirió no insistir. También esperaba que Lacedelli y Compagnoni, a su vuelta al campamento base, le dieran alguna explicación por su proceder... Pero nadie le dijo nada. En el victorioso grupo italiano, todos se afanaban en divulgar a los cuatro vientos y a celebrar el éxito sobre la gran montaña. Pero nadie se interesó por aquella terrible noche pasada sin protección alguna por dos hombres a más de ocho mil metros.

Todos los componentes de la expedición ya no pensaban más que en difundir el éxito y en volver pronto a su patria.

Walter Bonatti volvió a Italia pensativo y callado. Él no quiso ensombrecer la victoria nacional alzando una protesta, pero en su interior sentía una enorme depresión. Se dedicó de nuevo a sus montañas, y como alguien le recordó que antes de salir habían firmado todos un documento comprometiéndose a no divulgar nada sobre la expedición en dos años, ya que a ello estaba únicamente autorizado el jefe del grupo, durante mucho más de los dos años comprometidos no volvió a hablar del K2, ni de la injusticia a la que había sido sometido en compañía de un pobre porteador hunza que ya estaba condenado a arrastrar unos miembros congelados durante toda su vida.

El profesor Ardito Desio fue el encargado de divulgar a grandes voces todo lo conseguido —que era mucho y bueno— en el libro oficial de la expedición. Se editó seguidamente este libro del K2 que explicaba bien la aventura y era muy detallado, aunque notoriamente triunfalista. Era la

obra de un profesor habituado a mandar, a tener éxitos y a escribir correctamente. Pero no contaba todos los detalles de la aventura, pues si bien hablaba de que Bonatti, Abram y Mahdi llevaron las bombonas de oxígeno al campo IX, explicaba sólo que «el viento que soplaba del norte hizo que las voces se perdieran». Añadía que Bonatti y el hunza se dieron cuenta de la imposibilidad de descender de noche con grave riesgo de sus vidas, y que por ello excavaron un agujero en la nieve y allí vivaquearon durante una noche «que iba a ser terrible a aquellas alturas». Nada más.^[12]

Bonatti no habló de ello en los dos años previstos ni, posteriormente, en bastante más tiempo. Pero sí «habló» de otra manera: haciendo montaña a gran escala, dando a conocer al mundo su talla de gran alpinista. Ya había hecho cosas buenas anteriormente —no en vano, siendo tan joven, le habían elegido para la expedición— pero después de la expedición quiso ser supervalorado de cara al mundo. Y él mismo se sintió superempujado a ello. Sin mencionar la injusticia del K2 iba obteniendo suficientes argumentos para poder seguir dándose a conocer. En 1955 dio un gran campanazo al lograr, en solitario y a lo largo de seis días, el Pilier SO del Dru en Chamonix, llamado ahora «Pilier Bonatti», gesta que por sí sola ya explica el valor y la audacia necesarios para lograrla. Bien a la vista de todo el mundo se mantuvo él, en la pared, con su cuerda y su petate, durante esta ascensión en solitario, y en un lugar tan visible.

Por Navidad de 1956 quiso ir con un amigo y cliente a la cara italiana del Mont Blanc, con intención de hacer la difícil vía de La Poire. Pero se dieron cuenta de que este itinerario no estaba en buenas condiciones y, cambiando con prudencia de programa, fueron al Espolón de la Brenva. En el refugio de La Fourche coincidieron con una cordada franco-belga que también quería hacer la Brenva. No salieron juntos pues la otra cordada iba dirigida por un aspirante a guía suficientemente experimentado, y marcharon separados desde el primer momento. Todo fue bien para ellos hasta que al acabar la escalada, en el collado de la Brenva, el tiempo se puso malo de verdad. Con todo, Bonatti llevó a su cliente hasta la cumbre del Mont Blanc y lograron bajar al refugio Vallot, sin tener noticias de la otra cordada. Ellos salieron bien de aquella tormenta, pero los otros no, porque, si bien al observar su tardanza salió un helicóptero a buscarles y les recogió, el aparato capotó en el Grand Plateau y sólo se salvó el piloto quien, aunque de mala manera, pudo volver por sus propios medios. Este fue un drama muy divulgado, en el cual la prensa sensacionalista mezcló a Bonatti, quien realmente no tuvo nada que ver en ello. Pero esta falsa referencia explica que Bonatti ya era famoso porque, de otra manera, si no le hubiera conocido nadie, no le habrían relacionado con la desgracia de los franco-belgas y su guía. En realidad Bonatti, como guía, había cumplido y atendido bien a su cliente.

En 1956 Bonatti estuvo en una nueva expedición al Karakórum, en la zona de los Gasherbrum, a las órdenes del veterano Riccardo Cassin, logrando Walter y su amigo de siempre Carlo Mauri la primera ascensión del bellissimo, famosísimo y difícilísimo Gasherbrum IV, un «casi ochomil» (porque mide exactamente 7980 m). Es esta una montaña que, desde entonces, posiblemente nadie la ha mirado con afición, dada la gran dificultad que Mauri y él hallaron y divulgaron con lágrimas en los ojos. Y por la misma época estuvo en el Pilier Rouge du Brouillard con su gran amigo Oggioni, en la cara italiana del Mont Blanc.

Y en esta misma cara italiana del Mont Blanc —la zona más personal y propia de Walter

Bonatti como alpinista y como guía— hizo él la Vía Major en solitario, al tiempo que su amigo Carlo Mauri, también en solitario, hacía la vía de la Poire, paralelas y no lejos la una de la otra, dando lugar a subir cada uno por su vía y a juntarse al final para llegar juntos los dos solitarios a la cumbre del gran Mont Blanc y celebrar allí en lo alto su previsto encuentro... ¡antes de que cayera una terrible tormenta que les hubiera dado mucho trabajo a los dos de hallarles en la pared! Pudieron librarse de los rayos y de los truenos y de las avalanchas.

En 1961 fue a los Andes, a la Cordillera Blanca del Perú, y allí se estrenó en el Rondoy Norte con varios amigos, entre los cuales estaba su íntimo Andrea Oggioni, a quien tendría que perder no mucho después en otro drama, el del Pilier d'Angle, también terriblemente difundido y comentado por todos los medios de comunicación más o menos sensacionalistas, en el cual los que sobrevivieron aseguraron a viva voz que Walter Bonatti fue el principal intérprete y salvador de los que pudieron escapar a la muerte. Pero los comentarios y las críticas a Bonatti tampoco faltaron esta vez. Era demasiado conocido ya en un mundo donde, desgraciadamente, no faltan las envidias.

En todo este tiempo, Walter Bonatti jamás mencionó la injusticia de la que había sido víctima en el K2. Durante años sólo estuvo dando a conocer todo cuanto de bueno le sucedía, guardando discretamente para sí sus sentimientos y las malas noticias que podía tener del estado físico del desgraciado porteador hunza Mahdi.

Y en 1965 volvió a «explicar» bien claro ante el mundo de lo que era capaz, al lograr en solitario y en pleno invierno la escalada de la cara norte del Cervino. El mundo ya llevaba tiempo viendo y «oyendo» todo lo que podía significar el silencio de Walter Bonatti.

Walter tenía ya treinta y cinco años. Había realizado muchísimas ascensiones, era muy apreciado y muy conocido en el mundo de las montañas, pero siempre prefirió estar mudo en relación al «asunto K2». Hasta que escribió un estupendo libro sobre algunas de sus muchas experiencias. El libro se llamó *A mie montagne* («A mis montañas») y en él, entre otros capítulos a cada uno más interesante, ya dejó que su corazón y sus sentimientos empezaran a abrirse, dando a entender lo que le había sucedido en aquella terrible noche bajo el Cuello de Botella del K2. Con suficiente holgura de tiempo había cumplido el pacto de silencio obligado, ya antes de partir la expedición, por el profesor Ardito Desio.

Después Walter Bonatti ha seguido escribiendo libros de montaña y muchos artículos divulgando montañas y sobre países y territorios exóticos de todo el mundo. También escribió un capítulo llamado «Adiós Alpinismo» dando a entender que él seguiría yendo por las montañas pero que no estaba muy de acuerdo con ciertos ambientes del extramoderno alpinismo. Y cuando el Presidente de la República Italiana le concedió una medalla y surgieron algunos comentarios y maliciosas críticas por ello, él tuvo que escribir otro artículo bastante dolido titulado «El peso de una medalla» donde decía que «el valor de las conquistas no debe ser destruido» y que «las montañas tienen el valor de las personas que las saben amar y el de los que saben enfrentarse a ellas», y añadiendo que «los que son humanos de verdad saben bien que las montañas tienen su corazón, ya que no son amontonamientos de piedras, como pueden creer las gentes materialistas y de espíritu empobrecido».

Ciertos sectores de prensa han criticado a Walter Bonatti. Le han criticado no por lo que hizo sino, sencillamente, por la más pura envidia de quienes no tuvieron nunca su nivel, ni su gran corazón humano volcado hacia los amigos y las montañas.

A los treinta y cinco años, el gran alpinista dejó de hacer alpinismo de gran nivel; «se cortó la coleta» como podríamos decir en términos españoles. Pero sigue viajando por el mundo, escribiendo, teniendo muchos amigos, y sigue admirando las montañas, de manera más tranquila, más silenciosa. Y los que, aunque estemos lejos de él, le tenemos admiración y simpatía, le deseamos buena suerte y, sobre todo, que nadie más pueda convertirle jamás en blanco de injusticias.

Epílogo de este capítulo.

En 1984 ante el anuncio por el Club Alpino Italiano de celebrar el treinta aniversario de la primera ascensión al K2, Bonatti publicó un libro llamado «Proceso al K2» en el cual él quiso demostrar que la cordada victoriosa no había dicho por completo la verdad de lo acaecido en el K2 el 30 y 31 de julio de 1954. Los primeros vencedores del K2 se sintieron muy incómodos ante la insistencia del entonces ya veterano Walter Bonatti, insistencia mucho mayor que la resignación del joven Walter Bonatti treinta años antes cuando se vio obligado a vivaquear al pie del Cuello de Botella, a 8100 m, sin saco ni otra protección, en compañía de un pobre porteador hunza que tuvo que quedar muy maltrecho.

Tres décadas después de aquellos hechos, Bonatti demostró legalmente la insolidaridad de sus compañeros en el K2, y ahora la justicia le dio la razón. Pero en la crónica oficial de la expedición siguen sin ser rectificadas las declaraciones de los vencedores. Y mucho tiempo más tarde, cuando un periodista quiso profundizar sobre esta polémica con Ardito Desio, ya muy anciano, intervino la hija del profesor diciendo:

—¡No hay que molestar con esos pequeños detalles a un hombre que ya ha cumplido los ciento cuatro años!

En efecto, Ardito Desio tenía ciento cuatro años en el año 2001, y moriría, a avanzadísima edad, en diciembre de este mismo año.

Bonatti sigue pensando en aquella terrible noche y dice todavía:

—En el K2 yo tenía que sucumbir o fortificarme.

Y como sobrevivió, sigue más fortificado que nunca, aunque haya dicho un muy leve «adiós al alpinismo».

La injusticia existió en principio para él y para Mahdi. Pero él le plantó verdadera cara y venció.

oOo

Para finalizar este capítulo hay que mencionar otra injusticia casi desconocida sucedida en

aquella expedición italiana al K2 de 1954: uno de los componentes del grupo alpinista, Mario Puchoz, guía de montaña, contrajo allí una pulmonía y murió a los pocos días. Está enterrado en la confluencia de los glaciares Godwin Austen y Saboya, a los pies del K2, donde una placa que se va desmoronando recuerda sus ansias de montañas truncadas allá. Ahora hay otras tumbas en el K2, pero la primera fue la del guía italiano, a quien, dado el tiempo transcurrido, ya pocos lo tendrán en la memoria.

La muerte de Mario Puchoz fue otra injusticia. Su desgraciado final, eclipsado por la gloria de los conquistadores del K2, dio muy poco que hablar. Tengamos también un emocionado recuerdo para «el bravísimo» Mario Puchoz.

Y los españoles debemos un recuerdo para Atxo Apellániz, fallecido en 1994 después de haber vencido el K2. Y para los aragoneses Javier Escartín, Javier Olivar y Lorenzo Ortiz, también víctimas del K2 al descender de esta gran cumbre en 1995. ¿Son injustas estas muertes? Son la ley de la montaña.

Capítulo VIII: Injusticias en el Aneto

No sucede con el pico de Aneto lo que suele pasar con la mayoría de las montañas, que son conocidas desde tiempos inmemoriales. En este caso la cumbre más alta de toda la cordillera pirenaica ha pasado desapercibida hasta hace relativamente poco tiempo.

El macizo al que pertenece el Aneto es grande, ancho y bien llamativo, y desde siempre se ha llamado Maladeta. Este nombre, Maladeta, según unas fuentes históricas o fantasiosas, proviene de la antigua maldición que estas montañas del Pirineo aragonés tenían porque de ellas llegaban las tormentas, los aludes... y la gente indeseable procedente de otras tierras a través de los altos pasos. Otras fuentes indican que el nombre procede de «mala» y de «hitta», palabras del antiguo idioma pirenaico, cuyo significado podría ser «mal» (alto) e «hita» (fita, cosa muy visible en la montaña). Otros llamaban al macizo Montjoia que podría ser una corrupción de «mont» (montaña) y «joia» o «yoia» (paso, collado, brecha).

A lo largo de mucha historia, los picos y los valles principales de estas montañas daban vida y muerte a sus habitantes: el agua y la luz daban la vida; aunque también procedían de la montaña las nieves y las ventiscas, con sus avalanchas y pedregales que equivalían a la muerte.

En las dos vertientes de los Pirineos fueron surgiendo los muchos nombres dados a las montañas, expresiones nacidas por la personalidad de cada una. Aunque las vertientes de La Maladeta corresponden sólo a España (Aragón), las partes altas eran visibles desde Francia (Haute Garonne) y por esta causa algunos puntos de ellas tenían sus leyendas propias, como los Picos de Alba que se decía que eran tres hermanas, princesas blancas, encantadas en la nieve; o la de la Vallée de Lis en la propia Francia, por donde caían enormes avalanchas y cascadas muy llamativas («liss» en el idioma antiguo pirenaico eran las avalanchas, vocablo que recuerda precisamente el sonido «liss» de los deslizamientos); o en Aragón, cerca de Benasque, estaba el Valle del Invierno, lugar donde la nieve empujaba a los rebecos hacia abajo y donde iban a por ellos los cazadores, quienes en su jerga acabaron deformando el nombre del paraje como Valleinvierna o Vallibierna o Malibierne. Y estaba también el valle de Coronas donde, desde muy antiguo se decía que en su parte más elevada había unos lagos rodeados de nieve («*couronnés*» de nieve según los franceses), topónimo que fue adjudicado a este valle secundario superior, a los lagos y también a su collado más alto, el que actualmente sigue llamándose Collado de Coronas y es el paso obligado para llegar al pico de Aneto, se suba por Coronas o por La Renclusa. Y estaba también el Coll Maldit o Collado Maldito, situado al sureste de las cumbres que ya en tiempos antiguos se veían desde lejos, y las que recibieron el nombre de Las Maladetas.

Así, podría decirse que ya era conocido desde remotos tiempos el extenso y alto macizo de La Maladeta, visible desde el norte tanto o más que desde el sur; la disposición de las montañas del sur no permitía ver en todo momento y desde todas partes las cumbres más altas, mientras que por el norte, desde las montañas que dominan la llanura francesa de Aquitania, la gran cadena pirenaica estaba en todo momento presente a los ojos de todos.

Francia siempre ha tenido hombres inquietos que querían saber cómo eran estas montañas del

sur y qué había detrás de ellas. ¿Hombres inquietos? Sí. Unos eran inquietos por su condición de militares; otros por ser científicos y observadores, y otros eran inquietos por su posición política, siempre ambiciosa, demasiado humana. Y todos estaban inquietados y ávidos pensando en el territorio que podía existir detrás de las montañas, tan visible para ellos; territorios que no podían conocer de cerca pero que tenían que ser ricos porque lucía allí más el sol que en su propia tierra. Y además sabían que detrás de aquellos Pirineos, en el sur, había unos hombres tranquilos que dependían de unos reyes y dirigentes que vivían muy lejos, mucho más hacia el sur todavía. Y todos pensaban, con verdadera envidia, que sería interesante entrar y hacer suyo aquel territorio que suponían algo abandonado...

Entre estos hombres inquietos había unos —los menos ambiciosos— que eran geógrafos, los cuales desde lejos dibujaban planos de aquellas zonas misteriosas. Y militares, mucho más voraces, que aprovechaban estos planos pensando en el sistema de poder invadir algún día el país del sur, tan atractivo por muy rico y por poco definido, algo salvaje según se decía, pero con vinos muy fuertes y mujeres muy bellas y apasionadas. En realidad hubo un tiempo en que algunos militares ya lograron pasar a España aprovechando debilidades políticas del país del sur, y hasta ocuparon una villa, la de Benasque, aunque sin poder dominar su castillo, fuertemente defendido por gente no tan salvaje como suponían los invasores, y provistos de artillería, instalada allí desde los tiempos de una guerra interior para apoyar a uno de los dos aspirantes a la Corona que luchaban por el título (Guerra de Sucesión, en 1714). Esta vez tuvieron que retirarse los franceses de Benasque, pero está muy sabido que antes de que pasara un siglo se les presentó mucho más fácil su entrada en España (1808) para ocupar todo el país sin disparar un solo tiro, debido a la blandura y a la memez de unos políticos y reyes (pido perdón a la Historia por la expresión) que se dejaron engañar. Aunque hay que añadir seguidamente que pronto surgiría un alcalde duro y persuasivo (el de Móstoles, población cercana a Madrid) que alertó a todos los españoles de lo que no les habían sabido alertar sus propios reyes, y así, tras mucho coraje y mucha sangre, los ocupantes franceses tuvieron que salir de España empujados por un pueblo desarmado pero aguerrido que fue el primero que derrotaría a Napoleón (Guerra de la Independencia, 1808-1814).

Después de la Guerra de la Independencia, si bien quedó España vencedora, realmente estaba desolada y tuvo que seguir un tiempo sin buenos gobernantes y con un rey desagradecido (Fernando VII). ¡Grandes injusticias! En cambio, Francia, aunque derrotada en el sur, seguía siendo culta e inquieta y, en consecuencia, los franceses siguieron estudiando y ambicionando los Pirineos. Naturalmente, estudiaban primero sus vertientes pero cuando llegaban a la arista fronteriza no dejaban de mirar hacia el sur, con la eterna curiosidad y avidez, para seguir emocionándose ante lo que podía existir en aquellos valles luminosos y siempre atrayentes. Y así, poco a poco, fueron entrando en Aragón de nuevo aunque ahora pacíficamente. Ramond de Carbonnières fue de los primeros: había vislumbrado España desde la Brecha de Rolando, con sus primeros valles rocosos y resecos, pero también vio sus atractivas profundidades y las distintas alineaciones de montañas y más montañas hacia el interior. Tuvo que tardar mucho en poder pisar por completo territorio español y, cuando lo logró, sus pasos se iniciaron en Luchon, subiendo por el empinadísimo camino del Portillón de Benasque y haciendo desde allí un intento de ascensión a

la muy visible Maladeta, llena de hielos y belleza, que si no llegó a término parece que fue por indecisión o incompetencia del guía francés que le llevaba o por deficiencia del equipo y calzado de la época, poco efectivo para moverse sobre el hielo y la nieve.^[13]

Después de Ramond, ya muy entrado el siglo XIX, fueron más franceses y otros extranjeros a La Maladeta, todos ellos personas cultas y experimentadas en montaña que deseaban conocer aquel mundo tan atrayente para ellos: Ferrière, Cordier, Brunn-Neergaard, Charpentier, De Marsac, Parrot. Todos llegaban a los Pirineos por Francia y, desde Luchon, buscaban el camino del Portillón y por él entraban en España. Algunos fueron interceptados por la no tan elemental vigilancia fronteriza española, y prácticamente todos iban conducidos por un mismo guía: un luchonés llamado Pierre Barrau, carpintero de profesión pero buen cazador y más o menos conocedor de las montañas, quien empezó guiando a Ramond de Carbonnières y estuvo llevando más gente a las montañas de La Maladeta hasta que finalmente, ya en 1824, tuvo que surgir para él la injusticia, por imprudencia o descuido suyo o simple fatalidad: se cayó en una grieta del glaciar de La Maladeta y no pudo ser recuperado por sus acompañados, quedando su cuerpo prisionero del hielo, para viajar en el interior del glaciar hasta que en 1931, al final de un gélido recorrido de 107 años de duración, salieron sus restos al descubierto, casi indemnes, bastante bien conservados por el hielo.^[14]

En 1817 otro francés también inquieto y culto que se dedicaba a estudiar la cordillera pirenaica reveló algo muy importante: era Henry Reboul, «sabio geómetra», y dijo haber hecho un gran descubrimiento en sus mediciones desde bastante lejos, con las lentes y los aparatos de la época. Este descubrimiento consistía en que había comprobado que algo al este del pico superior de La Maladeta «existía otra cumbre más alta», sesenta y cinco toesas más elevada que la propia Maladeta, «cumbre que por razones de perspectiva había pasado desapercibida hasta el momento». Reboul, como descubridor, tenía pleno derecho a dar nombre a esta nueva cumbre; para ello estudió los inciertos mapas de la región española a la que pertenecía el descubrimiento y le pareció comprobar que el pueblo más cercano al nuevo pico era uno llamado Aneto o algo parecido, situado en el alto valle catalano-aragonés de la Noguera Ribagorzana, en la orilla occidental. Y bautizó la cumbre como Pico de Aneto.

Es indudable que Reboul sería un gran hombre y que tenía derecho a poner tal nombre a su descubrimiento, el cual resultaría importantísimo tratándose de la cota más alta de toda la cordillera pirenaica. Pero con ello cometió tres elementales injusticias.

Primera injusticia: Todo el territorio era español, mientras que Reboul, francés, había operado y calculado desde Francia. Por muy poco interés que tuvieran las autoridades o los científicos españoles sobre su propia toponimia, podemos opinar que Reboul tenía el deber de intentar consultar con ellos, o por lo menos con alguien de España habitante en Francia (porque siempre ha habido algún personaje culto de la convulsa España emigrado o desterrado a Francia).

Segunda injusticia: El pueblo llamado Aneto no está en absoluto vinculado con el nuevo pico, ni geográficamente ni humanamente: corresponde a otro valle, completamente distinto del valle de Benasque. En línea recta, mirando un mapa, se verá que está a 16 km el pueblo de Aneto de la

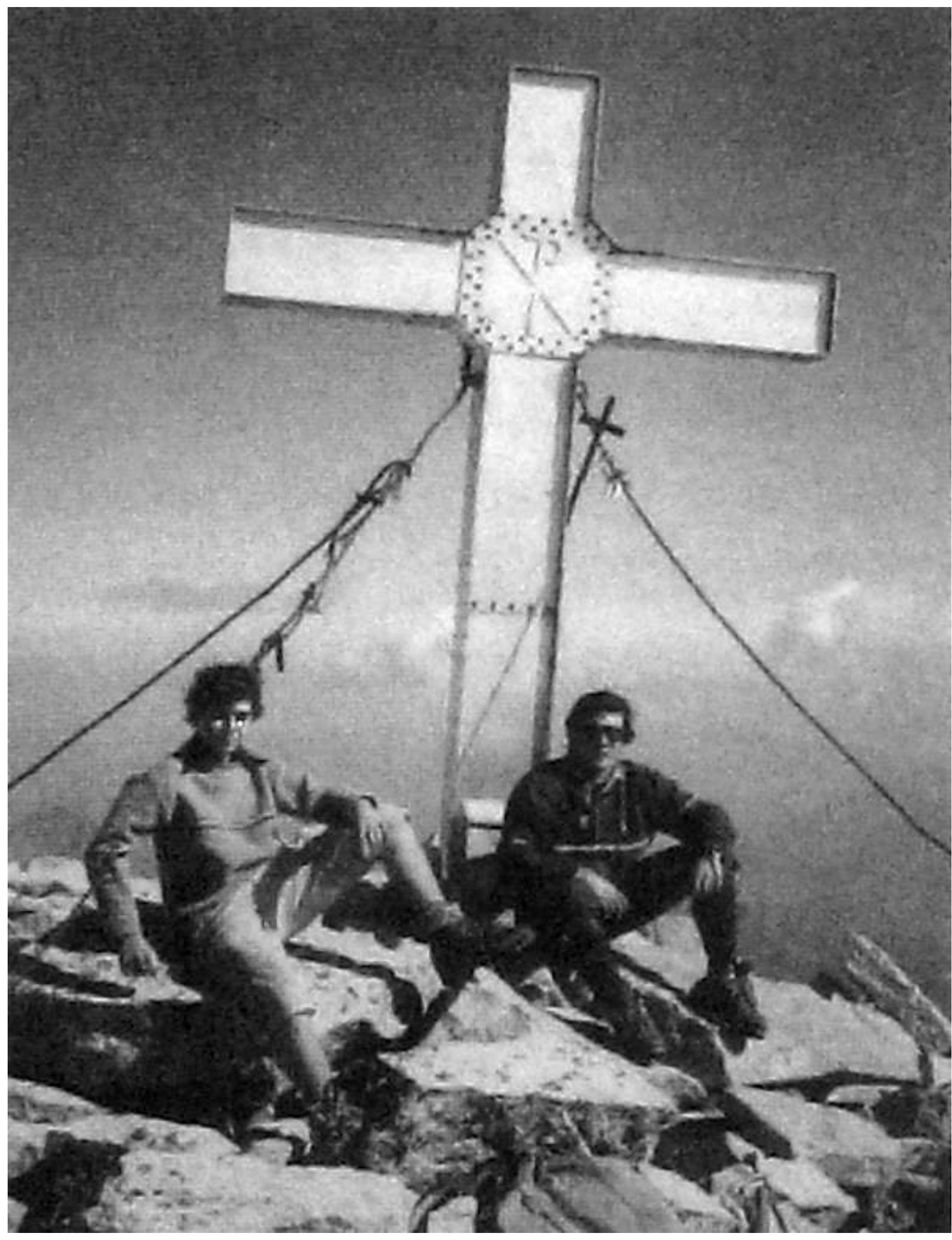
nueva cumbre; mientras que en el propio valle de esta cumbre, el de Esera correspondiente a Benasque, hay dos pueblos más cercanos a la gran cumbre descubierta: el mismo Benasque a 13 km en línea recta sobre el mapa, y Cerler, a sólo once y medio. A estos les hubiera correspondido más ceder su nombre a la nueva montaña.

Tercera injusticia: Hemos dicho que Reboul era un gran personaje y hacía las cosas muy bien pero, sin llegar a saberse el motivo, entendió mal o leyó mal el nombre de Aneto o inventó para escribirlo su propia ortografía, y en consecuencia lo apuntó como Néthou. Y, durante más de cien años, los franceses han conocido el pico más alto de los Pirineos, situado por completo en España, como Néthou, y hasta algunos franceses se han extrañado durante mucho tiempo de que los españoles llamaran a esta cumbre con la palabra Aneto. Afortunadamente, hoy casi todos los pirineístas, tanto españoles como franceses, ya llaman «Aneto» a la gran montaña.

oOo

El Aneto fue conquistado en 1842 por dos «*monsieurs*», el francés Franqueville y el ruso Tchihatcheff, acompañados por dos guías franceses llamados Pierre Sanio y Jean Sors, y dos cazadores de rebecos, también franceses, apodados Ursule y Nate. Los dos «*monsieurs*» no se conocían antes, pero coincidieron en Luchon y como aportaban cada uno su propio guía y tenían las mismas intenciones los dos, y eran los dos alpinistas con experiencia, iniciaron y llevaron a cabo conjuntamente la aventura del Aneto completamente a espaldas de los españoles. A juzgar por lo que dejaron en sus escritos se comprueba que al principio no iban bien guiados: después de pasar el collado fronterizo de Benasque durmieron una primera noche en la antigua choza-cueva de La Renclusa. Hasta aquí bien. Pero desde allí el grupo, según parece siguiendo indicaciones de los guías luchoneses, inició un descontrolado rodeo lateral de la montaña hacia el oeste y hacia el sur saltando a los valles de Alba, Cregüña y Vallibierna. Una vez en el tercer valle, parece que los dos señores —que ya se ha dicho tendrían su propia experiencia de montaña— decidieron poner orden en la empresa y no dejarse llevar más por unos guías que en realidad no eran del país y que dejaban traslucir que lo que temían era pisar el hielo de los glaciares. Así, en Vallibierna el grupo tomó valle arriba, hacia los lagos de Coronas (los «*couronnés de neige*») y treparon hasta el collado del mismo nombre para, una vez allí, seguir por lo que hoy es vía normal de la gran montaña hasta su antecima, de fácil acceso. Y en esta antecima, previa consulta y estudio de una corta pero impresionante cresta que comunicaba con la verdadera cumbre, llegaron finalmente a la gran cima inhollada. Uno de aquellos dos extranjeros cultos comentaría que la cresta que les surgió al paso podía parecerse al «puente que cita el Corán de los mahometanos, mediante el cual las almas puras pueden llegar al cielo y desde donde se despeñan al infierno las almas impuras». Por lo visto, todos ellos tenían el alma pura porque llegaron bien a la cumbre, sin despeñarse nadie al infierno. Y ya en la cumbre, decidieron que aquella alucinante cresta se podría llamar precisamente «el Puente de Mahoma» o «el Paso de Mahomet». Y así ha quedado bautizada la cresta en los anales toponímicos de la montaña más alta y la más tardíamente conquistada de los Pirineos.

Después de este éxito, el Aneto (el Néthou de los franceses durante muchos años) se hizo famoso. Dada a conocer su principal base en Luchon, poco a poco se fueron organizando más expediciones para llegar a la cumbre y, desde luego, todas en principio eran francesas porque tenía que pasar algún tiempo hasta que se iniciara el asalto o la aproximación por Benasque, en Aragón. Las causas de que en un principio sólo se fuera por Francia, a pesar de quedar más lejos, eran lógicas. Existía en la vertiente francesa una ciudad muy conocida, lugar de descanso y mundano, llamada Bagnères de Luchon, aristocrática estación termal a la cual acudía gente de dinero y con el espíritu deportivo que ya empezaba a pesar en el país en la época. Benasque, por el contrario, no era para los españoles más que un fin del mundo lejanísimo y mal comunicado. Había en su valle unos «baños» que ya se conocían desde la época romana pero no eran una «estación termal» de campanillas como el establecimiento perfecto de Luchon, ya que era prácticamente nula allí la afluencia de personas, más o menos enfermas, pero con cultura y capacitadas para ser «deportivas», algo que no era conocido todavía en España. El balneario de Benasque sólo era visitado por personas de la zona aragonesa verdaderamente enfermas que buscaban su curación térmica, o bien por contrabandistas, pastores y los militares de vigilancia fronteriza.



Con todo, los primeros españoles que subirían al Aneto tenían que tardar poco: fueron Juan Manuel y Francisco Harreta, que partieron según anotaciones, como todos, desde Luchon; no se sabe si eran hermanos o padre e hijo, ni siquiera de qué lugar de España procedían. Fueron conducidos por guías de Luchon y desde Luchon al Aneto en 1855, y se supone que serían de buena familia porque los mismos nombres aparecieron escalando el Mont Blanc en 1864. Y en 1861 otro español y aristócrata, el Marqués de Castro Serna, subió al Aneto acompañado de su criado y de tres guías, partiendo también de Luchon. Y sabemos que en 1868, Joan A. Tusquets y Rafael Ferré Gandía fueron los primeros catalanes en subir al Aneto, y se supone que estos ya accedieron desde Benasque con la colaboración de gente aragonesa, que serían ya los primeros guías y porteadores españoles.

Hasta estos tiempos —tercer tercio del siglo XIX— la ascensión al Aneto desde Luchon era una verdadera expedición: partía de la villa turística y aristocrática una llamativa comitiva con toda la parafernalia de guías, bastones herrados, cuerdas y picos, montados todos en caballerías y muchas veces, en los primeros trechos iba acompañada por banda de música y público, y precisamente en una hora muy concurrida para que no pasaran desapercibidos y que el público pudiera desear visiblemente mucha suerte a los expedicionarios. Ello lo exigía y lo mantenía el ambiente de la época en Luchon, ampliado todo por la ampulosa sociedad del momento que daba vida a una propaganda turístico-comercial del lugar en una estación termal donde las altas esferas francesas de la época exigían y creaban un nivel muy refinado y un aire deportivo basado en una gran teatralidad. Pero eran duras estas operaciones: hay que tener en cuenta que había que llegar primero al Hospice de France (10 Km y 520 m de desnivel) y desde allí subir casi 1400 m por el empinadísimo camino de los «boums» hacia el Portillón o Collado de Benasque (de «Vénasque» como dicen todavía hoy los franceses). Después de pasar el Portillón y entrar en territorio español, se pasaba por una cabaña llamada «Del Cabellut» donde se podía comer, beber y hasta dormir —malamente y caro, según se decía—, y luego bajar a Pla d'Estanys, unos 800 m más abajo, para subir de nuevo más de 200 m hacia el lugar llamado La Renclusa donde había una especie de cabaña protegida por un enorme techo natural, que facilitaba un merecido descanso y un sueño, que tenía que ser corto e incómodo.

A finales del siglo XIX las dificultades eran las mismas pero se teatralizaba ya menos. Además en aquella época ya había surgido la competencia de la vertiente española: Benasque empezaba a recibir gente de España para subir —o intentar subir— el Aneto, y se había preparado en algo para atender este incipiente turismo, pues ya existía allí una fonda sencilla pero acogedora y ya se podían hallar en el lugar guías y caballerías de confianza y porteadores eficaces. La industria turística de montaña empezó a funcionar en Aragón, elementalmente, cuando ya llevaba más de medio siglo funcionando en la vertiente francesa. Cataluña y Madrid, aunque lejanos, ya empezaban a dar clientela de montaña porque las comunicaciones, sin ser excepcionales, habían

mejorado, tanto en Aragón como en el resto de España. Y, lo que es mejor: empezaba a haber gente con inquietudes deportivas y ganas de conocer mundo y subir montañas. Y montañas no faltaban en la zona.

Juli Soler Santaló era un ingeniero barcelonés que se podía permitir moverse bastante por todos los Pirineos, y dio a conocer mucho en Cataluña el Pirineo aragonés, activando también el conocimiento de la montaña a jóvenes de las zonas montañosas que hasta el momento sólo estaban destinadas a apacentar corderos y vacas. En Benasque surgieron buenos guías y se miró con simpatía lo que anteriormente se había temido, o sea, la proximidad del Aneto y otras montañas. Este hecho todavía no sucedía en otras partes de aquel Pirineo. En 1911 Juli Soler mandó que le construyeran en La Renclusa, junto a la antigua cabaña bajo el gran desplome de roca, un pequeño refugio particular de pocos metros cuadrados, a la vez que empezó a pensar en la conveniencia de levantar allí mismo un verdadero refugio para montañeros. Para ello tuvo la colaboración de José Sayó, un eficaz guía benasqués, sobrino de otro guía ya mayor, algo más tosco, llamado Sebastiano. Ellos y algunos otros buenos trabajadores de la zona, iniciaron las obras contando con la aportación económica del Centre Excursionista de Catalunya y la cesión del terreno por el Ayuntamiento de Benasque. La instalación de este refugio estaba llamada a ser importante. Y lo fue.

Pero en 1914, antes de que finalizara la construcción del refugio, ocurrió la primera de las dos grandes injusticias que tenían que suceder en poco tiempo en aquel lugar: Juli Soler Santaló, el activísimo promotor de todo ello y de muchas otras divulgaciones en todos los Pirineos, tuvo que morir víctima de una rápida enfermedad. Y en 1916, antes también de que se inaugurara el refugio de La Renclusa, el guía del Aneto y constructor del refugio José Sayó también moriría en plena acción de trabajo, precisamente fulminado por un rayo en el Puente de Mahoma junto con un cliente alemán.

Pero hubo que superar estas injusticias, y la vida siguió marchando alrededor del Aneto. La hija de Sayó, una muchacha llamada Teresita, se acababa de casar con un joven de Barbastro muy activo, quien continuó las funciones de guía y guarda del refugio heredadas de su suegro. Este muchacho de Barbastro era Antonio Abadías, a quien han llegado a conocer perfectamente las generaciones de montañeros que ahora están en plena veteranía. Subió muchísimas veces el Aneto—lo que le valió el apodo cariñoso de «León del Aneto»—, aunque cuando llegó a mayor se fue quedando para atender el refugio, donde siempre dio un consejo o una advertencia, atendió a quien solicitaba ayuda y prestó material o equipo a quien no lo tuviera. Teresita también atendía el refugio con su marido, pero con el paso de los años ya dedicó su actividad a dar vida en Benasque a su «Fonda Sayó», la cual también han conocido los que actualmente son viejos montañeros. Tanto Abadías como Teresita, como su fonda, ya desaparecidos todos, han formado durante muchos años la característica vida de Benasque y La Renclusa.

La gente ha seguido acudiendo al Aneto, y cada vez lo ha hecho más por Benasque. El material y los equipos han ido cambiando, a la vez que el temor a las montañas, a las grietas del glaciar y al vértigo del Puente de Mahoma han decrecido también y ello puede que haya sido causa de nuevas injusticias en la gran montaña, ya que a lo largo de los años se han ido sucediendo muchos

problemas y dramas de manera más imparable que fortuita, causados por la poca previsión de las personas ante las lógicas defensas de la montaña: caídas en las grietas del hielo y grupos sorprendidos por el mal tiempo. Estos sucesos pueden ser también injusticias, ya que en su mayoría podrían haberse evitado, de mediar un respeto y una preparación ante los posibles embates de la montaña. El Aneto, como La Maladeta, es una montaña que, sin ser difícil, es muy alta y eso requiere siempre una cierta atención. Y la falta de respeto a las montañas altas se puede clasificar como una injusticia de los hombres: injusticia hacia las montañas.

Cada vez acuden más grupos de montañeros, unos menos preparados que otros y ello, en los días de buen tiempo, ocasiona hoy algo así como verdaderas procesiones sobre el extenso glaciar. Y si el día cambia y el tiempo se pone bruscamente malo, con frío, tormentas y falta de visibilidad, ¡se pueden acarrear enormes problemas, verdaderas injusticias contra quienes acuden a la montaña alegremente, sin pensar que no siempre hará gran sol!

oOo

En 1917, un año después de haber ocurrido el accidente del rayo que mató a Sayó y a su cliente, fue colocada en el Puente de Mahoma, en recuerdo suyo, una pequeña cruz de hierro, de unos cincuenta centímetros. La fijaron sólidamente en la dura roca, y ella indicaba a los esforzados montañeros que ya estaban a pocos metros de la cumbre. También se erigió, en 1951, una gran cruz de aluminio fuertemente sujeta por cables en la propia cumbre, a la cual acompañó pronto una Virgen del Pilar instalada sobre un hermoso pilar de mármol pulido procedente del gran templo de Zaragoza. Siempre se han respetado en las montañas estas expresiones de devoción, las cuales abundan en muchas cumbres de la mayoría de las montañas de España y de todo el mundo civilizado. Fortuitamente, en el Aneto, alguna vez se han tenido que reparar los cables que sujetan la gran cruz, sometidos a un lógico desgaste frente a la fuerza de los vientos. Pero la cruz de hierro de Sayó, inofensiva y formando ya parte del lugar desde muchos años, ha tenido que sufrir dos desapariciones: una durante la guerra civil y la otra ocurrió hace poco tiempo, violentamente arrancada, y no por los elementos sino por manos humanas. Afortunadamente las dos veces ha podido ser recuperada la cruz, hallada tirada muchos metros más abajo. ¡Esto sí que fue una injusticia, una doble injusticia aunque hecha por manos y en épocas distintas! No sólo era injusticia hacia la montaña y hacia la religión representada por la cruz, sino hacia la tradición histórica de una montaña tan representativa.

Otra afrenta a la montaña, aunque algo chistosa y menos violenta, fue la llamada «pugna de la motos»: en el verano de 1968, un club motorista de la costa catalana quiso hacer, y divulgó, la ascensión en moto a la cumbre del Aneto. Se habló mucho de ello y hubo gran publicidad, pero la operación resultaba algo forzada. Y por esta causa, surgió otra operación contraria llevada a cabo por veraneantes de Benasque y algún benasqués, que intentaron adelantarse con cierta sorna y con claros fines reventadores. Llevaron una moto más ligera por Vallibierna y Coronas, y cuando ya no la podían hacer rodar más, la desmontaron y la cargaron a cuestras y por piezas hasta la cresta del Puente de Mahoma. Y una vez en la cumbre, pieza a pieza, volvieron a montarla para hacer

una foto documental del «éxito», con una máquina perfecta en la misma cima y hasta un motorista montado en ella junto a la gran cruz de aluminio. El otro grupo, compuesto por tres motos y varios colaboradores, pudo llegar por La Renclusa y el Portillón Inferior al glaciar y de allí hasta el collado de Coronas y, con ímprobos esfuerzos, a la antecima del Aneto. Pero ya no pudieron hacerla pasar por el Puente de Mahoma.

Estas anécdotas motorista-montañeras merecen ser relatadas aunque ya no son injusticias porque entra de pleno en los parámetros de la cabezonería, de la afrenta o hasta de la ridiculez; porque no se venderá más ni será más popular un vehículo hecho especialmente para rodar en carretera, por el solo hecho de haberle forzado o empujado hasta la cumbre de una montaña.

Pero más afrenta ha sido lo sucedido entre varios grupos de personas que, en un reciente día de mucha afluencia, estaban iniciando el corto trecho de escalada del Puente de Mahoma. Unos querían pasar delante de los otros y, tirando uno por acá, tirando el otro por allá, acabaron discutiendo y pegándose puñetazos de verdad bajo el alto cielo de los Pirineos, donde parece que todo debería ser paz. ¿No es esto otra afrenta a la montaña? ¿No es llevar allá, a lo alto, la injusticia de los hombres?

oOo

Y el Aneto, el viejo Aneto, sigue impávido viendo llegar ahora generaciones y más generaciones de hombres. Primero empezaron a subir con muchas inquietudes y fatigas, y más tarde lo hicieron con mucha afición pero con precauciones. Después otros fueron sólo con respeto y técnica, y luego ya únicamente con algo de cautela. Luego acudieron con afición, y más tarde con ilusión. Y ahora ya pueden tener tan poco respeto a la severa Naturaleza que hasta llegan los hombres a pegarse tan cerca del cielo azul con la sola excusa de ganar unos minutos...

Pero el viejo Aneto seguirá viendo otras injusticias. La primera de ellas es la de su glaciar, que se va empequeñeciendo, dejando al descubierto las piedras que han estado siglos y siglos cubiertas por el hielo. ¿No es esto una injusticia? ¿Qué causas tiene? ¿Es fruto del cambio de clima regido por leyes universales que pueden mucho más que los hombres, o es que son precisamente los hombres los causantes de este cambio de clima, con tantas actividades nocivas a la vida natural?

La verdadera justicia de la Naturaleza nos dice que el Aneto ha estado en su sitio muchísimo antes de que los hombres lo descubrieran. Y los hombres que lo hemos pisado (o «conquistado») nos hemos creído —por una vez o por siempre— como dueños de la gran montaña, y hasta se le ha puesto el nombre que a cualquiera le ha parecido... ¡y hasta con error!

Pero el Aneto, como casi todas las montañas, sigue en su lugar mientras que nosotros, más tarde o más temprano, tendremos que marcharnos y desaparecer sin poder volver a decir que hemos «conquistado» las montañas.

Esto ya no es una injusticia. Es la justa ley de la Naturaleza, la ley de Dios, en la cual nosotros no somos más que unos ínfimos átomos imperceptibles.

Capítulo IX: Las injusticias de la Jungfrau

En los Alpes hay muchas montañas, muchísimas. Todas son altas, todas son imponentes, todas son bonitas. Y cada una tiene su personalidad según su presencia, según su entorno, según su historia. Pero ninguna, vista desde el fondo del valle, tiene la belleza y el simbolismo que siempre ha originado por su presencia la Jungfrau en el Oberland Bernés. En el corazón de los Alpes de Suiza.

Por lo general las montañas tienen nombre masculino, como el Mont Blanc, el Cervino, el Mont Brulé y muchos más en los Alpes, y el Aneto y el Monte Perdido en los Pirineos, y el Everest y el K2 en el Himalaya. Es menos corriente que tengan nombre femenino pero también los hay, pues tenemos las Grandes Jorasses en los Alpes, y la Pica d'Estats, la Maladeta y la Collarada en los Pirineos. Pero la más universal de las montañas «femeninas» es la Jungfrau.

La Jungfrau siempre ha recibido esta apelación desde que en tiempos antiquísimos fue fundada y habitada la población de Interlaken y, más tarde, la de Grindelwald. La presencia de la Jungfrau es femenina, atrayente. Es enorme pero de líneas tan bonitas, tan blancas y tan diáfanas que no podía recibir un nombre rudo y masculino. Los mismos duros pastores y leñadores de la montaña, que serían los primeros en descubrirla, serían también los primeros en considerarla montaña femenina e inventarse su leyenda.

Desde tiempo inmemorial, cuando los primeros hombres que llegaron a Grindelwald descubrieron aquella alta e impresionante montaña, tan blanca y diáfana, todos pudieron imaginar que sus luces, transparentes en la mañana, eran como suaves velos de una novia. Y que su armónico perfil siempre les recordaría a una airosa mujer. Por ello la llamaron Jungfrau, palabra que traducida a nuestra lengua significa «joven dama», «bella señora», «grácil esposa».

La Jungfrau tenía montañas vecinas, las cuales, lógicamente, también tenían que recibir nombres adecuados, como si fueran todas una familia: a la izquierda de la Jungfrau se alza una montaña casi tan alta como la Joven Dama, también blanca y agradable, mas a pesar de ello, tiene un toque masculino; pronto se le encontró parecido a un monje bueno con hábito blanco y por eso le llamaron «Mönch» (el Monje). Y más a la izquierda, queda otra montaña, esta más agria, algo más baja, más negra, más llena de nubes, más hosca... A esta la llamaron Eiger (El Ogro). La imaginación popular había agrupado a las tres cumbres dándoles la personalidad de hermanos: la mayor era la «Joven Dama», bella, estética, accesible... pero mujer al fin, porque se podía poner dura cuando quisiera. El hermano mediano era el «Monje», blanco y bueno, sin dar muchos problemas y agradable a todos. Y el pequeño, también un chico, era áspero, duro, realmente malo: el Eiger, el terrible Ogro. La historia de estas montañas ha dado razón a la leyenda o puede que fuera la leyenda la que creara su historia. El Eiger, con su complejo de no alcanzar los «cuatro mil» por escasos treinta metros, ha sido terrible y seguirá siéndolo, con una relación de tétrica dificultad alpina llena de dramas y de muertes. El Mönch sigue hoy siendo el chico bueno de la familia, sin presentar dificultades, pero con una presencia imponente a la vez que agradable.

A la mayor, la Joven Dama, como todas las damas jóvenes y menos jóvenes, le ha gustado

siempre hacerse admirar y que la admiren... aunque de vez en cuando se pone revés y entonces deja de ser una compañera amable.^[15]

Con lógica, fue la gran dama donde primero se fijaron los ojos ávidos de los hombres conquistadores de montañas, una avidez que tenía que transformarse —como pasa con las mujeres— en un gran cariño. Estos primeros hombres eran de una familia importante, selectos industriales de la ciudad de Aarau, situada al norte del Lago de los Cuatro Cantones, junto al ya caudaloso río Aar: Johann Rudolf Meyer, hombre del siglo XVIII, era topógrafo y tenía además una imprenta y un molino de seda y, merced a estos oficios, hizo y publicó los primeros mapas y un atlas de su país («Atlas de la Suisse») y más tarde, siempre aficionado a las montañas, confeccionó un formidable mapa en relieve, una gran maqueta de los Alpes suizos, la cual, todavía hoy, se puede admirar en un museo de Lucerna. No está muy claro si se aficionó a las montañas por su trabajo o si se dedicó a su trabajo por su afición a las montañas. Pero esto da igual. El viejo Meyer logró en 1787 la primera ascensión al Titlis, montaña de 3239 metros situada en el corazón de Suiza, y en el corazón de Europa pues en poco espacio allí mismo nacen las principales cuencas fluviales europeas: hacia el norte (Rhin), el este (Danubio), al sur (Po) y al oeste (Ródano). Este hombre tuvo que dejar en herencia a sus hijos la afición a las montañas, y así, Johann Rudolf Meyer II y su hermano Hieronymus Meyer fueron quienes se fijaron a principios del siglo XIX en la belleza de la Jungfrau. Deseando conocerla bien, buscaron colaboradores para su idea de conquistar esta montaña. Les costó encontrar hombres preparados para ello pero finalmente los hallaron en el Lotschental, un valle escondido tras las cumbres que dominan el gran glaciar de Aletsch, en el Valais de habla suizo-alemana. Estos colaboradores eran cazadores de rebecos y buscadores de cristales, y conocían bien los secretos de las rocas y de los hielos. Se llamaban Aloys Volker y Joseph Bortes y se comprometieron a llevar a los hermanos Meyer a lo más alto de la bella Jungfrau. A lo largo de cuatro días, el pequeño grupo traspasó el collado de Lotschental (3178 metros, donde hoy está el refugio Hollandia pero donde entonces no había más que hielo, nieve, viento y nieblas) y, atravesando las grandes extensiones de hielo de las partes altas de los glaciares tributarios del Aletsch, alcanzaron la cadena secundaria de Kranzberg y por ella siguieron a Lühorn, Rottalhorn y el enhiesto collado de Rottal (Rottalsattel) que les llevó finalmente a la cumbre. Era el 3 de agosto de 1811.

Lógicamente, esta conquista tuvo que costar a los Meyer muchas penalidades y mucho esfuerzo pero además les ocasionó un enorme disgusto porque cuando regresaron a su base su desengaño fue enorme: ni las explicaciones suyas ni las de los guías convencieron a la gente del pueblo, tan incrédulos como envidiosos, y nadie quiso aceptar que la Jungfrau, tan alta y tan llena de hielos resplandecientes, había sido conquistada.

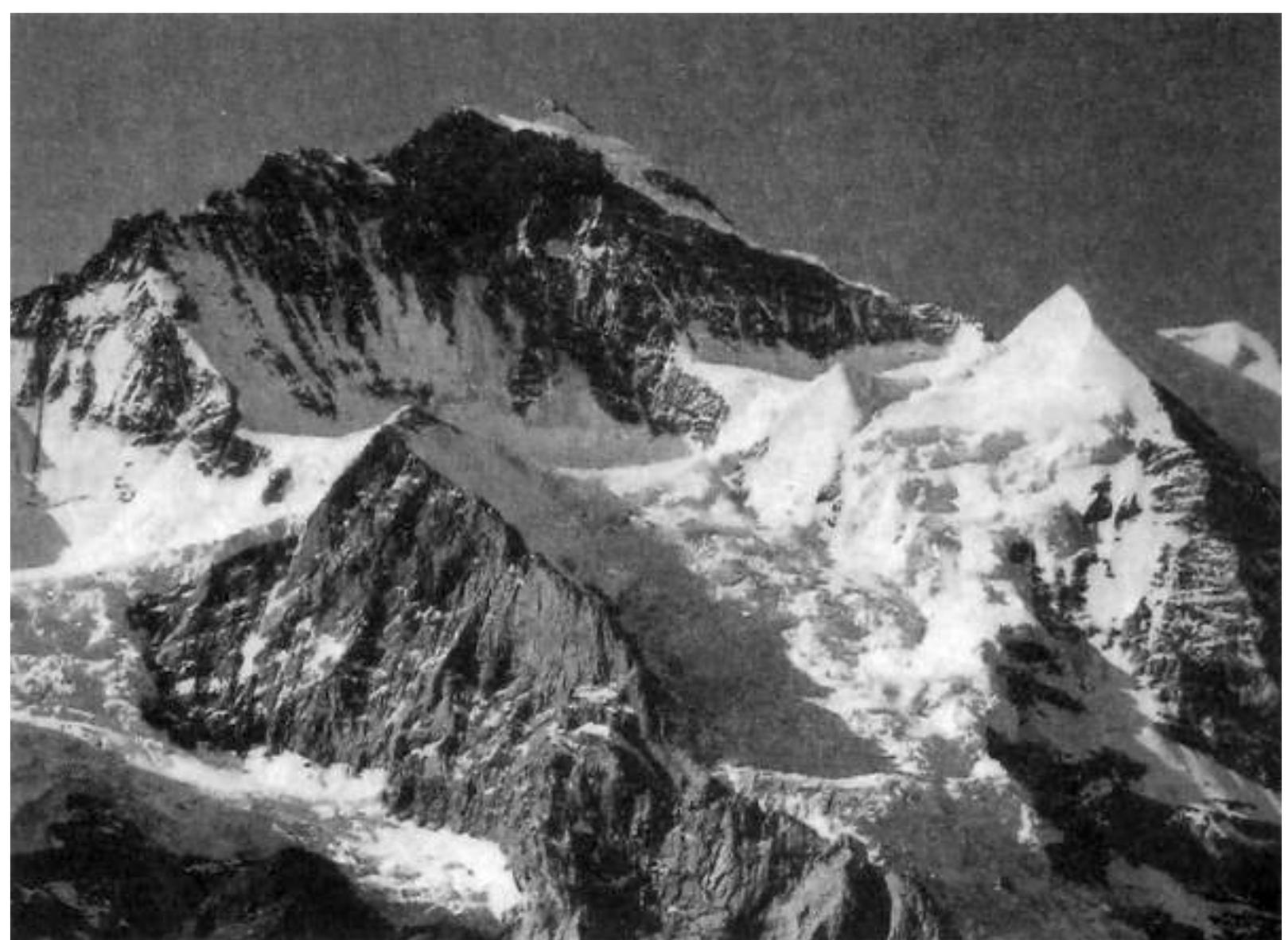
¿Veleidades de los hombres, rencores de unos y de otros, vanidad humana ultrajada, o venganza de la gran montaña-mujer?

Esta fue la primera injusticia de la Jungfrau. Pero los Meyer tenían su orgullo, y su nombre no podía quedar en entredicho después de su ya intensa relación con los Alpes. Los dos hermanos Meyer cedieron al hijo de uno de ellos la misión de defender el honor familiar. Era el joven Rudolf Johann Meyer III, hijo de Rudolf Meyer II y nieto de Rudolf Meyer I. Furioso, fue a buscar

a los dos guías que habían acompañado a su padre y a su tío para que le ayudaran a rehacer la ascensión y dejar el apellido bien limpio de dudas o de habladerías.

Y así, un año más tarde, en verano de 1812, nuevamente los dos cazadores-guías-cristaleros, ya conocedores del itinerario, acompañaron al muchacho Meyer por la misma vía de la vez anterior, y llegaron todos a la cumbre nuevamente. Mas en esta ocasión, como buenos suizos, iban bien preparados y sacaron una enorme bandera roja que hicieron ondear para que fuera bien visible su nueva conquista (suponiendo que no hubiera nubes) desde un lugar previamente convenido llamado Strahlegg. Así hubo testigos que confirmaron que los Meyer, si bien hacían grandes cosas, también sabían demostrarlo. A la vez que decían a grandes voces que no mentían, aclaraban que eran inteligentes.

La injusticia, si la hubo, quedaba así barrida, y el nombre de los Meyer estaba limpio. Pero con ello se ganó algo más, y muy importante: el apellido de los dos guías del Valais, que por dos veces habían llevado a los Meyer a la cumbre de la Jungfrau, quedó perpetuado, y hoy siguen existiendo en aquel cantón, familias de guías de montaña con los apellidos Volker y Bortes.



La hermosa silueta que originó a esta montaña el nombre de la «joven dama».

Esta no fue la única injusticia de la Jungfrau. En 1872, una dama alpinista, buena alpinista por cierto pero algo altanera, quiso retar a la otra dama, la eterna joven dama representada como montaña. Y, para hacerlo mejor, el reto fue en invierno. Miss Meta Prevoort, norteamericana, quiso lograr la primera ascensión femenina de la Jungfrau y en invierno, acompañada de su sobrino, el joven W.A.B. Coolidge, futuro reverendo y también futuro gran alpinista.

Ya se ha dicho que Miss Meta era buena alpinista pero como era mujer y además sabía gastar bien sus muchos dólares, esta vez organizó su expedición de manera algo cómoda, si cabe, para ella: contrató una cantidad importante de hombres —guías o porteadores, pero bien fuertes—. Se dice que fueron seis y en otros lugares se ha escrito que fueron más. Y por el glaciar de Aletsch se hizo remolcar, montada ella en un trineo, por tantos hombres. Cuando ya no se pudo tirar más del trineo hacia arriba, ella, dignamente, se apeó y, como ya se ha dicho que era buena alpinista, siguió trepando de la mejor manera por sus medios propios y humanos —que no le faltaban— hasta llegar a la cumbre de la Jungfrau, acompañada por su sobrino, por los muchos guías y, además... por un perro llamado Tschingel, que ya era famoso no sólo por tener un ama rica y excéntrica sino por ser un «buen perro alpinista» que hizo muchas «primeras caninas» en su vida. Este último detalle es curioso de contar aunque no entra en la idea de «injusticia». Concretamente suponemos que al perro le gustaría la montaña (porque de no gustarle, su exigente ama le habría despachado pronto).

Mas si hubo injusticia en esta ascensión tuvo que suceder más tarde: Miss Meta, en cuanto hubo destrepado de la Jungfrau y llegó contenta de su primera invernal junto a su trineo aparcado en el glaciar, se sentó dignamente en él y ordenó a sus guías-porteadores-criados que empezaran a arrastrarlo (o a frenarlo, porque el glaciar de Aletsch en sus partes superiores tiene una buena pendiente y el trineo correría más de lo previsto).

Se ha registrado esta ascensión como primera invernal, y femenina, aunque podría registrarse también como «primera injusticia social en los anales del alpinismo». De todas maneras hubiera sido necesario investigar en los pareceres de los guías que tiraron del trineo para comprobar si lo consideraban injusticia o no. Y también depende la apreciación de «injusticia» de la cantidad de dinero que los guías recibieron después de esta operación. Sabemos que en aquella época, los ciudadanos suizos, especialmente los de las aldeas de las montañas, no andaban muy boyantes económicamente y, posiblemente, el entrar al servicio de una dama alpinista llena de dólares fuera un trabajo bien remunerado, aunque hubiera que tirar o frenar del trineo de la señora, donde ella decidiera.

A lo largo de los años, la Bella Dama Jungfrau habrá visto más injusticias. Podría ser considerada así la que ocurrió también en el tercer tercio del siglo XIX, y muy relacionada con un escritor francés. Este escritor, el famoso Alphonse Daudet, creador de «Tartarín de Tarascón»,

quiso prolongar las historias de su héroe en otro libro que tituló *Tartarín en los Alpes*, y en él describe muy grotescamente, con su estilo burlón, la vida en la Suiza alpina por el año 1880, así como un desarrollo falso de las ascensiones a la Jungfrau y al Mont Blanc. Daudet viajaría en las diligencias de la época y conocería el ambiente turístico del lugar, y se alojaría en los hoteles de la época, algunos de ellos ya muy buenos en la zona. Esto es justo. Pero lo que no es justo es cómo describió el ambiente de los alpinistas de aquel tiempo, al cual ni se asomó. Leyendo sus páginas cualquier alpinista comprueba honradamente que el autor jamás pisó la nieve de los Alpes, ni se calzó unos crampones —a los cuales llamó «ganchos-kennedy»—, ni jamás se ató a una cuerda, ni jamás dormiría, ni una noche siquiera, en un refugio de los del momento —que tenían que tener precisamente mucho sabor—, ni anduvo ni diez minutos detrás de un guía alpino, que en su tiempo eran ya muy buenos y tenían un gran valor humano que no describió. La ascensión que cita a la Jungfrau, por el itinerario glaciar del viejo refugio Guggi (Guggihütte) y con unos guías que tacha de rarísimos, es completamente disparatada, y si la Joven Dama tuviera oportunidad de leer esta historia se consideraría tremendamente ofendida por verse mencionada con tamaña desfachatez. Igual se puede decir de una frustrada ascensión de Tartarín al Mont Blanc, que hizo finalizar de la manera más insólita y fuera de lugar geográficamente. Los montañeros no podemos juzgar si el humor de Daudet era bien acogido cuando se centraba en las cacerías de leones, veraces o no, pero lo que sí podemos afirmar es que las grotescas actividades de Tartarín en los Alpes no pueden entrar, ni a empujones ni apoyadas en un humor cáustico, en la clara literatura de montaña. Sabemos que siempre se puede haber paseado algún «Tartarín» por las montañas de cualquier lugar del mundo y ello es disculpable y hasta da colorido al ambiente. Pero burlarse, no sólo de las montañas sino de los refugios, de los guías y hasta del mismo lector, deja un mal regusto.

La Jungfrau tuvo que sentirse muy ofendida por aquel escritor que para burlarse de un determinado tipo de hombre, desaprovechó las magníficas ocasiones que la hermosa montaña-mujer le ofrecía para describir todo lo que de bueno e imponentes tienen los Alpes.

oOo

¿Más injusticias en la Jungfrau?

Sí, hubo otra gran injusticia. Una gran injusticia iniciada a finales del siglo XIX que no todo el mundo habrá considerado injusticia pues muchos la habrán aceptado como una gran obra: el ferrocarril de la Jungfrau, que parte de Grindelwald para finalizar en la estación de Jungfraujoch a 3454 metros, dominando allí el inmenso río de hielo que fluye hacia el mediodía, el glaciar de Aletsch, el más grande y el más espectacular de la Europa continental.

En su tiempo se hicieron muchas y muy buenas obras en los Alpes pero esta tuvo que ser la más imponente. Su promotor, un activísimo personaje de Zúrich llamado Adolph Guyer-Zeller, fue capaz de llevar esta adelante, aunque no la pudo ver finalizada porque murió en 1899 y la obra del ferrocarril de la Jungfrau no finalizó hasta 1912. Esta línea de ferrocarril de alta montaña estaba destinada a llegar a la misma cumbre de la Jungfrau pero la Primera Guerra Mundial

paralizó la construcción en el Jungfrauoch, y allí se quedó. Hay que reconocer que la obra fue imponente, pero también hay que decir —y sin metáfora alguna— que las entrañas de la montaña se revolviéron espantosamente a causa de ella. Y nada fue más cierto porque la obra abrió, con la ya no tan elemental técnica del momento, un larguísimo túnel de siete kilómetros en las entrañas del Eiger y del Mönch, con un gran ventanal que domina la llamativa cara norte del Eiger; allí hoy hay una estación intermedia llamada Eigerwand y por ella, sin ningún respeto a la Naturaleza —y más injustificadamente en un país tan respetuoso de lo natural como es Suiza—, fueron echando al vacío toneladas y toneladas de los escombros resultantes de la perforación del túnel.

Posiblemente, en aquella época, muy pocos, o nadie, levantarían la voz contra esta obra. Hoy no se haría, o se haría de otra manera. Pero ya está hecha y, a lo largo de más de un siglo, de todo el siglo xx, miles y miles de turistas han subido y han bajado del Jungfrauoch por medio de aquel ferrocarril, y han admirado la ingente obra. Y puede que también bastantes turistas hayan contemplado y descubierto desde allí las montañas. Y digo «turistas» en vez de «viajeros» porque este ferrocarril no ha sido de utilidad pública como todos los demás ya que, según ha dicho alguien, «no conduce a ninguna parte».

¿A ninguna parte? Sí, conduce al más fenomenal mirador de toda Europa, donde deberían extasiarse los ojos y los corazones llegados desde todos los lugares del mundo. Pero ¿todos los turistas de este ferrocarril están preparados para admirar semejante cuadro de montañas?

Y nosotros, los alpinistas, ¿debemos considerar tamaña obra como una injusticia contra la montaña? ¿Tenemos derecho a ello? Como montañeros podemos subir a pie por el viejo camino del Jungfrauoch, crampeando en los extensos pasos sobre hielo y a lo largo de muchas horas de marcha. Y una vez en lo alto podemos contemplar este panorama de todo el glaciar de Aletsch, especial para nosotros. Pero, por otra parte, pueden subir ahora allí miles de personas que habrán llegado allí sin preparación y sin esfuerzo alguno y sólo para obedecer a un programa turístico. ¿Puede enojarnos el saber que entre tantos cientos de miles de personas que habrán subido allí, habrá habido mujeres con zapatos de tacón y abrigos de pieles, hombres gordos y mofletudos incapaces de dar un paso, y que todos ellos pueden haber llegado allá arriba, haber dado un ligero vistazo al panorama que ofrecen los ventanales y seguidamente sentarse a tomar un vaso de cerveza sin contemplar nada más?

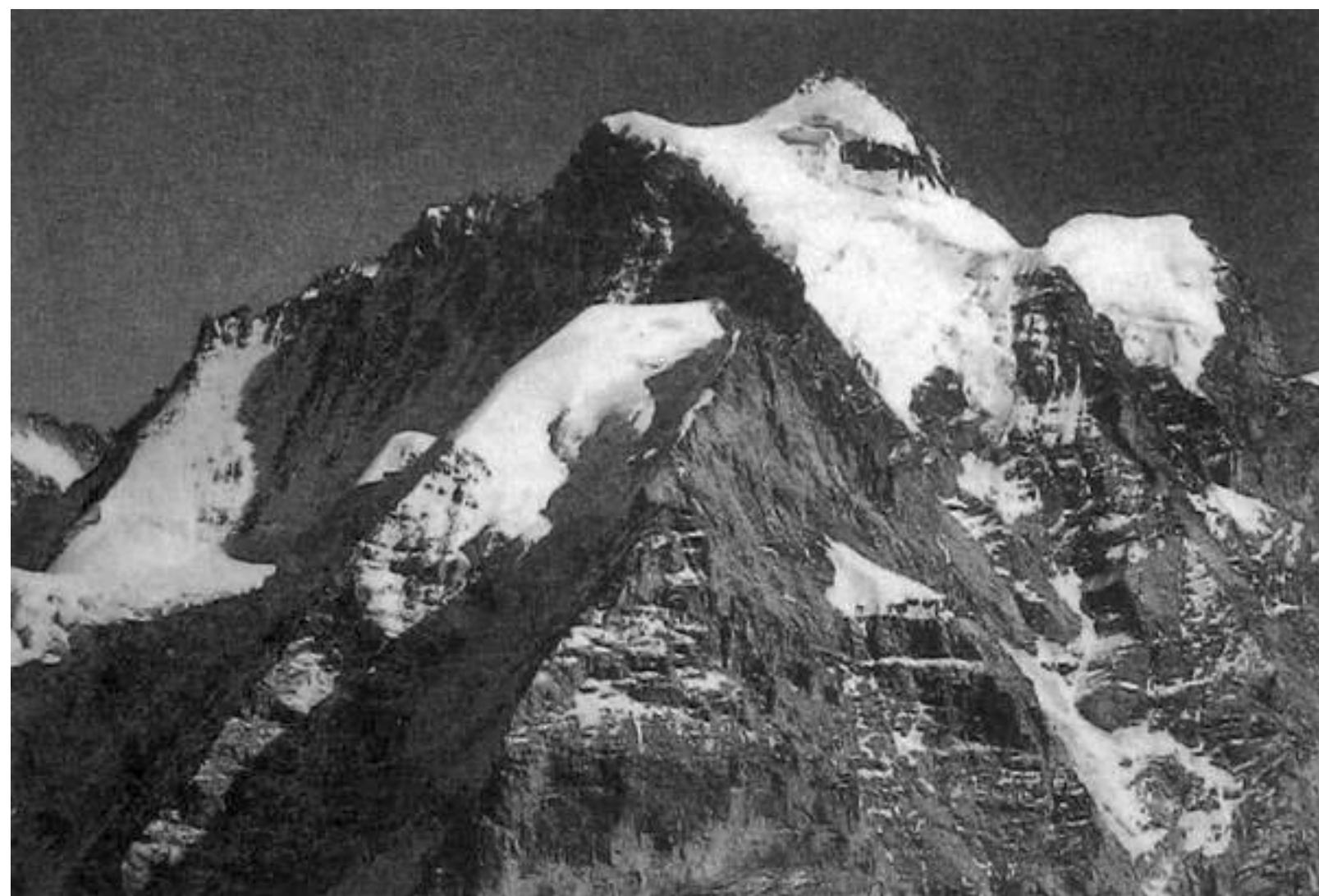
Nosotros sí podemos opinar. La Jungfrau, en cambio, no dice nada. Sólo de vez en cuando se revuelve y manda una tormenta contra los «alpinistas de pega» que, más o menos vestidos de montaña, dan unos cortos paseos por los alrededores de la estación de Jungfrauoch, o bien contra las cordadas que, sin mucho entrenamiento, se atreven a subir a la cumbre de la Jungfrau desde esta base tan facilona, sin aclimatación alguna a la altura, ni la necesaria preparación para hacer montaña a este nivel.

Y las cumbres hermanas de la Jungfrau, el Mönch y el Eiger también se deben sentir defraudadas por esta injusticia, y por ello responden de vez en cuando a su aire. El Mönch, con su hábito blanco y su agradable figura de buen clérigo, acepta a todo el mundo y sólo de vez en cuando, y suavemente, lanza un rugido. En cambio, el hermano pequeño, el ceñudo Eiger, a quien le agujerearon gran parte de su corazón de roca para abrir el túnel, y en cuyas entrañas tuvo que

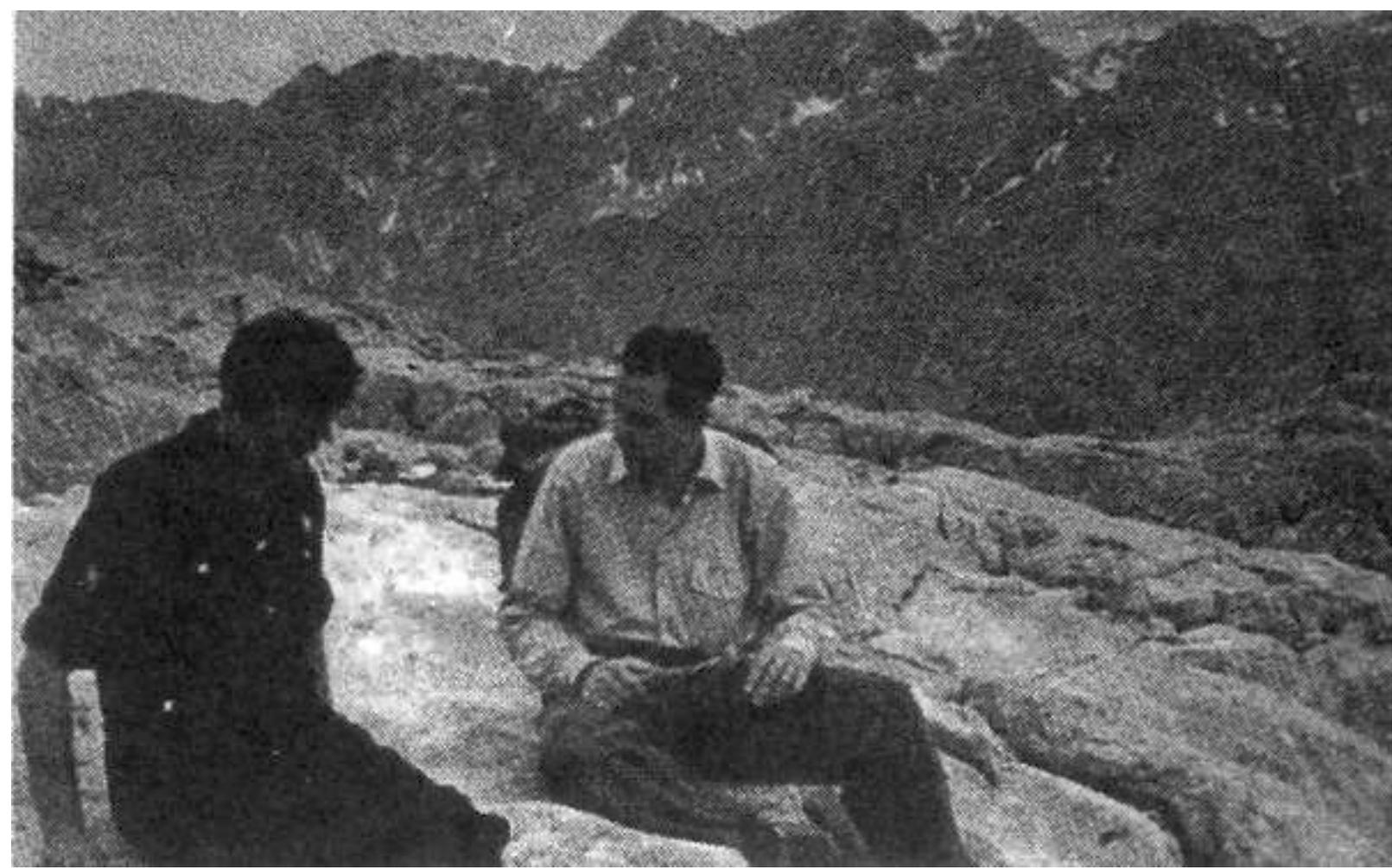
ver morir a muchísimos obreros en accidentes laborales durante la obra, este sí protesta y mucho. Y lo pagan las cordadas que se atreven a escalar su cara norte, tan larga y difícil, con tanta mala fama desde el principio de su terrible historial.

A lo largo del tiempo, los sucesores de *Herr Guyer-Zeller* habrán ido recaudando dinero y más dinero —¡porque este viaje en tren cremallera es caro!— mientras las familias de los obreros que murieron en la obra ya no pueden acordarse de ellos porque ha pasado ya demasiado tiempo. Y, año tras año, el tren con su vía dentada, el túnel y los silbidos de la máquina, han entrado ya a formar parte de la geografía del territorio. ¡Y hasta acabamos nosotros, los alpinistas, en someternos al progreso, y en subir en los tentadores vagones que nos llevan, sin dar un paso, hasta la estación de Jungfraujoch a 3454 m!

¿Injusticias de la Jungfrau? ¡Injusticias de la vida!



La Jungfrau.



Agustín Faus y Quimet Llopis en los Picos de Europa en 1952. Foto reproducida de una revista de montaña de la época.

Capítulo X: La montaña se los quedó, la montaña los devolvió

Más lógico sería «La Montaña se los quedó, la Montaña los devolvió... aunque no siempre».

Se conocen muchos relatos de personas que desaparecieron en la montaña tragados por los hielos de un glaciar las cuales, muchos años más tarde, retornaron al mundo. Aunque, bien mirado, estas no «retornaron» sino que «fueron devueltas», pues sólo fue su cuerpo, o lo que quedaba de su cuerpo, lo devuelto: lo que quedó libre de la envoltura de hielo que los había retenido y conservado durante años, durante siglos o durante miles de años.

Una historia muy conocida y hasta novelada y empleada como argumento en el cine es la muy auténtica ocurrida en los Alpes del Oberland, en Suiza, entre el siglo XIX y el XX. En un glaciar fue descubierto, de manera fortuita, el cuerpo de un joven guía que había desaparecido, caído dentro de una grieta del hielo, unos sesenta años antes. El cuerpo fue recogido, identificado seguidamente y trasladado a la población donde había tenido su residencia para enterrarle dignamente, antes de que empezara el imparable proceso de descomposición a causa del retorno al aire normal una vez liberado de los hielos que lo conservaron incorrupto durante tanto tiempo. Y lo romántico de la historia es que en su pueblo pudo recibir todavía la visita de su novia, la cual, sesenta y tantos años antes, había sido una jovencita muy agraciada cuando estaba a punto de casarse con el joven guía y ahora, convertida en una viejecita arrugada, seguía soltera por haberse mantenido fiel a su primer amor toda su vida.

No recuerdo ahora el exacto final de la historia pero sí que era evidente la comparación entre el rostro juvenil del mozo recuperado, con sus rasgos de los veintipocos años, y la cara de la viejecita novia suya a sus ochenta y muchos. Lo seguro es que el joven sería enterrado inmediatamente, todavía con la juvenil expresión que tendría en el momento de morir en el glaciar, mientras que su eterna novia asistiría encogida al entierro para dejar transcurrir después el ya menguado resto de sus años recordando, si bien no ya el retorno de su amor, por lo menos la visión esporádica del cuerpo de su joven enamorado. Y, posiblemente, a no tardar mucho, acabarían los dos ya definitivamente juntos dentro de la misma tumba.

Un episodio histórico de este mismo tipo es digno de ser recordado y comentado. Sucedió a raíz del primer accidente de montaña ocurrido en el Mont Blanc en 1820 al grupo del profesor ruso Dr. Hamel en el cual desaparecieron dentro del hielo tres hombres, guías o porteadores, en el Grand Plateau. Allí se originan los glaciares de Bossons y de Taconna y ya entonces, se supuso que, más tarde o más temprano, algunos restos tenían que aparecer a la luz, ya que tanto el glaciar de Bossons como el de Taconna tienen un movimiento bastante rápido. Nadie de los supervivientes confiaba verlo, mas no sucedió así: en 1863, andando un guía de Chamonix con su cliente por la parte baja del glaciar de Bossons, terriblemente agrietado, descubrió unos restos humanos incrustados dentro del hielo a la altura de unos 1200 m, y días después —ya buscando en la zona— fueron apareciendo más tétricos restos congelados. Se reconoció que eran de uno de los

desaparecidos en 1820, habiendo recorrido en 43 años un largo trecho de la montaña siempre dentro del hielo y con un desnivel de nada menos que mil ochocientos metros. Se iniciaron unas diligencias judiciales y para ello fueron citados como testigos los dos únicos supervivientes, en la época, de aquel accidente, dos viejos habitantes de Chamonix. Uno de ellos, con ya 86 años y en plena demencia senil, no fue capaz de decir, recordar ni aclarar nada. El otro, más joven, con unos espléndidos 72 años, dio toda clase de explicaciones y dijo reconocer un brazo de quien había sido su gran amigo Pierre Balmat. Y según se dice, tomó el brazo recuperado y estrechó la congeladísima mano diciendo:

—Doy gracias a Dios por haberme permitido estrechar de nuevo la mano de mi amigo Pierre, a quien Él se llevó dentro del hielo hace ya tantísimo tiempo.^[16]

También ha sido siempre citada en muchas historias de alpinismo, la gran personalidad y muy pronta desaparición en 1888 de un notabilísimo y joven alpinista bávaro, Georg Winkler, tan joven que sólo pudo escalar desde los 16 a los 19 años. Pero en este corto tiempo pudo realizar muchísimas primeras ascensiones tanto en los Alpes de Baviera como en las Dolomitas, yendo en solitario la mayoría de las veces. Su escalada más famosa fue la primera absoluta y también en solitario a la más difícil de las Torres de Vajolet, la cual desde entonces ha sido llamada con su nombre: Torre Winkler. En 1888 fue al Valais y escaló el Zinalrothorn, siempre solo, y luego se enfrentó a la cara NO del Weisshorn. Y esta vez desapareció allí. Y ya se le supuso unido íntimamente con la montaña, sin llegar a quedar olvidado jamás en el recuerdo de los alpinistas de corazón, y tampoco en los libros de historia alpina. Mas en 1956 fueron hallados sus restos en la parte baja del glaciar NO del Weisshorn; en este caso ni imaginativamente se habrá podido aventurar que pudiera acudir alguna antigua novia suya a llorar ante sus restos, dada la extrema juventud del alpinista y, sobre todo, la exclusiva veneración que tenía el muchacho únicamente hacia la montaña.

Otro hecho de este tipo, aunque muy distinto, fue la sensacional reaparición, por decrecimiento de un glaciar, de un cuerpo humano encontrado en los Alpes, frontera de Italia con Austria, y al que se le atribuyeron cinco mil doscientos años de antigüedad (o sea, que perteneció a la Edad de Cobre) con una estupenda conservación gracias al completo contacto con el hielo. Este cuerpo prehistórico fue hallado tan incólume que la ciencia moderna le ha podido dedicar sus adelantos para estudiarlo bien. Resultado de estos estudios tan perfectos fueron las suposiciones de una serie de datos tan completos e interesantes como hasta peregrinos: que si aquel hombre había sido un cazador, o si había sufrido la expulsión de su tribu, o si había sido un guerrero famoso en su tiempo, o si había sido homosexual..., o si cuando le alcanzó la muerte andaba simplemente buscando mariposas... Sea como fuere, el cuerpo fue recogido con mucho esmero y hasta se le inventó un nombre —«Detzi» fue llamado— y seguirá en el museo de Bolzano, conservado en temperaturas bajo cero, en condiciones más perfectas aún que las del glaciar, para que no se descomponga y pueda seguir siendo expuesto y estudiado. Así podrá seguir siendo objeto de comentarios, elucubraciones y suposiciones más o menos justificadas como la de su supuesta homosexualidad o su interés por las mariposas. ¿Cómo se habrán podido descubrir o suponer estos detalles, pobre hombre antiguo, después de miles de años de haber muerto y de

habérsele olvidado sobradamente sus inclinaciones?

Pero el más conocido de todos los acontecimientos de esta índole es uno que nos atañe a nosotros, los pirineístas. Fue el ocurrido a Pierre Barrau, carpintero y guía de montaña en Luchon, que vivió en el último tercio del siglo XVIII y en el primer cuarto del XIX, y especializado en llevar gente a La Maladeta. Este hombre murió, caído y desaparecido, en una grieta de la cabecera del glaciar de La Maladeta en el año 1824 y reapareció a la luz del sol pirenaico en el mes de agosto de 1931, o sea, 107 años más tarde. Cuentan las crónicas de 1931 que Pierre Barrau fue encontrado «por completo bien conservado por los hielos» habiendo viajado dentro del glaciar merced al movimiento de los hielos hasta donde estos hielos desaparecen. Y que al aparecer (era en territorio español) fueron llamados a Luchon (territorio francés) los posibles parientes del muerto. Y que acudieron unos lejanísimos tataranietos suyos a reconocer y recoger el cuerpo para trasladarlo y enterrarlo en su lugar de origen. ¿Podían estos parientes «reconocer» el cuerpo de un desconocidísimo tatarabuelo desaparecido poco más tarde de la época de Napoleón y aparecido en el mismo año de la proclamación de la II República Española? Además, las crónicas de la época decían que los citados tataranietos, hombres ya mayores, comprobaron como el aspecto de su tatarabuelo era el de un hombre mucho más joven que ellos.

Todo este detalle que puede dar colorido a un relato es muy bonito de explicar pero es mejor no analizarlo demasiado porque si bien Pierre Barrau pasó ciento siete años prisionero de los hielos, algún desperfecto podría haber sufrido su cuerpo durante el lento transporte originado por el recorrido del glaciar que le contenía, el cual, según cálculos hechos sobre un plano de La Maladeta, no podría exceder en mucho de la distancia de un kilómetro, siempre pendiente abajo.

Y, además, según datos que se pueden obtener en viejas anotaciones y de otros escritos de la época sobre Pierre Barrau, se sabe que este ya no era un jovencito cuando fue tragado por la rimaya del glaciar de La Maladeta. Parece que él mismo había sido quien acompañara a Ramond de Carbonnières, el primer pirineísta, en su viaje desde Luchon al «Port de Vénasque» con ascensión «*presque au sommet*» de La Maladeta, montaña que no se culminó del todo entonces porque el guía (¿Barrau?) no llevaba crampones, y aunque Ramond prosiguió solo —sin crampones o con unos muy elementales artilugios de pinchos en los pies— tampoco alcanzó entonces la cima. Esta incumplida ascensión a La Maladeta tuvo que haber acontecido entre 1785 y 1788, sin estar concretado el año. Aceptando pues el supuesto de que Barrau tuviera 30 años cuando acompañó a La Maladeta a Ramond, cuando ocurrió su caída mortal en la grieta (1824), ya debía tener bastante más de sesenta años. En este caso no encaja el comentario de que «los tataranietos, al reconocer el cuerpo de su tatarabuelo vieron que era un muchacho joven». No encaja, pero es mejor aceptarlo como un comentario pintoresco para relatar este hecho histórico, tan novelesco y conocido, perteneciendo precisamente a una de las épocas más románticas de la historia de los Pirineos.^[17]

oOo

Existe otro relato, más nuestro todavía y más reciente, sobre lo que podría ser llamado «el

rapto de un cuerpo por la montaña». Y en este caso puedo hablar de él con todo el peso específico de mis recuerdos porque se refiere a un buen amigo mío y compañero de cordada: Joaquín López Valls, más conocido entre nosotros como Quimet Llopis, y más aún entre los más íntimos como «Quimitxi». Quimet Llopis era un muchacho muy jovial y alegre en los años cuarenta y principios de los cincuenta del siglo xx. Todo era bello para él, incluida Nuri, su novia, a la que también veíamos bella los demás. Hacíamos excursiones y escaladas juntos y Quimet siempre se llevaba muy bien con todo el mundo, y además él y yo teníamos algo más en común: habíamos hecho el servicio militar en el mismo sitio, en Tarragona. Él era de una «quinta» anterior a la mía —tenía un año más que yo— y por ello le conocían muy bien en el cuartel cuando yo llegué, y comentaba siempre hechos y anécdotas de los compañeros y de los oficiales —bien o mal según cómo fueran— con los cuales yo también tuve que tratar. Y hacíamos montaña y hablábamos de montaña, de libros, de amigos y de amigas comunes, y el recuerdo de la «mili» era ineludible, con sus cosas buenas y menos buenas, y las malas y menos malas del servicio militar obligatorio de la época. Esto en aquellos momentos solía hacer más amigos a los hombres que ya lo eran.

Cuando yo trasladé mi residencia a Madrid por motivos de trabajo en el año 49, él fue de los primeros que me visitó allí porque por su profesión tenía que viajar mucho —era viajante de comercio— y cuando pasaba por Madrid siempre me llamaba y nos veíamos. Coincidió que en aquel tiempo yo tuve que afrontar un grave problema en el que él podía quedarse imparcial, pese a lo cual yo le pedí un gran favor y él me hizo el favor, y a partir de aquel momento ya dejó de estar imparcial, comprendiendo la verdad y aceptando mi posición. En aquellas épocas —años 1950, 51, 52, 53— yo iba mucho a los Picos de Europa, donde había muchas cosas todavía por hacer, muy buenas escaladas y muchas primeras ascensiones. Y él fue conmigo en 1952 cuando yo planeaba realizar una gran ascensión, la cara sur de la Peña Santa, que sólo se había hecho una vez, cinco años antes. Él tenía que trabajar en Valladolid y yo le invité, si podía, a juntarse conmigo y mi compañero Vicente Lladró en nuestro viaje en tren hasta León. Vicente y yo tomamos el tren en Madrid y Quimet Llopis apareció en el vagón donde previamente nos habíamos citado, a nuestro paso por la estación de Valladolid. Proseguimos el viaje juntos hasta León y de allí fuimos seguidamente en taxi al collado Pan de Ruedas, para proseguir a pie a Collado Vallejo, Collada Blanca, Canal del Perro y Collado del Burro; con niebla, lluvia, vivac en una choza de tejado cónico hecho con ramas, y llegada final al refugio de Vega Huerta, muy pequeño pero entonces en buen estado (hoy ya no existe de él más que un montón de piedras).

Allí le presentamos la imponente cara sur de la Peña Santa. Quimet se entusiasmó, y él y yo le hallamos un parecido con la cara norte del Pedraforca: toda ella muy ancha, de roca muy clara, con una crestería extraordinaria. Él y yo encontrábamos puntos parecidos entre una y otra pared, ambas calcáreas:

—Mira, mira —decíamos—. Allí a la izquierda de la cresta hay dos agujas, una enorme y otra más pequeña, que por su forma y su posición recuerdan una a Cabirols y la otra al Gat del Pedraforca... Estas deben estar vírgenes todavía.

Sí, estaban vírgenes. Al día siguiente fuimos a la que se parecía a «El Gat» Quimet, Vicente y yo. Hacía sol al principio pero ya asomaban las nubes por detrás. Llegamos al pie y Quimet pidió

encordarse de primero. Era un buen escalador. Empezó dando unos largos de cuerda por una arista, no muy difíciles pero verticales, y nosotros le seguimos. Mientras él seguía subiendo, agarrado a aquella roca tan firme y buena, yo veía con temor cómo las nubes se estaban acercando. Después de unos esfuerzos, él llegó a la cumbre, lanzó un grito de triunfo porque se confirmaba que era una primera absoluta, y dijo que subiéramos.

—Sí, subimos, —le dijimos— pero tenemos que volvernos muy deprisa porque la tormenta está rugiendo y pronto la tendremos encima.

Subió Vicente y luego yo, con mucha rapidez los dos ya que el cielo estaba cada vez más negro, tronaba por todas partes y ya se veían caer los rayos. Nada más llegar, hubo que preparar el rápel sin perder un instante. Yo bajé el primero entre truenos y las primeras gotas, y Vicente me siguió al momento, con descargas eléctricas ya muy cercanas. Y seguidamente bajó Quimet, aunque más bien se dejó caer por las cuerdas, de puro espanto bajo los rayos.

—¡Venga, date prisa, que esto está muy mal! ¡Esto es como en la primera del otro Gat, el del Pedraforca!

Él y yo sabíamos que en la primera ascensión al Gat del Pedraforca había sucedido un terrible drama de rayos: era el año 1935 y de la cordada formada por Homedes, Boixeda y Albareda sólo llegó el llamado Homedes a la cima de la aguja, cuya forma recuerda a la de un gato, situada bastante a la izquierda de la cumbre del Calderer. Una vez en las orejas del Gat se desató una terrible tormenta y Homedes cayó fulminado cuando estaba tomando la cuerda de rápel, y su cuerpo despeñado pasó por delante de sus horrorizados compañeros. ¡Y esto mismo podía suceder ahora, en la primera ascensión al «otro» Gat, el de la Peña Santa! ¿No sería aquello una premonición?

Pero esta vez no fue tan gordo. Quimet Llopis bajó con presteza y se libró, con gran fortuna, de la mala suerte que empezaba a perseguirle. Porque hay que aventurar que, en aquellos días, estaba predestinado a empezar a sufrir contrariedades.

El día siguiente de estar en Picos de Europa hicimos los tres la Peña Santa por la vía diagonal que conduce a la Brecha de los Cazadores (vía Cuñat-Casquet) y en el descenso tuvo que caer, precisamente a él, una piedra que le dio en el talón de Aquiles y que le dejó prácticamente inutilizado, cojo. Con dificultad pudimos ayudarle a bajar, y al llegar al refugio, allí se tuvo que quedar descansando un par de días hasta reponerse un poco y poder marchar solo y trabajosamente hacia Posada de Valdeón para continuar, renqueando, hacia su trabajo. Vicente y yo nos quedamos unos días más y pudimos hacer entonces la segunda ascensión a la Sur de Peña Santa y subir más tarde, con relativa poca dificultad, a la otra aguja virgen tan llamativa, parecida al Cabirols del Pedraforca, que bautizamos como Aguja Corpus Christi, porque cuando subimos era el día del Corpus.

Cuando Quimet se puso bien del pie volvió a escalar y volvió a su trabajo y a viajar y, en el verano del 53, fue al macizo Maladeta-Aneto con su amigo Ignasi Miró. Hicieron muchas cosas y reservaron para el final la escalada mayor, la de la cara norte del pico Margalida, ascensión todavía hoy considerada con mucho respeto, que entonces sólo se había hecho una sola vez (Extrems-Haus-Camp en 1947).

Quimet Llopis y Miró llegaron al pie de la pared, estudiaron la vía de Extrems y parece que fueron siguiendo sus huellas según un croquis que tenían. Para empezar tuvieron que salvar una enorme rimaya entre la pared de roca y el pequeño glaciar de Tempestats, muy empinado y arrinconado bajo el Margalida. Quimet empezó a subir de primero de cuerda, trepando con mucha cautela porque ya sabía que la roca al principio está allí bastante descompuesta. Superó unos pasos delicados y Miró le siguió. Pusieron alguna clavija y siguieron ganando altura. Creo que fue en el tercer largo, cuando Miró estaba asegurando y Quimet trepó, desapareciendo de su vista detrás del ángulo de una arista vertical muy característica. Iría subiendo bien porque la cuerda de seguro corría rápida por las manos de Miró. Este seguía atento, soltando la cuerda a medida que el propio movimiento de ella se lo pedía.

De pronto, Ignasi oyó, a través de la roca, como un comentario de Quimet, con voz bastante apagada y seguido todo de una brusca exclamación:

—Cuidado, ten atención, que esto está... ¡Oh...!

Y al momento llegó al espantado Ignasi un terrible ruido de piedras desprendidas. ¡Y él aguantó firme la cuerda, y estaba en posición buena, bien seguro para retener la sacudida que estaba esperando!

Cayeron piedras y más piedras y Miró vio pasar muchas por delante de su vista. A él no le dio ni una, y sólo le llegó una gran polvareda desde abajo, con olor de azufre en el ambiente. Después, silencio. La cuerda de seguro, en su mano, no le había dado ninguna sacudida.

—¡Quimet! ¿Estás bien?

Pero no obtuvo respuesta alguna.

—¡Llopis! ¡Quimet! ¿Estás bien? ¡Contéstame, por favor!

Pero Llopis no contestó. Ignasi quiso recuperar algo de cuerda pero esta le llegó sin presión, flácida... ¡Cortada limpiamente por las aristas de las rocas de granito al caer!

Quimet Llopis ya no contestaría nunca más. Había caído por la recta trayectoria de la pared muy vertical, junto con las piedras y con el polvo que justo empezaba a aclararse.

—¡Quimet! ¡Quimet! ¡Contéstame! ¿Dónde estás? ¿Estás bien?

Ni Quimet ni la montaña contestaron a las angustiadas demandas de Ignasi Miró. Un terrible silencio se estaba adueñando de aquel severo ámbito vacío a tres mil metros de altura, encajado y dominado entre la cresta de Salenques y la cresta de Tempestats, que el espantado escalador estaba viendo desde arriba, demasiado manchado por las piedras recién caídas.

¿Qué tuvo que hacer Ignasi, colgado y quedado de golpe completamente solo, situado a media pared del Margalida y con un pobre trozo de cuerda de cáñamo en las manos, seccionado por la caída de las piedras? No era buena su situación pero tuvo que resolverla él, con sus menguados medios, bajando como pudo, peligrosamente, sin otra ayuda que su espantado espíritu en medio del imponente muro del pico de Margalida. Pero él tuvo más suerte que su compañero y se pudo arreglar, bajando presa tras presa y ayudándose a descolgar, a veces, con su miserable trozo de cuerda rota, hasta lograr llegar junto a la rimaya, que era una gran boca amenazante abierta de par en par entre la roca y el pequeño glaciar. La nieve estaba allí muy sucia por las piedras que habían caído, dando la horrible sensación de que gran parte de la pared se había hundido dentro de la

enorme boca abierta. ¡Quimet Llopis tampoco estaba junto a las piedras caídas! ¡Seguramente había caído también al interior de la terrible boca entre el hielo y la roca! Ignasi se acercó con cuidado y miró y remiró y volvió a mirar, y a chillar y a rogar, y a desesperar. No vio nada, ni oyó nada. La montaña estaba muda de nuevo, como si aquel silencio llevara siglos y siglos de existencia, sin dejarse oír el más leve rumor.

Ignasi, rendido, llorando por dentro y por fuera, tuvo que aceptar la catástrofe: su amigo había desaparecido, atado a un cacho de cuerda rota, tragado y hundido en las entrañas de la montaña. Y no tuvo más remedio que emprender un retorno completamente vencido: camino largo, triste, decepcionado. Fueron muchas horas las de aquel regreso por una senda que le pareció eterna y bajo una tenue lluvia, solitario, desmoralizado y terriblemente triste.

Cuando halló un teléfono, Ignasi llamó a Barcelona, a los amigos del Centre Excursionista de Catalunya diciendo lo que había sucedido. En aquella época no existía la Guardia Civil de Rescates en Montaña ni los bomberos especializados y cuando sucedía una desgracia o desaparición de un montañero debían encargarse de la búsqueda los amigos y una recién constituida Hermandad de Rescates llamada San Bernardo. Y estos no tardaron en activarse: dejaron trabajo, familia y otras obligaciones y salieron inmediatamente varios grupos hacia Benasque para subir con prontitud junto con Ignasi, quien subió con ellos por el largo camino del valle del Ésera, por Pla d'Estany y los enormes pedregales del lago y la Vall de Barrancs hasta llegar de nuevo al glaciar de Tempestats, al pie de la imponente pared del Margalida.

Allí buscaron todos con denuedo, y llamaron de nuevo, y los más valientes se metieron rapelando hasta lo más profundo de la cavidad formada por la rimaya.

Nada. No encontraron nada más que una clavija medio oxidada, caída e hincada en la nieve. Pero ningún vestigio personal de su amigo Quimet Llopis, ni huella alguna que pudiera explicar lo sucedido.



La cara norte del Margalida, donde cayó y desapareció Quimet Llopis.

Quimet tuvo que haber sido tragado en su caída por la gran grieta hasta lo más remoto de su profundísima anfractuosidad entre hielo y roca. Y hasta allá ya no podía llegar ser humano alguno.

El único consuelo que tuvieron Ignasi y los amigos pudo ser:

—La montaña se lo ha quedado. Él quería mucho a la montaña y la montaña le ha correspondido: se lo ha quedado para siempre.

Y tuvieron que retornar todos a la ciudad, cansados y tristes.

Nuri, la novia de Quimet Llopis, una chica estupenda, no pudo hacer otra cosa que llorar y conformarse, como todos, a la fuerza.

Para todos, el recuerdo de Quimet, «Quimitxi», sería eterno. Él había entrado ya a ser un símbolo. Ahora ya formaba parte de la propia montaña y de la Historia de la Montaña.

oOo

Pero, medio siglo más tarde tuvo que suceder algo impensado: pasados casi cincuenta años, Quimet Llopis reapareció.

En octubre de 2001, dos chicos, dos buenos escaladores que eran hermanos, hicieron en un día frío, de cara ya al invierno, la cresta de Salenques y, una vez alcanzada la cumbre del Margalida, bajaron rapelando desde la brecha inicio de la Cresta de Tempestats. Estos dos hermanos eran precisamente hijos de un antiguo amigo mío y de Llopis y, recordando lo que su padre les había explicado muchas veces sobre la vida y desaparición de Quimet, por ello decidieron bajar por delante, y al poner los pies en el glaciar de Tempestats, muy menguado ahora a causa del evidente cambio climático, buscaron la casi inexistente rimaya con intención de tener un piadoso recuerdo hacia el antiguo amigo de su padre. Recogieron la cuerda y, sin necesidad de cramponear porque el glaciar prácticamente no existía por ser sólo nieve blanda y poco extendida, atravesaron por encima de lo poco que restaba hasta las piedras.

Y cuando pasaron justo por debajo del gran diedro de la cara norte del Margalida, algo les llamó la atención.

—¿Qué es esto? —dijo uno de ellos.

—Si aquí hay restos de ropa, y una cuerda rota, y... ¡unos huesos! ¡Son restos humanos!

—¿No serán de...?

—No pueden ser de nadie más que del amigo de nuestro padre, el que murió aquí precisamente.

Los dos hermanos, emocionados, no tocaron nada. El tiempo se estaba poniendo mal, hacía frío y estaba amenazando una nevada de otoño, que allá arriba y en octubre no podía ser otra cosa que la llegada del invierno. Levantaron un hito, como referencia, en lo alto de una gran piedra, para dejar bien localizado el lugar de los restos ante las inminentes nevadas de otoño y de invierno, y se volvieron a su casa para comunicar el hallazgo a su padre y a los veteranos amigos suyos. Y naturalmente también en Benasque avisaron de ello a la Guardia Civil de montaña.

Y cuando pasó el invierno y lució la primavera y vino el verano, y se pudo suponer que allá en lo alto, al pie de la pared del pico de Margalida, la nieve se habría asentado y ya estaría de nuevo visible todo lo que hubiera podido quedar cubierto de nieve durante el periodo de mal tiempo, volvieron al lugar marcado. Y allí esperaba lo que quedaba de Quimet Llopis, aguardando ser recogido. Poca cosa era: restos del pantalón bávaro de pana, de un viejo jersey y de un anorak rasgado; unas clavijas oxidadas, con unos mosquetones de hierro en el mismo estado, prendido todo por un trozo de cuerda de cáñamo desgajada y blanquecina y, algo más allá, había lo que podían haber sido unas botas roídas por la humedad y por el tiempo. Y unos huesos humanos recordaban que habían mantenido, medio siglo atrás, la figura alta y erguida de Quimet Llopis, «Quimitxi», Joaquín López Valls, según decía claramente un viejo carnet de identidad que también apareció (de los primeros que se hicieron, plastificados, en los años cincuenta). El hielo había conservado algo de los datos indicados pero el recuerdo de aquel montañero entero y animado, feliz siempre, no necesitaba hielo para seguir en la memoria de sus antiguos amigos, todos veteranos ya, entre los que me incluyo yo mismo. La montaña nos lo había devuelto, al desaparecer prácticamente el glaciar que lo había tragado.

¿A quién había devuelto la montaña los restos de Quimet Llopis? A su familia no, porque ya no tenía familia pues sus padres habían muerto lógicamente años atrás. ¿A Nuri, su novia?

Tampoco porque esta buena muchacha, aunque le había querido mucho, había tenido que resignarse y más tarde hallaría, por ley natural, otro cariño y formaría otra familia. Porque el recuerdo de la historia romántica de la novia-viejecita del joven guía desaparecido en los Alpes siempre ha sido una anécdota muy bella, muy literaria y bonita de contar pero humanamente poco real.

Sus amigos sí restan, restamos todavía, y le tendremos en nuestra memoria mientras vivamos. Y reviviremos las conversaciones con él, y yo no olvidaré nunca los rayos durante nuestra escalada al Gato de la Peña Santa de los Picos de Europa, y también recordaré siempre sus expresiones de despedida en Vega Huerta, cuando él se marchaba cojeando hacia la Canal del Perro mientras Vicente y yo nos disponíamos a enfrentarnos con la inmensa cara sur de la Peña Santa.

La montaña le quería tanto como él quería a la montaña, y ella se lo quedó. Pero sólo fue por un tiempo relativamente corto. La montaña, que no es injusta, lo ha devuelto a los amigos.

oOo

Estos casos no son los únicos de desapariciones y reapariciones en la montaña. Mas no todas las desapariciones se han resuelto con la reaparición —mucho tiempo o poco tiempo más tarde— del cuerpo de la víctima. A fin de cuentas habrá que atribuir a las leyes de la Naturaleza, y a la nobleza de la Montaña, los casos que tuvieron un retorno después de haber sido retenidos entre los misteriosos pliegues del mundo de las cumbres y los hielos.

El más conocido y divulgado universalmente de estos casos ha sido el de los británicos George Leigh Mallory y Mathew Irvine, desaparecidos en 1924 relativamente cerca de la cumbre del Everest, cuando esta montaña era todavía un mito de realidades imprecisas. Nunca más se supo de ellos, salvo algunos detalles que surgieron posteriormente: en 1933 fue hallado a 8440 metros por el alpinista inglés Wynn Harris, un piolet en un lugar muy cercano a la arista nordeste de la gran montaña, ámbito de la desaparición de 1924. Este piolet primeramente fue atribuido a Mallory, aunque posteriormente, por unas marcas precisas, se aseguró ya que era el de Irvine.^[18]

Muchos años más tarde, en 1999, fueron hallados a 8156 metros unos restos humanos que, por confirmadas referencias, eran todo lo que quedaba de Mallory. El lugar del hallazgo no estaba en la posible vía de ascensión de 1924 sino mucho más abajo pero sí en una muy lógica proyección, por lo cual se intuyó que el alpinista caería o se deslizaría a lo largo de un gran trecho por la ladera occidental de la arista, para morir —o llegar ya muerto— en aquel punto. Aparecía con una pierna rota, una gran brecha en la cabeza y con un trozo de cuerda desgajada y rota atada a la cintura.

De Irvine no se han vuelto a obtener más datos, a pesar de lo mucho que ha sido recorrida actualmente la zona superior del Everest, dada la profusión de expediciones tanto montañeras clásicas como comerciales. Siempre ha existido una creencia o posibilidad de que los dos, o uno solo, hubieran llegado a la cumbre en 1924 para perecer allí o en el descenso, aunque esta posibilidad cada vez es considerada más improbable porque, teniendo en cuenta el mucho tiempo

transcurrido y lo ya muy visitado de la zona, jamás se ha podido descubrir ningún indicio que pudiera certificar la realidad de la romántica pero utópica suposición.

También se ha pensado en la probabilidad de poder ser hallada la pequeña cámara fotográfica que llevaba Mallory, la cual —de ser recuperada y de estar en buenas condiciones el carrete que contuviera— podría facilitar gráficamente algunos datos de lo acaecido a la famosa cordada el día 8 de junio de 1924, fecha de su desaparición, antes de que les sobreviniera el final. Pero hasta el momento (2005) no se ha hallado —o si se ha hallado no se ha difundido— ningún posterior hallazgo referente a ello.

oOo

En 1972 tres componentes de una expedición austríaca atacaron el Manaslu por el llamado Valle de las Mariposas, en la cara noroeste. De ellos uno sólo, Reinhold Messner, alcanzó la cima pues sus compañeros, Jäger y Schlick, sucumbieron vencidos por la terrible tormenta que les asaltó en los rellanos superiores de la gran montaña. Y allí en lo alto, a más de ocho mil metros, siguen todavía sus cuerpos para dejarse ver, algunas veces, impávidos y congelados como para saludar (o dar un susto) al esforzadísimo alpinista que está llegando a la cumbre. ¿Serán devueltos estos dos montañeros algún día a las tierras bajas y a su patria tirolesa? Es muy difícil pues no están en zona glaciar, móvil, donde un movimiento natural podría transportarles, con el tiempo, a altitudes inferiores. Estos están condenados a montar la guardia eternamente allí, cristalizados y medio enterrados en la nieve sobre los ocho mil metros.

Otros dos famosos escaladores británicos posteriores, Peter Boardmann y Joe Tasker, desaparecieron en 1982 cuando recorrían la difícil y todavía no culminada arista noreste del Everest. Se supone que se despeñaron por la cara sureste hacia el glaciar Kangshung, eterna reserva glaciar, la más alta del Tíbet. Hasta ahora no se ha obtenido ningún rastro de ellos. Posiblemente algún día aparecerán sus cuerpos, transportados por el movimiento del glaciar, y entonces «podrán explicar» algo a las generaciones alpinistas de la época en que esto suceda.

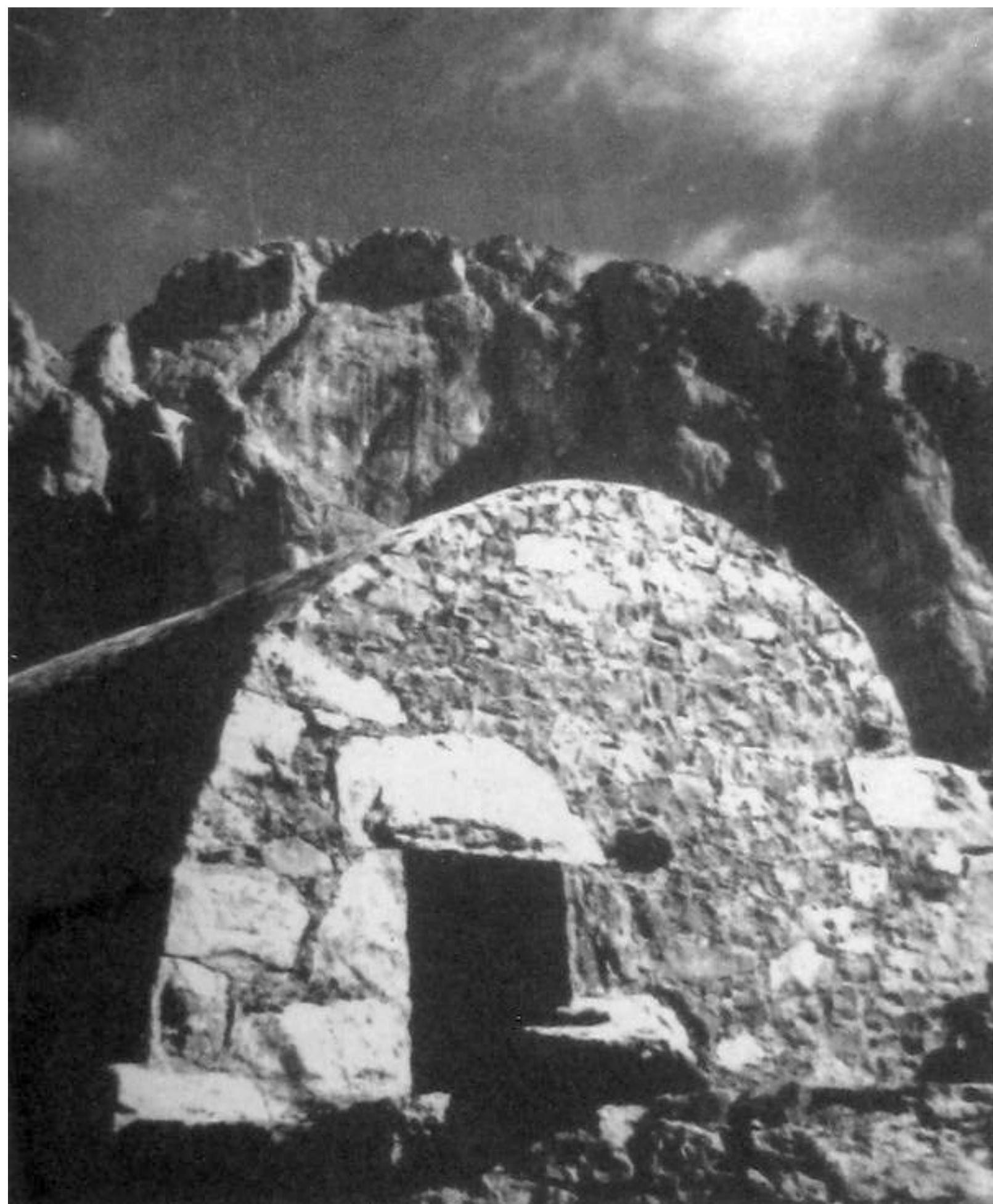
En 1986 sufrió una caída en una grieta del K2 el alpinista italiano Renato Casarotto, eterno solitario y eterno vencedor de las montañas más difíciles, hasta sucumbir en esta grieta de la segunda cumbre del mundo. Cuando ocurrió esta caída, un equipo de rescate estaba a la vista y acudió a atenderle, pero el caso es que no pudo hacer nada. Sus restos quedaron en la grieta hasta ser descubiertos de nuevo por una expedición catalana en 2004. Esta vez han sido piadosamente recogidos y descendidos a la base de la montaña, donde reposan bajo una piedra conmemorativa, junto a la tumba de Mario Puchoz, también italiano, que fue víctima de aquella montaña durante la expedición triunfadora de 1954.

Y han sucedido muchos más casos como estos, en los cuales los muertos en los hielos no se han tocado del lugar, depositados devotamente en un entorno grandioso y eternamente conservador, tanto de la carne como del espíritu.

La montaña siempre se explica. Ella no desea retener a los que la visitan. No es injusta. Es el hombre quien puede ser injusto cuando sin consultarla se interna en su reino de sublime dureza. Y

es el hombre quien puede sucumbir en su sino y quedarse definitivamente en sus poderosas entrañas.

Las montañas no son injustas. Siempre acaban por devolver o explicar dónde quedaron los restos de sus devotos —y a veces ennegados— admiradores.



El desaparecido refugio de Vega Huerta, que estaba situado al pie de la fenomenal cara sur de la Peña Santa, en los Picos de Europa.

Capítulo XI: En el Reino de los Mallos nunca hubo injusticias

El fluir del río Gállego, más lento que desarbolado en estos parajes, ha sido testigo y espejo de la vida ejemplar que se ha ido desarrollando en sus orillas a lo largo de los siglos. Es un tipo de vida tranquilo, que muy pocas veces fue impulsiva, ni en la época en que esta zona era algo independiente y se llamaba el Reino de Mallos, un reino dentro de otro reino, regido por una dama, Doña Berta, pequeña soberana en los principios del segundo milenio de la cristiandad, impuesta allí por otro rey, este sí verdadero, D. Alfonso I el Batallador, rey de Aragón y Conde de Barcelona.

No ha trascendido excesivamente en la Historia Grande la pequeña historia de este Reino de los Mallos, de la misma manera que muchísimos miles de siglos antes no había trascendido en el mismo lugar el dramático levantamiento y posterior cincelado natural de estos tremendos centinelas de piedra de una sola pieza, de color rojizo, que surgen hoy de los barros y de las tierras ocreas que orillan el curso del siempre activo río Gállego. Desde siempre se llamó «Mallos» a estos grandes monumentos geológicos, palabra que había nacido entre las creencias y temores de los habitantes de la pequeña aldea que se sentía bien amparada bajo estos dioses de piedra. Gente que vivía tranquila y segura a su sombra. La aldea, situada justo bajo las peñas y a tiro de piedra del río Gállego, siempre se ha llamado Riglos y nunca se ha sentido encogida ni por la presencia de las rocas ni por el correr del agua del río, que trae la fuerza de las ya bastante lejanas montañas nevadas. Al otro lado del río siempre ha estado la otra villa, Murillo, enriquecida por sus campos y sus olivos y almendros, siempre soleados, y dignificada por una iglesia elegante y antigua, asentada sobre muros ciclópeos. Y más allá, Agüero es la tercera población del Reino, algo más apartada, sosegada también dentro de la sencillez de su vida tranquila y feliz. El lugar de Agüero era, a juzgar por su nombre, un indiscutible lugar de buenas aguas, pero también lugar de buenas piedras, porque está al amparo de grandes peñas protectoras, otros Mallos llamados Mango, Punta Común, Peña Ruaba, los Carquiñolis y, sobre todo, la airosa Peña Sola, verdadero campanario natural y de piedra maciza, gran protector y vigía de esta villa.

El tiempo fue pasando mientras el río Gállego no cesaba en el eterno correr de sus aguas que, desde el Pirineo nevado, buscan entrar en el gran curso del Padre Ebro, bastante lejos de allí todavía. La gente de Riglos seguía su vida tranquila sin dejar de querer a la tierra para trabajarla con cariño y poder vivir con ella, y sin dejar de mirar al cielo de donde venía el agua bienhechora con su riqueza anual, y también sin dejar de mirar al Cielo —con mayúscula— de donde podían caer los castigos o llegar las dádivas o los perdones de Dios. Vivían sin inquietudes, sin interesarse jamás por querer saber lo que podía haber en las cimas inaccesibles de aquellas piedras enormes que ellos ya distinguían nombrando a las más grandes como Mallo Firé y Mallo Pisón.

Pasó mucho tiempo, tanto tiempo que de Doña Berta, la Reina de los Mallos, ya no restaba memoria, y tampoco nadie podía recordar la entereza que tuvieron tiempos antes los castillos de Marcuello y de Loarre, ni la de sus mansiones en Agüero y en Ayerbe. Ahora los habitantes eran ya todos hombres libres, aunque esta libertad no les libraba de seguir agachados de cara a la tierra

pues dependían de ella para poder seguir comiendo y viviendo. Seguían sintiéndose amparados por los gigantes de piedra, nunca amedrentados por ellos. Los Mallos seguían siempre enhiestos, protectores como si tuvieran trato amigable con el Cielo.

Y pasó más tiempo todavía, y los hombres llegaron a olvidar que habían pertenecido a un Reino que era para ellos solos. Ya nadie sabía quién había ordenado iniciar las obras de una inmensa catedral cerca de Agüero que había quedado a medio hacer cuando los castillos ya estaban desmoronándose, aplastándose piedra tras piedra, almena tras almena. Todas estas construcciones tenían sillares muy grandes, labrados siglos atrás por los más efectivos artífices de la piedra, los que habían dejado en cada pieza su marca, como su firma, indicando para siempre no sólo la mano sino hasta los dineros que cada artista recibiría por su trabajo dando forma a las piedras.

De los castillos siguieron cediendo los muros porque estaban hechos por hombres, obra efímera al fin. En cambio, de los gigantes de piedra llamados Mallos no se desprendía jamás nada. Estos no estaban hechos por mano de hombre y no tenían marcas ni se habían pagado dineros por su construcción, porque Dios no cobró nunca nada a nadie por hacer el mundo.

Los Mallos, los gigantes de Riglos y de Agüero, estaban destinados a perdurar siempre, como obra infinita de Dios que eran. Los hombres de la aldea habían marcado sendas para ir de un lado a otro, para llevar sus rebaños a pastar, a vender o para ir a cazar, pero lo hicieron siempre con mucho respeto, sin tocar la piedra y sin osar jamás ir a lo más alto. ¿Para qué subir a lo más alto de los Mallos si sabían que allá arriba no podían plantar ninguna semilla, ni podían ir nunca las cabras a pastar?

La vida, la de los hombres y los animales del valle, persistía y se renovaba, se iban sucediendo unos a otros. Con el tiempo fueron cambiando algunos sistemas de vivir, de vestir, de cazar y de guerrear, pero no de pensar y de rezar. Seguían mimando a la tierra y mirando al Cielo. Desde los altos muros del elevado castillo de Loarre se descubría allá abajo la gran planicie de Huesca, ciudad que ahora ya no era de los moros, como tampoco lo era el castillo de Montearagón: bajo la presión de los reyes cristianos, los moros tuvieron que marcharse, aunque muchos prefirieron quedarse bajo la promesa de respetar al Dios de los cristianos y cambiar su sistema de hablar y de rezar, para que no les cortaran la cabeza. Los Condes de Aragón habían llegado triunfantes tiempo atrás, desde su lejana capital en las montañas, llamada Iacca o Jaca, y se habían establecido en Osca o Huesca y también en la gran fortaleza de Montearagón. Y les fueron tan bien a los Condes estas conquistas, que pronto aumentaron de categoría: pasaron a ser Reyes. Reyes de Aragón y de la distante Cataluña y hasta de tierras de mucho más allá del mar.

Pero los Mallos, y los hombres que vivían al pie de los Mallos, siguieron en Riglos, siempre frente al mismo paisaje estático y tranquilo, igual que lo hacían también los hombres de Murillo al otro lado del río, y los de Agüero en su valle situado legua y media más a poniente, estos eternamente bajo la vigilancia del campanario de piedra maciza llamado Peña Sola.

Los Mallos eran el paisaje y la protección de Riglos como lo habían sido ya durante siglos y siglos. Los hombres no ambicionaban más de lo que tenían. A ninguno de ellos se le había ocurrido jamás la necesidad de subir a lo más alto de algún Mallo. ¿Para qué? ¿Para qué repetían?

Si allá arriba no podía haber nada, nada, nada.

Llegó un tiempo en el cual hubo mucho movimiento a lo largo del valle del río Gállego. Llegaron unos hombres con herramientas y tendieron un camino de cintas de hierro paralelo al curso del río, camino que hasta pasaba agujereando parte de la montaña. Y poco después ya corrían sobre estas cintas de hierro, relucientes a la luz del sol, unos carricoches que soltaban humo y pitidos. ¿Sintieron temor los hombres de Riglos? No, porque los hombres de las herramientas y los que llegaban montados en los carricoches de hierro no ofendían a los Mallos ni a las gentes del pueblo. Al contrario, les dejaban algunos dineros.

Los Mallos seguían impassibles viendo los cambios que se estaban produciendo. Era un proceso muy humano el que estaba sucediendo; no se había producido injusticia alguna.

Después fueron llegando otros hombres, montados también en los carricoches de los pitidos y del humo. Y se detenían allí y empezaban a forzar el cuello para mirar a los enormes Mallos. Unos escribían y dibujaban, para marcharse después, y algunos de entre ellos volvieron con cuerdas y, hablando de una manera rarísima, se fueron al Mallo Firé. Lo tantearon con las manos y empezaron a trepar por uno de sus lomos verticales, con mucho cuidado y atados a las cuerdas que llevaban. En principio el Mallo se espantó pero se tranquilizó cuando comprobó que no se atrevían a subir a lo más alto por sus lomos y acabó tranquilizándose más al ver cómo aquellos hombres de hablar raro edificaban, en la punta menos importante de las muchas que tenía el Mallo Firé, un montoncito de piedras con una cajita metálica dentro. Y así este Mallo, el que siempre se ha llamado Firé, siguió viviendo tranquilo ya que vio que no le molestaban más sobre sus lomos. Los hombres de habla rarísima se marcharon para abajo ayudándose con la cuerda, y el Mallo siguió tranquilo, satisfecho de su invulnerabilidad. Todo seguía igual, nadie había cometido ninguna injusticia con él.

Después tuvo que llegar un lapso de tiempo muy malo, con mucho movimiento de hombres para arriba y para abajo, llevando banderas distintas, y se oían tiros que no eran los de los cazadores y hasta se vio fuego en algunas iglesias del valle, y en algunos momentos las aguas del río llegaron a teñirse de sangre, aunque la corriente se llevaba enseguida el agua de color rojo para abajo. Esta situación duró pocos años ya que después volvió la tranquilidad de la tierra y del trabajo.

Y, pasados otros años, volvieron otros hombres para subir otra vez al Mallo Firé. Estos eran jóvenes y no disparaban tiros ni llevaban banderas pero traían más cuerdas y clavos y martillos y empezaron a subir por él poniendo cuerdas y ayudándose de ellas para subir por el lomo. ¡Y estos sí llegaron a lo más alto, sin mirar siquiera el montoncito de piedras con la caja metálica que habían dejado años antes los del habla rara! Los de ahora hicieron otro montoncito de piedras en lo más alto de todo, y no se preocuparon en mirar si allí se podían plantar semillas o si podían subir las cabras a pastar la poca hierba que podía haber allá. Estos bajaron, precisamente cuando se había puesto a llover mucho, dejándose resbalar por las cuerdas que traían. Quitaron las cuerdas y se fueron contentos al pueblo, y en la taberna, el señor alcalde les dio la mano y les invitó a beber vino, a secarse y a cenar si querían. Se habían hecho amigos.

Y el Mallo Firé, viendo que estos tampoco le habían hecho ningún daño y habiendo

comprobado cómo los hombres del pueblo les miraban con simpatía, y que el señor alcalde les había invitado a cenar, pensó que no debía sentirse molesto con estos forasteros de las cuerdas. Y aquella noche el Mallo Firé habló con su hermano el Mallo Pisón, y coincidieron los dos en que no eran de temer estos hombres de las cuerdas. Aunque creyeron, cuando les vieron marchar, que ya no volverían más.

Pero en esta idea se equivocaron los dos Mallos porque con el paso del tiempo fueron volviendo más y más hombres con cuerdas y vieron que los del pueblo seguían sin rechazarles y que cada vez eran más amigos unos y otros. Comprobaron cómo los hombres, las mujeres y los niños del pueblo estaban contentos con ellos y que, aunque no dejaban de trabajar, cada vez se vivía mejor en Riglos porque arreglaban sus casas y dejaban las calles limpias y bien empedradas, y tenían más luces, y hasta algunos del pueblo empezaron a tener estos cacharos metálicos con ruedas que tanto corren por los caminos levantando polvo y que se van lejos y que vuelven con rapidez. Vieron que en el pueblo estaban contentos con los visitantes de las cuerdas y así pensaron que lo que sucedía era cosa justa y buena. No tenían por qué inquietarse ni pensar en injusticias.

El Mallo Firé no se inquietó cuando vio llegar más hombres con cuerdas, la mayoría bastante jóvenes y de la ciudad. Trepaban por un lomo y por el otro lomo, y subían y bajaban sin causarle daño alguno. Algún clavo sí le hincaban y alguna piedra se soltaba pero esto era muy poca cosa en su gran caparazón de piedra compacta. Y donde el Mallo guardaba sus sentimientos —heredados de ya tanta convivencia con los hombres— supo que aquellos jóvenes que subían y bajaban por sus lomos le querían y le acariciaban, y que cantaban, y que siempre estaban todos contentos.

Más tarde vio el Mallo Firé cómo los de las cuerdas subían también a su hermano Mallo Pisón sin hacerle tampoco daño alguno. Y vio que de vez en cuando les ponían, a él y al Pisón, una bandera en lo alto, o que se quedaban a dormir en su lomo y que por la noche cantaban. Ya sabían, tanto el Mallo Firé como el Mallo Pisón, que todo cuanto hacían aquellos muchachos de la ciudad era cosa buena y muy justa.

Pero un día uno de estos chicos jóvenes que gateaba por el lomo de su hermano Mallo Pisón, cuando estaba cerca de esta espina tan fina que parece un puro de los que fuman los hombres, resbaló, se cayó y fue a estrellarse contra las piedras sin que la cuerda con que se ataba pudiera salvarle. Y a los dos Mallos, el Firé y el Pisón, les supo muy mal aquel accidente porque ya habían tomado cariño a los muchachos que llegaban todas las semanas a dar vida al pueblo, sin malas intenciones de ninguna clase. Y los dos Mallos vieron, aquella vez con pena, como llegaban los compañeros del chico caído y, junto con los hombres del pueblo, lo recogían y se lo llevaban mientras todos iban llorando.

¿Era justo lo que había sucedido? ¿Quién había sido el culpable de aquella injusticia? ¿Por qué aquel pobre muchacho se había despeñado? ¿Por qué tuvo que morir, si nadie le deseaba mal alguno?

Los dos Mallos oyeron que los amigos del muchacho despeñado, y también los hombres del pueblo, decían que la caída había sido por causa de una presa que falló, que se arrancó. ¿Sería entonces la culpa del Mallo Pisón?

Los dos Mallos, el Firé y el Pisón, sintieron gran pena en esta parte interior de cada uno donde

la piedra sería menos dura, en forma de corazón humano, y donde estaban sus sentimientos de mallo. Y, a su manera, también lloraron. Pero cuando oyeron a los hombres decir que había sido «un designio de Dios», «una desgracia imprevista», se sintieron más sosegados, no se sintieron ellos culpables de ninguna injusticia.

Y un tiempo más tarde otro muchacho también se cayó, precisamente también intentando subir a esta espina del dorso del Pisón que tiene forma de puro de fumar. Esta vez se le rompió la cuerda que debía retenerle, estrellándose contra el suelo muchos metros más abajo. Fue terrible ver llegar de nuevo a sus amigos y a los hombres del pueblo, llorando todos, llevarse los restos machacados del pobre chico. Y los dos hermanos Mallos volvieron a llorar también, sintiendo amargura en su corazón interior, hecho de piedra sí, pero ya con fibra sentimental. Y hasta los otros Mallos, sus primos más pequeños de la montaña, también lloraron al enterarse de lo que había sucedido.

¿Iban a suceder más cosas tristes como estas? ¿No sería ello un castigo por subir a los lomos de los Mallos? ¿Si a ellos no les molestaba, no consideraban ninguna injusticia que los hombres subieran a sus lomos y llegaran a sus cumbres y se sintieran todos contentos! ¿Si hasta el señor alcalde del pueblo felicitaba a estos chicos y les daba vino y comida cuando volvían de sus escaladas!

Pisón y Firé, los dos Mallos mayores, volvieron a hablar de este asunto. Uno a otro se dijeron que no debían apurarse porque sabían que aquellos chicos jóvenes eran todos buenos y sentían mucha alegría cuando les sentían subir por sus lomos. Sus corazones de piedra no se sabían oprimidos y estaban más tranquilos, y se lo dijeron a los otros primos, los Mallos más pequeños distribuidos por la montaña, para que ellos tampoco opusieran resistencia cuando los chicos de las cuerdas quisieran subir por sus lomos. Les aseguraron que eran todos buenos y que despertaban cariño y simpatía. Pero surgió un último hermano Mallo quien al explicarle todo esto no quiso oírles: se trataba realmente de un sub-Mallo, pues era la espina de piedra que está al dorso del Mallo Pisón, la aguja que tiene forma de puro de fumar. Este no oyó o no quiso oír, y explicó que cuando empezaron los hombres jóvenes de las cuerdas a subir hacia él, dejó que una de las piedras de que estaba hecho se desprendiera para que el chico se cayera. Y así fue como el chico cayó, y sus amigos lloraron mucho al recogerle.

Quien no lloró fue la «espina» del Mallo Pisón, este cacho de piedra derecho y puntiagudo que tiene la forma de un puro de los que fuman los hombres. Los otros Mallos se lo reprocharon diciéndole que este proceder era una injusticia. Y cuando otra vez volvieron otros muchachos a intentar subir a esta espina de piedra... ¡otra vez dejó la «espina» que se desmoronara una piedra para que cayera otro muchacho y para que se le rompiera la cuerda que le sujetaba! ¡Para que se aplastara también este!

Esto sí fue otra terrible injusticia. Llorando, los hombres, tanto los de Riglos como los compañeros del muerto, se llevaron al amigo aplastado. Y los dos Mallos, el Firé y el Pisón, tan humanizados ya, también lloraban porque su corazón de piedra ya era tan sensible como el de los humanos, y habían constatado que los muchachos de las cuerdas estaban dejando de acudir allí durante bastante tiempo. ¿Es que ya no volverían nunca más a Riglos para subir a los lomos de los Mallos y seguir queriéndoles? ¡Esto también era injusto! Ellos, los Mallos mayores, no tenían

culpa alguna de aquellas caídas. Tenían que amonestar al verdadero culpable, el sub-Mallo, la «espina del Pisón», la que tenía forma de «un puro de fumar».

—No seas injusto y déjales subir —le dijeron con severidad—. Estos humanos nos quieren mucho a todos los Mallos y no se merecen la aversión que les tienes. ¿No ves como los del pueblo les aprecian? ¿No ves cómo les ayudan y cómo les reciben, y cómo también lloran cuando alguno de ellos se cae?

Finalmente el sub-Mallo, el que tiene forma de puro de fumar, entendió de una vez lo que querían decirle sus hermanos mayores y sintió cómo su corazón de piedra se volvía también sensible y prometió no causar ningún daño más a los hombres.

—Muy bien. Esto es justo —le dijeron sus dos hermanos Firé y Pisón—. Déjales subir de una vez y no cometas más injusticias con ellos. Estos humanos no se merecen el trato injusto que les has dado hasta ahora. Repetimos que son buenos y que nos quieren. Por eso vienen a vernos y a subir por nuestros lomos.

Y la «espina del Mallo Pisón», el sub-Mallo que tenía forma de «puro de fumar» se volvió bueno como sus hermanos mayores y como todos los otros Mallos, primos de piedra desperdigados por la montaña. Y ya ningún hombre se despeñó más subiendo a él. Y si alguna vez, en alguna otra ocasión, alguien volvió a caerse, el sub-Mallo que tenía forma de puro de fumar lloraba también y decía:

—No me miréis mal, hermanos Mallos Mayores. Ahora yo no tengo la culpa de esta caída. No soy el causante de esta injusticia... No ha sido una injusticia... Ha sido una fatalidad...

oOo

Se han dado los nombres de los Mallos, los actores de esta fantásica historia. Pero no se han dado los nombres de los hombres, también actores, en su aventura más real. ¿Por qué? Porque todos han sido hombres, unos más afortunados que otros, unos más valientes o más fuertes que otros. Pero todos los hombres se han sentido felices por igual cada vez que han entrado en el Reino de los Mallos, un Reino Encantado donde antes nunca hubo injusticias, ni en la época de la Reina Doña Berta, ni cuando el señor alcalde Don Justo mandaba en el pueblo de Riglos, ni ahora, cuando los Mallos se dejan escalar por todos sus lomos y han permitido que se les fijaran pequeñas clavijas eternas, tornillos o clavos químicos para seguridad de todos los escaladores.

Así se han acabado las injusticias y se evitan problemas y más desgracias.

En el actual Reino de los Mallos todos los hombres siguen siendo amigos: los del pueblo, los que llegan de la ciudad y los que vienen de mucho más lejos. Los jóvenes, los maduros y los que se han hecho ya viejos. Reina esta amistad entre todos porque, desde los primeros tiempos, la ofrecieron los del pueblo hacia los que llegaron, fueran a escalar, a contemplar sólo el vuelo de los buitres, o a admirar simplemente la grandeza de los Mallos. Y siempre los que han llegado a Riglos, a Agüero y a Murillo han sido dignos de la amistad que se les ha ofrecido.

oOo

¿No ha habido ni una injusticia en Riglos? Sí. Se puede contar una «injusticia menor», una anécdota de un enfado entre los hombres que han ido a escalar a los Mallos.

Este enfado se inició hace ya muchos años, cuando la «espina» o Puro del Pisón había ya cambiado de parecer y pensó que debía permitir que los hombres alcanzaran su estrecha cumbre.

Había entonces dos grupos —dos «cordadas» se llamaba— que pugnaban para poder llegar los primeros a la cima del Puro de Pisón. Los de Zaragoza, más cercanos, tenían cierta ventaja y pudieron menudear sus intentos mientras que la otra cordada, unos buenos escaladores de Barcelona, por causa de su lejanía no tenían posibilidad de menudear tanto en sus intentos. Y así, los más cercanos, después de grandes esfuerzos y tesón, llegaron a la cumbre. Esto fue un día de julio de 1953. Se pusieron muy contentos, y los del pueblo, que conocían su interés y les habían visto subir, también les felicitaron, y aquel día fue día de fiesta en Riglos.

Pero aquella misma tarde llegó el otro grupo, la cordada de Barcelona, y al pisar el pueblo la gente de Riglos les dijeron que los de la otra cordada ya habían llegado a la cima del Puro. Era una noticia buena para unos y mala para ellos. Mas algunos tenían que ser los primeros y otros tenían que quedar en segundo plano. Es la ley humana en todas las competiciones.

En este segundo equipo uno de ellos, de figura pequeña, ojos vivos y con bigote hirsuto, se enfadó muchísimo. Realmente le falló la deportividad.

—¡No hay derecho! ¡Han hecho trampa! ¡Esto es una injusticia! —protestaba el del bigote hirsuto.

—No, no es ninguna injusticia, amigo —le decían sus mismos compañeros de cordada—. Piénsalo fríamente: todos teníamos el mismo derecho. Sólo que ellos han llegado antes que nosotros.

—¡No se lo perdonaré nunca, nunca, nunca!

—Tienes que pensar que ha sido un juego limpio, y que en él ellos nos han ganado. ¡Hay que saber perder!

—¡No les perdono ni les perdonaré jamás! —seguía exclamando el del bigote hirsuto—. ¡Es una injusticia! ¡No volveré nunca más a este lugar!

Bien mirado, la única injusticia humana que se ha producido en Riglos ha sido esta, la cólera del escalador bajito de ojillos vivos y de bigote hirsuto. Siempre ha sido este un gran escalador y tiene muy buena fama y muy buenos amigos pero en esta ocasión llegó a perder los estribos.

—¡Es una injusticia, es una injusticia! —siguió diciendo durante mucho tiempo.

Y el enfado le ha durado tanto que, cuando cincuenta años más tarde se ha celebrado en Riglos esta efeméride y han acudido escaladores de todas las partes, edades y categorías, y con toda deportividad se le ha invitado a él, único superviviente de aquella cordada que llegó tarde, el escalador bajito y con bigote hirsuto no ha aceptado la invitación ni ha querido asistir al festejo en el Reino de los Mallos. En cambio, en este cincuentenario el único superviviente de la otra cordada, la vencedora de entonces, ha celebrado el aniversario, a sus sesenta y ocho años, realizando de nuevo la escalada del Puro del Pisón con unos compañeros más jóvenes.

Nadie ha querido comentar la negativa del hombre del bigote hirsuto. Por ello, su reacción no

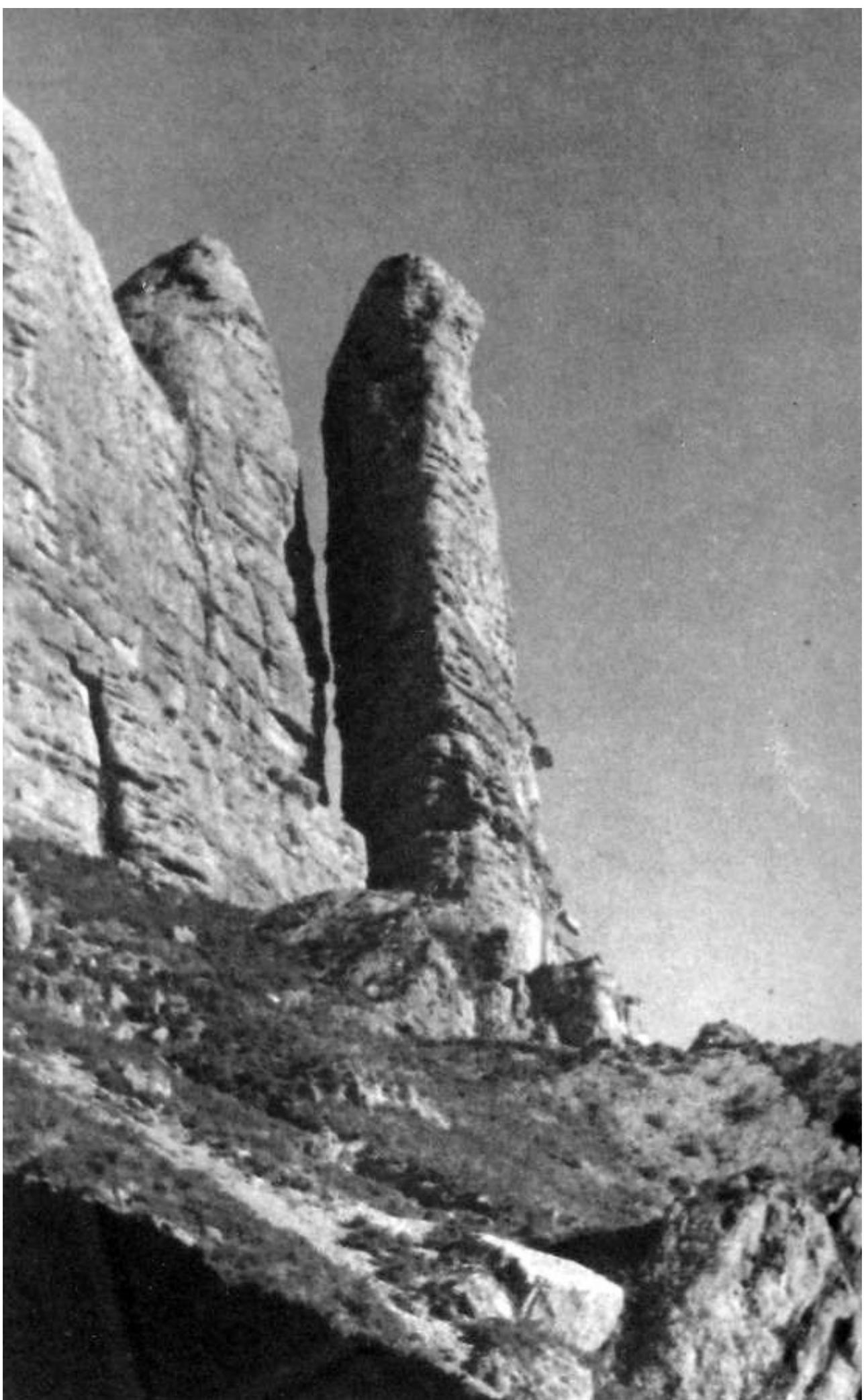
se consideró ofensiva o injusta. Los viejos escaladores le guardan amistad y respeto por su historial. Y en Riglos desean que cambie de parecer y acuda allí alguna vez, con la seguridad de que será bien recibido.

oOo

Y será bonito recordar otra anécdota de la época. Y esta sí muestra la caballerosidad y deportividad de las cordadas de escaladores en todos los momentos.

En el año 1944, una cordada de Barcelona fue a Agüero para intentar la escalada de la Peña Sola, este enorme campanario natural que domina el pueblo, no hollado ni intentado su escalada nunca en aquel tiempo. Uno de la cordada era de origen aragonés y por tal causa sabía dónde estaba Agüero con su Peña Sola, y que esta era una escalada virgen; otro era hijo de una familia aristocrática catalana y muy adepto a la montaña, y el tercero era un jovencito que ya llevaba algún tiempo con los ojos y el corazón muy abiertos, admirando las montañas y todo lo bonito de la amistad entre los hombres de las montañas.

Llegaron a Agüero —a pie, desde la estación de Riglos porque en aquella época no existían otros medios—, miraron la Peña Sola y se fueron hacia ella con sus viejas cuerdas, siendo ellos los primeros escaladores que tocaban con sus manos y con su calzado de cáñamo aquella roca tan vertical, tan hermosa y tan digna de admiración.



Arrancó a escalar como primero de cuerda el aragonés, pues en ello tenía su derecho. Tomó las primeras presas, subió un largo de cuerda, clavó unas clavijas, subió otros metros, salvó dos desplomes y, en el tercer desplome cayó al vacío, quedando colgado de la cuerda atada a sus costillas que, pasada por los mosquetones, fue correctamente retenida por sus compañeros.

—¡Hala! ¡Qué gran «goltera»! —dijeron los del pueblo, espectadores de excepción de la escalada, situados todos en la plaza de Agüero.

Entonces pasó a la roca como primero de cuerda el muchachito admirador de las montañas y de los montañeros. Se ató a la cuerda que colgaba de los mosquetones situados más arriba; sus compañeros tiraron de ella, subió por tracción, ganó luego una decena de metros sobre el vacío, flanqueó algo por una cornisa, siguió para arriba y... ¡en el siguiente paso desplomado perdió presa o fuerza o se desequilibró, y se fue para abajo, quedando también colgado de la cuerda!

Y seguidamente el tercer compañero de la cordada, el aristócrata, se ató a su vez a la cuerda como primero y, con mucha resignación, dijo:

—Ya que se han caído los dos, yo también voy a probar. Vamos a ver cómo se me da la «gran goltera»...

Y subió unos metros más, ganó algo de altura y al siguiente paso complicado perdió mano y cayó, quedando, como los demás, colgado de la cuerda.

Afortunadamente, las cuerdas de cáñamo, que eran menos resistentes que las actuales, aquella vez no se rompieron.

—Nos vamos —dijeron entonces los tres escaladores—. Por hoy ya hemos dado bastantes «golteras». Volveremos otra vez con mejor material.

Y enrollaron las cuerdas, guardaron clavijas y mosquetones en sus mochilas, se despidieron afectuosamente de los del pueblo y se marcharon a pie hacia la lejana estación del ferrocarril.

oOo

Casi tres años más tarde, otra cordada, compuesta esta por tres aragoneses, volvió a Agüero para intentar a su vez la escalada de la Peña Sola. Pero antes, uno de ellos llamado Ángel había tenido la delicadeza de escribir una carta a la cordada barcelonesa comunicándoles su deseo de intentar vencer la Peña Sola... si a los catalanes no les molestaba cederles su primacía.

¡Claro está que no les molestaba! La Peña Sola estaba libre. Los catalanes contestaron agradeciendo la gentileza de Ángel y deseándole mucha suerte en su intento. Así fue como la cordada de Ángel, después de varios tanteos y de probar diferentes técnicas y material, echándole bríos y valor y acopio de mucho esfuerzo, en dos días —con una noche de vivac pasada en la pared—, llegó a la cima. Era el mes de abril de 1947.

De la cordada catalana que inició el ataque a la Peña Sola, sigue hoy en la brecha el jovencito de los ojos abiertos hacia las montañas, que ya no es tan jovencito, y que es precisamente quien

escribe estas notas. De la otra cordada, la vencedora de la Peña Sola, ya no sigue en pie nadie pues recientemente —en 2004— ha fallecido el único que pervivía de ellos, el osado Ángel, el que escribió la carta: Ángel Serón, pequeñito, fuerte y espontáneo. Pero la amistad de todos persistirá, así como el recuerdo de todo lo vivido.

Este y muchos otros detalles, nobles como este, confirman que en el Reino de los Mallos de Riglos nunca ha existido la más pequeña injusticia.



Los Mallos de Riglos.

Capítulo XII: Historias tristes y menos tristes de los Pirineos como frontera

Los Pirineos, además de ser unas hermosas montañas, son una larga frontera entre Francia y España, y por ello, esta larga frontera es prácticamente el único nexo de comunicación terrestre de España con Europa, con paso obligado por Francia. Y a lo largo de las muchas convulsiones que ha sufrido la Historia de nuestro país en todos los tiempos, siempre ha habido personas que han tenido que marcharse o huir, unos de manera más precipitada que otros. Algunos se han tenido que ir por causas políticas. Otros, obligados aventureros o deseosos de emigrar. Otros, empujados por acontecimientos personales o familiares de toda índole. Y unos más dramáticamente que los demás porque si algunos han tenido que marcharse al momento, con sólo lo puesto, los más afortunados han podido partir siguiendo una preparación o un programa. Pero todos ellos se han visto obligados a pasar a través de los Pirineos, hasta que llegó la época de las comunicaciones aéreas.

En toda la cadena pirenaica existen unos pasos abiertos oficialmente y otros a los cuales se accede por sendas más o menos fáciles. Estos puntos extraoficiales de entrada o salida pueden ser verdaderamente difíciles, como los usados por los antiguos contrabandistas y también por algunos huidos que no deseaban ser vistos. Hay unos valles que son más asequibles, mejor comunicados que otros, y también algunas zonas cuya gente es de mayor o menor confianza para ayudar a los que quieren pasar de un lado al otro.

Cuando finalizó nuestra Guerra Civil, en el año 1939, yo estaba empezando a dejar de ser niño, y en aquella misma época me inicié a hacer montaña, a conocer —en lo que era posible dados los tiempos— el mundo de las montañas. Pero por estar todo el país recién convulsionado, las montañas eran poco accesibles, pues existían muchos problemas de orden público. Y en los Pirineos, dada su situación fronteriza, estaban más agudizados estos problemas. Y por si ello fuera poco, la frontera con Francia muy pronto quedó cerrada oficialmente por falta de relación diplomática entre los dos países. Todos los Pirineos estaban muy vigilados en ambas vertientes, pues si bien en principio los franceses no cuidaban mucho aquella frontera, cuando sobrevino la ocupación alemana de toda Francia con unos duros soldados germanos, estos sí vigilaban «su» frontera con España, para que no se les escaparan los muchos franceses que, muy lógicamente, no eran adictos a ellos.

Pero en España la juventud era algo inconsciente, como puede suceder en todas partes, y los aspirantes a montañeros españoles de la época a veces nos movíamos por donde era peligroso andar. Una vez un compañero y yo fuimos apresados por la policía especial fronteriza española bajo la sospecha de ser «maquis» o «espías de los maquis» y conducidos fuertemente vigilados a un cuartelillo en Ribas de Fresser, y obligados a permanecer allí incomunicados toda una noche hasta que se aclaró la veracidad de cuanto alegábamos para defendernos. Y otra vez, en 1943, fuimos verdaderamente pillados *in fraganti* por la vigilancia militar de fronteras alemana en los tiempos de la ocupación de Francia, por pisar territorio francés a dos o tres palmos más allá de la

línea fronteriza. Aquellos soldados germanos erantres pétreos hombres con metralleta, montados en su terrible motocicleta Zundap con sidecar —la que todos hemos visto en las películas de la guerra mundial— y se empeñaban en llevarnos a nosotros, tres pobres mocosos españoles, a un campo de concentración donde no estaba muy claro si luego se podría legalizar nuestra situación. Afortunadamente aquella vez pudimos resolver el problema gracias al olor de unas patatas guisadas con tocino («*kartoffel mit speck*», les dijimos) que estaba preparando nuestro cuarto compañero, también a tres palmos de la raya fronteriza pero por el lado español, y cuyo olorcito estaba pasando la frontera sin problemas legales, y que tuvo más éxito con los alemanes — bastante hambrientos por lo visto— que nuestras más expresivas explicaciones de inocencia.

A pesar de todo ello, durante los bastantes años más conflictivos y problemáticos, se fue desarrollando una actividad montañera en los Pirineos, derrochando todos un indiscutible valor más humano que técnico ya que la exposición legal o política era mayor que la dificultad geográfica. Íbamos al Canigó —montaña emblemática catalana aunque situada por completo en territorio francés— desde Setcases, el último pueblo español, pasando por Costabona, Coll de Pal, Mort de l'Escolá y el inacabable Pla Guillem, para llegar a la Pica del Canigó, subir a la cima y retornar precipitadamente a territorio español por el mismo itinerario, antes de que los carabineros que patrullaban por la línea fronteriza descubrieran nuestra incursión en territorio de Francia. Y si nos descubrían teníamos que empezar a echar mano —como defensa— de las clásicas excusas de siempre: que «la culpa era de la niebla» (a veces bajo un radiante buen tiempo), que si la desorientación, que «no sabíamos que estábamos en Francia», etc. También era casi obligado el «*raid*» al Midi d'Ossau, que había que hacerlo —sin papeles, naturalmente, porque no podía haberlos— desde Astún por el pico Malacara o desde los lagos de Arriel pasando los collados de Arriel y Arremoulit y luego el de Arrious y el valle del mismo nombre hasta el Caillou de Socques y subida a Pombie, y de allí atacar la gran montaña. En este caso la vuelta era lo que se ponía más complicado, porque ya daba pereza —o el mal tiempo lo impedía— retornar dando tanto rodeo, y se enfocaba el camino más corto del Portalet o del Puerto Viejo, encarando el seguro encuentro con los carabineros (después ya fueron llamados «guardias civiles de fronteras») ante quienes había que justificarse con las eternas y consabidas lamentaciones de «la tormenta», de que «la brújula no estaba engrasada y nos marcaba mal» o de que «un francés nos dijo que estábamos en España y nos engañó», etc.

Con todo, estos pasos ilegales de frontera de los montañeros no fueron más allá de lo anecdótico: más o menos dificultosos, más o menos complicados de resolver según los funcionarios que salían al paso. Aunque la sangre no solía llegar nunca al río.^[19]

Pero sucedieron casos dramáticos. Estos ya no eran deportivos como los de los montañeros con sus tropiezos fronterizos.

Por los años cuarenta yo oí hablar de unos hombres muertos que había en el valle de Barrancs entre las grandes piedras del lago y el collado de Salenques. Decían que uno de los cuerpos estaba sentado sobre unas piedras, cerca del lago, como si se hubiera quedado muerto en plena meditación o descanso. Y que otro estaba más arriba, tirado sobre una gran losa de granito. Se decía que eran gente que había intentado escapar a Francia en una época u otra, es decir, huyendo

de un bando o desertando de otro en plena guerra civil. Los que los habían visto decían que los cuerpos estaban momificados por la nieve y por el sol, conservados por la intemperie a casi tres mil metros.

En principio yo pensé que lo que se contaba de estos hallazgos no era más que pura fantasía pues ya habían pasado algunos años desde el final de la guerra civil, y el Pirineo no estaba tan descuidado como para que estos pobres restos humanos permanecieran así, en la intemperie. Lo que sí era cierto era que todos habíamos descubierto huellas de la guerra o de paso precipitado de gentes en zonas fronterizas, como armas abandonadas y oxidadas, cajas de municiones completamente sucias y olvidadas en fortines medio hundidos; esto era corriente, sobre todo, en las zonas altas de Bielsa, junto a los contados caminos que allí conducen a Francia y por donde escaparon dramáticamente muchas unidades de la República en los años 38 y 39, llevándose con ellos a una población civil que temía represalias fascistas. Y en la Vall Ferrera, por el camino a Francia de Port de Boet o por el Port de Romaset, en el año 1944 era fácil todavía tropezar con cosas abandonadas en una evidente precipitada huida. Como en el valle de Benasque, más arriba de los Baños, en la antigua senda hacia Pla d'Estanys, donde hubo durante muchos años una fuente muy curiosa porque el caño, que soltaba un agua fresquísima, no era otra cosa que el cañón de un fusil Máuser de los usados durante la guerra, reliquia que desapareció cuando se explanó la pista que sube ahora desde Pla de Sanarta al Hospital y La Besurta.

En el año 47, unos soldados de puesto en Benasque a quienes habíamos pedido la autorización militar entonces imprescindible para subir más arriba, al darnos este visado nos dijeron con mucho misterio:

—Si veis «algo» por arriba, es mejor que a la vuelta no lo comunicuéis a nuestros jefes, pues «nos mandarían para allá a recogerlo».

Mi compañero y yo quisimos asociar este «algo» con la noticia de los muertos de Barrancs, de cuya existencia ya estábamos enterados, y que coincidían con los lugares por donde pensábamos ir. Pero aquel año escalamos mucho y no descubrimos nada, no vimos ningún «algo»; posiblemente a causa de haber nevado muchísimo aquel invierno y primavera y ser temprano todavía, restaba un gran grosor de nieve por los altos que podía cubrirlo todo.

Pero cuatro años más tarde, en septiembre de 1951, subiendo desde el lago de Barrancs al collado de Salenques ¡apareció súbitamente uno de los mencionados muertos! Estaba tumbado cara arriba, con los brazos abiertos y completamente acartonado por los años de nieve e intemperie. Vestía restos de ropa sencilla, nada especial de montaña. Y estaba descalzo, señal de que alguien le había quitado las botas, que ya no necesitaba y que eran algo muy precioso en aquellas épocas de penuria. Venía con nosotros una chica, que se puso a chillar históricamente al verlo, y con cierta razón. Para tranquilizarla le prometimos no pasar más por allí. ¡Pero hasta en los vivacs nos decía que se le aparecía la figura del «algo», del muerto de Barrancs!

¿Cómo había llegado este hombre allá arriba, pues no era precisamente lugar de paso directo hacia la frontera? La única explicación que conjeturamos era la de que se había extraviado en su huida hacia Francia por desconocimiento de los Pirineos y que había acabado en aquel lugar tan árido y difícil su terrible peregrinación en busca de una hipotética libertad. Esta teoría me dio pie

para imaginarme y escribir más tarde un duro relato que publiqué poco después, hace ya ahora muchos años.^[20]

No me costó imaginarme la odisea de aquel fugitivo: conjeturé que había podido escapar de su pueblo, en tierras de trigales, tierras llanas y alejadas de las montañas, huyendo de unos apresadores —posiblemente políticos o guerreros— hacia una problemática salvación a través de una frontera situada en unas montañas que él no conocía en absoluto y donde le sería muy problemático lograr, sin la ayuda de alguien que le guiara, alcanzar el collado de la salvación. Esto ya era difícil pero imaginé que las circunstancias se le pusieron peor: que se hizo de noche, que se le puso a llover y más arriba a nevar, que iba mal calzado y mal equipado; que se equivocó de valle y de collado, teniendo que volver a subir y a bajar para que no le cogieran; que se perdió en plena nevada y entre la niebla... para ir quedándose congelado, sin saber dónde estaba, hasta que unas alucinaciones, recordándole el sonido de las campanas de su pueblo, le hicieron revivir la presencia de los trigales de su tierra llenos de luz y de calor, cuando en realidad se estaba quedando definitivamente yerto. Confieso que, cuando escribí aquellas duras páginas, de muy buena gana, hubiera querido «salvar» a aquel hombre y hacerle encontrar, en un último momento, el paso de la salvación. Pero no podía hacerlo porque yo mismo había visto con mis propios ojos y en plena montaña el cadáver casi petrificado que me había dado pie para imaginar la historia. Y ante la prueba casi fehaciente de que aquel hombre había muerto allí mismo algunos años antes, no tuve más remedio que describir de manera triste cómo me imaginé el final de su trágica odisea.

Posteriormente, ya no he vuelto a encontrar aquellos tétricos restos humanos en Barrancs, ni nadie me ha vuelto a hablar de ello. Supongo que finalmente algunas manos caritativas (¿los soldados, quienes ya se lo temían?) los recogerían y que, ahora, estarán enterrados piadosamente en algún cementerio pirenaico bajo una placa y una cruz anónimas o bien —si se logró saber su identidad, cosa que poco a poco se ha podido hacer en nuestro país con muchas víctimas de la guerra— habrá vuelto a su pueblo de tierras llanas junto a los trigales y donde suenan las campanas que él «oyó» en su desvarío, momentos antes de entrar en la Eternidad.

oOo

Después de finalizar la Guerra Civil, el santuario de Nuria fue pronto una estación de esquí muy aristocrática. Iba allí gente más bien selecta porque la estancia y el billete del ferrocarril de cremallera resultaban caros y eran un verdadero «filtro de clases». El valle de Nuria está relativamente cerca de Barcelona, aunque casi incrustado bajo las crestas del valle francés del río Tet. En aquel tiempo desde Nuria se inició, especialmente en verano, una gran campaña de escaladas en las cumbres francesas que dominan el Tet, mucho más asequibles por España (Nuria y su tren cremallera) que por los valles franceses, demasiado hondos, muy largos y accidentados. Estas cumbres son el Pic de l'Infern, Racó Gros y Racó Petit, Pic Rodó, Pic del Boc, Banyes del Boc, Torre de'n Xillen y algunos más, todos ellos campo de acción de los escaladores barceloneses, y casi desconocidos entonces de los franceses, dados los inconvenientes de aproximación por su vertiente. Los carabineros que vigilaban la frontera de Nuria sabían esto y por ello no se preocupaban demasiado cuando veían subir a los montañeros hacia los collados

fronterizos de Nou Creus y Nou Fonts pues sabían que no pasarían de las crestas. Pero un día alguien les dijo que los montañeros no sólo hacían escalada sino que contravenían la ley con un pequeño contrabando en combinación con los pastores franceses de Carencá y de l'Estanyet, a base de llevar los españoles botellas de anís y de moscatel (productos que siempre han gustado más a los franceses que a los españoles), que cambiaban por material fotográfico y algunos medicamentos que no había en tal época en España. Entonces los guardias fronterizos se pusieron más serios y durante un tiempo se empeñaron en registrar las mochilas de todos al entrar y salir del tren de cremallera. Pero esta vigilancia no duró mucho más pues restringía la afluencia y se resentía de ello la economía del santuario y, ante las protestas «santas», acabaron los responsables por no dar mayor importancia a aquel cambalache tan simple. Se volvió a hacer la vista gorda, mientras los escaladores continuaron pudiéndose pagar el caro billete del tren con el pequeño negocio de su contrabando a tan escaso nivel. Y así los carabineros dejaron de registrar mochilas y pudieron volver a dedicar su tiempo a contemplar a las llamativas esquiadoras en invierno y, en verano, a las primeras muchachas en pantalón corto que subían a Nuria, todas ellas tan elegantes y muy modernas debido a su gran categoría social.



Paso de Nou Creus (2785 m). Punto fronterizo entre Nuria y Francia.

oOo

Algunos años más tarde, cuando estaba finalizando la Segunda Guerra Mundial —o antes ya—

hubo nuevos dramas a través de los Pirineos, dramas ahora en dirección contraria: ahora se trataba de gente que huía del malestar o de cárceles o campos de concentración de Europa y pasaban como podían las montañas pirenaicas para entrar en España en busca de una protección, más o menos velada, o de un simple anonimato.

Yo mismo fui testigo del final de una de estas odiseas: estando el verano de 1945 unos días en el refugio de Vall Ferrera, vimos bajar por el camino que viene de Francia a través del Port de Boet hacia el Pla de Boet, a dos hombres que no eran pastores ni montañeros. Iban vestidos de semi-militar, llevaba uno de ellos una mochila muy rota y distinta de las nuestras, y el otro un simple saco de tela atado a la espalda. Cuando nos vieron, al principio hicieron acción de esconderse pero al percatarse de nuestra actitud amistosa empezaron a decir «*¡Spanien, spanien!*» «¡amigos, amigos!» con voz más bien amedrentada. Fuimos hacia ellos dispuestos a tranquilizarles pues se les veía muy poco seguros.

Eran alemanes y huían del desastre de los suyos en aquel final de la guerra. Lo primero que hicieron fue llevarse la mano a la boca indicando que tenían hambre. Les dimos algo de lo que llevábamos en la mochila —no muy bien surtida porque todavía eran tiempos malos para los españoles— y como ya íbamos de vuelta al refugio, les invitamos a que fueran con nosotros hasta allí, donde les podríamos atender mejor.

El refugio de Vall Ferrera siempre ha sido pequeño pero entonces era la más mínima expresión de un refugio de montaña. Allí estaban dos chicas de nuestro grupo y ellas enseguida les atendieron mejor que nosotros: una era enfermera y la otra hija de un militar de alta graduación. La primera cuidó bien de las heridas de los fugitivos, especialmente en los pies pues iban mal calzados y tenían muchas ampollas. Traían los pobres un terrible cansancio acumulado y, después de tomarse la sopa que habían preparado las chicas para nosotros, cayeron, materialmente, a dormir en la paja de la litera general, y creo que durmieron casi veinte horas seguidas. Cuando despertaron tenían mejor cara y no paraban de decir las tres únicas palabras de español que seguramente sabían: «Gracias-gracias, buenos-días y amigos-amigos».

Pero con sus ojos, menos cansados que ayer y más agradecidos, decían muchas cosas más.

Tuvieron suerte. Les indicamos por dónde debían bajar y además la hija del militar les dio una nota con las señas y grado de su padre para que la entregaran a la Guardia Civil del primer pueblo que encontraran.

Y así lo hicieron en el pueblo de Alins, y según me contó más tarde la muchacha, la recomendación funcionó muy bien, fueron bien atendidos y durante mucho tiempo estuvieron en España hasta poder repatriarse, cosa que —por causas políticas, supongo— se les retrasó algo. Recuerdo que uno de ellos, el más vivaz, se llamaba Werner y muchos años más tarde pude saludarle de nuevo en España, en un viaje que hizo con su mujer e hijos como turista, y seguía muy agradecido por las atenciones de la familia del militar, recordando perfectamente toda la ayuda que recibieron él y su amigo nada más pisar la vertiente española de los Pirineos, ayuda muy distinta de la que habían experimentado en Francia.

Y puestos a hablar de evasiones desde Francia hacia España en tiempos malos para todos y a través de los Pirineos, puedo mencionar otra, muy curiosa y edificante, y que nos hace quedar muy bien a los españoles.

En los primeros años cuarenta, cuando la ocupación alemana en Francia era más feroz, aparecieron en un pueblo del norte de la provincia de Gerona que se llama Tortellá, dos hombres que venían huidos desde Francia, completamente derrengados. Eran judíos alemanes que se habían escapado milagrosamente de un campo de concentración y habían logrado, también milagrosamente, atravesar toda Francia y entrar en España por la montaña, con las manos abiertas pidiendo ayuda. Tortellá está cercano a la frontera pero no justo al lado, en unos Pirineos que son ya más bajos y más fáciles de pasar. Se supuso que habían entrado en España por un collado con un camino factible de los muchos que allí hay, y que luego siguieron el curso del torrente de Sant Aniol que les condujo hasta Tortellá. Este pueblo entonces ya no era un pueblucho pues tenía una pequeña fábrica de tejidos de lona y varios talleres artesanos que montaban alpargatas. Los vigilantes de la frontera, mientras esperaban órdenes sobre qué hacer con los dos fugitivos, buscaron sitio donde albergarles pues la fonda del pueblo estaba al completo. Una familia de buena posición del pueblo, los propietarios de la farmacia, de la fábrica de lonas y de un taller de alpargatas, aceptó atenderles. Durante bastante tiempo los dos hombres fueron muy bien tratados, hasta con cariño porque eran muy bien educados, mientras se esperaba del Gobierno Civil de Gerona las instrucciones sobre ellos. Y cuando estas llegaron, al marcharse los dos hombres alemanes, se despidieron muy agradecidos, casi llorando de emoción. Y uno de ellos añadió:

—He visto que ustedes fabrican lonas y que montan algo de calzado. Y como veo que tienen dos chicos, me ofrezco para que cuando acabe la guerra y haya más libertad, vayan los chicos a verme, en Alemania, y les podré facilitar algo que, si son listos y trabajadores como creo que son, les ayudará a triunfar.

Los dos chicos de la familia de Tortellá guardaron con mucho esmero el papel donde estaban las señas del judío agradecido. Uno de ellos se preparaba para estudiar medicina y el otro quería ser perito industrial. Y cuando acabó la guerra los dos hermanos tomaron su maleta y se fueron a Alemania a visitar al que había sido tan ayudado por sus padres. Y este, que en su país sería un industrial de categoría y que había vuelto a tomar la importancia anterior, les dio una fórmula de obtención recuperada de caucho, diciéndoles:

—Con este sistema que no conoce nadie, y con algo de vuestra inventiva, que creo no os va a faltar, podéis montar una fábrica de un tipo de calzado que no existe en España ni en ningún lugar del mundo.

Los muchachos tomaron la fórmula, volvieron a Tortellá y, como no eran tontos y tenían inventiva tal como había observado el judío alemán, transformaron en fábrica el taller familiar de alpargatas. Inspirados en un tipo de calzado que ya se había fabricado en la vertiente francesa para los paracaidistas de la guerra, y combinando la fórmula de caucho y el viejo sistema de las alpargatas, sacaron un prototipo de calzado de monte y de campo con suela de goma y plantilla interior de yute, que fue una revolución en aquella época... y cuya marca sigue vigente. El futuro

médico acabó la carrera pero jamás se dedicó a la medicina porque le resultó más rentable la dirección comercial de la fábrica; mientras su hermano, el técnico industrial, cuidaba de que la fabricación del nuevo tipo de bota creciera y creciera.

¿Qué español de tiempos actuales y pasados no ha andado con «chirucas» en los pies alguna vez en su vida?



Collado de la Peyra de San Martín, paso del viejo camino entre España (Sallent de Gállego) y Francia (Arrens-Marsou).

Capítulo XIII: Lágrimas en la Patagonia

En el transcurso de un interesante recorrido a lo largo de bastantes días por las extraordinarias montañas que ahora forman el Parque de las Torres del Paine, en la Patagonia chilena, tuve ocasión de tratar y conocer bien a los porteadores que colaboraban en nuestro grupo. Uno de ellos se llamaba Mauro Andrés Vázquez y dijo enseguida ser nieto de españoles. Era hombre no muy alto pero fuerte y musculoso, de mirada directa y noble, con el pelo negro y ensortijado y ya con algunas canas, a pesar de su notoria juventud. Su aspecto infundía mucha confianza en aquellas montañas tan agresivas del fin del mundo, y a mí y a mis compañeros nos fue fácil comprender que podía valer para algo más que para llevar a costas nuestra carga suplementaria. Ya en el principio del recorrido patagónico me sorprendió al decirme que deseaba explicarme algo referente a su padre, pues creía que nos habíamos conocido su padre y yo años atrás, añadiendo con énfasis que había sido «montañista, un gran montañista».

—Mi papá —explicó entonces— tuvo que conocerle a osté cuando osté estuvo en el Aconcagua, hará ahorita ya más de treinta años, en una ocasión en la cual los del Socorro Andino Chileno acudieron a Argentina para rescatar a los compañeros de osté. Mi papá iba con Claudio Lucero, era hijo de españoles y se llamaba César Vázquez.

Aunque de momento no me habló más de ello, tuve ocasión de recordar bien mi remota aventura en el Aconcagua. Había transcurrido ya mucho tiempo pero yo tenía bien presente aquella primera vez que fui a los Andes, cuando en las faldas del Aconcagua me enteré de que los chilenos y los argentinos nunca se han llevado bien, aunque también pude descubrir que todos, unos y otros, tienen un gran respeto y cariño por todo lo español. Aquella vez yo había ido al Aconcagua acompañando a unos amigos valencianos, como equipo de apoyo a la cordada que quería escalar —y lo logró— la Cara Sur de esta gran montaña, que entonces era de las más llamativas metas del alpinismo mundial, pues se había hecho muy pocas veces. Yo también hubiera querido ascender por la Cara Sur pero, como había aceptado la misión de ser el equipo de apoyo, tuve que ascender por la vía normal de Plaza de Mulas, con el fin de recibirles y atenderles, si hacía falta, a su llegada a la cumbre. Nos separamos en Confluencia y, sin más problemas que una adecuada adaptación a la altitud —lo que se llama aclimatación—, llegué puntualmente a la cresta cimera del Aconcagua el 25 de julio de 1972, día previsto por la cordada de la Cara Sur para finalizar su escalada... si todo les iba bien. Pero una vez en aquella cresta, llamada Del Guanaco, por más que miré hacia abajo, hacia la terrible caída de hielos de la Cara Sur, no vi señal alguna de mis amigos valencianos. Apareció entonces en aquel lugar, el más alto y el más remoto de todas las Américas, un amigo común que me informó seriamente de que mis amigos «estaban todos muertos», pues él los estaba viendo, y demasiado quietos. Como el amigo común tenía mejor vista que yo, creí lo que me decía y, angustiado, supe que mi misión entonces consistía en hacer algo: organizar el rescate. Sin llegar siquiera a las piedras que forman la mismísima cumbre del Aconcagua, inicié un desesperado descenso, bajando casi corriendo por la Canaleta, dejándome deslizar por la nieve del Portillo de los Vientos sin detenerme en el refugio Berlín ni

en Nido de Cóndores, tomando hábito en Plaza de Mulass para proseguir sin parar hasta llegar a Puente de Inca. ¡Terrible y larga bajada y más terrible si se hace obedeciendo a un acontecimiento negativo e imprevisto! Proseguí hasta la muy lejana Mendoza, adaptándome a las malas comunicaciones de la época y del lugar, para presentarme bruscamente en el Consulado de España y darles la mala noticia, pidiendo que hicieran lo que era necesario. Inmediatamente fueron alarmados los servicios de rescate andino de Argentina y de Chile, y al momento se puso en marcha la máquina humana de ayuda en montaña entre dos naciones hermanas que precisamente estaban de espaldas. Jamás habían colaborado los chilenos con los argentinos en la Cordillera pero aquella vez sí lo hicieron: ¡había que rescatar a unos españoles! El equipo de Socorro Andino chileno funcionó muy bien y apareció en Puente de Inca (Argentina) antes que el equipo de rescate argentino. El jefe de este grupo chileno era un gran tipo que se llamaba —lo recuerdo muy bien porque nos hicimos buenos amigos— Claudio Lucero. Y ahora pienso que alguno de los muchachos que lo acompañaban se llamaría César Vázquez, el cual, al paso del tiempo, sería el padre de Mauro Andrés Vázquez, a quien presento al inicio de este relato.

(Luego resultó que mis compañeros valencianos no estaban muertos pues quien me había alertado, además de tener la vista errónea, era un tanto exagerado. Ellos finalizaron la ascensión de la Cara Sur del Aconcagua con un cierto retraso, pero no les sucedió otra cosa que algunas congelaciones de las cuales se repusieron. Pero esto ya es otra historia, que ya he contado en otra parte).

Supuse que, por haberlo oído en su casa y recordarlo como estos hechos de la infancia que quedaron grabados toda la vida, Mauro Andrés Vázquez sabría desde niño que su padre me había conocido a mí. Y por lo que le contaría su padre en sus primeros años en Santiago de Chile, llegaría a originarse para su joven mente una exagerada idea sobre mi persona que le pudo perdurar tantísimos años hasta que me conoció personalmente en el año 2004, haciendo él de porteador y yo de veterano componente de un grupo que recorría plácidamente los duros e impresionantes caminos de la Patagonia.

Mauro no ha vuelto a hablarme de ello durante varios días hasta que en la tarde de la séptima jornada, marchando desde el refugio Pehoe al de Los Cuernos, fenomenal recorrido que discurre sorteando un bosque de lengas bajo los imponentes paredones y glaciares suspendidos y cascadas del Cerro Almirante Nieto y justo a la misma orilla del gran lago Nordenskjöld, puedo observar que Mauro se va rezagando como apostado. Yo hago lo mismo y cuando quedamos los dos algo separados del grupo, me mira él a los ojos y me salta a bocajarro:

—Yo había oído hablar de osté también en el Cauín Andino, el local del Club Andino de Santiago. Mi papá le apreciaba a osté mucho, señor. ¡Y osté era muy amigo de Claudio Lucero, el maestro que había enseñado a mi papá a tener corazón de montañista! ¡Osté no sabe cómo le apreciaba mi papá, señor! Sepa que cuando yo le he conocido ahorita, creía desfallecer de contento, pero me he demorado unos días hasta decírselo ahorita mismo. Estoy seguro de que mi papá, que está ahorita en el Cielo de los Andes, se sentirá muy feliz por vernos a osté y a mí juntos, platicando así de él, y de Claudio Lucero, y de todo cuanto son las montañas... ¡Ay qué alegría, señor amigo!

—Y tu padre... ¿qué fue de él?

—¡Oh, mi papá...!

—Dime, dime amigo: ¿Por qué has mencionado el Cielo de los Andes?

Yo ya estoy alarmado. Mauro cierra sus ojos nobles. Se cubre la cara con las manos y se pone, creo yo, a llorar. ¿A llorar?

Yo insisto:

—¿Qué hace tu padre ahora Mauro?

Como respuesta no obtengo más que sollozos y una mirada perdida.

—¿Qué le pasó a tu padre? ¡Dime, Mauro, dime!

Tengo que dejar pasar un buen rato. Y al final Mauro estalla, entrecortadamente:

—Mi papá, mi papá murió... Era el mejor montañista de Chile. ¡Y tuvo que morir en la Cordillera!

—¿Si? ¿Cómo murió? ¿Sufrió un accidente de montaña?

—No, señor amigo. No murió de accidente de montaña. Murió... murió también muy dignamente, más dignamente que escalando...

—Y, ¿cómo murió entonces tan dignamente, si no fue por un accidente de montaña?

Tengo que confesar que después de haber transcurrido bastante más de treinta años desde que estuve aquella primera vez en el Aconcagua, yo no puedo recordar las caras de los dos o tres muchachos que acompañaban a Claudio Lucero en 1972. Pero ahora, al momento, he tomado interés y simpatía por aquel desconocido César Vázquez, hijo de españoles, compañero de Claudio Lucero en la primera acción de rescate en los Andes Argentinos llevada a cabo por los «montañistas» del Club Andino Chileno.

Mauro me está mirando expresando una gran pena. Me pide perdón por estar llorando. Añade que él es nieto de españoles y que no debería llorar. Pero es que ¡señor, su papá es su papá! ¡Y le quería tanto! ¡Y aprendió tanto de él!

—Mi papá, César Vázquez, fue quien realizó las mejores escaladas en la Cordillera. A él jamás le podía suceder nada porque era muy bueno y muy duro, muy fuerte... Pero mi papá tuvo que morir en un rescate. Mi papá no murió escalando, él no debía morir en una escalada. Mi papá murió en un rescate de helicóptero.

Yo me quedo sobrecogido. Las lágrimas de Mauro tienen demasiada fuerza para que yo no me emocione. Tienen tanta fuerza como para que yo esté lamentando rotundamente no recordar ahora la cara de uno de los muchachos que acompañaban en aquella ocasión a Claudio Lucero.

—Serénate Mauro —es lo único que sé decirle, apoyando una mano sobre su hombro sacudido por los sollozos.

—Sí, sí... Ya me sosiego, señor amigo. Me sosiego, señor amigo de mi papá.

El ambiente que nos rodea es inmenso, imponente. El gran lago Nordenskjöld, muy extenso y muy profundo, tiene aguas oscuras y movidas pero sin casi rumor en sus olas misteriosas. Sólo en algunas crestas espumosas de las olas en la parte central, muy lejana, se ve refulgir la luz reflejada de los glaciares que nos dominan, desde muy alto, por encima de los paredones del Cerro Almirante Nieto. Mauro ha dejado apoyada su enorme mochila sobre una roca y contra unas ramas

verdes de lenga, y mirando a estas aguas me dice, sin levantar la vista, con una voz que empieza con suavidad pero que va tomando un tono cada vez más intenso:

—Mi papá, César Vázquez, era fundador del Socorro Andino de Chile. Era amigo de Claudio Lucero, el gran montañista amigo de osté. Y con otro amigo de osté, el español Miguel Gómez, estuvo en la difícil escalada del Cerro Arenas. Mi papá era el andinista que más primeras ascensiones había logrado en la cordillera: en las Torres de Paine y en los Cuernos de Paine, en el Cerro Fortaleza, en el Escudo, en la Aguja de los Quirquinches, en el Cordón Adela cuando todavía no se habían hecho las principales escaladas, y en el Fitz Roy, buscando paso por las Canaletas. Y estuvo en el volcán Osorno, sobre Puerto Montt también con su amigo, el fabuloso Miguel Gómez. Pero tuvo que morir en un accidente aéreo, en el Cerro del Yeso, en el Cajón de Maipú, tan cerca de Santiago... Yo tenía entonces tres añitos. Si, sólo tenía tres añitos. Pero lloré porque mi papá se había muerto. ¡Y mi mamá lloró mucho, muchísimo, señor amigo! Me dijeron que mi papá ya no volvería más. Yo, que creía, que sabía ya entonces que mi papá era el más invencible... Luego me explicaron que se había incendiado el rotor de cola del helicóptero — ¡demasiado viejo era aquel maldito trasto!— y el aparato empezó a caer. Supongo que mi papá pensaría que podía salvarse saltando y saltó al vacío mientras el helicóptero ardía... Todos murieron abrasados, todos los que iban en el helicóptero. Mi papá no murió abrasado pero también murió por el choque contra las rocas de la montaña. Mi mamá fue a buscarle, y le halló y le besó. Le sacó el reloj —este reloj que llevo ahorita mismo, señor amigo— y le sacó los cordones de las botas, que yo guardo todavía como un emocionado recuerdo... Le había estado amando toda la vida. ¡Toda la vida le amó mi mamá a mi papá, y le siguió amando después de muerto!



Excepcional foto de las montañas de Paine tomada desde el Refugio de Dickson.

Mauro se me agarra a los brazos, como si yo ahora fuera su padre. Yo no puedo hacer nada más que quedarme mudo ante la tragedia que me están contando. Es una tragedia enorme, tan grande y profunda como la extensión de este gran lago Nordenskjöld, donde la mirada se pierde.

—Mi mamá recogió el cuerpo de mi papá y lo dio enseguida para no sufrir más viéndolo tan destrozado. Y lo llevó para que lo incineraran. Me acuerdo mucho, aunque yo sólo tenía tres añitos... ¡Tres añitos tenía cuando se murió mi papá, señor amigo! ¡Cuánto lloré! Yo sabía que mi papá se había ido al Cielo de la Cordillera, pero lloré mucho. Yo he creído verle siempre cuando he mirado al Cielo de la Cordillera, de esta Cordillera tan dura y tan inhumana, pero a la que queremos tanto los montañistas. Y mi mamá luego trajo las cenizas a este lago, el Nordenskjöld, por acá mismito donde estamos ahora nosotros, en el gran Seno Norte. Y entonces fueron en una barca y, muy alejados de esta orilla, dejaron esparcidas las cenizas sobre el agua, en un lugar desde donde se ven los Cuernos de Paine, los Cuernos donde él tanto había bregado. El Cuerno Central era el sueño de su vida. Desde aquella parte interior del lago se ven todos los Cuernos. Por esto mi mamá fue con una barca a dejar las cenizas sobre aquellas olas, las mismas que estamos ahorita viendo como brillan.

Yo no puedo hablar, pensando en aquel amigo desaparecido de Claudio Lucero cuyo rostro hago esfuerzos para recordar. No puedo hacer nada más que seguir con la mano en el hombro de

este entristecido andinista montañista, hijo de montañero, nieto de montañeses españoles, perteneciente a la eterna raza de hombres vinculados con cualquier montaña del mundo.

—Pasó el tiempo —reemprende Mauro con voz ya más segura—. Yo tenía dos hermanitos. Fuimos creciendo los tres, comprendiendo el dolor de nuestra madre. Todos habíamos nacido y nos criamos al amparo de la Cordillera, protegidos por estas montañas nuestras, tan altas, tan duras. ¡Pero las queremos! Y ahorita los tres hermanos trabajamos en ellas, en la Cordillera. Subimos a los cerros que dominan los desiertos del norte, trepamos a los volcanes, escalamos en los paredones y en las agujas y en los hielos del sur. Y también transportamos peso de los amigos de fuera, para poder ir sobreviviendo. Es esta la tierra a la que tanto estuvo amando mi papá y a la que sigo yo amando.

—Y, ¿tu madre...?

—Mi mamá nunca se rehízo desde la muerte de mi papá. Y nos dijo que cuando muriera quería que la llevaran al lado de su gran amor, al lado de mi papá. Y allí están. Allí están los dos, señor amigo.

Mauro señala de nuevo el centro del gran lago.

—Mire, señor amigo. Allí están los dos, en la superficie de esta agua. ¿No ve cómo relucen las olas allá en el centro?

Desde esta orilla, en el seno norte del lago Nordenskjöld no se pueden ver los Cuernos de Paine porque tenemos encima una gran montaña que lo impide: el Cerro Almirante Nieto, enorme, con sus paredones, sus impresionantes glaciares colgados y sus cascadas. Su gran anchura y su importante altitud nos roban la visión de los Cuernos desde aquí.

—Osté no los ve, señor amigo, osté no puede ver los Cuernos desde acá. Pero yo le tengo en el corazón al Cuerno Central porque fue el ansia de toda la vida de mi papá. Esta enorme mole del Cerro Almirante Nieto nos impide verlo desde acá. Pero si entráramos en el lago, allá mismo, allá donde brillan ahorita las crestas de las olas, desde aquella parte central del lago se ven muy bien los Cuernos. Y allá mismo, donde habíamos esparcido las cenizas de mi papá, allá volvimos después de la muerte de nuestra mamá, mis hermanitos y yo, en una barca, para dejar también allá las cenizas de la mamá... Ya llevan tiempo juntos los dos, señor amigo. Ya son felices los dos.

Mauro da unos pasos y deja que sus botas penetren en la linde de la orilla del gran lago. Se agacha un poco, hunde ambas manos en el agua clara, sagrada para él y, mojadas, me las enseña.

—Mire, mire, señor amigo... Aquí están las cenizas de mi papá y de mi mamá... Han venido hasta acá para saludarle a osté, que fue tan amigo de Claudio Lucero y de mi papá.

Yo tengo que seguir callado porque no puedo articular palabra. Me acerco a la orilla y estrecho la mano mojada de Mauro y luego meto mis botas y mis manos también en el agua que llega en tranquilas ondas hasta las piedras de distintos colores que forman esta orilla.

Y en este momento noto como un estremecimiento entre mis dedos, como si estuvieran aquí, demostrando vida, las cenizas eternas de César Vázquez y de su esposa, los padres de este hombre tan henchido de sentimientos que está junto a mí. Aquí, en esta agua oscura, reposan sus padres desde hace ya años. Es un lago inmenso, encajado entre montañas frías y poco luminosas. Y estoy notando como si los dos esposos estuvieran estrechándome la mano a mí, al amigo de Claudio

Lucero y al amigo de su hijo Mauro.

Mauro lleva mucho rato con lágrimas en los ojos y vuelve a pedirme disculpas.

—Por favor, señor amigo, disculpe, discúlpeme. Un hombre como yo, que ahora se gana la vida llevando grandes mochilas, no debería llorar. Pero es que se trata de mi papá y de mi mamá... Y acá están ahorita los dos, con osté y conmigo... No siempre se aparecen cuando paso por esta orilla. ¡Pero hoy sí han acudido! Mi papá le había conocido a osté aquella vez en el Aconcagua, cuando los chilenos fueron a un rescate en Argentina... Y siempre le recordaba a osté y le mencionaba como un gran amigo llegado de España. Osté le había hablado mucho de las montañas de España. Sí, siempre recordaba que osté le había explicado extremos de la Sierra de Gredos, las montañas de sus padres españoles. ¡La tierra de mis abuelos a quienes yo no conocí!

Y en este momento creo poder recordar, finalmente, la cara ansiosa de un muchacho que, treinta y tantos años antes, me había preguntado en Puente de Inca por las montañas de España, en especial por la Sierra de Gredos, de donde dijo provenían sus padres españoles. Ahora tengo claros los rasgos de aquel César Vázquez, hijo de españoles, ansioso por las montañas. Ahora estoy viendo bien sus ojos, iguales que los de Mauro.

Y su pelo negro y ensortijado, con alguna cana precoz. ¡Ahora lo recuerdo bien a César Vázquez, el que me había dicho que sus padres eran originarios de un lugar de la provincia de Ávila, en la Sierra de Gredos!

—Sí, sí. Ahora recuerdo bien a tu padre amigo Mauro.

Y estirando mucho el cuello miro hacia arriba, hacia el poderoso Cerro Almirante Nieto, lleno de paredones, de glaciares colgantes, de gargantas y de impresionantes cascadas blancas.

Detrás de esta gran montaña están los Cuernos de Paine.

—Mañana veré los Cuernos —digo para mí—. Ahora sólo veo el Lago de Nordenskjöld.

¡Pero me parece descubrir a lo lejos, en el centro del lago, sobre las crestas ahora iluminadas de las olas, a dos figuras borrosas, un hombre y una mujer cogidos de la mano, alejándose caminando sobre el agua en dirección a la otra orilla, menos abrupta que la que ocupamos ahora nosotros!

Mauro sigue con las botas metidas en el agua y con las manos empapadas en este elemento sagrado para él. Está como ensimismado. Dejo pasar un buen rato y finalmente tengo que decirle:

—Vámonos hacia el refugio Los Cuernos. Nuestros compañeros nos estarán esperando. Ya se va haciendo tarde.

Se hace tarde por la hora pero no por la luz. Por la luz no se nota el paso del tiempo porque en estas latitudes, en pleno verano, casi nunca acaba de llegar la noche. Finalmente, Mauro saca los pies del agua, y con un hilo de voz me dice:

—Sí señor amigo. Sí, es verdad, nos están esperando. Pero, por favor, señor amigo, no diga a los compañeros que he estado llorando... No les diga que sigo llorando todavía.

Yo tomo mi ligera mochila y él se carga su enorme morral, y seguimos el estrecho camino que serpentea entre el bosque de lengas y la orilla del lago. La noche no acaba de llegar pero me parece descubrir ahora, por encima del centro del lago, como si dos estrellas empezaran a brillar, antes de hora, en este cielo tan distinto del nuestro: el cielo más austral de todos los mundos

habitados en toda la Tierra.



Paine. Dibujo S. XIX.

Capítulo XIV: Recordando gentes y hechos relacionados con el Couloir de Gaube

No tengo ningún mal recuerdo de aquella lejana ascensión al Couloir de Gaube, a pesar de que fue difícil y muy dura. Más dura que difícil. Los tiempos en que vivíamos entonces eran así, difíciles y duros y estábamos habituados a todo. A pesar de aquella dureza ahora, cada vez que veo o que leo algo referente al Vignemale, recuerdo la aventura del Couloir no sólo con una cierta nostalgia sino con un extraño sentimiento agradable.

Era el año 1948. Mi compañero de cordada y yo habíamos salido de Barcelona para el Pirineo arrostrando un viaje típico de la época, que tenía que ser largo: trenes de vapor con retrasos y con carbonilla en los ojos, y autobuses de pueblo mal movidos por unos angustiosos motores de gasógeno, sobre carreteras llenas de baches y polvorientas. Horas y horas hacia Zaragoza, Sabiñánigo y Biescas, hasta lograr llegar al balneario de Panticosa, invadido entonces por soldados de vigilancia fronteriza, tan poco vigilantes que no se inmutaron cuando nos vieron salir de allí hacia los lagos y el collado de Brazato, posiblemente porque no sospechaban que luego bajaríamos al valle de Ara y remontaríamos este hasta Lapazosa y Col des Mulets. Y, nosotros, una vez entrados en Francia, bajamos a Les Oulettes, donde entonces no había ningún refugio, y subimos a la altísima Hourquette d'Ossoue para llegar al refugio de Baysellance. ¡No se viajaba entonces tan rápido y tan cómodo como hoy! Estábamos obligados a pasar a Francia ilegalmente porque no había otra posibilidad legal de acceso, y tuvimos la suerte de que nadie nos importunara. En Baysellance pudimos dormir unas pocas horas, y mal, porque tampoco estaba entonces muy acogedor aquel pétreo refugio. Y salimos de él al amanecer, muy callados, para pasar de nuevo la Hourquette d'Ossoue a la luz de una madrugada fría y desapacible, perturbada por un viento descorazonador. Descendimos un poco para llegar al pie del Couloir de Gaube; nos encordamos en silencio y tomamos seguidamente contacto con la nieve y la roca que emergía a un lado de la rimaya: estaba fría y húmeda, llena de arenilla, repelente. Superados estos metros, más desagradables que difíciles, empezamos a subir por la nieve dura del propio Couloir, cada vez más enhiesta, una pendiente que se enderezaba por momentos, para encajonarse más arriba entre los dos amenazadores paredones del Pitón Carré y la Pique Longue.



Petit y Grand Vignemale, desde el refugio de Baysellance, el más antiguo del Pirineo francés.

¿Empezamos a subir he dicho? Realmente lo que hicimos fue empezar a tallar. Un golpe de piolet, dos, tres. Cinco golpes. Un escalón hecho. Clavar el mango de madera y dar un paso sobre la huella abierta. Otros golpes del pico del piolet: tres, cuatro o cinco. Limpiar de nieve suelta el nuevo escalón. Y poner allí el pie con el crampon... Y seguir así, tallando, moviendo el piolet, fatigando el cuerpo y cansando la muñeca mientras el compañero permanecía quieto más abajo, asegurando la cuerda sobre la cabeza de su piolet, bien hundido el mango en la nieve, si se podía hundir. Muy abrigados pero tiritando. Eterno. Durísimo. Terrible.

No se nos hizo largo porque estábamos concienciados de que la tarea iba a ser muy prolongada. El Couloir de Gaube tiene seiscientos metros y entonces los pocos que lograron vencerlo habían subido así. En aquel tiempo era normal la lenta talla de escalones en cualquier canalón de nieve y por ello aceptábamos que el ascenso tenía que ser lento, cansado y tedioso: tallar, tallar... Tallar durante horas y horas, sin descanso, aunque sin dejar de vigilar a lo alto para esquivar las piedras que caían de vez en cuando porque no todas venían encauzadas en la «rigole» central. Confiando en lograr la superación de la larga pendiente de nieve dura, cada vez más enhiesta, y en poder resolver, ya llegados arriba de todo, el paso de la Piedra Empotrada y la posterior salida al Col de Gaube. Confiando en no dejarnos avasallar por la terrible soledad y

enclaustramiento glacial que allí domina.

La técnica de la época era así. Se empleaban crampones de sólo ocho puntas, y los nuestros ni siquiera eran propios. Yo manejaba un piolet también prestado y de fabricación casera, aunque no excesivamente pesado. Íbamos atados por la cintura con una cuerda de cáñamo que chupaba la humedad, que se enroscaba, que se endurecía y que entorpecía el ascenso, que pesaba y pesaba cada vez más... Con unas pobres botas que nada más oler la nieve ya se quedaban mojadas y traspasaban la humedad a los pies. No éramos una excepción mi compañero y yo porque en aquella época de privaciones todos íbamos igual de mal equipados, aunque sí es cierto que íbamos bien empujados por una extraordinaria ilusión. En el Couloir de Gaube todos teníamos que vivaquear, por debajo o por encima de la Piedra Empotrada, el famoso bloque encajado en lo alto. Y todos estábamos condenados a tiritar durante una noche de vivac que ya sabíamos sería fría y eterna. ¡Y no todos lograban salir triunfantes!

Aquella mitad del siglo xx era una época triste. Los tiempos estaban preñados de problemas: problemas económicos, problemas humanos y, sobre todo, problemas de orden público. No había comida para poder surtir bien la mochila, ni suficiente dinero para pagar los viajes, ni siquiera era posible obtener documentos para viajar correctamente ya que si queríamos pasar a Francia, teníamos que hacerlo por la montaña, a escondidas de carabineros y gendarmes, porque la frontera legal estaba prácticamente cerrada. Y además yo, personalmente, me exponía a mucho más porque entonces estaba haciendo el servicio militar y, aunque me habían dado un permiso oficial para ir unos días a mi casa, si me pillaban en el territorio fronterizo podía ser considerado desertor, como soldado español que era, por pasar, o intentar pasar, clandestinamente a un «país no amigo», vulnerando todas las leyes civiles y todas las militares. Eran tiempos malos, muy malos. Nuestro país originaba en aquella época pocos amigos, y el mundo entero lo teníamos de espaldas.

Pero no considerábamos injustos estos inconvenientes. Estábamos metidos en los malos tiempos y debíamos arrostrarlos. Nos dominaban las ganas de hacer montaña y para ir a los Pirineos teníamos que saltarnos unos obstáculos que hoy, vistos desde tan lejos en el tiempo, se pueden considerar exagerados. Pero en realidad eran terribles.

oOo

No éramos nosotros los primeros en subir por allí. Los datos que yo conocía me habían permitido mirar hacia atrás y estudiar el desarrollo de la primera ascensión al Couloir de Gaube. Podíamos evaluar cómo se había producido este acontecimiento en un tiempo bastante anterior. Y, por cierto, de manera bien distinta de nuestro sistema y de nuestros problemas para hacer montaña.

La primera ascensión al Couloir de Gaube se había logrado nada menos que en 1889. ¡Cincuenta y nueve años antes de la nuestra! ¡Ciento quince años antes de la fecha en que estoy escribiendo estos comentarios!

¿Cómo estaba la montaña en 1889? Supongo que no estaría como hoy porque debía tener bastante más nieve acumulada, y más hielo, porque era época de más nevadas. Vista con la técnica

y el material actual posiblemente resultaría más fácil, por permitir subir crampeando en una mayor superficie de nieve. Pero en aquella época no se conocían la acción ni el verbo «cramponear» y por ello, con tanta nieve, la montaña tenía que parecer más difícil, más amenazadora. Los que se propusieron entonces escalar el Vignemale por el Couloir de Gaube, franceses todos, tenían que ser muy valientes y muy decididos; con crampones peores que los nuestros pues no eran verdaderos crampones sino unos elementales juegos de cuatro o seis puntas mal atados a la bota, y empuñando unos palos muy largos con punta de hierro. Y algún hacha para ir cortando el hielo... ¡Eran valientes aquellos tipos!

El problema principal que podían tener los escaladores de 1889 ante el Couloir de Gaube era la grandiosidad de la montaña, la amenaza que esta misma podía ejercer. Si bien la creencia en los genios malignos de las montañas ya había sido superada, persistía todavía el enigma que representaba el no saber si, técnicamente, sería factible tal escalada. Y además tenían otro problema: los temores y los consejos de los amigos —montañeros como ellos pero algo más prudentes— quienes insistían en que no intentaran semejante aventura, pues para subir al Vignemale ya había entonces otras vías adecuadas, y no desprovistas de esfuerzo y de exposición.

Pero ellos fueron para allá. Eran cinco hombres muy decididos, que amaban la montaña y que tenían mucho amor propio. Aunque, además de todo esto, disponían de algo muy importante, pues todo hay que decirlo: tenían muchas facilidades.

La primera facilidad consistía en que eran franceses y vivían en una época y en un país que quería ser —y era entonces— un gran país. Y además escalaban en su propio territorio, sin afrontar los problemas de fronteras que sufriríamos en España en el año 1948.

La segunda facilidad —esta siempre ha sido enorme, grandiosa— era el no tener entorpecimientos económicos y, en lo que cabe y de acuerdo con su tiempo, podían ir muy bien equipados porque se lo podían permitir. El promotor de la aventura era el Comte Henri Brulle, abogado y de muy buena familia, hijo del notario de Liborne y llamado a ser él mismo el sucesor en la notaría de su padre. Desde muy niño ya era asiduo con su familia a la estación termal de Cauterets, a la cual en aquellos tiempos sólo acudían familias pudientes, más para poder codearse con gentes de su mismo y elevado nivel y beneficiándose de derechos sociales, que por puras imposiciones médicas. Henri Brulle, por ello, era muy amigo de los más selectos montañeros franceses del momento, entre ellos el Comte de Saint Saud, eminente geólogo y especializado en las montañas de España, y de otro conde, el famoso Henri Russell, el más enamorado divulgador de los Pirineos. La buena posición social de estos personajes significaba que podían hallar fácilmente colaboradores para hacer montaña, por muy complicada que esta fuera.

El otro personaje era Jean Bazillac. Este no tenía título de conde pero su apellido era muy ilustre entre banqueros y terratenientes de la región de Tarbes. Físicamente era un hombre muy fuerte, un gimnasta de la época, muy decidido, muy inteligente y culto. Y con un gran corazón, invadido por los sentimientos hacia las montañas.

El tercero sí que era conde: Le Comte de Monts, el hombre que más ascensiones invernales llevaba hechas en su tiempo en todos los Pirineos, y a quien los pirineístas franceses de la época llamaban, en broma o en serio, «l'Iceman», o sea, «el Hombre de Hielo». El año anterior había

logrado la primera ascensión al Monte Perdido por la cascada de «seracs» de sucara norte. Esto sólo era ya una referencia de su efectividad.

El cuarto era muy distinto en poderío humano, pero tampoco tenía problemas para ir a las montañas pues ello era precisamente su profesión. Se llamaba Céléstin y no era conde ni marqués pero su apellido clamaba a los cuatro vientos un puro linaje pirenaico: Passet, como su padre, como sus tíos y como su abuelo, todos ellos guías selectos de Gavarnie. Ya había estado trabajando en los Alpes, en el Mont Blanc y en la Meije, y los guías alpinos —bastante altaneros con los forasteros— le habían reconocido como un buen profesional de la montaña.

El quinto también era montañés profesional: muy joven, fuerte como un toro y leal como el más leal de los amigos y servidores. Se llamaba François Bernat-Salles y de momento su trabajo consistía sólo en llevar cargas a cuestras de un lado a otro de las montañas en un tiempo en el cual todavía no existían los camiones ni los teleféricos, ni nadie había soñado con helicópteros. No era rico en dineros como los aristócratas que le habían contratado pero era rico en fuerzas y en grandeza de alma. Y, aunque él no lo sabía todavía, era rico en futuro ya que años más tarde llegaría a ser un guía tan bueno y tan famoso como Céléstin Passet. La fama de ambos iba a perdurar mucho más de cien años pues los dos estaban destinados a entrar —y persisten todavía— en la Historia de los Pirineos.

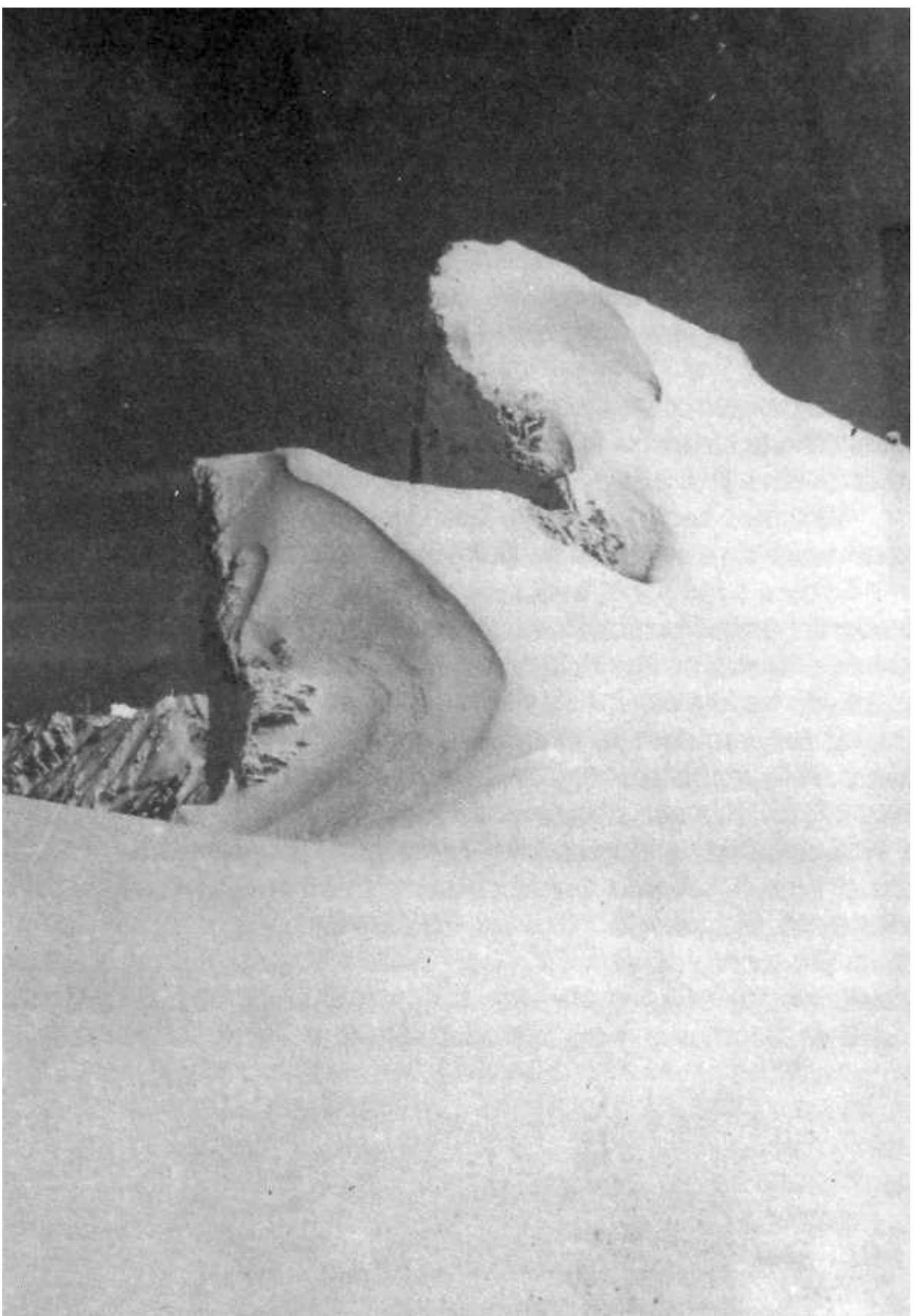
Aquellos cinco hombres que ignoraban lo que era cramponear, que llevaban como herramienta principal un palo de punta herrada muy largo y muy fuerte, y que no tenían todavía mucha idea del empleo de la cuerda, disponían, como novedad, de un invento reciente, un único piolet, rarísimo instrumento, mezcla de hacha y de bastón de montaña, cuya efectividad todavía desconocían. En el Couloir, subieron y subieron, tallaron en el hielo mil trescientos diecisiete peldaños (según la cuenta de De Monts, aunque parece que tenían que ser más, porque en seiscientos metros de desnivel corresponde labrar más peldaños). Aquellos hombres le echaron corazón al Couloir de Gaube y llegaron a lo alto, superaron la Piedra Empotrada y vencieron la cascada superior de hielo. Un gran éxito. Russell, que entonces ya era un prudente habitante veraniego de sus grutas del Vignemale, se mofó de ellos (¿con admiración, con envidia o con melancolía?) diciéndoles que «la próxima vez tenían que hacerlo marchando de espaldas, para que resultara más difícil».

Se enteró todo el mundo. Les felicitaron todos. Pero nadie volvería a repetir la escalada del Couloir de Gaube hasta 1933, cuarenta y cuatro años más tarde. Sólo se registró un infructuoso intento en 1927, el de Jean Arlaud y Charles Laffont, quienes una vez llegados a la Piedra Empotrada no pudieron superarla y se vieron obligados a descender de nuevo por todo el Couloir, de manera harto peligrosa.

A partir de 1933 se efectuaron tres repeticiones del Couloir, llevadas a cabo por nombres históricos en el pirineísmo francés como Barrio, Aussat, Loustaulou, Senmartin, Ollivier, Cazalet, Lamatte y Jean Santé. Estos bregaron muchísimo para conseguirlo y siempre a la altura de sus facultades y de sus esfuerzos. El Couloir era el Couloir: no era cosa para novatos, ni los novatos se enfrentaban a él.

Y en 1936 irrumpieron en el Couloir de Gaube los primeros españoles: Teógenes Díaz, Ángel Tresaco y Pepín Folliot, tres excelentes montañeros madrileños que ya habían dejado su huella en

muchas montañas ibéricas —en los Picos de Europa, en Gredos, en los Pirineos, en La Pedriza— y lograron tal éxito en el gran canalón de hielo del Vignemale que su acción fue denominada admirativamente en las guías francesas como «coup de théâtre». Esta era la quinta ascensión absoluta pero fue la primera en salir directamente por Les Jumeaux, algo que nadie había hecho y que, posteriormente, parece que nadie volvería a repetir. Teógenes era un gran maestro en la roca.



Aquel mismo año 36, iba a iniciarse el gran periodo más trágico del mundo moderno: estalló la Guerra Civil en España, que posteriormente sería reconocida como lugar de ensayos técnicos para la inmediata Segunda Guerra Mundial. Donde únicamente reinó la paz durante unos años, fue precisamente en el Couloir de Gaube, solitario de nuevo y olvidado, tal como había permanecido a lo largo de siglos y siglos. Mientras, en todo el mundo rugían los cañones, surgían terribles dramas, llovía muerte desde el cielo, se propagaban las injusticias y el peligro insensato y se destruyeron millones y millones de personas. Fue terrible, una enorme injusticia mundial, en la cual no tenían nada que ver las montañas.

En 1947, ya algo tranquilizado el mundo, otra cordada española hizo el Couloir: fueron la pareja catalana Jordi Farrera y su esposa Joaquina Baruta, acompañados de Francisco Molina. Realizaron la ascensión técnicamente bien, pero estuvo salpicada de problemas humanos pues, según el propio Farrera, el compañero Molina sufría depresiones y quería precipitarse al abismo desde el lugar del vivac. Ni la dificultad del Couloir, ni el severo paisaje de montaña, ni la buena voluntad de los propios esposos Farrera tenían nada que ver con el drama de Molina. Afortunadamente los Farrera lograron salvar la situación, realmente muy comprometida, y Joaquina logró con ello la primera ascensión femenina absoluta al Couloir. Jordi Farrera ha sido un buen montañero, que marcó su época con una magnífica actividad.

Un año más tarde, en julio de 1948, tuvo lugar nuestra ascensión, sin problemas técnicos teniendo en cuenta el material de la época pero sí con el problema de mal equipo personal, clásico del momento. Tan malo era mi calzado que al retornar a Barcelona tuve que acudir al Hospital Militar a causa de sufrir congelaciones en los pies, percance hoy desconocido en los Pirineos. Y en el Hospital, el gran problema que se me presentaba era tener que explicar a superiores que no conocían ni podían comprender la montaña, la causa de aquellas congelaciones, en pleno tórrido verano y sin poder decir que habían surgido en los Pirineos, y precisamente en la vertiente del país «no amigo». Sin embargo, tengo que reconocer que tuve mucha suerte y me pude zafar de preguntas comprometidas.

En 1949 se realizó la ascensión de otros madrileños en el Couloir: Antonio Moreno, Adolfo Herráez y Jorge Márquez. Estos sí sufrieron un verdadero problema, el peor de todos: la muerte de uno de ellos, Jorge Márquez, despeñado desde el Bloque Empotrado cuando no estaba encordado, y con el subsiguiente problema de tener que repatriar el cuerpo destrozado del compañero por la frontera «legal» después de haber entrado en Francia por la «ilegal». El espinoso caso fue resuelto con un verdadero despliegue de personalidad, picardía y diplomacia, llevada a cabo en un viaje especial efectuado por Enrique Herreros y Mérito Sol, viejos zorros además de viejos montañeros. Fue tan acertada y elegante la solución de este caso, que inició el arreglo de los maltrechos tratos fronterizos del momento entre España y Francia.

Luego... Luego, con el paso del tiempo y con la llegada de facilidades de todo tipo vendrían

las cuerdas de nylon, los crampones de diez puntas, y los de doce, y hasta de catorce. Y los piolets ligeros, de mango metálico, y el encordaje por «baudrier», y las buenas botas de montaña que evitan las congelaciones, y la selecta técnica moderna de cramponaje que puede permitir hoy la ascensión al Couloir de Gaube en dos o tres horas. Y hasta el descenso del Couloir con esquís...

Pero esto es ya otra historia (con minúscula) porque la Historia (con mayúscula) seguía su marcha y se iba escribiendo poco a poco.

oOo

Durante aquel vivac a lo largo de una inacabable y gélida noche sobre el Bloque Empotrado en lo alto del Couloir de Gaube, mi compañero de cordada me dijo que le gustaría hacer una crónica de aquella escalada para publicarla después en la revista del Centre Excursionista de Catalunya. Me pareció muy bien la idea y le dije sinceramente que hasta le proporcionaría datos históricos de los que yo poseía, y que le ayudaría en todo cuanto fuera necesario.

Pasó el tiempo. Salí del Hospital Militar y volví, cojeando poco, a mi cuartel en Tarragona, pudiendo comprobar allí como mis pies se reponían rápidamente gracias a unas terribles infiltraciones que me habían puesto con un producto, nuevo entonces, llamado «novocaína» y también a los baños en la tibia playa mediterránea. Y después quedé ya liberado del servicio militar y retorné a Barcelona. Al llegar, los responsables de la revista del Centre Excursionista de Catalunya me llamaron para decirme que debía hacer yo la crónica de nuestra escalada al Couloir de Gaube pues consideraban que era una ascensión muy importante, explicándome asimismo que un escrito que habían recibido de mi compañero de cordada no les valía.

¡Ojalá no hubiera aceptado yo esta petición! Pero hice el trabajo que se me solicitó y poco después este salió publicado, acompañado con una muy buena foto del Couloir y de la Pique Longue, fruto del magnífico objetivo de Albert Oliveras. El escrito fue elogiado por los lectores, pero pronto supe que su publicación no sentó bien a mi compañero de cordada en el Couloir y, aunque él no me lo dijo nunca, parece que se enfadó mucho.

Poco tiempo después yo trasladé mi residencia a Madrid por conveniencia de la empresa editora donde trabajaba, y con ello amplíé mi mundo de montañas y compañeros, sin perder en manera alguna el contacto con los amigos de Cataluña pues mi familia seguía en Barcelona y yo iba y venía frecuentemente. Mas, unos meses más tarde, y a través de estas buenas amistades que se fecundan en las montañas, me enteré de que por el ambiente montañero catalán circulaban unos rumores que me dejaban bastante mal conceptuado. No se basaban en actividades de montaña ni en técnicas de escalada ni en otras acciones alpinas: versaban exclusivamente sobre un imaginado comportamiento ciudadano mío.

El conocimiento de estos rumores me dejó anonadado. ¿De dónde habían surgido aquellas falsas aseveraciones? Yo no lo supe jamás. No quise preguntar a nadie la procedencia de tales calumnias sociales. Nunca he deseado saber dónde se originaron. Ni lo sé ahora, cuando ha transcurrido ya tanto tiempo.

Pero, en mi buena fe, en aquellos tiempos sufrí muchísimo porque a nadie le gusta que su nombre ruede manchado de boca en boca y más siendo sin fundamento alguno. ¡Y más en su

propia tierra y en su propio ambiente! ¡Y más todavía cuando se está lejos de esta propia tierra y de su ambiente, sin conocer detalles de ello y sin poder uno defenderse!

Desde entonces han pasado muchos años, muchísimos. No he dejado de hacer montaña ni de tener buenos amigos en todas partes donde he ido. He seguido la evolución de las técnicas y de los materiales de montaña; ya no empleo crampones de ocho puntas como los pobres aparejos prestados que empleé en el Couloir de Gaube en 1948. Y no he vuelto a sufrir congelaciones porque ahora el calzado es mucho mejor. Y las cuerdas con que escalo ahora son de fibras modernas y no se ponen tiesas y pesadas con la humedad como las de cáñamo de antaño. Y puedo encordarme por medio de un buen «baudrier» que evita, en las posibles caídas, los terribles costillazos que recibíamos antes, cuando nos encordábamos por la cintura. Y dispongo de una colección de piolets ya históricos, todos empleados por mí, que pueden explicar cómo ha podido ir evolucionando el montañismo de altura. Y ya no «voy» a las montañas, porque «vivo» en la montaña y «con» la montaña, inmerso en el más perfecto ambiente pirenaico moderno. Y creo que la gente me aprecia en todas partes, en cualquier parte donde se habla de montaña.

A pesar de todo el tiempo transcurrido (más de medio siglo) y de las alegrías de la montaña vividas, no he podido olvidar nunca el terrible resquemor de aquella injusticia que alguien inventó y divulgó a espaldas mías hace ya tanto tiempo, cuando yo estaba lejos y sin saber, al principio, nada de ello por ignorar estas habladurías. Y ahora, cuando pienso en ello, todavía se entristece mi ánimo. Jamás, ni de joven ni de mayor, creo haber cometido nada indigno en el ambiente humano, fuera y dentro de las montañas. He hecho montaña, con mayor o menor intensidad. He divulgado todo lo bueno de las montañas en lo que he podido, y estimo que he enseñado a quererlas a muchos jóvenes, algunos de los cuales son hoy veteranos de gran valía. He conocido muchas montañas, y muchos alpinistas del amplio ámbito alpino son buenos amigos míos.

Un gran amigo me dijo en aquellos tristes momentos:

—No hagas caso de esto que dicen de ti. Yo y muchos como yo sabemos que no es verdad. El mundo está lleno de envidias y el mundo de las montañas no está exento de ello. Tú tienes la conciencia tranquila. Sigue pues para adelante con tu comportamiento como ahora. Tienes que saber que tu comportamiento, con el paso del tiempo, será lo que te dará la razón.

¡Era muy duro tener que esperar a que fuera el tiempo quien me diera la razón! Pero yo tenía la conciencia tranquila y esperé.

Y cuando ha pasado ya mucho tiempo, cuando muchos amigos míos ya han entrado en el Recuerdo —el Buen Recuerdo—, cuando han transcurrido hechos y hechos, me doy cuenta de que el Tiempo ya me ha dado la razón.

oOo

Recientemente asistí a una comida-reunión en Aínsa promovida por el equipo de los Tresmiles del Pirineo. Llegué algo tarde y me senté en la mesa casualmente junto a un desconocido bastante calvo y de mostachos canos quien, al presentarse, había dicho estar invitado por haber realizado la ascensión de todos los tresmiles pirenaicos. ¡Entonces me di cuenta de que aquel veterano

montañero no era un desconocido para mí sino el autor de unas ya antiguas pero terribles declaraciones, publicadas en un librito, que me dejaban por los suelos! Naturalmente, al reconocerle entonces no pude quedarme callado y le solté al momento, y delante de todos los asistentes, todo cuánto yo podía sentir. Ante el chaparrón, el veterano se excusó alegando no recordar nada y acabó por decir que «podían haberle informado mal». Yo, por mi parte, pedí seguidamente disculpas a la mesa por mi posible salida de tono y por haber tratado de asuntos ajenos al programa. Todos los asistentes —que en su mayoría, creo yo, serían desconocedores del asunto— aceptaron al momento mi justificación. Y luego el viejo montañero calvo de mostachos canos, al despedirse de mí, bastante afectuosamente por cierto, repitió que «no recordaba nada» de lo que había divulgado en letras de molde, y tan ligeramente, en tiempos muy anteriores.

Algo parecido había vivido tiempo atrás con otro antiguo y muy admirado montañero catalán quien en una remota ocasión me había preguntado llanamente «si era verdad todo lo que se contaba de mí». Cuando volví a verle, muchísimo tiempo más tarde, le recordé la dureza de la pregunta que me había hecho tanto tiempo atrás. Y este «tampoco se acordaba ahora de nada». ¡Qué desmemoriado es el mundo, por muy buen montañero que se sea! Yo no puedo decir si soy buen montañero o no, pero sí sé que tengo buena memoria y sigo acordándome de los malos momentos que tuve que vivir a causa de este triste asunto, promovido por alguien que no ha dado jamás la cara, y que yo no deseo saber quién es o quién ha sido.

oOo

Ahora sigo mirando y admirando las montañas y lo hago con serenidad, tranquilo, sin que nada pueda enturbiar mi espíritu. ¿Por qué alguien o algunos tuvieron que hablar sin fundamento alguno y hacer pensar mal de mí a espaldas mías a gente que ni me conocía, si yo tenía la conciencia tranquila, tranquilísima?

El ambiente de las montañas es claro, limpio. Es el ambiente que yo he vivido en Cataluña, en Madrid, en los Pirineos, en los Picos de Europa, en los Alpes, en Alaska, en el Himalaya, en los Andes y hasta en los países que antes llamaban de Más Allá del Telón de Acero. Es un ambiente justo. Es un ambiente donde, si nos comportamos como es debido, en seguida tenemos el aprecio de todos.

Repaso el tiempo que he vivido, que ya es mucho y en muchos sitios, y compruebo, tal como me había dicho aquel viejo amigo, que el Tiempo es el mejor testigo de todos los hechos y compruebo que ya me ha dado la razón.

Y sigo haciendo montaña. Y sigo teniendo muchos y muy buenos amigos en todas partes.

Y sigo dando gracias a Dios por todo cuanto me ha permitido que viera, que tuviera y que sintiera. Siempre junto a las montañas y a los amigos buenos, que es la mejor dádiva que recibimos de las montañas.

Y sigo estando convencido de que las montañas no son injustas.

Y cuando recuerdo aquel duro vivac en el Couloir de Gaube, percibo una cierta nostalgia, a pesar del frío que pasamos, de las congelaciones en los pies y de que no acababa nunca de

transcurrir la glacial noche.



Cara Norte del Vignemale.

Capítulo XV: René Desmaison: drama y escándalo en las Grandes Jorasses

René Desmaison —nacido en 1930 en el Périgod, aunque instalado después en París y luego en Chamonix— fue desde muy joven asiduo a la escalada y a las montañas. Muy pronto formó cordada con otro alpinista ciudadano, el ingeniero parisino Jean Couzy. Los dos iniciaron en 1956 una importantísima carrera de éxitos: la Directa NO al Olan, seguida de la primera invernal en la Cara Oeste del Dru, la famosa vía que había iniciado y abierto el grupo de Guido Magnone en 1952. La cordada Couzy-Desmaison tenía ante ella un gran futuro pero se quebró bruscamente con la muerte de Couzy en 1958, a causa de un desprendimiento de piedras en la Crête des Bergers. Lionel Terray pudo decir de ellos, antes de la muerte de Couzy y de la propia en 1965, «forman una cordada que figura entre los últimos conquistadores de los Alpes».

Desmaison, obedeciendo a su afecto a las montañas se trasladó a vivir a Chamonix, instalado allí con su esposa Simone en un bonito chalet cerca de la linde del bosque, por debajo de las Aiguilles Rouges. Siguió trazando nuevas vías y cosechando éxitos que él supo difundir bien. Hizo la Oeste de los Grands Charmoz en 1959 con Pierre Mazeaud y abrió asimismo, también con Mazeaud, una extraordinaria vía directa en la Cima Oeste de Lavaredo (Dolomitas), pared famosísima por estar casi toda ella desplomada, primera ascensión que dedicaron a la memoria de su inolvidable amigo Jean Couzy. En 1960 abrió el Couloir Norte de la Brecha de Triolet con Yves Pillet-Villard y en el mismo año mantuvo una cierta competencia con Walter Bonatti, sana pugna entre dos alpinistas de la misma época y edad, con los mismos principios y muy parecidos sistemas de actuar y de responder. Esta rivalidad con Bonatti se inició por querer los dos lograr la primera ascensión invernal al espolón de la Walker, en las Grandes Jorasses. Finalmente Desmaison cedió la primacía a Bonatti, en atención a un terrible acontecimiento vivido por el italiano —el intento invernal al Pilier de Fréney— en el cual perecieron cuatro alpinistas, y Bonatti con dos clientes pudo salvarse.^[21] Bonatti logró la primera invernal a la Walker, y Desmaison, muy contento, acudió unos días más tarde, satisfecho de haberse adjudicado sólo la segunda, en atención a la sana admiración y amistad hacia su rival. En 1962 Desmaison formó en la expedición francesa al Jannu, haciendo él personalmente cima. Luego, ya convertido en guía alpino y trabajando en principio con la Compañía de Guías de Chamonix, se dedicó muy intensamente a la montaña como profesional, aunque entre ascensiones y ascensiones con clientes, realizó la primera invernal al Nan Blanc, la gran cara de hielo de la Aiguille Verte, y también la Oeste al Petit Dru.

Pero pronto tuvo que afrontar el pequeño problema de la relación con los del valle, que podía ser pequeño pero para él no lo era: en Chamonix es muy conocida la eterna pugna entre los naturales del valle y los llamados «recién llegados», los que han querido instalarse allí por gusto o por amor a la montaña. Y Desmaison, por mucho que trabajara en la montaña de los chamoniardos y la divulgara más que ellos mismos, y aunque viviera ya eternamente allí, siempre fue considerado un forastero. Esto es algo que sucede no sólo en Chamonix sino en otras partes del

mundo: los montañeses son muy suyos y no suelen conceder atención ni se abren al que llega de fuera, aunque se adapte al valle y por mucho que trabaje en la difusión de su territorio. Siempre piensan que los que llegan van a tomarles algo de lo que consideran exclusivamente propio.

Desmaison tenía 41 años en 1971. Había tenido que renunciar a su pertenencia a la Compañía de Guías de Chamonix por otro problema originado por haber participado en el salvamento de una cordada alemana en la arista de Peuterey, salvamento que, siendo muy humano, por lo visto no se llevó a cabo «según las normas». Desmaison era un hombre culto llegado de la ciudad que, por sí solo, podía vivir bien escribiendo libros de montaña, viajando y dando conferencias de montaña por todo el mundo; podía ejercer de guía por méritos propios y por disponer del título correspondiente, sin necesidad de depender de una Compañía de Guías.

Y cuando comprendió que siempre sería considerado como un intruso, declinó su pertenencia a la Compañía. Pero siguió en Chamonix porque admiraba las montañas más clásicas del mundo, las cuales no habían sido en absoluto injustas con él. Y siguió haciendo montaña, y siguió acudiendo a donde le llamaban, a Italia, a Alemania y más lejos. Siguió yendo a expediciones nacionales y hasta cosechando primeras ascensiones en los Andes, como la cara Sur del Huandoy Sur, lograda en 1970 en la vertiente más temida de una montaña donde multitud de intentos anteriores de varios países habían fracasado.

Desde 1968, Desmaison tenía noticias de la buena reputación como alpinista de un joven guía, también forastero en Chamonix, llegado desde la Tourenne y que trabajaba bastante, como guía y también como empleado de las estaciones de esquí en la zona de alrededores del Mont Blanc. Un día, este se presentó en su chalet: era un chico grandón, rubio, muy joven (casi veinte años menor que Desmaison) y había llegado con una guitarra colgada al hombro que le daba algo de aspecto «hippy». Se llamaba Serge Gousseault y su visita, si bien se basaba en cumplimentar su simpatía y admiración hacia la ya muy extendida fama de René, tenía en realidad un cierto interés: quería hacer alguna escalada con él. René, como guía consagrado que había hecho muchas cosas y con mucha fama, podía ser para el guía novicio un buen maestro. Sencillamente: Serge deseaba seguir sus huellas.

René no desdeñó en absoluto la visita y captó enseguida la proposición. Y Simone, que vivía más tranquila cuando su marido pasaba buenas horas preparando conferencias, escribiendo libros y artículos y llevando a clientes a ascensiones clásicas, empezó a temblar: su percepción femenina le estaba diciendo que, si bien Serge era un buen muchacho, preveía que la amistad de su marido con él iba a empujarle de nuevo a los peligros de las grandes escaladas.

Y, realmente, René Desmaison volvió a pensar de nuevo en las grandes escaladas.

—Podríamos hacer alguna invernal —oyó Simone que comentaban.

—La directísima de la Pointe Walker está sin hacer todavía, y menos aún en invierno. Sería maravilloso.

Era otoño y los alrededores de Chamonix mostraban los días más bellos del año porque los árboles no habían perdido todavía sus hojas doradas. Simone se resignó una vez más. Vio cómo empezaron a prepararse, porque una invernal hay que prepararla bien. Físicamente, ni René ni Serge necesitaban preparación ya que su actividad y su trabajo en la montaña tenía a los dos en

plena forma. Pero una invernada, y a las Grandes Jorasses, y por una vía nueva y muy audaz, necesitaba preparación de espíritu y de material. Cuerdas nuevas, clavijas, mosquetones, un *sac de charge* (el petate para subir a pulso la carga por la pared), sacos de dormir efectivos para pleno invierno, tienda de pared, buen abrigo, comida.



Simone, a pesar de su inquietud, también colaboraba en la preparación. Pero temía algo más de lo que puede temer la esposa de un guía en su trabajo normal sobre rutas muy conocidas. Sabía bien que lo que querían hacer era algo más que normal. Nanette, la novia de Serge, también apareció y también empezó a colaborar y a temblar. ¡Querían hacer algo tan difícil!

Se tomaron tiempo. Calcularon las épocas mejores, de acuerdo con los períodos climáticos de años anteriores. Entretanto quisieron hacer la invernal del Espolón Central de la Walker, nada fácil en verano aunque terreno muy conocido por René, ya que era él precisamente el especialista en aquella zona, pues había estado muchas veces —recordemos que «cedió» la primera invernal a Walter Bonatti y que él hizo la segunda— y además había realizado la primera ascensión al llamativo «Linceul», una pendiente de hielo situada a mano izquierda del Espolón de la Walker, que él se había adjudicado en 1968 con Robert Flematti, después de una problemática «primera ascensión» de otro francés —Roland Travellini en 1965— que no sería reconocida por falta de pruebas fehacientes.

Finalmente, en febrero de 1971 atacaron la inhollada Directísima de la Pointe Walker de las Grandes Jorasses. Subieron sin prisas con el teleférico de la Aiguille de Midi, mezclados entre turistas y esquiadores, procurando disimularse entre ellos con sus enormes mochilas y paquetes. Llevaban esquís y descendieron terriblemente cargados sobre la buena nieve del glaciar hasta la unión de la Mer de Glace con el glaciar de Leschaux. Desde allí subieron con las pieles de foca hacia el refugio de Leschaux. Dejaron un depósito de material más arriba del refugio, en pleno glaciar, y volvieron a bajar a Chamonix. Era mejor pasar bien la noche en el chalet de Desmaison y subir mañana bien descansados y con más material.

El 10 de febrero volvieron a subir. Sobrepasaron el refugio y llevaron todo al pie de la pared. Y allí iniciaron la escalada por la roca, repelente y fría, con «verglass» y con las grietas llenas de nieve. Vertical. Helado todo. Subieron unos largos, izaron todo el material por la pared y lo dejaron allí para rapelar de nuevo hasta la base y descender al refugio. Durmieron en él, solitarios y silenciosos: era aquella la última noche «cómoda» ante varios días de esfuerzo, de incomodidad y de misterio. ¿Cuántos días? Realmente no lo sabían. Sólo sabían que delante de ellos, encima de ellos, tenían mil doscientos metros de pared vertical, virgen, helada, desconocida y enigmática.

oOo

El 11 de febrero fueron ya definitivamente para arriba. Treparon por la cuerda que habían dejado puesta y una vez llegados al punto más alto alcanzado el día anterior, prosiguieron la escalada.

Aquella tarde, a las cuatro, sacaron el walkie-talkie que llevaban (no se conocían todavía los teléfonos móviles) y hablaron con Simone, la cual, según lo previsto, estaba apostada para ello en la estación del teleférico de La Flegère pues era esta la mejor «cobertura» para poder comunicarse

todos los días por este procedimiento. Ella les daba la previsión meteorológica y ellos le decían que todo iba bien. Que estaban ya en plena pared y que tenían todavía tiempo de hacer un largo más, para hallar una ínfima repisa, colgar todo lo suyo de las clavijas, instalarse, sacar los sacos de duvet, meterse dentro y encender el infiernillo de butano. Colgados de la pared tomaron algún mejunje caliente hecho con nieve fundida arrancada de la misma pared... Prácticamente durmieron colgados en la pared. Colgado de la pared René Desmaison se quedó pronto dormido dentro del saco. Y colgado de la pared Serge, que no podía dormir, se entretuvo por la noche en engrasar con las manos, cariñosamente, las botas que se había quitado para descansar mejor.

El 12 de febrero amaneció bien. En su exiguo espacio tuvieron tiempo de desmontar el vivac, desayunar y partir hacia arriba. Nueva escalada, nuevas dificultades, nuevos avances, nuevos esfuerzos en subir uno y otro, en recuperarse, en sacar clavijas, en izar el petate y procurar que no se atascara, cosa no muy probable dada la limpia verticalidad de la pared. A las cuatro de la tarde dieron el «parte» a Simone. Todo iba bien pero iba lento, naturalmente. El día había sido bueno, hacía mucho frío, mas lo bueno era que no había muchas nubes. Aquel día habían subido, arañando la pared, un total de ciento ochenta metros. Para llegar al final ya sólo les faltaba algo más de mil metros.

Otra búsqueda de ínfima repisa para instalarse ante otro vivac. Otro vivac. Otra noche más o menos confortable... ¡Ojalá durara el buen tiempo y prosiguiera esta relativa confortabilidad que tenían!

Para ellos estaba siendo duro, largo, frío. Pero estaban en lo que se habían propuesto y sabían que tenían que seguir. Desmaison era un personaje, un guía famoso de los Alpes, consagrado ya en estas aventuras. Serge era todavía un muchacho, con sólo un flamante carnet de guía en el bolsillo, que deseaba tanto hacer cosas buenas como darse a conocer con rapidez.

La pared seguía vertical, fría, helada, difícil, inconmensurable. Era un muro inhumano lleno de hielo, repelente, que sólo podía dar acceso a los buenos alpinistas. Para Serge era como el pódium en este grandioso estadio natural que es todo el Mont Blanc.

Desmaison vivió un día más en la montaña. Un día más entre los muy duros que él ya conocía. Pero para Serge este día era algo más: cada paso, cada presa tomada, cada clavija fijada era una aproximación más a los «dioses» del alpinismo que él tanto veneraba: Welzembach, Comici, Solleder, Preuss, el joven Winkler... Gervasutti, Buhl... El esfuerzo era titánico. A él no le espantaba pensar que todos estos «dioses» estuvieran ya desaparecidos, muertos todos en la montaña. El ambiente que estaba viviendo era emocionante.

Y además, estaba escalando con Desmaison. ¡Con René Desmaison!

Para Desmaison, Serge era un compañero nuevo cuyo nombre entraba a alinearse junto a otros nombres de buenos amigos: Couzy, Mazeaud, Terray, Pellet, el mismo Bonatti, amigo y rival a la vez. Ahora Serge estaba adquiriendo categoría. ¡Era un muchacho tan fuerte, tan impulsivo, tan distinto de él! Pero tenía un espíritu abierto y muy directo, ejemplar. Un gran amigo.

La escalada seguía. Metros y metros, esfuerzos y esfuerzos. Algún susto, ninguna satisfacción. ¡Porque ganar cincuenta metros en todo un día de esfuerzos no era una satisfacción grande en una escalada de mil doscientos!

Los días se tenían que ir sucediendo unos a otros. Vivac, salida, esfuerzo, avance, otro vivac...

oOo

El 14 de febrero era domingo. La comunicación diaria con Simone continuaba todavía bien. El tiempo —de momento— seguía todavía bien. René, muy prudente, dijo a Serge, menos prudente:

—Hemos ganado mucha altura y el tiempo está muy bueno. Pero puede cambiar. Yo estoy en forma pero debo saber si tú sigues en forma. Hasta llegar a la cima de la Walker no vamos a tardar menos de tres o cuatro días... ¿tú te ves con ánimos? Desde aquí podemos todavía descender para reponernos. Piensa que queda más de un mes de invierno. Podemos bajar bien ahora, para rehacernos en casa unos días y volver a atacar si el tiempo persiste siendo bueno, y cuando los días sean ya un poco más largos. ¿Qué piensas?

—Yo estoy bien, René. Por mi parte podemos continuar.

Y prosiguieron. Pared por delante. Pared hacia arriba. Clavos. Hielo. Coraje. Técnica. «Verglass». Dificultad metro a metro, palmo a palmo. Subir, asegurar, ayudar al compañero, tirar del petate para arriba, buscar un lugar para descansar, llamar a Simone si era posible...

oOo

—Mira, mira. Está nevando sobre la Aiguille d'Argentière. Esto nos dice que antes de mediodía tendremos la nieve sobre nosotros...

—Sí, lo veo. Nos protegeremos.

La nieve llegó y hubo que protegerse. ¿Cuánto tiempo?

oOo

Ya es jueves, 18 de febrero. Lleva tres días sin cesar de nevar. Las noches anteriores habían podido dormir, bien que mal, pero la reciente ya no. Afortunadamente pudieron meterse bien en el saco y no sufrieron exceso de frío. Serge tiene una herida en la mano pero asegura que no está muy mal: dice que como le duele, ello significa que no tiene la mano helada. Hace ya dos días que no pueden comunicar con Simone. ¿Qué hará Simone? ¿Qué estará pensando? ¿Qué pensará también Nanette, la novia de Serge? Es mejor no quererlo saber. Es mejor procurar salir de aquí lo más pronto posible. Por arriba. Hacia arriba, porque hacia abajo ya no hay posibilidad de retirada.

Estos últimos días han ido ascendiendo, pero ha sido una subida más lenta todavía, moviéndose muy despacio, palmo a palmo y clavo tras clavo. Además no se ve nada: prácticamente nada se descubre de la pared hacia arriba. No pueden ver la elegante línea diagonal de la Arete des Hirondelles, que está a mano izquierda, no muy lejos. Ni el Linceul, esta mancha blanca casi vertical que había vencido René no hace mucho. Nada, nada. No ven nada. Sólo un mundo gris hacia arriba y otro mundo gris hacia abajo. La solución de la escalada, como la de la vida, la tienen hacia arriba, la hallarán en lo alto, cuando lleguen. O la posible muerte, hacia abajo... ¡Que no llegue! Otros cualquiera dirían que están metidos en una ratonera. Pero Serge y René no son unos cualquiera, ni siquiera son unos alpinistas cualquiera... No están en una

ratonera. Están en la pared de la Pointe Walker. Están abriendo la directísima. Saben que están escribiendo historia.

Súbitamente, silba una piedra.

—Attention, Serge!

La piedra llega. Zumba cerca de ellos y desaparece en la grisalla dejando paso de nuevo al silencio.

—¡René!

—Oui! ¿Estás bien?

—Sí. La piedra no me ha dado. ¡Pero creo que ha dado en la cuerda amarilla y que la habrá estropeado!

Después de unos momentos se renueva la conversación a gritos de arriba a abajo y de abajo a arriba.

—¡Sí! ¡Ya lo he mirado! ¡Vale más que la piedra haya cortado la cuerda amarilla a que te haya dado a ti o a mí! ¿No te parece?

—¿Tú estás bien?

—Sí. También ha dado en la cuerda roja, pero la ha estropeado menos. Habrá que hacer un arreglo... No te preocupes. En un momento podrás proseguir.

Es horrible tener que seguir, y más con las cuerdas perjudicadas por el choque de la piedra. Pero no hay más remedio que seguir... Suben unos metros, lentamente, sin verse casi. Más tarde René está oyendo los martillazos de Serge desclavando. Suenan mal, suenan a poca energía.

—Demasiado lentos, demasiado flojos —piensa René. Sabe bien que Serge, tan fuerte, tan atlético, está perdiendo energías. Pero no dice nada más. Hay que seguir.

—Mañana podremos llegar a la cumbre —miente René cuando Serge llega junto a él—. Y pasado mañana estaremos en casa.

—¡Ojalá sea así!

En casa, en estos momentos estará Simone, muy inquieta. Le habrán llamado amigos y no podrá decir nada. Y posiblemente algún periodista se habrá interesado por la cordada que está en la Directísima de la Walker. ¿Qué pueden hacer en medio de esta tormenta? Simone no podrá responder. Y si no llora es a causa de ser muy dura. ¡O de hacerse la dura!

El viernes 19 de febrero, la cordada está algo más arriba. René sabe que la cornisa de hielo que ha entrevisto como a unos cien metros por encima de ellos es ya el final de la escalada. Pero sabe que hoy no van a llegar allá. Puede que lleguen mañana, si hay suerte.

Poco después les sale al encuentro un enorme saliente de granito que, una vez superado, ofrece un reducido espacio de reposo. ¡Ya era hora! Desde este lugar sólo quedan dos largos de cuerda: sólo ochenta metros. Dos largos de cuerda que serían normales, si no se les hubieran roto las cuerdas, claro está. Con estas cuerdas remendadas tendrán que hacer tramos más cortos.

Un nuevo vivac. El sitio es algo acogedor, pero ya no obtienen descanso. René se va rehaciendo bastante pero sabe que Serge no se recupera. Se ha dejado caer sobre las piedras y sobre las cuerdas y no mira siquiera a su compañero.

—No puedo más... René... —es lo único que puede decir.

—Sólo dos largos, Serge. Ya verás cómo lo resolvemos.

—No... No puedo más... René, sal tú. Déjame, yo me quedo aquí.

—¡No! Tú has querido venir aquí, y lo has hecho muy bien. Tú debes seguir, Serge. ¡Es tu obligación! Yo no puedo dejarte solo.

René dice todo esto y algo más pero sabe que Serge está hundiéndose, física y moralmente.

El sábado 20 de febrero, por la tarde, el cielo se va limpiando y casi todo queda azul. René rebusca en las mochilas intentando hallar algún resto de comida, aunque sabe que se ha consumido ya todo.

Más tarde, mientras intenta descansar, oye en el cielo un «plap-plap» esperanzador. No es muy característico todavía en la montaña este rumor dada la época, 1971, pero él sabe que se trata de un helicóptero. Lo ve aparecer como un monstruo volador y se siente esperanzado por aquella presencia mecánica-humana. Les hace una señal con la mano, no excesivamente energética. ¿Le han entendido? ¿Sabrán que están inmovilizados, que ya no pueden subir ni bajar?

El helicóptero queda en el aire unos segundos. Después parte, desaparece, dejándoles solos otra vez. René piensa que va a buscar más ayuda y que va a subir de nuevo para rescatarles.

Pero no vuelve a subir. Y cada vez Serge está más quieto, más apático.

oOo

Aquella misma tarde, los del Socorro Alpino de Chamonix llaman a Simone:

—Les hemos visto. Están sólo a ochenta metros de la cima de la Pointe Walker. Han dicho que estaban bien. No nos hemos podido detener ni acercamos porque hacía mucho viento, pero han hecho una señal. ¡Hacía tanto viento allá arriba!

Pero en realidad, la cordada situada cerca de la cumbre de la Walker no está bien, ni ha podido decir que estaba bien. Al contrario: está inquieta. Inquieta y mal porque Serge va de mal en peor.

¿Por qué no ha vuelto el helicóptero?

El domingo 21 reaparece el mal tiempo en la montaña. No se ve nada, ni se oye ningún ruido de motor ni el claqueteo de las palas de un helicóptero en el aire.

Serge está peor, a cada momento peor. Tiene sed y no puede beber. No tiene hambre pero en realidad no hay nada que comer. René también tiene sed y él se siente débil pero se puede aguantar y se sostiene con sus propias reservas corporales. Sabe que ha vivido otras ocasiones como esta y que las ha superado.

Resta muy poco gas en el infiernillo y funde algo de hielo hasta que la llama se va atenuando y desaparece. ¡Todo ya está frío! Da a Serge los últimos sorbitos de agua tibia que ha logrado obtener. Pero ello no le mejora.

René sabe que él podría partir solo. Exponiéndose mucho podría llegar a la cumbre y bajar por Italia a buscar socorro. Pero, ¿debe dejar solo a Serge? Sabe que su amigo está mal y que no resistiría ni un día aquí solitario, en esta mísera repisa, sin nadie a su lado. No puede marcharse. Su obligación es quedarse junto a Serge. Es la ley de la cordada: siempre juntos.

Todavía vuelve otro helicóptero, ¡pero es como si no llegara! Se oye su rumor. Llega, sí. Se

acerca... les miran... les hacen señas... ¡Y se van...!

—¿Por qué nos dejan?

Serge también lo ha visto. Si no estuviera tan mal demostraría una esperanza o una decepción. Pero su cara está rígida, congelada.

—René... ¡Se ha marchado! Nos dejan aquí... ¿volverán?

El lunes 22 de febrero todo sigue igual. No, igual no: todo está mucho peor.

René comprueba cómo el tiempo va mejorando. Pero comprueba también que el estado de Serge no mejora. Está muy mal. No mira para arriba, ni para abajo. En voz muy baja dice que está viendo un helicóptero... pero René sabe que ahora no llega ningún helicóptero.

Sin decir nada más, Serge agacha la cabeza y se queda quieto, más quieto que nunca. René sabe que acaba de quedarse él solo encima del pequeño bloque, a ochenta metros por debajo de la cumbre de las Grandes Jorasses. Solo. Porque Serge ha muerto.

El martes 23 aparece un nuevo helicóptero. Es un gran aparato militar, nada especializado para operar en la montaña porque tiene ruedas en vez de patines. La cabina está llena de gente que le están mirando, Miran, miran. El aparato se inmoviliza un corto trecho sin acercarse —¡claro está que no puede acercarse, no es un aparato para acercarse a la montaña!—. Sube bastante y desaparece en el cielo como los demás. ¿A qué han venido estos? ¿A hacer fotos de los que van a morir?

Ante esta situación René no sabe lo que sucede, y puede que empiece a no saber quién es él, ni lo que hace en este lugar, perdido entre abismos de roca y hielos en la montaña más difícil y más inhóspita. Con un amigo muerto y yerto al lado.

Ahora ya no se considera capaz de salir de allí por sí solo. Está demasiado débil, demasiado desmoralizado. ¿A qué vienen tantos helicópteros si no hacen nada? ¿A verle y marcharse? ¿Es que no saben que después de haber muerto Serge, ya le va a tocar a él desaparecer? Después de tres días de no comer nada, de ingerir sólo cachos de hielo arrancados de la roca que va chupando, cuando tiene algunos momentos de lucidez osa preguntarse:

—¿Cuánto tiempo podré resistir yo aquí arriba, antes de morir más lentamente de cómo ha tenido que morir el pobre Serge? ¿Cuánto?

En otro momento de lucidez empieza a pensar:

—¿Qué día es hoy? Ya no lo sé. Es una eternidad la que llevo sobre este bloque helado, apoyado en el cadáver de Serge. Este es el último servicio de amistad que me hace Serge.

Es jueves, 25 de febrero. Desmaison y su amigo Serge entraron en la pared otro jueves de hace dos semanas, el 11 de febrero...

Este jueves 25 de febrero un piloto de helicópteros del Servicio de Rescate en Montaña de la Gendarmería de Grenoble ha llegado expresamente desde Versoud con su Alouette III. Ha sido un vuelo largo. Se ha acercado a las Grandes Jorasses, que no conocía, ha tanteado la situación y sin pensárselo dos veces, ha podido posar su aparato en la nieve del colladito junto a la Pointe Walker. De buenas a primeras ha hecho lo que otros pilotos, concedores de la región, no se han atrevido a hacer a lo largo de los días. Ve que el salvamento será posible. Despega y baja a Chamonix para decir que suba con él algún guía y material de rescate. Este piloto se llama Alain

Fréret y esta es la primera vez que trabaja en el macizo del Mont Blanc, y no precisamente en un día sin viento. Vuelve a subir, deja a un guía con material en la brecha y retorna a Chamonix a buscar más gente. Otro helicóptero se atreve a secundarlo y deja también varios guías en la brecha con más material de rescate. Dentro de poco son ya cinco los guías depositados junto a un rollo de cable y una polea de salvamento y, aunque sigue haciendo viento, entre todos pueden hacer muchas cosas. Este mismo día René oye una voz cercana y ve aparecer a un hombre desde arriba, como llovido del cielo. Es un guía de Chamonix, amigo suyo, descolgado por un cable desde la cumbre. Le dice cosas agradables y le ata a su mismo cable. Enseguida los dos van hacia arriba, llevados en volandas por el cable que la polea tira desde la cima de la Pointe Walker.

René está salvado. Gracias a unos pilotos de salvamento que no conocía y que no pertenecen a la zona de Chamonix. Parece como si los de Chamonix no hubieran sabido hallar el sistema de ir a recoger a gente necesitada de auxilio en «su» montaña.

Afortunadamente René tendrá fuerzas para recuperarse. Ha tenido más suerte que Serge.

oOo

Este fue el drama. Serge, lleno de juventud y de fuerzas, tuvo que morir. René, veinte años más viejo, tuvo suficiente resistencia para poder salir indemne.

¿Indemne?

¿Pudo quedar indemne un hombre que comprobó cómo sus vecinos, especialistas en montaña, no habían podido hallar posibilidad de salvarles porque «hacía mucho viento»?

¿Quedaba indemne el marido de una esposa desesperada a quien el Presidente del Servicio de Rescates en Montaña (un personaje muy conocido en el mundo alpinista internacional) le dijo claramente que había dado órdenes de no proseguir la búsqueda, para no arriesgar nada?

¿Quedaba indemne un hombre habitante de Chamonix, la verdadera capital del alpinismo del mundo, que si pudo ser salvado fue por mano de unos «desconocidos» llegados desde mucho más allá del Mont Blanc, pertenecientes al Servicio de Rescates del Dauphiné?

El drama había acabado. Ahora tenía que empezar el escándalo.

Protestas por un lado. Inapreciables defensas por el otro lado. Pocas excusas.

René fue solicitado por la policía y tuvo que someterse a un larguísimo interrogatorio. Como si él fuera un criminal.

Quien tenía que darle excusas por la tardanza en acudir no se las dio. Quien pudo aprovechar la ocasión para desacreditarle, la aprovechó.

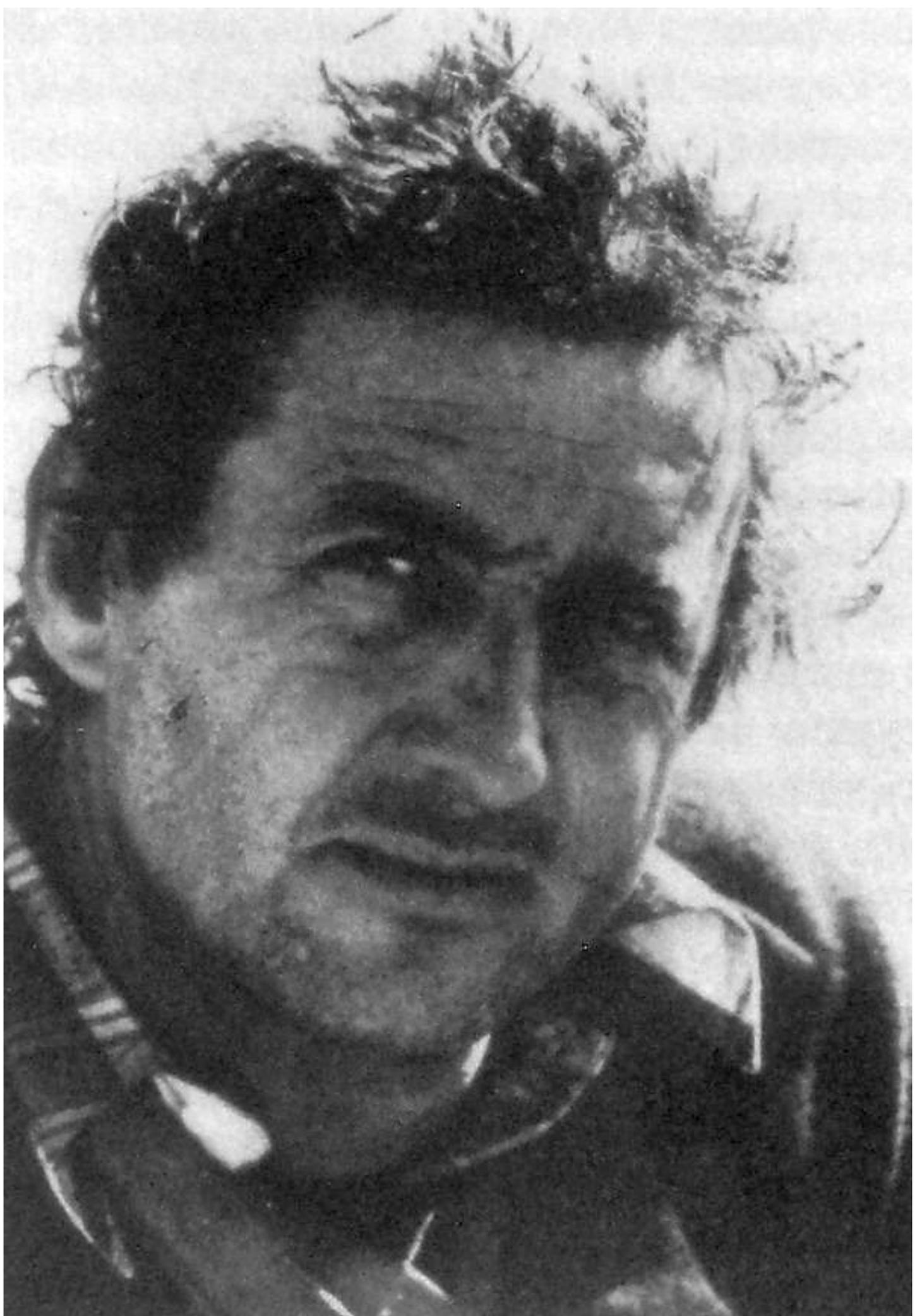
Cuando se pudo, el cuerpo de Serge Gousseault fue descendido, —posiblemente en un día de poco viento, porque ya no había urgencia y para evitar riesgos— y fue trasladado a su Tourenne natal, donde descansaría para siempre bajo un cielo tranquilo, rodeado de la gente amable de su tierra. Una tierra donde no hay vientos duros ni fuertes heladas. Y donde ningún forastero es tratado como un forastero.

oOo

Después, René tuvo que reponerse, de cuerpo y de ánimos. Siguió haciendo montaña: invernales en enero y febrero de 1972, con clientes y con amigos de verdad. Y en verano realizó la primera ascensión-travesía en solitario de la Arista Integral de Peuterey. En sólo día y medio.

Y en febrero de 1973, a lo largo de nueve días y ocho noches, Desmanson volvió a «su vía» Directísima en la Walker de las Grandes Jorasses, la montaña que les había vencido a él y a Serge, por falta de unos miserables ochenta metros. Ahora volvió allí con sus amigos Giorgio Bertone y Michel Claret, ninguno de Chamonix. Se pudo desquitar. Se desquitó de una pared que no se había querido dejar vencer y que había aniquilado a su amigo Serge Gousseault. Se había desquitado ya de la manera de obrar —o de no obrar— de unas personas que se resistían a aceptarle entre ellos.

Pero el Mont Blanc, más grande y más noble, es tan grande y tan noble que para él no existen los problemas humanos. Nunca fue todo el macizo del Mont Blanc injusto con René Desmanson. Y René Desmanson ha seguido mirando a la gran montaña con el mismo amor que había sentido cuando la descubrió por primera vez con ojos admirados y desde muy lejos.^[22]



René Desmaison.

Capítulo XVI: Mentirosos, cándidos e incrédulos. Impostores y fantasiosos. Envidiosos y envidiosas

En los relatos de grandes escaladas, de conquistas de montañas y hasta en las relaciones de recorridos normales por montaña, no deberían aparecer, ni recordarse siquiera, las palabras «impostor», «mentira», «incrédulo». La historia del alpinismo se ha creado siempre sobre la base de que lo que se cuenta es verídico: la verdad es en ella la gran virtud sagrada. Cuando un montañero dice que ha escalado tal o cual pared o ascendido una determinada arista, se suele creer tal como él lo explica aunque no haya habido testigos ni otras pruebas, porque hay un código de honor en el ámbito de las montañas que entiende y hace entender que la verdad siempre está por delante. En cambio, desde siempre se ha creído que las historias de cazadores y pescadores van relacionadas con una ya supuesta fantasía o una pintoresca exageración. A los verdaderos alpinistas clásicos no se les achaca jamás una posible irrealidad en lo que cuentan. Es más: hay muchos montañeros que suelen quitar mérito o restar ambiente de dificultad en relación a lo que han hecho.

Existía tiempo atrás una costumbre muy sana entre montañeros que dignificaba y confirmaba las actividades en el propio terreno donde se llevaban a cabo: era el libro de registro de las cumbres. Cualquier cumbre de importancia tenía un libro o un cuaderno guardado en un «buzón» entre las piedras de su torreta o «cairn» superior, en cuya primera página que aparecía en blanco anotaba el montañero o el grupo recién llegado, la fecha y comentarios, y así nadie podía desmentir que aquella ascensión había sido realmente realizada. Era esta una costumbre bonita y a la vez justa. Pero posteriormente esta habitud ha ido desapareciendo y los «cairn» —que guarecían estas expresiones vivas— aparecen ahora como vacíos y deshumanizados. ¿Ha sido desacreditada esta costumbre por basarse en vanidades? ¿Matada por el exceso de visitantes en cada cumbre? ¿O impuesta por las corrientes modernas de personas que desprecian el dignificar el valor de lo duro y lo difícil?

Recuerdo muy bien que cuando yo era muchacho me gustaba llegar a una cumbre y hurgar entre las piedras del hito cimero para hallar una funda de zinc o una caja metálica o un bote de cristal de cierre más o menos hermético donde aparecía el libro o el cuaderno de la cumbre. Podía ser un cuaderno bien presentado, depositado allí por un club de montaña, con páginas numeradas donde figuraban las expresiones y comentarios de muchos ascensionistas anteriores. Si hacía buen tiempo y no andábamos apretados por el horario, nos dábamos un buen rato de satisfacción hojeándolo, leyendo nombres conocidos y desconocidos y viendo algún garabato jocoso, aunque también podía aparecer escrita alguna estupidez y hasta alguna falta de ortografía.

Aquellos libros o aquellas tarjetas y notas eran verdaderas actas de la historia del montañismo: estaban manoseadas, maltratadas por la humedad y los rayos pero tenían un valor incalculable. Ahora, aunque resten algunos todavía esparcidos por toda la geografía de nuestras montañas y de más lejos, han ido desapareciendo estos testimonios tan cargados de humanidad. Algunos habrán sido cariñosamente recogidos y ahora estarán guardados en el archivo de un Club, o hasta en los

papeles propios de algún montañero avaricioso que lo guarda para él sólo. Existía también la bonita costumbre de dejar tarjetas personales en las cumbres para que alguien posterior las recogiera y las devolviera a quien las había depositado, como saludo amistoso y magnífica oportunidad de hacer nuevos amigos entre personas muy alejadas geográficamente pero muy acercadas por sentimientos y aficiones. Todo ello ha ido desapareciendo. Era algo así como «la candidez de las pequeñas montañas». Era una candidez bella y cargada de humanidad.

Pero en los Alpes y más allá esto no se hacía. Todos sabemos que ni en la cumbre del Mont Blanc, ni en la de la Jungfrau, ni del Elbruss, y mucho menos en el Everest y en el Kangchenjunga, se puede dejar un papelito o un libro para que lo firmen los llegados posteriormente y lo lean tranquilamente. Así ha ido desapareciendo esta hermosa costumbre.

El plácido montañismo, convertido ahora en duro alpinismo, ha ido cambiando, aunque aquel pundonor de decir la verdad, de no mentir si no se ha podido llegar a la cumbre, de explicar exclusivamente cómo fue sucediendo todo, sigue actualmente. El Código de Honor de las Montañas sigue en vivencia.

Pero...

Pero puede que todos seamos demasiado humanos y que algo haya evolucionado. Han surgido algunas excepciones, con alguna mayor o menor falta de honradez. Como ya las hubo en tiempos muy pasados.

oOo

¿Fue un impostor de las montañas el rey Pedro II de Aragón y III de Cataluña cuando en 1285 aseguró haber llegado él, completamente solo, a la cumbre del Canigó? Dijo que allí había encontrado un lago de cuyas aguas salió un dragón, al cual él hizo retroceder con su espada. Una declaración algo peregrina, por cierto.

No. No fue un impostor el rey Pedro. La crónica que cuenta esta conocida aventura del rey de Aragón y Cataluña, escrita por un tal Fray Selimbene, posiblemente sería algo exagerada por el escriba en loanzas de su rey. Pero lo que sí es cierto es que el rey había sido lo suficiente valiente —lo suficiente «rey»— para decidir subir a la montaña, despreciando la compañía de otros caballeros. Hay que tener en cuenta que entonces la expresión «subir a la montaña» no sería exactamente la actual de subir a la propia cumbre de la montaña. En la cumbre del Canigó —a la que hoy pueden subir innumerables personas cada día, bien aproximados por vehículos todo-terreno y siguiendo luego un buen camino hasta la propia cumbre— jamás nadie ha encontrado un lago ni un dragón, ya que en lo más alto no hay espacio ni elementos topográficos vitales para poder estar allí. Es fácil conjeturar que posiblemente el rey partiría desde cualquier camino del Conflent o del Vallespir —que entonces eran territorios catalanes— hacia lo alto —¿hacia dónde hoy está el actual refugio de Cortalets?— y daría con un lago —¿los «estanyols» de Cortalets?— y allí consideraría ya lograda su ascensión, porque también para él la idea de «subir a la montaña» no sería precisamente la de subir a lo más alto, sino descubrir territorio propio situado en las partes altas. No fue pues un impostor el rey Pedro, sino un buen rey y a la vez un gran hombre. Y

ello lo demuestra el que, pasados ya cerca de ochocientos años, se le sigue reconociendo en todo el mundo como el primer precursor del alpinismo, a pesar de la mención equívoca del lago y del dragón. De este mérito logrado por él, nos podemos enorgullecer los que somos precisamente descendientes de sus vasallos.

oOo

A finales del siglo XVIII, cuando ya hacía treinta y tantos años que había sido escalado el Mont Blanc por Paccard y Balmat, y por Saussure y todos sus guías, un caballero francés, sucesor de todos ellos, rondaba por los Pirineos en busca de una montaña maldita de la vertiente española que llamaban La Maladeta y que se decía era la más alta de toda la cadena. Y también buscaba otra montaña, perdida asimismo dentro de territorio español que, precisamente por desconocida y por perdida, en la parte francesa la llamaban Mont Perdu (Monte Perdido). Este caballero francés — llamado Ramond de Carbonnières— era culto, impetuoso y además bastante fuerte y duro. Primeramente fue tras La Maladeta con un guía de Luchon; subieron por el glaciar pero cuando el guía ya no quiso o no pudo subir más, él prosiguió hacia lo alto llegando, según él, «*presque au sommet*» (casi hasta la cumbre). Ramond fue veraz y sincero pues ya que no había nadie más que le contemplara, podía muy bien asegurar que había llegado a la misma cumbre de La Maladeta. Pero dijo la verdad. Más tarde, en 1802, sus guías Rando y Laurent llegaron a la cumbre del «Mont Perdu» y el mismo Ramond también llegaría días después a la cumbre del Monte Perdido. La Historia de las montañas lo menciona como el «primer escalador del Monte Perdido» y también como «el Padre del Pirineísmo». Realmente no fue él el primero en culminar aquella montaña (ni sus guías tampoco porque otros, y españoles, lo habían logrado antes, ya que desde tiempos antiguos los aragoneses conocían esta montaña y la llamaban Las Tres Sorores). Ni podía ser Ramond «el Padre del Pirineísmo» porque en todo caso este apelativo tan paternal tendría que corresponder al muy anterior rey de Aragón Pedro II, por llevarle mucha ventaja en su acción. Pero sí debemos conceder a Ramond de Carbonnières un verdadero valor dejando aparte inexactitudes anteriores: él fue quien buscó personalmente lugares de montaña que han sido célebres y quien despertó el interés por las montañas, y —lo que vale más— difundió y dio a conocer al mundo una actividad que justamente estaba naciendo y que en el territorio montañoso español ni se conocía entonces. Dejémosle como ha quedado escrito y sigamos admitiendo que Ramond, veraz o no veraz, al explicar sus «primeras» tuvo que ser el verdadero impulsor de la pasión por los Pirineos y por otras montañas.

oOo

Cambiamos de tiempos, de lugares y hasta de sexo.

En los tiempos del traspaso del siglo XIX al XX, se había originado una pugna entre dos mujeres alpinistas, norteamericanas las dos. Una de ellas era miss Anne Smith Peck, nacida en 1850, que había escalado el monte Shasta de 4374 m en la Sierra Nevada de California y que ya había estado en los Alpes y también había subido a los volcanes mexicanos Popocatepetl (5452 m) y Orizaba

(5550 m). La otra era Fanny Bullock, nacida en 1859, esposa del doctor Workmann de Massachusets, la cual había empezado a recorrer mundo en bicicleta con su marido, y cuando llegaron al Himalaya se enamoraron de aquellas gigantescas montañas. Anne Smith Peck, con su ascensión al Orizaba en 1898 se había convertido en «la mujer más alta del mundo». En 1902 Fanny Bullock aseguró que había logrado superarla cuando su marido, logró la primera ascensión al Pyramid Peak (7125 m), aunque no está muy claro si ella también llegó con su marido a la cumbre.

De todas maneras, lo que sí es cierto es que Fanny Bullock logró la ascensión en 1906 del Pinnacle Peak (6957 m) en las montañas de la India y con ello estabilizó su pódium de altitud femenina.

A miss Peck no le gustó de ninguna manera que le quitaran por dos veces el alto cetro femenino de las montañas y como era ya famosa en su país por sus actividades en el naciente movimiento del feminismo —y además sería bastante mandona y exigente— obtuvo una subvención para seguir la batalla femenina de las montañas más altas y en 1908 logró (o dijo haber logrado) con la ayuda de los guías suizos G. Zumstaugwald y Rudolf Taugwalder la ascensión del Huascarán Norte, en la Cordillera Blanca del Perú, al que ella adjudicó, exagerando bastante, 7300 m.

Aparte de la exageración de la altitud, hasta aquí todo correcto. Pero la otra dama norteamericana, Fanny Bullock, ya en franca competencia, hizo público que no creía en dicha ascensión de su competidora pues no había pruebas de nada. El asunto, entre dos mujeres tan problemáticas y ambiciosas y, por lo visto, escandalosas, creó unas dudas generales —dudas que no beneficiaban en absoluto la honorabilidad del alpinismo— y motivaron investigaciones. Estas investigaciones dieron como resultado la aclaración de dos datos: que el Huascarán Norte sólo tenía 6650 m (actualmente se le adjudican 6655 m) y que los guías suizos que llevaron a miss Peck habían salido muy mal parados de aquella aventura andina pues uno de ellos, Rudolf Taugwalder, había sufrido congelaciones en los pies, de las cuales la dama Peck se desatendió. Y, lo que es peor, que a pesar de haber afirmado al contratarles que les pagaba un seguro de accidentes, este seguro luego no apareció por ninguna parte.

La señora Bullock-Workmann siguió con su marido haciendo montaña hasta una edad muy avanzada, circunscribiéndose prácticamente siempre a los glaciares y los picos del Himalaya. Su competidora Anne Peck tampoco quiso retirarse, pues con más de sesenta años tuvo otro problema con Hiram Bingham, el alpinista también norteamericano descubridor del Macchu Picchu. Este problema se basaba en una ascensión al volcán Coropuna en el Perú, al cual se le suponían 6914 m y hasta se creía entonces que era más alto que el Aconcagua, o sea, que era la cumbre más alta de toda América (actualmente se adjudican sólo 6615 m al Coropuna). Anne Peck aseguraba haber culminado este volcán pero Hiram Bingham, que había hecho la primera ascensión al Coropuna en 1911, manifestó que ella solamente había llegado a una cima secundaria, el Coropuna Este de sólo 6248 m. Y además ya en plena discusión acabó manifestando que «aquella mujer es una verdadera peste».

En lo único que coincidieron las dos mujeres-alpinistas norteamericanas era en su actuación en

la propaganda feminista. La Peck clavó en la cumbre de «su» Coropuna (o en la cima secundaria del Coropuna) una gran bandera en la cual se podía leer la petición universal del voto para la mujer. La Bullock-Workmann en 1908, 1911 y 1914 estuvo paseando por los glaciares de Biafo, Hispar y Siachen una pancarta pidiendo a gritos el voto femenino. ¡Buen caso les harían los grajos y los cóndores de los Andes y los pocos porteadores quechuas del Perú y los analfabetos del Himalaya al enterarse de tal petición que, en aquella época, ni en los países más avanzados del mundo se podía realizar!

Una anécdota —veraz o no pero muy punzante— recuerda el comportamiento y el concepto en que tenían los alpinistas americanos a su compatriota y contemporánea Anne Peck. Hablando ella, hubo más de uno que, según se afirma, comentó:

—¿Miss Anne Smith Peck? Parece que sí logró hacer el Matterhorn. Parece que fue la única montaña en donde no dejó volar su fantasía...

¿Sería todo fruto de la época, de la gente y del país?

oOo

También a principios del siglo xx se comprobó que un alpinista y explorador norteamericano no decía la verdad.

Al Doctor Frederick Cook, explorador y montañero, se le «pilló» varias veces en flagrante delito de mentir descaradamente: aseguraba haber culminado en 1906 la cumbre del Mont Denali en Alaska (el McKinley) y también manifestó formalmente haber llegado en 1908 al mismo Polo Norte. Escribió libros y artículos y pronunció conferencias sobre sus «gestas», exhibiendo documentos gráficos que podían parecer fehacientes. En las fotos del Polo Norte no era fácil comprobar nada porque ya se sabe que aquel es un lugar llano y nevado, sin referencias sobre el mar helado, siendo imposible determinar los detalles. Pero en lo relativo a las fotos de la cumbre del Denali, un tal Belmore Brownee pudo demostrar en 1910 que no estaban tomadas en la cumbre: jamás la había pisado su exhibidor y todo era un montaje, pretendiendo «colar» unas fotografías falsas hechas sobre nieve, sí... ¡pero hasta se descubrió que estaban tomadas en un lugar concreto, a sólo dos mil metros!

Hay que insistir en considerar que estas falsedades eran, posiblemente, fruto de la época y del territorio, pues en Europa no se solían dar hechos tan lamentables. El lugar donde se desenvolvían el Doctor Cook y otros personajes fantásticos como él daba lugar a la existencia de tipos fantasiosos y envalentonados que osaban afirmar todo, con la poca veracidad propia de aventureros, de buscadores de oro, de gente de riqueza y habla fácil. Era lugar de pependencias, de desenfrenada caza de animales por el alto valor de sus pieles y de desesperada búsqueda de filones de riqueza o de expansión de la vanidad. Eran espacios y tiempos donde el empleo de las armas y de la rudeza era ley de vida. De ello nos han hablado la infinidad de novelas y relatos de aventureros, y posteriores films sobre aquellas tierras, su ambiente y sus sistemas de vivir, sus modos de progresar... y de engañar a los demás. Y por afinidad, los pocos alpinistas de la época y del lugar quedaban tentados de entrar en la misma línea.

En la vieja Europa —hay que repetirlo— no sucedía esto. Y en América, pasados los años y superada aquella época de aventureros, tampoco ha vuelto a suceder. Más tarde los alpinistas norteamericanos han sido garantes de pundonor y de una veracidad de todo cuanto dicen, confirmado con todos sus hechos, tan buenos como reales.

oOo

Los años cincuenta del siglo xx fueron los del descubrimiento de la gran escalada en los Andes. El Fitz Roy y la Cara Sur del Aconcagua, victorias francesas de 1952 y 1954 llevadas a cabo una por Guido Magnone y Lionel Terray, y la otra por el equipo de Dagory, Denis, Lesueur, Poulet, Ferlet y Berardini, habían abierto el paso a estas grandes escaladas. Habían entrado en juego los Andes del Sur, la olvidada Cordillera Patagónica, espina dorsal final entre Chile y Argentina donde dominan los grandes glaciares como el Hielo Sur o el Hielo Continental que comunican los dos Océanos con hielos, cascadas de «seracs» e inmensos lagos en las dos vertientes. Una vez conocido el fenomenal Fitz Roy —cuyo nombre indígena era Chaltén— se empezó a hablar de otras fenomenales agujas situadas no lejos, con agresivas y dentelladas puntas de las cuales se decía «que no serían escaladas jamás». La principal cima de todas ellas era el Cerro Torre. Más al sur estaban las Torres de Paine y, cerca de ellas, los Cuernos de Paine. Territorios inmensos abiertos al derecho de la escalada de las nuevas generaciones.

El Cerro Torre era en aquellas fechas el gran reto para el alpinismo mundial: un extraordinario campanario enhiesto, vertical, todo él de una sola pieza, reto llamativo encima del Hielo Patagónico Sur, dominando el inmenso mar de hielo por más de mil doscientos metros... Dominaba, atraía. Impresionaba.

No faltaron audaces y admiradores, dispuestos a conquistar la famosa aguja, la gran flecha granítica patagónica. Metros y metros de verticalidad, y en los trechos superiores una impresionante capa de hielo pegada a las paredes hasta la cumbre. Hielo vertical. Hielo adherido a la roca. Hielo que protegía como una caperuza superior la enorme aguja.

La primera cordada que acudió allí estaba compuesta por el italiano Walter Bonatti, el gran escalador de la época, y su compañero Carlo Mauri, en 1958. Pero no tuvieron éxito: el clima inhóspito, con los terribles vientos patagónicos pudieron con su técnica, su valor y su primer empuje en una escalada que aunque no era muy alta (la cumbre tiene sólo 3102 metros) oponía una enorme longitud y se les ponía imposible.

Bonatti no fracasó en el Cerro Torre pero la verdad es que se retiró a tiempo y, tanto él como Carlo Mauri, no volverían ya más a medirse con el gran contendiente patagónico.

Un año más tarde les siguió otra cordada de éxito en el mundo, también italiana: Cesare Maestri, perteneciente al grupo dolomítico «Scalattolo» (Los Ardillas), verdaderas ardillas que no se dejaban inquietar por nada. Cesare, muy fuerte y duro, era el especialista en solitarias y escaladas importantísimas. Se hizo acompañar por su amigo y compañero, también «ardilla», Cesarino Fava y fue con ellos el tirolés Toni Egger, un magnífico escalador de roca caliza.

Cesarino Fava no llegó a participar en la escalada por no estar en forma desde el principio:

abandonando el intento se quedó en la base, esperándoles.

Cesare Maestri y Toni Egger atacaron el Cerro Torre por la arista noroeste. La escalada, vertical y durísima, de 1200 metros desde el arranque al final, se realizó a lo largo de dos días. Cesare afirmó que llegaron a la cima el día 31 de enero de 1959 y que seguidamente iniciaron el descenso. ¿Cómo? ¿Por dónde? Cesare no aclaró mucho lo que les pudo haber sucedido en plena bajada pero parece que Toni Egger, en un cambio de rápel y sin saberse cómo, se desprendió de la pared, despenándose.

Y desapareció ante los espantados ojos de su compañero.

Cesare no tuvo más remedio que afrontar el drama y proseguir el descenso solo, basándose en sus propias fuerzas. Bajó y bajó. Pudo hacer las inverosímiles maniobras de cuerda, logrando recuperar todos los rápeles y, finalmente, llegó al pie de la gran aguja para reencontrarse dramáticamente con su otro compañero Cesarino Fava. No pudieron hallar el cadáver de Toni Egger y se tuvieron que volver muy tristes para Buenos Aires y de allí, melancólicamente, a Italia. La primera ascensión del Cerro Torre había quedado lograda, ¡pero a qué precio!

Mas este terrible precio tuvo que aumentar muchísimo porque pronto en toda la Europa alpinista empezaron a surgir dudas sobre la veracidad de todo cuanto explicaba Cesare Maestri. Fueron muchísimos los que se le echaron encima atosigándole a preguntas, pidiéndole fotografías de la escalada y de la cima, y requiriendo indicaciones y detalles de los largos de cuerda que habían efectuado, de los lugares clavados, de la colocación de los rápeles y hasta de los detalles que ocasionaron la propia muerte de su compañero. Cesare era un hombre tan fuerte de cuerpo como de cabeza pero estaba algo obnubilado después del gravísimo acontecimiento sufrido en la Patagonia, tan lejos de su tierra. Y, según afirmaron muchos, no pudo contestar con claridad a las muchas preguntas que se le hicieron, algunas de ellas muy inquisitivamente. Y como su otro compañero de escalada no había estado presente, tampoco pudo dar fe de todo cuanto había sucedido y de todo cuanto afirmaba Cesare. Fueron muchos los que creían que la escalada no había sido realizada. La escalada del Cerro Torre quedó anotada en los libros de historia del andinismo, pero con un gran interrogante.

Después Cesare Maestri tuvo que reaccionar como debe reaccionar una persona tachada de mentiroso y que él sabe que no lo es: volvió a su Cerro Torre.

Fue al Cerro Torre en el año 1970 cuando nadie todavía había podido vencer al terrible campanario de piedra y hielo. Esta vez le acompañaba, además de unos amigos, otro elemento muy distinto: un compresor de gasolina para poder poner clavos de expansión en la pared de granito de la montaña. Esta vez atacó por la Arista Sureste, completamente contraria a la empleada en la ascensión anterior. ¿Por qué no fue Maestri por la misma vía que ya conocía? Esta vez no llegó a la cumbre. Y los rumores negativos no sólo seguían acechando sobre el proceder de Maestri sino que fueron aumentados por la sentencia de muchos escaladores puristas que denostaban el empleo de la perforadora. Los alpinistas clásicos decían que si ya normalmente se criticaba el uso del buril a mano para hacer agujeros y herir la roca, más se iba a rechazar el empleo de una máquina para clavar en la roca. La perforadora era un útil instrumento de albañiles, pero que resultaba inadmisibile trabajando en plena pared de la montaña, por mucho valor que

exigiera su uso colgados de cuerdas y afrontando temperaturas extremas y vientos huracanados.

El viento allí era terrible y el frío insostenible, y el duro Cesare Maestri aguantó tanto las inclemencias del tiempo como las del mundo, que seguía dudando y criticándole. Esta vez él no pudo llegar a la cumbre por impedírselo el mucho hielo pegado a la pared del Cerro Torre. Dejó la máquina colgando de una clavija fijada en la roca, y descendió y volvió a Italia a rehacer fuerzas.

Pero Cesare Maestri no se daba por vencido. Retornó al Cerro Torre unos meses más tarde, volvió a empuñar el compresor y esta vez, según parece, pudo resolver los trechos superiores de hielo y llegar a la cumbre. Era el 31 de enero de 1959. Iba acompañado de C. Claus y de un cuñado suyo llamado Ernesto Alimonte.

¿Había vuelto a hacer la ascensión al Cerro Torre, antes que nadie? ¿Era esta vez la primera o la segunda? Sólo él y el despeñado Toni Egger podían dar fe de ello. Pero lo que sí supo muy bien en aquel momento Cesare Maestri era que acababa de hacer enmudecer todas las voces que le criticaban. Él era el vencedor del Cerro Torre, fuera la primera o la segunda vez.

Y descendió, satisfecho de haber vencido a su terrible contendiente. El contendiente de piedra y hielo que nadie viviente en el mundo había escalado más que él.

Pero «el mundo» no estaba convencido. Sus detractores insistieron alegando que si Maestri esta vez había hecho el Cerro Torre había sido con la ayuda de la perforadora. Y además alguien añadió «que quedaba un trecho superior desprovisto de los buriles que habían ayudado a sus últimos pasos en escalada artificial». Cesare Maestri protestaba: ¿era posible tanta incredulidad ante su demostrada precisión de haber llegado de nuevo a la cumbre? Él pudo explicar que estos buriles que faltaban se habían roto al efectuar un difícil y peligroso descenso. Pero el escándalo seguía servido. Los envidiosos podían quedar contentos: no se perdonaba a Cesare Maestri tantos éxitos y tan fuera de las reglas clásicas del alpinismo.

Más tarde se abrieron más vías en el Cerro Torre. Hubo más ascensiones, más fracasos, más intentos sin éxito, pero hubo también más cordadas triunfadoras. En el año 76, fue hallado el cadáver destrozado y congelado de Toni Egger, el cual, piadosamente, fue trasladado y enterrado al pie del Fitz Roy.

En 1979 otro italiano también muy contestado, Renato Casarotto, logró culminar el Cerro Torre en solitario, y en el 81 y en el 86, nueva gente por vías nuevas fueron llegando a la cima: ingleses, japoneses, polacos, yugoslavos, españoles, etc.

El Cerro Torre sigue enhiesto, desafiante ante el mundo pero ya no es hoy tan fiero ni tan negativo ni tan escandaloso como se presentó en sus primeros tiempos.

El «*affaire*» Cesare Maestri se fue desvaneciendo pero su perforadora sigue colgando en la pared del Torre, pendiente de una clavija. Nadie ha vuelto a tocarla. Allí está, junto a unos buriles rotos, como comprobante de un interés y de la fortaleza de un hombre para triunfar y de la negativa de otros hombres a aceptar lo que era extraordinario.

Cesare Maestri sigue hoy diciendo que él no engañó a nadie. Ha hablado, ha gesticulado, ha escrito un libro sobre su aventura con Toni Egger y sus consecuencias. Pero siempre habrá algunos que no le perdonarán su tesón, su impetuosidad y su doble victoria sobre el Cerro Torre. Pueden ser muchos los que habrán dudado de él pero, en realidad, tienen que ser muchos más los que han

creído en él, en su fuerza, en su tesón.

Posiblemente la Historia del Andinismo nunca podrá revelar el secreto ni cuál fue la primera ascensión al Cerro Torre.

Cada uno que piense lo que quiera. Pero Cesare Maestri empezó siendo un gran alpinista, especialista en solitarias, y después de su gran problema en el Cerro Torre, cuando han pasado ya muchos años, puede seguir demostrando que él es un gran alpinista. ¡Puede que algunos de los que le acusaron de mentiroso no sean capaces de demostrar ni sus propias actividades reales y nobles, no sólo en la montaña sino en la vida normal de los hombres de bien!

oOo

Un posterior «*affaire*» de supuestas imposturas en alpinismo se ha desarrollado en la más alta zona de las mayores montañas del mundo: en el Lhotse Shar, una de las puntas del enorme y complejo «hermano pequeño» del Everest, donde todo se mantiene entre los 8300 y los 8500 metros de altitud.

El Lhotse, «Pico del Este» en el idioma del país, está situado, como bien dice su propio nombre, al este del Everest. Mientras el Everest no estuvo escalado, lógicamente nadie se ocupó de este pico «secundario», que en realidad es el cuarto en altitud en todo el mundo con sus 8516 m. Pero en 1955, ya vencido el Everest, una expedición internacional dirigida por el profesor Dyhrenfurth quiso iniciar su escalada, siguiendo la arista desde el Collado Sur hacia el sur, deseando de una vez llegar a la cumbre inhollada del Lhotse. Todos estos no tuvieron éxito pero habían abierto el camino de sus sucesores. Los sucesores fueron los suizos Fritz Luchsinger y Adolf Reist, quienes pudieron adjudicarse la primera ascensión al Lhotse. Pocos días más tarde, el propio Adolf Reist y Hansruedi von Gunten lograrían, partiendo desde el mismo Collado Sur, la segunda ascensión absoluta al Everest. Estos hombres tenían gran categoría y debe añadirse que Fritz Luchsinger, el más veterano de todos ellos, haría posteriormente las ascensiones al Cho Oyu y al Manaslu aunque perecería de agotamiento durante el descenso de este último ochomil ¡a sus sesenta y tantos años!

Pero con la ascensión del Lhotse no quedaba resuelta aquella cumbre. El Lhotse es el más complejo de los ochomiles porque forma una continuada cresta que aunque sea descendente, se mantiene sobre los ocho mil metros, comprendiendo varias cumbres bien marcadas y cada una con su personalidad propia. Estas otras, a pesar de sobrepasar holgadamente la cota mágica de los ocho mil metros, no fueron incluidas en la categórica «lista de los catorce ochomiles del mundo» a causa de ser únicamente antecimas. ¡Pero qué antecimas! Estas cumbres «secundarias» son la Cima Central (8426 m), que actualmente sigue siendo virgen, y el Lhotse Shar de 8383 m, cuya «virginidad» no está aclarada actualmente. Esta cresta cimera domina una muralla helada de tres mil metros que ha sido «el gran problema himalayano» durante los últimos treinta años. Y en cierto modo, sigue siendo «el gran problema».

La cara sur del Lhotse fue meta de un primer asalto realizado por la expedición italiana de Riccardo Cassin en 1975, que sufrió la destrucción de varios campamentos. Reinhold Messner,

figuraba en dicha expedición y ya manifestó entonces que «esta pared de hielo es para los escaladores del año 2000». En 1978 acudió a ella el famoso escalador francés de solitarias Nicolas Jaeger, quien desapareció allí y ya jamás se ha sabido nada de él, ni se conoce si culminó la pared de hielo o si desapareció en partes más inferiores. En 1981 y 1982 un equipo yugoslavo dirigido por Ales Kunaver fracasó en los dos intentos a este descomunal muro de hielo. Llegado 1984, los componentes de la expedición checa de Ivan Galfi pudieron dominar una esquina de la Cara Sur del Lhotse Shar pero sin lograr alcanzar la cumbre por esta vía. Y en 1989 el yugoslavo Tomo Cesen manifestó haber conseguido vencer por completo el muy atacado muro sur de hielo del Lhotse Shar en tres días, ida y vuelta, siempre en solitario y siguiendo, al principio, la vía marcada por Kunaver en el muro de hielo, hasta completarla y llegar a la cumbre del Lhotse Shar.

Pero... ¡tuvo que surgir el terrible «pero» de los incrédulos! El mundo alpinista no pudo, o no quiso, creer que Tomo hubiera realizado esta proeza en tan poco tiempo, y más yendo solo. No había pruebas fotográficas, y los sherpas que le habían ayudado porteando hasta llegar a la base no le ayudaron entonces en sus declaraciones. Así, los más desconfiados quisieron hallar indecisiones y contradicciones en los detalles explicados por Tomo Cesen referentes a la arista cimera, aunque era bien cierto que había llegado allí porque se le había divisado. Si bien era cierto que había escalado toda la cara de hielo, no se le había descubierto llegando a la propia cima del Lhotse Shar. Observadores con potentes anteojos le habían vigilado. El éxito podía ser enorme pero los muy recelosos, o envidiosos, no consideraban completa ni demostrada la escalada, y ello entristeció al bueno de Tomo Cesen.

El lugar era verdaderamente terrible, como es terrible aquel cúmulo de ochomiles del mundo. Aquel mismo año de 1989 el famoso alpinista polaco Jerzy Kukuczka, que ya había conseguido la completa colección de los catorce ochomiles y todos por vías nuevas o invernales, desapareció por debajo del Lhotse cuando quería repetir esta cumbre, que ya la tenía hecha en 1979 por su «vía normal». Ahora quería atacarla por su Cara Sur. Pero desgraciadamente, allí se quedó.

En 1990 los franceses Pierre Beghin y Christophe Petit quisieron también adjudicarse la escalada al Lhotse Shar, pero en ella ni siquiera alcanzaron los ocho mil metros.

Y aquel mismo año una poderosa expedición rusa llegó a esta cumbre con un extraordinario despliegue de gente, de ayudas artificiales y con colocación de cuerdas fijas. Realmente estos fueron los principales detractores de Tomo Cesen ya que decían —¡y les interesaba divulgarlo y que todo el mundo les creyera!— que no era posible que un hombre solo hubiera podido progresar por donde a ellos, con tanta parafernalia y potencia, les había costado tantísimo. Lo que en realidad parece que pensarían los rusos era que no era posible —ni conveniente— que un hombre solitario les «robara» la primera ascensión, y relegara su poderoso esfuerzo a una ya minusvalorada «segunda ascensión».

Los rusos siguen manteniendo su tesis y Tomo Cesen insiste asegurando que él pudo lograr antes que ellos la ascensión en solitario gracias a sus esfuerzos, su sacrificada puesta a punto y, lógicamente, también gracias a su buena suerte.

La impresionante operación de los rusos en la Cara Sur del Lhotse Shar tenía fuerza expresiva pero más fuerza tuvo que desarrollar para defender este logro ante la no menos impresionante

carrera alpina de un Tomo Cesen actuando tantas veces en solitario. Este había ya hecho la vía «No-Siesta» a las Grandes Jorasses que, si al principio había también dado lugar a dudas, luego la repetiría en solitario y delante de muchos observadores para convencer principalmente a uno de sus más feroces detractores, el escalador francés François Marsiglia. Había salido a la luz otra rencilla entre buenos escaladores, mortificando Marsiglia el amor propio y la buena trayectoria de Tomo Cesen. Pero este, con su palmarés extraordinario, con muchísimas solitarias de categoría en su haber, podía defenderse de las acusaciones de sus detractores. A los veinte años ya había hecho el Alpamayo por una nueva ruta. A los veinticuatro lograría la Cara Norte del pico Comunismo en el Pamir. En 1985 supo encadenar la Walker de las Grandes Jorasses por la vía Colton-McIntyre, completando la jornada con el descenso por la llamativísima Arête des Hirondelles. Hizo la cara sur del Jannu. Y abrió la vía Norte en el Yalung-Kang (Kangchenjunga) con Borunt Bergant, compañero que tendría que morir en el descenso, mientras Tomo Cesen pudo salvarse. Hizo el Broad Peak en solitario. Y en 1986 había abierto en solitario el Pilar de la Cara Sur del K2, aunque no llegaría aquella vez a la cumbre porque vio aproximarse la terrible tormenta de aquel año que tantas muertes llegó a causar, y él, sacrificando su llegada a cumbre, supo retirarse a tiempo y salvarse.

Tomo Cesen se ha ido volviendo introvertido y desconfiado a causa de estas maledicencias pero sabe que su historial le defiende de los celos y del acecho de otros alpinistas, célebres o menos célebres. Y, al alcanzar una edad en la cual otras «glorias» ya sólo se dedican a vivir de recuerdos, sigue él haciendo montaña de gran categoría. Y posiblemente su propio futuro le ayudará a que se conozca bien el valor de su extraordinaria actividad en las más grandes, más bellas y más terribles montañas del mundo.



McKinley: en épocas actuales ya no es necesario inventar fantasías para decir que se ha subido al McKinley.



Reflexión final

Cuando doy por finalizado este libro observo que es incompleto pues no menciona otras injusticias sufridas por montañeros de corazón. Puedo resumir ahora dos casos dispares: uno, el sufrido por el gran Riccardo Cassin, y otro por un montañero madrileño, tan desconocido que sólo sé que le apodaban «Litos».

Riccardo Cassin, cuando era ya muy conocido, tuvo que verse apartado de la expedición de 1954, la que vencería el K2, bajo el pretexto de que el reconocimiento médico no era bueno. (¿No sería que nadie debía «hacer sombra» al jefe de la expedición?).

El desconocido «Litos» fue, bastantes años más tarde y cargado de ilusión, al Gasherbrum IV —sólo hollado por Bonatti y Mauri en 1958— donde desaparecería entrando a formar parte de la roca, el hielo, la dificultad y la altitud de aquella montaña que roza los ocho mil metros.

El primer caso nos confirmará que, si bien las montañas son la representación más viva, más potente y más hermosa de nuestro mundo, y que han inspirado en los humanos sentimientos de admiración y potentes lazos de amistad, también es desolador comprobar que estos mismos humanos pueden pensar o actuar de manera poco justa, impulsados por la vanidad, el interés, el despecho y hasta la ignorancia. Estos defectos no tienen relación alguna con la admiración y el cariño hacia las montañas, pero las acciones que se deriven de ellos pueden herir los sólidos sentimientos y minan las buenas amistades creadas al amparo de la común admiración hacia las montañas.

Sería bonito que las páginas que preceden —donde se ha intentado relatar algunos hechos que pueden haber puesto en evidencia al más puro alpinista— contribuyeran a reforzar en el ámbito de los montañeros —de moral alta y bien reconocida— una brillante ligazón humana. Tan brillante como la transparente claridad que emanan las montañas cuando el tiempo es perfecto.

A. F.



AGUSTÍN FAUS es un autor unido permanentemente al mundo de la montaña constituyendo una figura clave en nuestro alpinismo. Sus historias cara a cara con la montaña y su dilatada lista de libros relacionados con este mundo, lo convierten en el autor idóneo para atraernos a través de su viaje por la historia del alpinismo.

Ha publicado otros tres libros con Barrabés Editorial, *El amigo del lama*, en el que nos relata la relación entre un alpinista y un monje tibetano, *Historial del alpinismo I*, que nos lleva a recorrer la historia de las montañas y sus hombres en los siglos XVIII y XIX, y la *Historia del alpinismo II*.

Notas

[1] Véase *Historia del Alpinismo II* de esta misma colección. Capítulo 6 «Arte y empuje», páginas 93 y siguientes. <<

[2] Véase *Historia del Alpinismo II* de esta misma colección. Capítulo 7 «Los ochomiles. I. Annapurna», páginas 103 y siguientes. <<

[3] Algo así ha sucedido posteriormente con el Everest, aunque de manera más dura, más desgarrada o llamativa y más dramática. (Ver capítulo IV). <<

[4] Véase capítulo VII las terribles experiencias de Walter Bonatti con el Mont Blanc. <<

[5] Véase capítulo 8-I de *Historia del Alpinismo II*. <<

[6] Los Messner son sud-tiroleses o del Alto Adigio, la zona de habla germana que era austríaca antes de la guerra de 1914-18. Como consecuencia de esta guerra, el Sud-Tirol pasó a ser italiano, como parte de las Dolomitas. Los sud-tiroleses no han olvidado su lengua alemana y nunca se han llevado muy bien con los italianos, aunque en la actualidad siguen figurando en el mundo con la nacionalidad italiana. <<

[7] Véase en el libro *El amigo del Lama* de este mismo autor y la misma editorial, la imaginaria explicación dada por el espectro de Mallory sobre lo que pudo haberles sucedido. <<

[8] Véase capítulo IX: «Las injusticias de la Jungfrau». <<

[9] Véase capítulo XI: «En el Reino de los Mallos nunca hubo injusticias». <<

[10] Véase el libro *Rabadá-Navarro* de Alberto y David Planas. Barrabés Editorial, 2002 <<

[11] El 3 de marzo de 1956 los vascos Pedro Udaondo y Ángel Landa realizaron la verdadera primera invernada al Naranjo de Bulnes por la Vía Regil, variante del espolón NO, utilizando una cuerda de cáñamo de 100 metros que les habían prestado. <<

[12] *K2, segunda cima del mundo*. Ardito Desio. Edición española. Colección Edelweiss, 1955. Editorial Juventud. Prólogo y revisión técnica de la traducción por Agustín Faus. <<

[13] Véanse más detalles de esta primera incursión de Ramond en España en el capítulo x «La montaña se los quedó, la montaña los devolvió». <<

[14] Véanse más detalles de este caso en el capítulo x: «La montaña se los quedó, la montaña los devolvió». <<

[15] Esta misma «relación familiar» se explica en el capítulo v, «Rabadá y Navarro», aunque con otras palabras. <<

[16] Esta anécdota también se explica, en otras palabras, en el capítulo II «Las injusticias del Mont Blanc». <<

[17] Este caso también se cita en el capítulo VIII, «Injusticias en el Aneto», en términos distintos.

<<

[18] Véase en el capítulo IV titulado «Himalaya: montañas justas, hombres injustos» detalles de la desaparición de Mallory e Irvine en 1924 en el Everest. También en otro libro del mismo autor, *Historia del alpinismo II* (capítulo 5 «Objetivo Everest») aparecen más detalles. Y asimismo en otro trabajo de Agustín Faus, *El amigo del Lama*, surge una fantasía sobre el posible «retorno al mundo» de Leigh Mallory, explicando lo que podía haberle sucedido en la cumbre del Everest en 1924. <<

[19] Véase también otros problemas fronterizos en el capítulo XIV «Recordando gentes y hechos relacionados con el Couloir de Gaube». <<

[20] *Cara a la montaña*. Edit. Juventud, 1944, capítulo VI: «Historia del fugitivo». <<

[21] Véase capítulo VII, «Walter Bonatti, blanco de injusticias». <<

[22] Los datos para este capítulo se han obtenido del libro de René Desmaison *342 heures dans les Grandes Jorasses*, Flammarion, 1973. <<